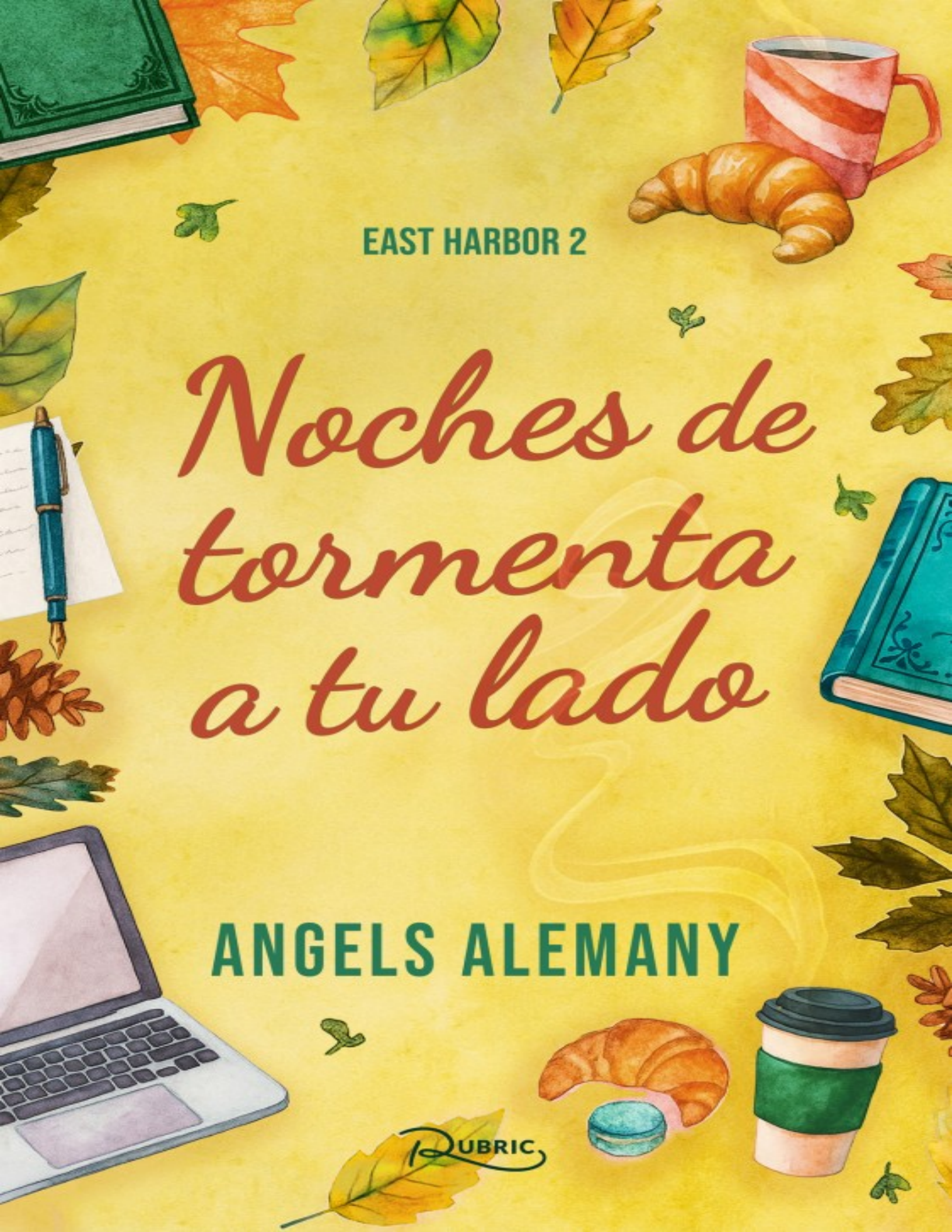
EAST HARBOR 2

Noches de tormenta a tu lado

ANGELS ALEMANY



RUBRIC

Derechos de autor © 2025 Angels Alemany

Edita: Rubric
www.rubric.es
C/ María Díaz de Haro, 13 1ºa
48920 Portugalete
Tel. 688611213

ISBN: 979-13-990780-4-6

Depósito legal: BI-001247-2025

Diseño de cubierta e ilustraciones interiores: Amparo Tárrega
(@muyyoamaparotarrega)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Derechos de autor
¡Welcome to East Harbor!
Personajes de la serie
Listado de canciones
Prólogo
Septiembre
1. El mejor lugar del mundo para vivir
2. La chica nueva
3. ¿Por qué East Harbor?
4. Solo es una chica que acaba de llegar al pueblo
5. Imagen de marca
6. El juego
7. No debería hacerme ilusiones
8. Asuntos sin resolver
9. Hacen buena pareja
10. A veces me trae café
Octubre
11. Es solo lluvia
12. Una caprichosa que juega a ser pobre
13. Seguro que hay más sitios
14. Normas de convivencia

15. Ahora vives aquí
16. El que cocina no friega
17. El primero en levantarse hace café para los demás
18. Un libro como nosotros
19. Dos tetas, una vagina…
20. Un futuro escrito por otros
21. Miente, miente, miente
22. No me arrepiento
23. ¿Vas a hablarme de ella?
24. ¿Te gusta mi hermano?
25. Le gustas
26. Noche de tormenta
27. Estoy aquí por mi madre
28. Te ayudaré a encontrarla
29. Esto va a cambiar a partir de ahora
30. El listón está muy bajo
31. ¿Será ella?
32. Noche de chicas
33. ¿Soy un rollo?
34. Busco a mi madre
35. Muchas preguntas
36. Debo regresar
37. Fotopollas y otros argumentos
38. Una sorpresa
39. La apuesta
40. Familia
41. Yo nunca
42. Mi casa está en East Harbor
43. Lauren, Daniel, Rebecca y Jackson

44. Chanel Cavendish
45. Bienvenida a Nueva York
46. Un misterio más
47. Conversación pendiente
48. Como un sueño
Noviembre
49. La última pieza
50. La vida no es una novela romántica
51. Sigo sin entender nada
52. Lo mejor para todos
53. #Chay
Epílogo
East Harbor 3:
¡YA EN PREVENTA!
Serie East Harbor
Otras obras publicadas
Nota de autora
Agradecimientos
Angels Alemany

A esas personas que son familia sin compartir lazos de sangre

¡Welcome to East Harbor!

East Harbor es un lugar donde la vida gira en torno a los turistas que llegan en verano, las barcas que zarpan al amanecer y las cosas sencillas que encierran la felicidad más absoluta, como desplazarse en bicicleta mientras sientes cómo la suave brisa mece tu pelo, o competir en unas carreras de relevos en la famosa feria de verano.

Tiene un solo gimnasio, la ropa de las tiendas de moda es algo vintage y en los supermercados no encontrarás todo el surtido de productos que hay disponible en las ciudades.

Pero hay langosta. Mucha. Y la puedes encontrar de todas las maneras en todos los restaurantes. Quesadillas de langosta, *mac and cheese* con langosta, ensalada de langosta… ¡hasta el famoso gofre con langosta!

El wifi va lento, aunque los rumores vuelan. Las noticias corren más rápido que el viento, y en cuanto alguien nuevo pisa el muelle, medio pueblo ya ha hecho sus apuestas sentimentales.

Y, sin embargo, pese a todo, East Harbor es hogar. Uno de esos lugares que te reciben con sal en el aire, arena en los zapatos y una comunidad que a veces se mete demasiado en tu vida… pero que nunca te deja de lado.

IMPORTANTE: Todos los libros de esta serie se pueden leer de manera independiente.
No obstante, si quieres leer EAST HARBOR 1 antes que este, haz clic aquí.

Personajes de la serie

JAY. Camarero en el Joe's, aunque desea dedicarse a algo más creativo. Le gustan los hombres y también las mujeres.

CHARLOTTE. Acaba de llegar a East Harbor y va a abrir una librería. Guarda un enorme secreto y está ahí por una misión.

HARPER. Casera de JAY. Los fines de semana va al pueblo y se convierten en compañeros de piso.

BIANCA. Mejor amiga de CHARLOTTE. Muy superficial, su objetivo es pescar un marido que pueda mantener su nivel de vida.

HOLLY. Era camarera en el bar de su padre, JOE. Pero su verdadera vocación es la fotografía y, por eso, ahora trabaja en un periódico importante de Maine como fotógrafa de deportes. También es amiga de JAY.

DUNCAN HARRIS. Jugador de hockey profesional. Ahora está jugando en su equipo en Europa y mantiene una relación a distancia con HOLLY.

JOE. Padre de HOLLY, jefe de JAY y dueño del Joe's. Conoce a todo el mundo.

MADISON. Amiga de HOLLY y JAY. Es peluquera y regenta el único salón de belleza del pueblo. Tiene tres perros y un gato, todos con nombres de superhéroes.

CALEB. Veterinario y novio de MADISON. Fue un flechazo.

BETH. Hermana de Jay. Es muy enamoradiza. Besó a DUNCAN porque pensó que él estaba interesado en ella.

JAMES. Primo de CHARLOTTE. Presiona para que regrese a casa.

WILL. Amigo de CHARLOTTE. También presiona para que regrese.

JAKE MATHEWS. Periodista deportivo. Mantuvo una fugaz relación con HOLLY. Ahora son compañeros de trabajo.

Listado de canciones



ICARUS - Tony Ann

As It Was - Harry Styles

Mockingbird - Eminem

Do It for Me - Rosenfeld

Accidentally in Love - Cole Swensen

Selfish - Justin Timberlake

bad idea right? - Olivia Rodrigo

Under The Influence - Chris Brown

Champagne Supernova - Jillette Johnson, OurVinyl

STAY - The Kid LAROI, Justin Bieber

INDUSTRY BABY - Lil Nas X, Jack Harlow

Make You Mine - Madison Beer

Something Just Like This - The Chainsmokers, Coldplay

Love Story - Taylor Swift

number one girl - ROSÉ

I Wanna Be Yours - Arctic Monkeys

Prólogo

CHARLOTTE

Llevo recabando información sobre East Harbor desde que mi abuela me confesó el secreto mejor guardado de esta familia, dos días antes de que su corazón latiera por última vez. Puede que tengan razón mis tíos y solo fueran desvaríos de una anciana senil. Pero algo dentro de mí se niega a creer que estuviera loca. La manera en que me miró al revelarme aquello me hace pensar que jamás habló con tanta verdad. La sinceridad no es algo común en mi familia, siempre me he criado en un mar de hipocresía y mentiras. No obstante, todo lo que dijo tiene sentido y sería la razón que explicaría todo.

East Harbor es un pequeño pueblo ubicado en una islita pegada a la costa de Maine, a tres horas de Portland. Un lugar que desconocía hasta hace poco. Tiene una fuerte tradición pesquera y un gran turismo de cruceros en verano. Su principal producto es la langosta. He estado viendo imágenes y me parece una maravilla. Me muero de ganas por mudarme allí, seguro que es mucho más tranquilo que esto.

Sigo haciendo las maletas mientras reviso la lista de tareas para asegurarme de no dejar nada pendiente, no desearía volver hasta aquí por una tontería. Quizá esta sea la mayor locura que he cometido en toda mi vida. «Quizá», no. Lo es, seguro. Jamás he sido tan impulsiva e irresponsable, pero hay algo que me incita a hacerlo, algo que me dice que allí están todas las respuestas que busco.

Ojalá pueda encontrarme a mí misma.

Septiembre

1. El mejor lugar del mundo para vivir

JAY

«Mi hijo no será un maricón» fue la frase que me trajo hasta este pueblo que me acogió y que me ha robado el corazón.

Mi padre me pilló besándome con un chico y, al llegar a casa, me encontré varias maletas en mi puerta, esa frase lapidaria y la mirada huidiza, aunque triste, de mi madre. Sé que ella no estaba de acuerdo porque sus ojos, cuando lograban conectar con los míos, así me lo confirmaban. Pero sus valores le impidieron enfrentarse a mi padre. Nunca he regresado, ya que no soy bienvenido, ni siquiera en fechas tan señaladas como Acción de Gracias o Navidad.

Si Dios no hubiera querido que amáramos a personas del mismo sexo, no habría añadido esa opción a la hora de crearnos. Eso es lo que yo pienso. Pero ellos discrepan y opinan que es algún fallo de fábrica que hay que reparar o, en caso contrario, tirar a la basura.

La comunicación entre nosotros es nula. Para mi padre, dejé de existir el mismo día que descubrió que también me gustaban los chicos. Entonces, me convertí automáticamente en un «degenerado que no pisará esta casa hasta que regrese al buen camino», entre otras lindezas propias de un ser retrógrado como él y que me negué a seguir escuchando. Nunca he vuelto a saber nada de ellos. No obstante, Beth, que siempre sintió cierta admiración hacia su hermano mayor —yo—, viene a visitarme y tenemos una relación bastante estrecha. Además, hablamos casi todos los días.

Conduje sin rumbo hasta que llegué aquí, a East Harbor. Estaba suficientemente alejado de casa, era bonito, agradable, y la simpatía de la gente se me contagió. Entré en un bar, estaba sediento, pero

solo tenía unos dólares en mi bolsillo y no quería malgastarlos. Así que pedí un vaso de agua del grifo.

El hombre me miró curioso.

—Tú no eres de aquí y no tienes pinta de turista —comentó vagamente, sin darle mucha importancia al asunto. Me caló enseguida.

—¿Sabes de algún sitio en este pueblo en el que necesiten personal? —me atreví a preguntar, desesperado por encontrar rápidamente una fuente de ingresos.

—¿Qué sabes hacer, muchacho?

—Nunca he trabajado, pero puedo aprender cualquier cosa, de verdad.

El hombre volvió a mirarme, aunque esta vez parecía analizarme. Desvió su vista a varios lados del local y luego volvió a centrarse en mí.

—¿Puedes recoger esas dos mesas de ahí? —pidió señalando hacia un punto a mi espalda.

Me quedé de piedra. Tanto que él tuvo que alzar las cejas y hacerme un gesto con las manos para que pudiera reaccionar. Me giré y divisé un par de mesas que acababan de dejar vacías, pero, como estaban tan desbordados, nadie había podido encargarse de ellas aún.

—Ehm…

—Mira, no sé lo que te ha traído hasta aquí, ni es asunto mío. Pero me ha gustado tu honestidad y, si estás dispuesto a trabajar, en este bar siempre habrá un puesto para ti.

Así fue como Joe se convirtió en mi jefe y casi en un padre. Me dio trabajo, me ayudó a conseguir un lugar en el que quedarme temporalmente hasta que pudiera pagar un alquiler y me dio un plato de comida casera y deliciosa cada día, aunque no fuera mi turno. Más tarde aprendí que en East Harbor todos son así y por eso nunca más quise irme. Esta comunidad es ahora mi familia.

Siempre tuve muy claro que me gustaban las chicas. Me codeaba con los alumnos más populares del instituto y me ligué a la increíble Vanessa Lockhart, quien dos años más tarde decidió cambiarme por

el capitán del equipo de fútbol. Decían las malas lenguas que llevaban un tiempo juntos antes de que ella me dejara. Quizá tuvieran razón. No sé qué me impulsó a enrollarme con Matt Lewis, un genio de las matemáticas y de la informática que estoy seguro de que llegará muy lejos, pero lo hice. Y, lejos de causarme el rechazo que pensé que sentiría, me gustó. Mucho, joder.

Tuve una crisis de identidad. Pensé que me había vuelto gay. No lo hablé con nadie porque mi familia es ultraconservadora y mi madre trabajaba en la iglesia a la que íbamos todas las semanas. Era imposible que lo comprendieran. Vi mucho porno gay y experimenté con otros chicos. Pero seguía poniéndome cachondo al ver unas tetas enormes o una falda demasiado corta. No me entendía. Por suerte, estos años he experimentado tanto con hombres y mujeres que he podido asimilar que no me ocurre nada malo, no estoy estropeado y no soy ningún degenerado. Simplemente soy bisexual y es tan normal como lo demás. ¿Por qué debería conformarme solo con la mitad de la población, sea cual sea?

En fin, que me estoy enrollando demasiado. East Harbor es el mejor lugar del mundo para vivir y os lo pienso demostrar.

2. La chica nueva

JAY

Los días en el Joe's se pueden hacer eternos, sobre todo ahora que Holly ya no trabaja aquí. Ella era mi *compitrueno,* mi amiga, mi compañera de trabajo, la persona que lograba que mi día a día en el bar se hiciera menos pesado. Pero le salió la oportunidad de su vida en uno de los principales periódicos de Maine, lo cual significaba que debía mudarse a Portland, y se marchó para perseguir su sueño. Un hecho que tanto a Madison —la otra integrante de nuestro grupo, quien trabaja en su propio salón de belleza— como a mí nos dejó un poco destrozados, aunque no queramos decírselo mucho porque debe quedarse allí. Es una oportunidad magnífica y nos alegramos mucho por ella, si bien es evidente que su marcha se ha notado en el pueblo. No solo por los cotilleos que se oyen últimamente, pues antes la mayoría eran en torno a ella, sino porque Joe, mi jefe y su padre, está bastante despistado. No quiere que los demás lo notemos, pero es obvio que la echa de menos.

En septiembre todavía llegan bastantes turistas, aunque se nota que la temporada se está acabando. Los días son cada vez menos soleados, la temperatura ha empezado a bajar y los negocios hacen números para comprobar si la caja que han hecho estos meses sirve para cubrir el invierno. Por eso estoy en el despacho de Joe, ayudándole con un Excel.

—¿Ves? Aquí está el error, no se actualizó esta fórmula y entonces no se añadieron todas las celdas a la suma. Por eso, el resultado era un número tan bajo —le explico tras un buen rato de analizar todos los datos.

—¡Vaya! Esto ya es otra cosa. Ya pensaba que tendría que cerrar el bar y buscarme un nuevo trabajo.

—¿Estás de coña? El Joe's es el negocio más rentable. Si tú cierras, ¿qué opciones tienen los demás?

—Eso de que es el más rentable solo os lo he oído decir a ti y a Holly. —Se le entristece la mirada un segundo y luego sonríe. Es la misma contradicción que siento yo, porque la echo de menos, pero ella es muy feliz ahora—. No sé en qué os basáis.

—Mira estos números, Joe. —Le señalo la pantalla y él hace un gesto con la mano, indicándome que eso no es nada—. Te compraste una *pick-up* nueva hace unos años y podrías haber mandado a Holly a la universidad sin muchos problemas, no es algo que pueda decir cualquiera de este pueblo.

—El coche fue un capricho, pero sabes que soy un hombre de gustos sencillos y la vida aquí es barata.

Dejo de insistir porque es una discusión que no tiene sentido. Él sabe que tengo razón, pero no lo va a admitir porque es así de humilde.

—Bueno —carraspeo—, si no me necesitas para nada más, vuelvo a trabajar. No quiero que mis compañeros piensen que tengo algún trato de favor —bromeo.

Joe se ríe.

—A alguien le tengo que dejar el negocio cuando me jubile, y tú me has demostrado que sabes hacerte cargo del bar en más de una ocasión.

Abro mucho los ojos porque, aunque es cierto que cuando necesita ausentarse me deja a mí al mando, no me esperaba esta propuesta.

—¿Yo…? —Me señalo a mí mismo—. Pero si no tengo ninguna formación ni experiencia casi.

—Eres el único, junto a mi hija, que ha trabajado aquí de manera indefinida durante varios años. No eres alguien que contrate en verano para ayudarme a cubrir la demanda del turismo. Y ahora que ella se dedica a perseguir su sueño…

—Joe, de verdad que me halaga, pero… —alza una ceja— me he matriculado en diseño gráfico a distancia. No quiero que te lo tomes a mal, me gustaría hacer algo más… creativo.

Él me observa serio un par de segundos y luego sonríe.

—Así me gusta, hijo —expresa dándome una palmada en el hombro—. Que no te conformes con nada.

—De todas formas —continúo—, te faltan muchos años para jubilarte, Duncan se habrá retirado y seguro que tu hija regresa aquí y se hará cargo del bar mientras tú te dedicas a cuidar a tus nietos.

Por si no lo sabéis, Duncan es el novio increíblemente *sexy* y guapo a rabiar de Holly. Es jugador de *hockey* y está en un equipo importante del norte de Europa.

—Hoy en día los deportistas se retiran más tarde.

«Cierto».

—Pero eres muy joven —rebato haciéndole entender que, por muchos años que su yerno siga jugando al *hockey,* será antes de que él tenga edad para dejar de trabajar.

Estoy seguro de que para entonces Holly y Duncan estarán casados, tendrán un montón de críos, y no encontrarán un mejor lugar para vivir que este pueblo que fue testigo de su amor adolescente.

Joe se ríe y se rasca la mandíbula.

—Me gusta lo que has dicho de los nietos. ¿Crees que volverán algún día?

«Eso espero».

—¿Estás de coña? Pasarán unos años por ahí, labrándose una carrera, pero sabes tan bien como yo que este pueblo tiene algo especial. Además, aquí tienen a su familia.

Asiente y me despido de él con un movimiento de cabeza. Salgo al salón, donde a esta hora empiezan a llegar clientes que hacen una pausa en sus trabajos. Vienen, se toman un café, un sándwich o, incluso, un desayuno tardío. Cualquier cosa mientras aprovechan para ponerse al día de los cotilleos.

No me cuesta nada coger el ritmo y los minutos pasan volando. Lo bueno de este trabajo es que te mantiene activo. Al principio me costó y llegaba a la noche sin ganas de nada. Pero ahora ya me he habituado y los días que no trabajo necesito salir a hacer deporte y quemar la energía que no gasto sirviendo mesas.

La campanita de la puerta suena de manera constante, tanto que ya ni la oigo. A cada minuto hay alguien entrando o saliendo. Pero,

cuando una chica menuda, con los ojos negros y el pelo largo, oscuro y liso se acerca a la barra, no puedo evitar fijarme en ella. Tiene un flequillo largo y abierto hacia los lados muy ochentero, aunque la moda es cíclica y todo vuelve.

—Hola —saluda, y me dedica una sonrisa—. ¿Podría pedir un café con un chorrito de leche, por favor?

El grado de cortesía al pedirlo capta toda mi atención. Normalmente dicen «¿me pones un café?», o, simplemente, «un café, por favor».

—Por supuesto —respondo con la misma amabilidad que ella me brinda—. Enseguida te lo sirvo.

Termino el pedido que estaba preparando y se lo dejo a mi compañero para que lo lleve a la mesa mientras agarro una taza y voy hasta la máquina. Pongo una medida de café y coloco el brazo en su posición. Le doy al botón y el ruido infernal llena este espacio a la vez que el aroma a café recién hecho activa mis fosas nasales.

Me fijo en cómo ella inspecciona el local con curiosidad, reteniendo cada detalle como si estuviera tomando notas mentales.

—¿Estás de vacaciones? —asumo mientras le sirvo la humeante taza.

—¿Eh? —pregunta, distraída, volviendo a fijar su mirada en mí—. No, me acabo de mudar.

—¡Vaya! Soy Jay. —Le tiendo una mano por encima de la barra y ella me la estrecha con muy poca fuerza.

—Cha… —carraspea—, disculpa. Yo me llamo Charlotte.

—Bienvenida a East Harbor.

—Gracias.

—¿Qué te trae por aquí? —indago, curioseo. No llegan nuevos vecinos nuevos todos los días, por lo que, cuando esto ocurre, hay cierto interés en saber qué les ha llamado de este pueblo para que decidan establecerse en él.

—Voy a abrir una librería en el local de aquí al lado —explica mientras señala la pared que comunica su comercio con el bar.

Esta información me pilla por sorpresa. No es lo más común que alguien llegue y monte un negocio, así como así. No aquí, al menos.

—¿En serio? —Me apoyo en la barra y, ahora que estoy más cerca de ella, percibo su aroma con más facilidad. No es el típico perfume que usan las chicas del pueblo—. ¿En septiembre? ¿No es un poco arriesgado? Quiero decir… —añado de manera veloz echándome hacia atrás de nuevo y maldiciéndome por entrometerme así en la vida de alguien que no conozco en absoluto.

—Lo sé, lo sé. Pero he hecho mis estudios de viabilidad. La librería más cercana está bastante lejos de aquí y me gustaría dinamizar el pueblo con actividades literarias y culturales, hacer presentaciones, talleres, clubs de lectura…

—¡Vaya! Me gusta cómo suena eso —comento con una sonrisa.

Ella se sonroja y da vueltas a la taza con la cucharita de manera nerviosa.

—También me gustaría promover a autores locales o independientes —continúa con la cabeza gacha.

—¡No me digas! —exclamo, y ella me devuelve la mirada y la sonrisa, al darse cuenta de la admiración con la que la estoy observando—. Mi hermana ha escrito como ocho novelas, pero no deja que nadie las lea.

—Es más común de lo que crees —asegura—. Aunque, si se anima a publicar algo, estaré encantada de hacerle un hueco.

La observo dar un trago al café y me quedo paralizado al ver la manera en que sus labios rojos se chocan al soltar la taza y cómo su lengua se desliza inocentemente sobre ellos para retirar un poco de espuma. Es una imagen hipnótica, aunque me obligo a desviar la mirada, no sea que alguien se piense que soy un pervertido.

Percibo que me llaman desde varias mesas y me reprendo por estar perdiendo el tiempo de esta manera tan poco profesional. Porque la chica es guapa y tiene un aura alrededor que presagia una historia subida de tono. Porque la imagen de sus labios rojos sobre mi polla me la pone dura y no es el momento ni el lugar. Porque hasta hace apenas tres minutos habría asegurado que la herida de mi última relación no se había cerrado. Pero la veo y siento que Yiannis y su miedo a salir del armario han quedado superados. No os equivoquéis, sigo sin creer en el amor a primera vista. Solo es una chica guapa que me ha llamado la atención lo suficiente como para

darme cuenta de que aquel capítulo de mi vida está completamente terminado y de que estoy listo para volver al ruedo sin arrastrar a nadie más a mis dramas.

—Bueno —balbuceo—, si necesitas ayuda con algo, ya sabes dónde encontrarme.

Me aclaro la garganta y me obligo a eliminar todos esos pensamientos que empezaban a surgir.

—Muchas gracias, eres muy amable —agradece con una sonrisa, a punto de dar otro sorbo.

Le guiño un ojo y salgo disparado para atender a otras mesas. Seguir trabajando es lo que necesito para rebajar este calentón absurdo.

3. ¿Por qué East Harbor?

CHARLOTTE

Llevo toda la mañana limpiando este local y empiezo a tener cada vez más clara la distribución. Detrás del escaparate, me gustaría ubicar unos sillones para el club de lectura y que sirva también de espacio para presentaciones o cualquier otro evento. De modo que, si alguien pasa por delante de la librería y ve movimiento, quizá se anime a entrar. Y toda esta parte de aquí —que no veis, pero me refiero al resto— estará llena de estanterías con las novedades más jugosas de todos los géneros.

No sé cuánto tiempo me quedaré en este lugar, pero, mientras dure mi investigación, necesito una coartada, una excusa, una vida normal. No puedo levantar sospechas, de lo contrario mi objetivo corre peligro. Y he arriesgado mucho para venir hasta aquí.

El móvil suena e imagino quién es porque lleva haciéndolo un buen rato mientras no para de mandarme mensajes. Lo entiendo, pues, en caso de haber sido él quien se hubiera largado sin despedirse, con toda probabilidad yo estaría subiéndome por las paredes.

—¡Joder! Por fin te dignas a dar señales de vida —me reprocha, aunque su tono denota cierto alivio.

—¿Leíste la nota?

—Sí. —Bufa. Se le nota muy molesto—. ¿A qué juegas? Tu familia está aquí. Yo estoy aquí…

—Tengo que encontrarla.

—Tu abuela no decía más que tonterías. ¿Quieres olvidarlo, por favor?

—¿Y si tenía razón? —insisto.

—¿Y si no?

Ahora bufo yo. Por eso no quería responder.

—No pienso volver hasta dar con ella. Me da igual lo que penséis. Sé que es verdad.

«Tiene que serlo».

—¿Y qué si es verdad? ¿Cambiará algo? ¿En serio vas a abandonar los estudios por una ilusión que no sabes cómo va a terminar?

—Mis estudios me importan muy poco ahora mismo.

Sé que quiere responder mil cosas, pero sabe que no va a conseguir nada por esa vía y lo oigo respirar para calmarse.

—Solo espero que no te estés equivocando.

Cuelga y me quedo hecha polvo. Quizá él sea la única persona de todos ellos que vale un poco la pena, que me entiende, que me… quiere. Estoy harta de tener que ser otra persona y de vivir en un mundo que no siento como propio. Harta de aparentar, de quedar bien, de hacer lo que se espera que haga. Y él es la única persona que respeta esa parte de mí que a veces dejo asomar cuando me siento segura. Esa parte de mí que mi familia no acepta y que siempre ha tratado de erradicar. Porque lo que yo quiera o sienta no importa.

Me derrumbo en el suelo —ahora limpio— y escondo mi rostro entre mis manos. Lloraría si me quedaran lágrimas, pero hace cuatro años que las agoté todas. Cuatro años desde que mis padres murieron en aquel trágico accidente de avión y mi vida se puso del revés. Porque era menor y mis tíos se convirtieron en mis tutores. Tuve que mudarme con ellos y mi primo y ajustarme a su vida.

—Perdón, si molesto puedo venir en otro momento…

Me obligo a levantarme para darme de bruces con ese camarero tan amable y guapo —ciega no soy— que me atendió hace unas horas.

—Tranquilo. Aunque, si venías a por un libro, lamento decirte que están todos vendidos —comento recurriendo al humor para olvidar ese bajón momentáneo.

—¡Qué lástima! —me sigue la corriente y ambos sonreímos. Siento un calor en el pecho que me alivia la angustia de hace apenas unos segundos.

Lo veo cavilar su siguiente comentario, como si quisiera preguntarme algo, pero no se atreviera.

—¿Qué te trae por aquí? —me adelanto antes de que pregunte algo que no quiero responder.

—Yo… ehm… —Se mete la mano en el bolsillo y saca varios billetes de un dólar y unas monedas—. Te traigo el cambio. Te has ido antes de que pudiera dártelo. —Lo miro fijamente. No es posible que venga por esto. Carraspea—. En realidad, habría venido antes, pero ahora es cuando he terminado mi turno.

—No esperaba cambio. Eso era la propina —aclaro.

Abre mucho los ojos, mira el dinero que hay en su mano y luego a mí, para luego negar con la cabeza.

—Solo te has tomado un café.

—¿Y…?

—Que es mucha propina. Es más de lo que cuesta un café en sí.

—Bueno, creo que solo por haber venido a devolverme ese cambio ya te lo mereces. Cualquiera se lo habría quedado sin más.

—Yo no soy cualquiera.

Lo observo con interés. No lo conozco en absoluto, aunque no me importaría seguir haciéndolo. Es tan distinto a la gente con la que estoy acostumbrada a relacionarme…

—Ya lo creo que no.

—Yo… —insiste— no me siento cómodo quedándome con tanto dinero. Estás montando un negocio y lo vas a necesitar.

«Es que eres tan mono…».

«Basta, no puedes pensar esas cosas».

Carraspeo porque empezaba a sonreír por algún tipo de encantamiento que me genera este chico y uno mis manos detrás de mi espalda.

—¿Y si me invitas a un helado? Y de paso me enseñas un poco este lugar… ¿Así quedaría saldada tu deuda?

Me recrimino mentalmente por haber dicho esto, pues no puede sonar más a cita y es lo último que necesito ahora mismo. Pero su semblante cambia y se ilumina. Tiene una sonrisa preciosa y sus ojos se achinan un poco. Me muerdo el labio. No debería estar

fijándome en esas cosas. Es un chico. Un chico normal. Muy guapo, pero normal. Y con una sonrisa preciosa.

«Eso ya lo has dicho».

—Cuando quieras. Tenemos una heladería muy buena en el pueblo. Siempre hay cola y todos los días se agotan a la hora de cerrar. Está cerca del puerto y… —carraspea—. En fin, que tienes al mejor guía turístico de East Harbor frente a ti. —Abre los brazos de par en par y solo le falta decir «tachán»—. Bueno, quizá no sea el mejor, pero tendrás que conformarte.

Se ríe nervioso y no puedo evitar fijarme en cómo se estiran sus labios y cómo gesticula, cómo se pasa la mano por el pelo y se despeina un poco, en las pecas que adornan su cara o en esos ojos de un color verde que no tenía el privilegio de haber contemplado jamás, en los músculos que se marcan en el brazo mientras lo mueve o en lo jodidamente *sexy* que es todo él.

Me reprendo por ello, pues no está bien que me fije de ese modo en ningún chico.

—¿Has comido? —Sus palabras me devuelven a la realidad.

—No. ¿Qué hora es? —pregunto buscando mi teléfono en el bolsillo.

—¿Llevas todo el día aquí? Venga, vamos a por unos tacos.

—¿Tacos?

—¿No sabes lo que son?

¿Debería avergonzarme por no saberlo? Es algo que se come, ¿no?

—Sí, claro —miento, y su cara me confirma que no se lo ha tragado, pero parece no querer humillarme.

Me tiende una mano con una sonrisa irresistible y la agarro. El tacto es cálido y áspero. Lo sigo al exterior y cierro la puerta con la llave.

Caminamos calle abajo a una distancia prudencial el uno del otro. Pasamos por delante del Joe’s y por varias tiendas de todo tipo. Jay me habla sobre cada uno de los negocios y de la gente que los regenta. Me asombra lo mucho que los conoce a todos ellos, como si fueran familia. Es posible que lleve bastante tiempo aquí, o que haya

nacido en East Harbor. Si lo llego a conocer lo suficiente, quizá pueda ayudarme en mi misión.

Nos cruzamos con turistas y locales y yo admiro la arquitectura de cada edificio. Son pequeñas estructuras de dos o tres alturas, sencillas y antiguas, aunque algunas están muy bien reformadas. No tiene nada que ver con el lugar de donde vengo. Aunque hay muchos coches, también hay mucho movimiento en bicicleta, lo cual me llama poderosamente la atención. Yo ni siquiera sé montar en bici.

Giramos a la izquierda y pasamos por un pequeño parque en el cual hay varios niños jugando. No puedo evitar sentir envidia al ver lo felices que son tan solo corriendo y jugando con libertad. Ojalá yo hubiera tenido una infancia así.

—¿Por qué East Harbor? —oigo que me pregunta, y se detiene.

Me encojo de hombros.

—Me gusta este sitio. Es todo lo contrario a lo que conozco.

—¿De dónde vienes?

«No se lo digas. Invéntate algo».

—Nueva York.

«A la mierda».

Eleva mucho las cejas, completamente sorprendido por esta información que claramente no se esperaba.

—¡Vaya! Pues sí que es diferente, sí. —Se rasca la barbilla—. Bueno, nunca he estado allí, pero, por cómo se muestra en las películas, ya sabes, los rascacielos impresionantes, la cantidad de gente en todas partes, los coches…

—Es así y peor —aseguro con resignación—. Es muy agobiante.

—Pues bienvenida a la antítesis de Nueva York —declara abriendo los brazos—. Y bienvenida al Jalapeños. —Señala tras su espalda.

Jalapeños. Vale, supongo que será comida mexicana. Me emociona probar algo nuevo.

Inspecciono el restaurante. Tiene una pequeña terraza en la que hay varias mesas llenas. La barandilla es roja y la pared color crema, aunque necesitaría un poco de mantenimiento. La arquitectura es la propia de la zona, la cual cada vez me gusta más, y el cartel es de un azul que contrasta con lo demás.

Jay entra y lo sigo. Lo veo hablar con el camarero como si fueran colegas de toda la vida y me presenta como «la nueva vecina del Joe's».

—¿Qué vas a montar? —me pide con real interés.

—Una librería —respondo con una timidez impropia de mí.

—Qué interesante.

El chico sonríe y nos guía hasta una mesa al lado de la ventana. Nos deja las cartas y se despide de nosotros guiñándole el ojo a Jay.

—No seas idiota —masculla mi acompañante dirigiéndose hacia el camarero, el cual no parece nada molesto con el comentario.

Me aclaro la garganta y atrapo una de las cartas.

—Te recomiendo cualquiera de los tacos. Están todos buenísimos. Aunque puedes elegir lo que más te apetezca.

—¿Qué vas a querer tú? —pregunto, agobiada por la indecisión más absoluta.

—Los tacos de langosta, por supuesto —declara con los brazos cruzados sobre la mesa. Creo que viene mucho por aquí o siempre pide lo mismo, porque no ha tenido que revisar nada, como si ya supiera lo que iba a pedir antes de entrar.

—Pues eso mismo comeré yo.

—Sabia elección.

4. Solo es una chica que acaba de llegar al pueblo

JAY

Madison:
He oído que ha llegado una chica nueva a East Harbor y que ayer le estuviste enseñando el pueblo. Guiño, guiño, codazo, codazo.

No sé si conocéis cómo es la vida en un lugar como este, pero os lo voy a resumir en muy pocas palabras: el wifi a veces va lento, sin embargo, los cotilleos viajan a la velocidad de la luz.

No siempre es algo malo. Tengo la suerte de vivir en una comunidad que es como una familia. Todos nos conocemos, todos nos ayudamos. Si alguien tiene un problema, en cuestión de minutos tiene a varias personas dispuestas a echarle una mano sin pedir nada a cambio. «Hoy por ti, mañana por mí» es una frase que se oye a todas horas.

¿Lo malo? Que cualquier cosa que hagas a ojos de los demás correrá como la pólvora. Como, por ejemplo, ir a cenar con Charlotte. No hay nada de especial ni romántico en ello, pero supongo que ahora todos piensan que estaba ligando con ella. Y, quizá, puede que tuvieran algo de razón.

Holly:
¿Una chica nueva? Pobrecilla, la que le espera.

Madison:
Pensé que estabas trabajando y que por eso no podíamos hacer una videollamada.

Holly:
Así es. Estamos en el descanso. Vuelvo en diez minutos. Los Celtics van ganando.

Yo:
Se llama Charlotte. Va a abrir una librería al lado del Joe's.

Holly:
No se lo ha pensado bien.

Yo:
¿Celosa, cariño?

Holly:
Me rompes el corazón.

Madison:
Por favor…

Me río al imaginármela poner los ojos en blanco. Madison, Holly y yo somos muy amigos desde que llegué. A Holly la conocí el segundo día.

Estaba dando una vuelta para descubrir el pueblo y al entrar en el Joe's me confundió con un turista. Ella empezó a insinuarse y yo tenía muy poco control en aquella época. Dios quiso que Joe apareciera por ahí en ese momento y me mandara hacia su despacho con una cara que no auguraba nada bueno. Me acojoné. Llevaba un día trabajando allí y sabía que no había superado la prueba. El hombre tan afable que me dio un mandil por pena me iba a echar a la calle como a un perro.

—No te pago para que te acuestes con mi hija —me acusó señalándome con un dedo.

—¿Cómo? ¿Quién es tu hija?

No entendía nada.

—No te hagas el idiota. ¿Ha habido algo entre vosotros?

—No he tenido nada con nadie —aseguré sin tener ni idea de qué estaba ocurriendo. Era un recién llegado al pueblo, no me había dado tiempo.

—Te acabo de ver, muchacho —me advirtió. Todo su cuerpo mostraba tensión—. Sé cómo la miráis los chicos como tú.

Abrí mucho los ojos, me giré hacia la puerta del despacho y luego lo volví a mirar a él.

—¿Ella es tu hija? —elucubré sin ser capaz de creérmelo. Esa chica a la que hacía referencia debía tener mi edad. Joe no parecía tan mayor, así que supuse que había sido padre bastante joven.

—Será mejor que te mantengas alejado de ella. No sé por qué has aparecido en este pueblo y no te he pedido explicaciones de nada porque realmente no es de mi incumbencia. No eres el primero que ha decidido empezar de cero en un lugar como este. Si un día quieres compartirlo conmigo, seré todo oídos. Pero entiendo que te cueste confiar, a todos nos pasa cuando llegamos. —Por cómo suavizó su mirada al decirlo, entendí que se refería a él mismo—. Ahora bien —volvió a la carga con un dedo acusador que no temblaba al señalarme—, no quiero más dramas con mi hija, ¿de acuerdo?

Aunque ahora entiendo a qué se refería con «dramas» y a qué venía tanto revuelo por un tonteo que no llegó a nada, por aquel entonces no era capaz de comprenderlo. Aun así, necesitaba el trabajo y haría todo lo que me pidiese porque me había dado una oportunidad que no podía permitirme echar a perder.

—No te preocupes por mí. No quiero problemas —accedí.

—Perfecto. Puedes ponerte el mandil, tu turno empezó hace diez minutos.

—Lo siento. Me quedaré más tiempo —me ofrecí desesperado.

—No hace falta. Soy yo quien te ha retenido aquí.

—Gracias, señor.

—Joe. Llámame Joe.

Cuando Holly me vio con el mandil se puso roja y se apresuró a pedirme disculpas por lo que fuera que su padre me hubiera dicho. La tranquilicé con un gesto y me mantuve bastante alejado de ella durante un tiempo.

Pero la amistad surgió sin más al trabajar juntos, teníamos la misma edad, gustos, inquietudes…, y poco a poco me incluyó en sus planes con Madison, con quien también congenié muchísimo por los mismos motivos. Son dos chicas estupendas, de las que vale mucho la pena tener como amigas. Y yo jamás sacrificaría su amistad por nada.

Madison:
¿Podemos hablar de lo importante? ¿Es guapa? ¿Te gusta? ¿Has pasado página?

Holly:
¿Os habéis besado?

Madison:
Más vale que respondas pronto, si no ya sabes cuál será la próxima pregunta de Holly.

Yo:
Sois unas morbosas. Solo es una chica que acaba de llegar al pueblo.

Holly:
Claro. Le estás mostrando la hospitalidad propia de East Harbor.

Yo:
Exacto.

Holly:
Seguro que no has recreado ninguna imagen guarra en tu cabeza.

¿Cómo lo sabe?

Madison:
Qué mente más sucia tienes a veces, Holly.

Holly:
Piensa mal y acertarás. ¿Verdad, Jay?

Yo:
Tienes razón. Me la imaginé… ya sabes.

Holly:
¡Lo sabía!

Madison:
Sois todos iguales, qué asco.

Holly:
Chicos, tengo que volver al curro. No habléis mucho sin mí.

¡Os quiero!

Yo:
Disfruta del partido y haz unas fotos increíbles.

Me relajo en el sofá y busco el canal. No me encantan los deportes, aunque, desde que vivo aquí y trabajo en un bar donde

siempre hay algún partido de algún deporte en la tele, me he acostumbrado a verlos.

En algunas ocasiones, mientras miro un partido en el que sé que mi amiga del alma está trabajando, la veo al pie de campo haciendo fotos de los mejores momentos. No es algo en lo que cualquiera se fijaría, pero ves una melena rubia con un objetivo enorme en la cámara y sabes al instante que es ella. Si la conoces, claro. Joe en el bar siempre grita «ahí está mi hija» lleno de orgullo cuando la encuentra, como si fuera uno de esos libros de *¿Dónde está Wally?* A veces también pone partidos de *hockey* europeo, especialmente si juega Duncan. Vale, solo si juega Duncan. Otro motivo de orgullo porque, para él, no es un yerno, es un hijo.

Y todos, absolutamente todos, en este pueblo adoran a Duncan Harris.

Bueno, quizá haya alguien que no. Pero la inmensa mayoría se siente orgullosa de ver que alguien que ha crecido en estas calles haya llegado tan lejos.

Lo dicho, me pongo el partido para ver si localizo a Holly y enseguida oigo el ruido de la puerta al abrirse, seguido del traqueteo de las rueditas de la maleta que Harper arrastra al entrar.

—Bienvenida a tu casa —la saludo desde mi posición.

Harper es tanto mi casera como mi compañera de piso. La señora Hamilton falleció hace dos años y su hija decidió reformar la casa para alquilarla. Aunque la hija de esta última —es decir, la chica que acaba de entrar por la puerta, menudo lío— le pidió que la mantuviera para quedarse aquí los fines de semana y disfrutar de la tranquilidad que en la ciudad nunca tendría. Harper nunca ha vivido en East Harbor, aunque sí pasó los veranos y siempre le encantó esta casa. Es grande y tiene un hermoso jardín. De modo que buscó un inquilino para que la vivienda no estuviera vacía tanto tiempo y, como en este pueblo las noticias vuelan, la contacté nada más enterarme. No tenía nada en contra del apartamento en el que estaba, solo el tamaño. Quizá compartir casa es un paso hacia atrás en mi independencia, ante lo cual debo alegar que solo nos vemos los fines de semana, y no todos.

Sé lo que estáis pensando, pero no, nunca he estado interesado en ella. Sería un marrón muy grande que se estropeara nuestra relación y quedarme en la calle. Lo que pago de alquiler es prácticamente los gastos y tengo acceso a toda la vivienda, excepto a su habitación. Me parece un precio imbatible.

—Hogar, dulce hogar —murmura como respuesta.

Ella es una chica de ciudad que no soporta el ruido ni el tráfico, a pesar de haber lidiado con ello toda su vida. Uno de sus sueños es poder asentarse aquí algún día. La entiendo, joder, sí lo hago. No hay nada comparable a esto. Aunque asume que primero debe labrarse una carrera fuera del pueblo, muy a su pesar.

Harper tiene mi edad y está realizando el doctorado en Fisioterapia, tras cuatro años de estudiar Biología. Sí, es una *cerebrito* y entró un año antes en la universidad. Dudo que tenga problemas para alcanzar sus metas. Estoy convencido de que, una vez que obtenga su licencia, entrará a trabajar en algún equipo importante, pues tendrá un currículum impresionante.

Vuelvo a concentrarme en el partido. Los Boston Celtics juegan en casa y dominan el marcador con una ventaja de 78-65 sobre los Miami Heat. Jayson Tatum recibe el balón, marcado de cerca por Jimmy Butler. Hace un amague, dribla hacia la derecha y se eleva sobre la defensa.

—Triple. ¡Vamos!

El público se vuelve loco y no me extraña. Seguro que Holly lo está disfrutando como una enana. Miami intenta reaccionar de manera veloz, moviendo el balón con velocidad, buscando abrir un espacio en la defensa, pero sin mucho éxito.

Marcus Smart recupera el balón tras una mala entrega de Tyler Herro, lanza un pase largo a Jaylen Brown, quien corre por la cancha como si tuviera fuego en los zapatos. Se desmarca de todo el mundo, da tres pasos, salta y encesta.

—Gracias por hacer la compra —expresa Harper dejándose caer a mi lado.

Se ha cambiado y lleva unos *leggins* con una camiseta holgada. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Vivo aquí. No tienes que dármelas.

—Mis hermanos no van al súper hasta que la nevera no está vacía o mis cuñadas les obligan—rebate.

—Tus hermanos no son adultos funcionales. Aunque su actitud también pueda deberse al ego y a la vida acomodada de los deportistas de élite.

Se encoge de hombros.

—Puede…

—¿Quieres cambiar de canal? —propongo—. ¿Alguno de ellos juega ahora?

Harper tiene cuatro hermanos mayores. Uno es el *general manager* de los Portland Phantoms —nuestro equipo de *hockey* de Maine—, dos juegan en dos equipos diferentes de fútbol, y otro al béisbol. El deporte siempre ha estado muy presente en su vida, ya veis.

—No, ahora no.

Se hace el silencio y nos concentramos en el partido. Está muy reñido y puede pasar cualquier cosa.

—Mi padre insiste en que hable con mi hermano.

—¿Cuál de ellos?

Chasquea la lengua.

—El que puede darme trabajo —responde como si fuera algo obvio. Quizá lo sea—. Considera que pierdo el tiempo en clínicas «de segunda» y equipos universitarios. Pero estoy harta de decirle que no pienso ser una enchufada.

—Tú nunca serás una enchufada. Eres la mejor de tu promoción. Entraste un año antes en la universidad y estás ganando mogollón de experiencia.

Ella niega con la cabeza, como si le resultara imposible creerse capaz de lograr lo que quiera. Que su padre le diga esas cosas no ayuda, solo refuerza la idea de que sin ayuda de su familia no llegará a ningún lado, cuando es más que obvio que los mejores equipos del país se pelearán por tener a alguien con su currículum.

—¿Qué dice tu hermano?

—Bueno, por suerte es más racional y parece creer un poco más en mí. Él repite una y otra vez que cuando tenga que hacer la residencia estarán encantados de recibir mi solicitud, pero que no

puede, ni quiere, saltarse el protocolo porque puede perjudicarme en vez de ayudarme.

—Alguien con sentido común.

—Todos los demás piensan así.

—Pues solo hace falta que tú te lo creas —expreso guiñándole un ojo.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí —cambia de tema gesticulando demasiado. No se siente cómoda ante los halagos—. ¿Qué novedades hay por aquí? Están abriendo algo al lado del Joe's, ¿no?

5. Imagen de marca

CHARLOTTE

La brocha se desliza sobre la pared en trazos largos y firmes, cubriendo el viejo *beige* apagado con un verde Jelly Bean, según Pantone, que elegí después de mucho dudar. Me gustaría que el negocio tuviera los colores de este pueblo: el verde de los parques y del bosque que lo rodea, el azul del mar y el rosa de los atardeceres. Esta pared es la principal, donde más adelante añadiré un logo bonito que contraste con la intensidad de este color. El resto, de un rosado clarito para no sobrecargar la estancia.

El olor a pintura es fuerte y, aunque la puerta está abierta de par en par, sigue flotando en el aire, mezclándose con el sonido de la brisa al colarse por la entrada y el lejano murmullo de las olas. Es sábado por la mañana. No se oyen turistas, ni coches. Solo algunos pasos de gente que se desplaza por el pueblo de un lugar a otro. Algunos se paran a preguntar, curiosos, qué voy a abrir. Me sorprende el enorme entusiasmo que muestran y que algunos me agradezcan que traiga libros a East Harbor. También me mandan sus bendiciones y me desean suerte en este proyecto. Llevo pocos días aquí, pero creo que me va a gustar.

Pensé que mantenerme activa y centrada me impediría pensar. Al parecer, no es así. No puedo dejar de darle vueltas a la cena que compartí con Jay hace dos días. En cómo su sonrisa de medio lado aparecía cada vez que bromeaba, en cómo sus ojos se iluminaban cuando hablaba de su hermana. En cómo, por un instante, me pareció que el tiempo se detenía entre nosotros.

«No puedes concederte ese tipo de sentimientos», me recuerdo a mí misma en voz baja. La frase rebota en mi cabeza, como si repitiéndola lo suficiente pudiera llegar a aceptarla. La verdad es que

la otra noche, cuando nos encontrábamos en Jalapeños, con ese ambiente cálido y las luces tenues reflejándose en su piel, algo en mí se removió. Algo que no esperaba, que no puedo permitirme y que no sé si quiero. Porque es peligroso e irresponsable. Porque no es lo que busco en este pueblo.

Humedezco la brocha nuevamente en el bote, arrastrándola con suavidad por el borde para eliminar el exceso de pintura, antes de continuar con la pared. Trabajar con las manos me ayuda a poner en orden los pensamientos. Aunque esta vez ni siquiera la repetición constante de este movimiento, que ya he realizado por lo menos cincuenta veces, consigue apaciguar el caos que existe dentro de mí.

Jay es diferente. Y no lo digo en el sentido cliché de la palabra, sino porque me hace sentir de una manera completamente fuera de mi zona de confort. No me mira como los chicos de Nueva York, esos que evaluaban mi apellido antes de interesarse por mí. No me trata con esa diplomacia fría y ensayada que aprendí a reconocer en mi círculo. Con él, las conversaciones fluyen sin esfuerzo, sin ese juego de estrategias y expectativas en el que siempre me vi atrapada. Hablamos sobre temas que no sabía que podían existir en una conversación, hablamos de trivialidades como la música, el cine o la televisión, hablamos incluso de lo que nos gusta comer o no. Obviamente, tuve que mentir en algunas ocasiones para protegerme a mí y a mi identidad. Nadie aquí puede saber quién soy, pues pondría en riesgo mi objetivo.

Aunque momentos como ese me hacen replantearme mi estancia aquí más allá de cumplir con mi misión. ¿Realmente podría quedarme en este lugar donde todo es tan tranquilo y la gente parece tan… humana?

Un carraspeo me desconcentra y se me cae la brocha al suelo. Por suerte, cae sobre los periódicos que he dispuesto para no manchar, aunque algunas gotas salpican la madera y gruño por la rabia.

—Joder, lo siento, no quería molestar. Te ayudo a limpiarlo.

Su voz me borra el enfado de un plumazo y me giro hacia él cuando corre para buscar un trapo y humedecerlo, a fin de limpiar las manchas de pintura antes de que se sequen. No sé qué me

ocurre, pero me quedo paralizada viéndolo agacharse y trabajar con las manos. Su espalda es fuerte y junto ambas manos tras la mía para evitar comprobar qué se siente al tocar esos músculos.

Cuando termina, se levanta y me pilla mirándolo embobada, lo que se traduce en una sonrisa ladeada que me afecta más de lo que debería. Trago saliva.

—Gracias —balbuceo—. No tenías por qué.

—Me parecía lo justo.

Nos quedamos callados un par de segundos.

—¿Querías algo? —me obligo a decir para romper este silencio—. Te advierto que he vuelto a hacer *sold out* y no me quedan más libros —expongo, recurriendo a la misma broma de la vez anterior.

Su risa se propaga a través de todo el espacio por la sonoridad que hay ahora mismo debido a la falta de muebles. Una risa que me hace temblar, y no de miedo.

—Solo quería ver qué tal lo llevas. Me gustan los colores que has elegido. ¿Ya tienes una imagen de marca?

—Estoy en ello. Barajo la idea de integrarlo con el paisaje del pueblo, ya sabes, el verde, el azul, el rosa del cielo… El logo es lo que me trae un poco más de cabeza.

—Por suerte para ti, conoces a un futuro diseñador gráfico que puede ayudarte.

—¿Quién?

Chasquea la lengua y se señala. Alzo las cejas y me doy un bofetón mental porque estaba claro que se refería a él. ¿A quién si no?

—¿Tú?

—¿Qué te parece si nos vemos un día de estos y lo trabajamos? Me encanta tu idea, que lo sepas. Y los demás también la adorarán.

—No tengo ninguna idea, solo tres colores que no sé ni si combinan entre ellos —murmuro con timidez.

—Son los colores que ves en el pueblo, claro que combinan. Seguro que Holly tiene alguna fotografía que nos ayude. Se la pediré, nos ayudará a establecer los tonos concretos y quizá el diseño para el logo. Algo con unos libros y…

Dejo de escuchar porque me empiezo a abrumar con tanto tecnicismo. No me especifica quién es esa tal Holly, de modo que asumo que es su novia. Percibo la desilusión en el mismo momento en que esa idea baila en mi cabeza y me reprendo porque no debería sentirme así. No debería hacerme ilusiones con ningún chico.

—Me parece genial —afirmo cuando veo que termina, aunque no tengo ni idea de lo último que ha dicho.

—Entonces, ¿nos vemos el lunes? Mañana trabajo todo el día porque Joe va a visitar a su hija a Portland. Joe es el dueño del Joe's —explica, aunque no hacía falta.

—Me parece perfecto —confirmo con una sonrisa.

Lo veo llevarse una mano al bolsillo trasero para sacarse el móvil y trastear con él.

—Apúntame tu número —pide tendiéndomelo—. Así podré mandarte la ubicación.

Le hago caso. Le apunto mi número y se lo devuelvo. Él me hace una llamada para que pueda guardar el suyo y se despide con prisas porque llega tarde al bar y su turno empezaba hace diez minutos. Solo espero que no tenga problemas por mi culpa.

6. El juego

CHARLOTTE

Camino hasta una casa con la arquitectura típica de la zona: una estructura de dos plantas con un porche delantero y mucha madera. Hay un gran jardín que bordea la propiedad sin ninguna verja que delimite el espacio entre los vecinos, muchas flores y un gran árbol en la entrada. La vivienda está forrada de paneles de madera color rojizo bastante desgastados y se accede a ella por una escalera de tres peldaños con una barandilla clásica que ha sobrevivido a muchas tormentas.

Hay algo en todo esto que me llena de paz.

Me acerco a la puerta principal mientras observo lo que se encuentra a mi alrededor. Hay un coche —que debe de tener como un millón de millas recorridas— en el garaje, el cual está abierto. Llamo al timbre y no sé qué hacer con mis manos mientras espero. El nerviosismo me invade. Empiezo a pensar que esto es un error y estoy a punto de darme la vuelta cuando oigo un crujido perteneciente a la bisagra de la madera al abrirse.

—Justo a tiempo, pasa —me indica Jay, quien sostiene el móvil pegado a su oreja—. Sí, ya está aquí. Vale, te llamo luego. Perfecto, adiós, guapísima. —Arqueo una ceja. Él me mira divertido—. Ya me contarás —oigo que le dice a quien sea que se encuentra al otro lado de la línea. Se ríe y cuelga.

Lo observo parada en medio de este recibidor porque no sé hacia dónde ir y él parece darse cuenta de mi incomodidad.

—Era una amiga —aclara con una chispa traviesa en su mirada—. Me ha echado un cable facilitándome unas imágenes que nos ayudarán con el logo. Conoce este pueblo mucho mejor que yo y lleva toda su vida fotografiándolo —explica con la voz impregnada

de pasión. Asiento y me convierto en una adolescente al fijarme tanto en el tono con el que le hablaba a su interlocutora—. Puedes colgar el bolso aquí, si quieres. —Me señala un perchero en el que no había reparado y le hago caso.

—Parece una casa con mucho encanto —comento cortés, intentando romper la tensión que solo yo percibo.

—Supongo que quieres decir que es vieja —apunta con un brillo de diversión en su mirada.

Abro mucho los ojos y empiezo a gesticular muy deprisa.

—No, no. No quise decir eso —añado veloz—. Me refería a que aquí las casas son especiales, tienen… alma, carácter. No reflejan el ego del arquitecto de turno que hace réplicas de edificios sin personalidad.

—Lo sé, tranquila. Solo te tomaba el pelo.

Entrecierro los ojos y me siento estúpida.

—Oh, vaya.

Él empieza a caminar hasta la mesa del comedor y lo sigo. Tiene un portátil abierto en el que parecía haber empezado a trabajar.

—No considero necesario hacerte un *house tour,* es lo que ves —comenta con una sonrisa mientras se acomoda en la silla.

Asiento de nuevo.

El espacio es abierto, de modo que se ve toda la planta baja. Es bastante amplia y está reformada con muy buen gusto, aunque respetando el carácter original. Me gusta que siga siendo una casa típica de pueblo, con suelos rústicos de madera, paredes blancas, algunas vigas a la vista, muebles robustos. Posee una calidez que invita a sentarte en el sofá y pasarte la tarde viendo un maratón de series. Nada moderno y frío. Nada de luces escondidas, tiradores invisibles ni lámparas de diseño. Es, simplemente, perfecto.

—Si necesitas ir al baño, es esa puerta de ahí —me señala a su espalda.

Vuelvo a asentir. Sí, otra vez. Parece que no sé hacer otra cosa. La timidez se debe de haber apoderado de mí.

—Disculpa, soy pésimo anfitrión —se lamenta a punto de sentarse —. ¿Quieres algo de beber? ¿Cola? ¿Cerveza?

—Un vaso de agua estará bien —solicito mientras tomo asiento.

—Qué barata me vas a salir —musita con aire gracioso mientras se dirige a la cocina.

Me recreo en la imagen de Jay de espaldas, su culo y sus brazos, y aparto la mirada abochornada. Solo es un chico amable que me está ayudando con algunas cosas. También es guapo, mucho, aunque eso debería ser irrelevante.

«Debería».

—Aquí tienes —indica dejando el vaso frente a mí.

—Muy amable.

Sonrío. Y me sonrojo un poco también. Este chico me pone nerviosa.

—Bueno, he estado trabajando en un par de ideas… —empieza a decir a la vez que me enseña varios bocetos en la pantalla.

Todos juegan con los colores que elegí, los cuales combinan a la perfección, y dibujan libros de diferentes formas: una pila de ellos, una estantería repleta, una chica leyendo en una butaca, etcétera. Me parecen todos preciosos y preveo que me va a costar mucho quedarme solo con uno.

—¿Hay alguno que te guste? —pregunta, girándose hacia mí, y yo tardo una eternidad en devolverle la mirada porque permanezco embobada con los diseños.

Cuando lo hago, nuestros rostros quedan tan cerca que tengo la necesidad de apartarme un poco. Carraspeo.

—Me gustan todos —admito con una sonrisa que pretende cubrir el tono rosado de mis mejillas ante esta repentina vergüenza.

Jay también sonríe, si bien él lo hace con orgullo.

—Aunque me acabes de hinchar un poco el ego, me temo que deberás decantarte por uno de ellos. No tienes que hacerlo ya, pero necesito saber con cuál vamos a trabajar.

—Me parece un desperdicio descartar el resto. ¿No vas a utilizarlos para nada? Tiene pinta de que has pasado muchas horas con todo esto, me siento mal, yo… no pensé que fueras a crear tantos.

—No te preocupes por ello.

—Voy a pagarte —me ofrezco.

—Ni se te ocurra.

—¿Cómo que no? —cuestiono—. ¿Cuántas horas llevas con esto?

—Menos de las que crees —zanja.

—No pienso aceptar ningún logo si no me dejas pagártelo.

—Ey… —me pide que me calme poniendo sus manos a ambos lados de mi cara. Sin embargo, lo que logra está lejos de tranquilizarme, ya que este simple contacto hace que se me acelere el pulso—. Lo hago porque quiero ayudarte y, aunque ahora vaya a quedar fatal, este proyecto forma parte de un trabajo académico.

Sus manos abandonan mi piel mientras boqueo como un pez porque la verdad es que no sé qué decir.

—Tenemos que presentar varios logos para un negocio que elijamos. De modo que los que descartes los terminaré de perfilar y los entregaré al profesor. Dos pájaros de un tiro.

—Ah.

—*Quid pro quo.* Tú me has ayudado a mí dándome la idea y yo te ayudo a ti…

—… regalándome uno de tus logos —termino por él.

—Exacto.

¿Acabo de quedar como una engreída pensando que hacía todo esto por mí? Por su sonrisa, entiendo que a él no se lo parece y que sigue a la espera de una respuesta.

—Me quedo con este —confirmo mientras señalo una silueta de varios libros apilados en vertical, cuyos lomos aparentan ser algunos edificios de la calle principal, entre ellos el Joe's y la nueva librería, The Book Nook.

—Excelente elección.

Su sonrisa macarra me confirma que tenía clarísimo que iba a decantarme por ese diseño. Chasqueo la lengua mientras Jay guarda las otras imágenes en una carpeta y deja exclusivamente la que será el logo de mi negocio.

Nos pasamos las siguientes dos horas perfilando una imagen que cada vez me gusta más. Al final, para dejarlo más pulido hemos pensado que el lomo de uno de los libros sea la fachada de The Book Nook y los demás puros esbozos de edificios. Así logramos que destaque la librería y no queda tan recargado. También hemos

hecho varias versiones, según él para poder adaptarse a cualquier formato o espacio que vaya a necesitar en el futuro.

—Eres perfeccionista, ¿eh? —comenta al final, observándome con atención.

—Solo quiero que quede bien —respondo, fingiendo indiferencia.

—Ha quedado de puta madre. Tengo que admitir que es muy fácil trabajar contigo. Bueno, cuando no me miras como si estuvieras debatiéndote entre huir o quedarte —añade con una sonrisa ladeada.

Me río de manera nerviosa.

—No te miro así —replico.

—Un poquito sí —insiste bajando el volumen. Siento un cosquilleo —. Pero no pasa nada, me gusta ver cómo te pongo nerviosa.

Lo fulmino con la mirada, aunque mi rubor me delata.

—¿Siempre eres así de gracioso o solo cuando quieres incomodar a alguien? —pregunto con la cabeza alta.

Jay se inclina un poco más hacia mí, hasta que nuestros rostros quedan bastante cerca uno del otro. Aunque esta vez no me aparto. Me quedo absorta descubriendo sus preciosos ojos verdes.

—Contigo, Charlotte, me sale natural.

Me tenso y trago saliva. Él mantiene la mirada, seguro de sí mismo, mientras yo intento aparentar que lo que acaba de decir no me afecta en absoluto. Nada más lejos de la realidad. Me afecta y mucho.

—Bueno, pues… —Carraspeo y me obligo a centrarme en la pantalla, dejar de mirar sus ojos o de temblar como un flan—. Ya está listo, ¿no?

Aunque pretendo sonar indiferente, creo que mi voz evidencia el estado de nerviosismo en el que me encuentro.

—Sí, me encanta cómo ha quedado —confirma sin apartar la vista de mí.

—Ajá. —Arrastro la silla hacia atrás y me levanto—. Muchas gracias por todo, Jay. Luego me lo envías para que lo pueda empezar a usar, si eres tan amable. —Mi cuerpo sigue temblando, pero la educación no puedo perderla. Él se levanta también, al adivinar mis intenciones de huir.

—Espera, tranquila, que no muerdo. —Oh, joder, ha sonado a que sí muerde, aunque en otro contexto. Me mira con una expresión divertida, él se lo está pasando bien coqueteando conmigo. Pero yo no puedo seguir este juego, por más que desee hacerlo—. Te acompaño a la puerta.

Acepto aliviada con un movimiento de cabeza y él lo percibe.

—Ahora solo falta celebrar que ya tienes un logo. —Sus palabras me detienen cuando tengo un pie fuera de la casa.

Él está muy cerca, otra vez, y sonríe de manera tentadora.

—¿A qué te refieres? —pregunto con desconfianza.

—Cerveza, *pizza…,* lo que sea que hagáis en Nueva York para celebrar las buenas noticias.

No sé qué hará la población más humilde, pero en mi entorno se hacen grandes fiestas con mucha comida elaborada por los mejores chefs y *champagne* caro. No puedo responder eso. Seguro que lo que él propone estaría mejor que bien.

Me muerdo el labio, indecisa. La idea de volver a pasar tiempo a solas con él me tienta más de lo que debería.

—Lo pensaré —murmuro.

Jay sonríe satisfecho, como si ya supiera la respuesta que iba a darle. Y eso solo me hace querer desafiarlo más y adentrarme en este juego tan peligroso del que dudo que vaya a salir ilesa.

7. No debería hacerme ilusiones

JAY

—Puedes irte a casa, muchacho. Tu turno acaba de finalizar hace medio minuto —señala Joe, pillándome con la mente a muchas millas de aquí.

Agito la cabeza y lo sigo con la mirada. Mi jefe me observa con la diversión brillando en sus ojos. Está de buen humor, se nota que ha visto a su hija recientemente.

—Lo siento, me he quedado pensando en otras cosas mientras recogía.

—¿En una morena que va a abrir una librería aquí al lado? —tantea con mucha seguridad en su voz.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto sorprendido.

—¿Eres nuevo? En este pueblo no puedes hacer nada de lo que no quieras que se enteren los demás. Todo el mundo sabe ya que cenasteis juntos.

Pongo los ojos en blanco y Joe se ríe.

—Solo la estoy ayudando con unos asuntos. Eso es lo que hacemos aquí, ¿no?

Me observa sin decir nada. Creo que no puedo engañarlo. Me da una palmada en el hombro y se despide de mí pidiéndome que cierre el bar cuando me marche.

Me sirvo una cerveza y me apoyo en la barra con la vista al frente. Estoy agotado, deseaba que llegara el momento de terminar la jornada. Pero, ahora que el bar está vacío y yo me quedo solo, la cabeza vuelve a darle vueltas a lo mismo.

Charlotte.

No sé muy bien qué estamos haciendo. No tengo ni idea de si se trata solo de un juego, si lo que ocurre entre nosotros es simplemente la consecuencia de pasar tiempo juntos, de las bromas fáciles y las miradas que duran un segundo más de lo necesario. O si es otra cosa. No me quedan dudas de que me atrae. Demasiado. Aunque desconozco si esto que siento podría evolucionar a algo más, lo cual sería un problema.

No debería estar haciéndome ilusiones. No después de lo de Yiannis.

Con él, tuve claro desde el principio que me gustaba. Era guapo, sí, pero también inteligente, divertido, transparente, alguien con quien resultaba muy fácil hablar. Y con quien me atreví a soñar con un futuro.

Lo conocí en un mal día. Había salido a dar una vuelta en bici por los senderos que conducen al Parque Nacional y, a la vuelta, me caí por ir distraído. La rodilla se raspó y me ardía, pero nada comparado con el dolor que sentí en la muñeca al moverme. Gruñí al instante.

De repente, oí unos pasos apresurados acercarse cada vez más. Levanté la vista y un chico ataviado con un short *verde fosforito y una camiseta blanca sin mangas se detuvo frente a mí. Era alto, de piel bronceada, pelo rizado y oscuro y unos ojos que me parecieron demasiado analíticos para una persona que simplemente hacía* running *por allí y había sido testigo de cómo alguien se desplomaba en el suelo.*

—¿Estás bien?

Su tono de voz no era especialmente amable, más bien pragmático, como si ya supiera la respuesta.

—Sí, sí. No ha sido nada.

No le quise dar demasiada importancia. Había sido una caída tonta, tampoco era la primera vez. Me quise levantar y contuve un gemido, aunque al recoger la bicicleta otro gruñido salió de lo más hondo de mi garganta.

Él levantó una ceja.

—¿Seguro? No hace falta que te hagas el valiente, eso tiene pinta de ser una fractura.

Fruncí el ceño.

—¿Acaso eres médico? —pregunté un poco a la defensiva. No entendía muy bien por qué me estaba comportando así con alguien que, claramente, solo pretendía ayudar.

—Enfermero —rebatió—. ¿Me dejas ver tu muñeca?

—No hace falta, estoy bien.

—Claro, porque doblar la mano de esa forma es lo más normal del mundo —ironizó, acercándose a mí. Ignorando mi protesta, empezó a examinarme la muñeca con una firmeza sorprendentemente cuidadosa.

—No estoy seguro de que esté rota. Quizá solo sea un esguince o una pequeña fractura. No parece grave, pero deberías ir al hospital. ¿Necesitas que te lleve?

—No, en serio, estoy bien. Solo ha sido una caída —afirmé poniéndome de pie.

Me sujeté el brazo con la otra mano y miré hacia abajo. La bicicleta parecía haber sobrevivido, pero ni de coña iba a poder regresar al pueblo subido en ella.

—Está bien, chico cabezota. —Puso los ojos en blanco, seguro que estaba acostumbrado a encontrarse muchos pacientes que negaban encontrarse mal—. No voy a insistir más. Pero, si observas cualquier cosa o el dolor no desaparece, no te hagas el héroe y ve a urgencias.

Lo noté reacio a irse, si bien, finalmente, lo hizo. Lo vi desaparecer sendero abajo y, hasta que no me aseguré de que se había ido del todo, no me atreví a llamar a alguien para que viniera a buscarme.

Lo vi un par de veces más después de aquello. La primera fue en el hospital, cuando tuve que ir porque no podía más con el dolor. Resultó ser verdad que era enfermero. Cuando me vio, me reconoció al instante y no paró de bromear. Me hizo sentir bien. Me encontraba a gusto con él. Y me pareció guapísimo. Las bromas escondían cierto tonteo que me agradó, aunque no dejábamos de ser enfermero y paciente y no era demasiado correcto.

Después, la vida nos dio la oportunidad de hacernos coincidir en varias ocasiones, hasta que lo nuestro surgió sin más.

Yiannis era un chico sencillo, con sus manías y defectos, como cualquier persona, aunque encajábamos tan bien que todo se hizo fácil entre nosotros. Sin embargo, aquello terminó. Más bien, lo terminé yo. Un día de los muchos que estábamos en su casa, aparecieron sus padres por sorpresa. Él empezó a ponerse nervioso y les explicó que yo era un amigo que se había dejado las llaves y que había dormido en el sofá porque no eran horas para llamar a un cerrajero. La excusa era malísima; aun así, sus padres se la creyeron. O, al menos, eso hicieron ver. Y yo no le habría dado ninguna importancia porque llevábamos poco tiempo saliendo y es posible que fuera muy precipitado presentarme a sus padres, solo que… no lo hizo por ello. Sino porque no se veía con coraje de admitir que era gay ante su familia —y ante el mundo—.

Quizá yo no tenía derecho a molestarme porque ese era su problema y porque sabía de sobra lo que unos padres que no te aceptaban podían hacer. Yiannis me explicó una y otra vez que no lo entenderían y que tenía miedo. Me pidió tiempo. Pero me fui dando cuenta de que nunca nos veíamos fuera, pues se sentía demasiado avergonzado de lo nuestro o de sí mismo, no sé. Vivía tan encerrado en el armario que me estaba metiendo a mí también. Y eso no podía permitirlo.

De modo que, tras varias peleas, decidí ponerle fin a aquello que ya no me hacía feliz antes de abandonarme a mí mismo.

Y ahora aparece Charlotte. Hay algo en ella que me atrae, un aura de misterio que me intriga, un pasado que anhelo descubrir. Me sigue el juego, pero tiene demasiadas dudas y eso la frena.

Joder, no sé si debería seguir con esto. Está claro que ella no desea nada. ¿Cuánto puedo estirar el tonteo sin parecer un pesado o, peor, un acosador?

¿Por qué me interesa tanto esta chica, de repente?

¿Por qué me hago tantas preguntas?

Debería dejar de comerme tanto el tarro y permitir que las cosas fluyan solas. Sí, eso haré.

Aunque, cuando estoy apagando las luces del bar y me encamino hacia la puerta con las llaves, una sonrisa me atraviesa la cara.

8. Asuntos sin resolver

CHARLOTTE

La luz cálida y anaranjada entra por los ventanales de la librería. Todavía quedan unas horas de sol y agradezco que haya dejado de llover, pues temía llegar empapada a casa. Creo que debería tener un paraguas aquí por si acaso.

Hoy he pasado algunas horas de la mañana buceando entre los archivos públicos del ayuntamiento en busca de alguna pista que me lleve a cumplir mi objetivo. Nada me ha llamado la atención y he tenido un bajón momentáneo. Me he repetido que ya sabía que no sería tan fácil y me he animado a mí misma pidiéndome que aproveche para disfrutar de mi estancia en East Harbor mientras todo se resuelve. Aquí hay una paz que no puedo lograr en Nueva York y quizá debería plantearme esto como unas vacaciones.

Al terminar, me he dirigido a la librería para empezar a organizar las estanterías por géneros y colocar los libros, algo que pensé que me iba a llevar mucho menos tiempo, pero con lo que llevo todo el día. El mostrador llegó junto a los demás muebles y el ordenador sigue en su embalaje. Seguramente me quede toda la noche configurándolo, ya que soy una auténtica negada para estas cosas. El olor a papel se funde con el aroma de vainilla y mandarina del *mikado* que he colocado cerca de la entrada. El pequeño altavoz reproduce una *playlist* de música suave para ayudar a concentrarme e *Icarus*, de Tony Ann, me pone los pelos de punta. Es una maravilla de canción.

Me encuentro concentrada en mi tarea cuando la campanilla de la puerta —que he instalado nada más llegar— tintinea.

—¡Vaya! Esto va tomando forma… ¿Aceptas visitas? No quisiera interrumpir, pareces muy concentrada —dice Jay desde la entrada

con dos vasos desechables en una bandejita de cartón. Su sonrisa me contagia un poco de esa alegría que él parece desprender de manera permanente.

—No te preocupes, puedo tomarme un descanso siempre que sea para un café con buena compañía.

Se acerca hasta mí y me entrega el mío. Sonrío y doy un sorbo. Está tal cual lo hubiera pedido yo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, tratando de sonar natural, como si su presencia y ese detalle tan simple de traer el café que me gusta no provocaran ninguna clase de reacción en mí.

—Pasaba por aquí —se ríe de su propia ocurrencia—. Vale, es mi descanso y tenía curiosidad por ver cómo avanzaba la cosa. Además, también he pasado por la *bakery* y he traído unos *sticky buns,* que es lo más rico que habrás probado nunca, porque soy el mejor —añade enseñando los dientes.

—Tienes una autoestima envidiable.

—Y justificada —rebate, guiñándome un ojo.

No puedo evitar reír.

Dado que aún no tengo los sillones que pedí, nos sentamos en el suelo entre cajas abiertas de libros. El café está caliente, los bollos dulces, y hay algo en la escena que otorga un grado de intimidad. De repente parece como si nos conociéramos de toda la vida. Hablamos de libros, de autores, de portadas horribles —me señala un par que reposan en el suelo— y de títulos extraños. Río con ganas hasta que me duele la tripa. Jay es esa clase de persona que sabe cómo hacerte olvidar todo.

En medio de esta atmósfera que me costaría definir, ambos tenemos la misma idea y nuestras manos se rozan de camino a coger el mismo libro, uno que está en una montaña frente a nosotros. El contacto es eléctrico. Siento que me arden las mejillas y rehúyo su mirada girando mi cabeza hacia el lado opuesto.

—¿Te pasa siempre esto con todo el mundo o soy especial? —plantea, sin apartar la vista de mí.

Sus palabras imprimen un claro tono de burla, aunque creo que podría ser un recurso para camuflar cierta inseguridad. Como sea, me encanta que bromee todo el rato.

—Eres insoportable —murmuro, sintiendo cómo arde la piel de mi rostro.

—¿Pero especial?

Me río. Porque él tiene ese don. Creo que nunca nadie me había hecho reír tanto en tan poco tiempo. Es algo que solo viví hace muchos años con Julian, hasta que ellos se encargaron de separarnos. Por eso sé que no debería hacerme ilusiones con Jay, ni aunque abandonara todos mis asuntos pendientes y soñara con tener una vida aquí. Nunca sería aceptado por mi familia. Mi felicidad no es importante ni prioritaria.

Siento un calor agradable en el pecho y desearía detener este instante, pero el tono de llamada de mi teléfono lo interrumpe y siento que regreso a la realidad. Lo ignoro al principio, esperando que pare de sonar y me dejen en paz, deseando alargar este momento que no sé si me hace feliz o desdichada por anhelar una vida que no puede ser. Una vida en este pueblo, sencilla, en la que nadie sabe quién soy y nadie se acerca a mí por interés.

Jay cambia su expresión y me señala el bolsillo con el ceño fruncido.

—¿No vas a responder?

Resoplo, saco el móvil y miro la pantalla. Es Will. Soy la peor persona del mundo. Se me encoge el estómago.

—No es importante —aclaro, apagando la pantalla y dejando el teléfono sobre una balda de la estantería en la que estoy apoyada.

Jay me mira con atención.

—¿Todo bien? —se interesa. Siento un pinchazo en el pecho. La gente no suele preocuparse por cómo me siento. Se me hace raro. Supongo que así es como deberían funcionar las relaciones humanas.

—Sí. —Carraspeo—. Asuntos sin resolver.

No digo nada más. Me muero por contarle la verdad porque siento que puedo confiar en él, que él podría ayudarme o, al menos, no delatarme.

Jay me mira, a la espera de que continúe hablando, pero me quedo bloqueada en medio de este mar de dudas. Entonces, se acerca un poco más a mí. Mucho. Se me corta la respiración de

golpe y no soy capaz de desviar mis ojos de los suyos. Son preciosos, por si no ha quedado claro las otras veces que ya lo he dicho.

—No voy a hacer preguntas —aclara—. Pero, si alguna vez necesitas hablar…, se me da bien escuchar. Solo quiero que lo sepas.

Trago saliva.

—No es nada —miento a la vez que niego con la cabeza.

—Sé que hay algo, un motivo por el que has acabado en este pueblo. No eres la única que ha llegado aquí huyendo de algo. Solo te digo que puedes confiar en mí, sea lo que sea, lo entenderé.

—Yo no… —voy a decir que no huyo de nada, pero chasquea la lengua, se aparta de mí y se echa para atrás, apoyándose de nuevo contra esta estantería. Me está dejando claro que no me cree, pero, a la vez, que está dispuesto a darme el tiempo necesario para que me atreva a hablar de ello—. Gracias —murmuro muy bajito, aliviada por que deje de insistir.

Jay asiente. Nos acomodamos y nuestras rodillas se rozan. Él no se aparta, y yo tampoco. Nos terminamos el café en silencio, mientras la tarde se vuelve un poco más dorada y algo empieza a asomar entre nosotros, algo que me asusta y me atrae a partes iguales.

No sé cómo lo sabe, creí que mi coartada sería convincente. Eso de «chica de Nueva York se agobia y busca un lugar tranquilo» me pareció que sería suficiente. Quizá él también huyó.

«¡Claro! Eso es».

Pero ¿de qué huiría él? ¿Y por qué?

Es Jay quien recupera nuestra anterior conversación, sacándome de mis pensamientos. En susurros, me habla de cuando era niño, en un pueblo de un tamaño similar a este, pero completamente distinto. Me cuenta una anécdota sobre una caída en bicicleta que no fue la única, aventuras con su hermana menor y veranos interminables. Sin necesidad de preguntarle me está dando mucha información sobre él. Sé que lo hace para demostrarme que puedo confiarle mis secretos. No obstante, de mis labios no sale ninguna historia de mi infancia. Solo le hablo de algunos libros que me gustaba leer y de

las libretas en las que copio las frases que me hacen vibrar, así como mis impresiones respecto a la historia.

Él me observa con atención, como si quisiera descubrir todas mis confidencias y fuera a guardar esa información como un tesoro. De nuevo, el espacio entre nosotros se acorta, aunque ninguno de los dos mencione nada al respecto. De repente, Jay desvía su mirada hacia el suelo y se encuentra una pegatina que se habrá caído de algún libro infantil. La coge con mimo y la pega en el dorso de mi mano, extendiendo el contacto más allá de lo necesario. Es un pequeño cocodrilo sonriente. Sonrío al instante.

—Te has ganado una recompensa por buena conducta. Como los niños —explica con un guiño.

Me río con ganas. Siento el aleteo de alguna mariposa en mi tripa y me reprimo mentalmente porque no puedo permitirme esa clase de sentimientos. Tampoco sería justo para él. Jay sonríe y se acerca un poco más a mí. La tensión que se genera en cuestión de un segundo me corta la risa. Por cómo me observa, creo que me va a besar. Deseo que lo haga, aunque sea el peor error que pudiera cometer ahora mismo.

Pero no ocurre, porque el teléfono vuelve a sonar. Me aparto y lo cojo. Otra vez Will. Se me crea un nudo en el estómago, se evapora el momento, regresan la culpa y todos los sentimientos negativos que me recuerdan quién soy y qué hago aquí.

Jay se incorpora lentamente. No dice nada. Solo me observa, atento por si voy a responder esta vez o no.

—Será mejor que te deje trabajar, yo debería regresar también al bar.

—Gracias por el café —me apresuro a decir—. Y por los bollos y por… todo.

—No hay de qué.

Me guiña un ojo y se marcha ajeno al torbellino de sentimientos que ha desatado su presencia. El teléfono sigue sonando mientras yo sigo sentada en el suelo de la librería, con el corazón latiendo a gran velocidad y un divertido cocodrilo en mi mano.

¿Qué estoy haciendo?

9. Hacen buena pareja

JAY

Podría pasarme horas aquí, apoyado en esta barandilla mientras contemplo las vistas de la ciudad. Desde esta altura, Portland se extiende hasta el infinito, las luces de los edificios titilan en la distancia, los barcos del puerto reflejan destellos sobre el agua oscura, y el aire fresco de septiembre arrastra un suave aroma a hojas secas y a mar.

En la terraza hay una acústica espectacular y *As It Was*, de Harry Styles, me envuelve con una atmósfera mágica mientras termino el último trago de cerveza. No conozco a la mayoría de los asistentes a esta fiesta, pero no es algo que me moleste. Es el cumpleaños de Holly y no podía faltar.

—¿En qué piensas? —pregunta Madison a mi lado.

Me giro hacia ella con una sonrisa. Lleva un vestido corto, granate, de manga larga y ceñido al cuerpo, una cazadora negra y unas botas del mismo color de estilo militar. Se ha recogido el pelo en una coleta que es de todo menos sencilla —según ella, para algo le tiene que servir ser peluquera— y sus manos, cuya manicura de fantasía es imposible de ignorar, sostienen una copa de vino blanco.

—En nada. Solo estoy disfrutando de estas vistas.

—Ya. Son una maravilla —suelta mientras se apoya en la barandilla a mi lado.

No añade nada más y da algunos sorbos a su copa. Yo me giro, buscando un lugar en el que dejar mi botellín, y decido sentarme en un sofá que acaba de quedar libre. Llamo a Madison por si quiere ocupar el espacio que hay a mi lado y se acerca.

—Cuando iba al instituto soñaba con vivir en una ciudad. Algunas chicas iban de vez en cuando a los centros comerciales y compraban

en tiendas que no hay en East Harbor. Yo siempre llevaba la ropa que vendían ahí, que estaba lejos de ser juvenil. A Holly eso no parecía importarle, supongo que porque debía de ser lo de menos. —Habla mirando al frente, hacia esos edificios que tenemos delante —. En fin, que ahora no me mudaría a otro lugar, pero siento que me hubiera ido bien pasar un año o dos fuera, para… no sé, para dejar de pensar en si me hubiera gustado tanto como imagino o no.

—Creo que te entiendo.

Madison me mira y asiente. Se echa para atrás y da otro sorbo a su copa.

—Pienso que ahora no me gustaría esto. No me preguntes por qué, pero las veces que hemos venido a ver a Holly me he agobiado un poco. ¿Eres consciente de lo que tardamos en llegar a todos lados? ¿Y qué le pasa a la gente?

—Que no te conocen.

Niega con la cabeza.

—Odio los chismes, pero, en serio, qué bueno es tener ayuda siempre que la necesitas.

—Ya te digo.

—Hablando de ayuda… —su voz cambia y soy consciente del tema que quiere sacar por esa sonrisilla que me dedica—, ¿qué tal la chica nueva?

—¡Uy! Llego justo a tiempo —exclama Holly sentándose sobre el reposabrazos a mi otro lado y colocando un brazo sobre mis hombros. Lleva una ridícula diadema de «Happy Birthday» y va algo achispada, pero nadie le echará en cara que beba un poco de más el día de su cumpleaños.

—¿Tienes un radar? —protesto, y ambas se ríen.

—¿Tú la has visto? —le pregunta Holly a Madison, ignorándome.

—Es muy guapa —confirma la segunda a la primera.

—Estoy aquí —señalo para llamar su atención, pues hablan como si yo no estuviera presente.

—Genial; entonces, cuéntanos —me pide mi antigua compañera de trabajo.

—No hay nada que contar —aclaro.

—¡Oh, venga ya! —se quejan ambas.

—¿Te gusta? —Esa es Madison.

—Se la imaginó comiéndole el rabo. —Me tapo la cara con ambas manos y, aunque no la vea, sé que mi otra amiga estará haciendo alguna mueca—. ¡Claro que le gusta!

—Sigo aquí —insisto.

—Y nosotras también, deseando que nos cuentes algo. —Esa es Holly.

—Es que no hay nada. Es… No sé qué ocurre, se ríe conmigo, parece estar a gusto, me da la sensación de que hay química entre nosotros, pero tiene alguna clase de freno. Creo que tiene novio.

—¿Por qué dices eso?

—Ayer estuve a punto de besarla, pero la llamó un tío, un tal Will. Por segunda vez. Estaba ignorando esa llamada por algún motivo y la sentí incómoda cuando vio su nombre en la pantalla.

—¿No puede ser un hermano, primo, amigo…? —tantea Madison. Ella es la racional.

—Huye de algo —continúo—. No sé de qué, pero algún motivo la ha llevado hasta East Harbor.

—¡Anda! Ya tenéis algo en común —exclama Holly dándome unos golpes en el brazo. Quiero reírme porque sé que lo ha dicho para eso, pero no me sale—. ¿Tú qué sientes por ella? —pregunta tras unos segundos sin respuesta por mi parte, dejándome alucinado. Ella no habla así. De verdad que desde que sale con Duncan es otra.

La música sigue sonando de fondo y la brisa me eriza la piel. Miro al horizonte, buscando una respuesta que no estoy seguro de tener.

—No lo sé, con Charlotte es diferente. Me siento cómodo, que todo fluye. Hay algo que me atrae hacia ella, ¿sabes? Siempre estoy buscando una excusa para volver a verla. Sé que parece una locura porque hace tan solo una semana que la conozco, pero… me gusta estar con ella. No estoy hablando de amor, ¿vale? Al menos, no aún…

Holly y Madison comparten una mirada llena de complicidad.

—Pues, sea lo que sea, creo que vale la pena averiguarlo —interviene la segunda.

Asiento despacio.

—Por cierto, cambiando de tema, ¿sabéis quiénes hacen muy buena pareja?

Miro a Holly porque no entiendo su pregunta ni a qué viene. Ella sonríe como cuando uno tiene un cotilleo jugoso a punto de contar. Nos señala a un punto a nuestras espaldas y nos giramos. Sigo su mirada y diviso a mi hermana riendo con Jake, un compañero de trabajo de la cumpleañera. Beth gesticula con entusiasmo y no parece intimidada por esa poca distancia que los separa.

Alzo las cejas hasta el infinito.

—¿En serio? —pregunto al aire.

—Llevan un buen rato así —confirma Madison.

Ahora me giro hacia ella.

—Vienes aquí, me sueltas ese rollo de tu adolescencia, me preguntas por Charlotte, ¿y no me dices nada sobre eso? —exijo saber extendiendo el brazo hacia donde se ubica mi hermana.

Ella se encoje de hombros.

—Me distraje y se me olvidó.

Podría colar perfectamente si no fuera por esa risilla que demuestra que me está mintiendo a la cara.

—Has venido hasta aquí a entretenerme para que no los viera —elucubro.

—Puede…

Madison se bebe lo que le queda de vino del tirón y deja la copa sobre la mesa baja que tenemos frente a nosotros.

Me echo hacia delante y apoyo los codos en los muslos.

—Increíble —mascullo.

—Los hermanos a veces sois un poco protectores… —se excusa Madison, pero hago como que no la escucho. No estoy enfadado con ella, aunque es lo que crea. Pero tengo que asumir las cosas. Dejar de ver a mi hermana como una niña.

Hace unos meses, durante la feria de verano del pueblo, Beth vino a visitarme. Yo tenía que trabajar en el bar y no pude acompañarla, pero ella se encontró con Duncan —quien debía de estar desesperado buscando pareja para la carrera de relevos— y se apuntó con él. Mi hermana se hizo ilusiones demasiado rápido, pues estaba más que claro que él solo tenía ojos para Holly. Ojalá hubiera

estado con Beth para advertirla de que Duncan Harris no se había fijado en ella, que solo quería darle celos a mi amiga y presionarla. Pero el Joe's estaba a tope y no tuve ni cinco minutos de descanso.

Al final, mi hermana lo besó y él la rechazó. Lo pasó mal durante un tiempo, avergonzada de su propio comportamiento y recriminándose ser tan ilusa. No quiero ser sobreprotector con ella, de verdad que no. Pero nunca ha salido con chicos, y no es por falta de oportunidades. Hemos crecido en una familia muy vinculada a la Iglesia y de ella se espera que llegue virgen al matrimonio. Una chorrada, pero así nos han educado y ella todavía no se ha atrevido a cuestionar eso.

Por ese motivo me preocupa de una manera especial verla tontear con Jake. Dudo mucho que sea de los que esperan.

—Ya sabéis cómo es mi familia —expongo.

—Tu hermana es mayor de edad —señala Holly de manera obvia.

«Sí, lo sé».

—¿Es cosa tuya? —le pregunto, o la acuso, más bien—. Que hayan coincidido en esta fiesta… Sigo sin entender por qué mi hermana está aquí.

—Tu hermana y yo nos hemos visto varias veces desde que me mudé, te recuerdo que no vive lejos de Portland. —Hago un gesto de afirmación—. Pero, sí, invité a propósito a dos personas que sé que podrían encajar. Si luego se convierten en los protagonistas de una novela romántica…

Rebufo.

—Ey —llama mi atención posando una mano sobre mi brazo—. Si no fuera un tío genial, no le permitiría acercarse a ella.

—¿Con cuántas chicas ha estado? —pregunto a la desesperada.

—Sinceramente, nunca se lo he preguntado, no es algo relevante —responde seria.

—A ver, Jay —me llama Madison con calma—. Beth es mayor y tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

Holly la señala chasqueando los dedos y con una sonrisa triunfal.

—Pero…

—Jay —me señala, ahora más seria y dura que antes—, deja que tu hermana sea quien decida si quiere seguir con las normas sociales

y morales de tus padres o no. Ella tiene edad para saber qué se hace.

Me doy la vuelta y los observo de nuevo. Ella ríe mucho y él se ha aproximado. Parece que le está contando alguna anécdota graciosa. No la mira como un depredador, aunque está claro que hay cierta química entre ellos.

Como nosotros. Charlotte y yo.

10. A veces me trae café

CHARLOTTE

La librería está abarrotada de gente. El olor a papel queda opacado por el del café y el chocolate caliente que no dejo de servir a todos los que se han acercado aquí en este día tan especial. Ríen, hojean libros, hablan entre ellos, curiosean la mesa de novedades recomendadas y se pasean entre las estanterías. A algunos se les ve realmente emocionados, como si llevaran tiempo deseando un lugar así en el pueblo.

Yo me paseo entre todos ellos, charlando, guiándolos hacia sus géneros favoritos, descubriendo un pedacito cada vez más grande de todo este lugar. He hablado con varios profesores del instituto, un grupo de jubilados que parecen saberlo todo de todos, el cartero, algunos comerciantes que han cerrado sus tiendas para venir a la inauguración y mostrarme su apoyo, la subdirectora del banco —una tal Ava que parece muy simpática—, etcétera. Gente de todas las edades han dejado lo que tenía entre manos para asistir a este evento. Alguien me indica entre susurros que muchos han venido para comer gratis y tener tema de conversación al día siguiente. Aunque sea por eso, me alegro.

No pocos se han animado a comprar algunos ejemplares o hacer encargos especiales. Se instala una sonrisa perenne en mi cara. Esto es alucinante, ha superado mis expectativas.

—¡Hola! —saludo a una pareja que entra con un niño de unos cinco años—. Bienvenidos. Tenéis descuentos en todos los títulos durante el día de hoy y mañana. Al fondo hay bebida y un poco de aperitivo.

La mujer me sonríe con amabilidad, agradece la información y se adentra entre las estanterías con su hijo, mientras el hombre saluda

a algún conocido.

Yo sigo fingiendo que solo soy una chica que acaba de llegar a este pueblo para montar una librería. Que no tengo ninguna razón oculta para sonreír, estrechar manos o conversar con todo aquel que se acerque a mí.

Pero lo cierto es que sí la hay.

Esta inauguración es la excusa perfecta para hacer preguntas sin levantar sospechas. Para observar sin que nadie se sienta observado. Para acercarme a la gente del pueblo sin parecer interesada. Solo soy la nueva intentando conocer a todo el mundo.

Aunque la verdad es que en estos casi cincuenta minutos no he descubierto nada. Nadie menciona nombres que me suenen ni detalles que hagan que mi estómago se tense. Ingenuamente pensé que alguien me serviría la verdad en bandeja.

Sigo saludando a la gente. Una anciana encantadora me comenta que solía contarle cuentos a su nieta y que ahora esta es una gran lectora. Me pide que le recomiende algo para regalarle y enviárselo a la universidad. Otro me ofrece una edición firmada de *Matar a un ruiseñor* que encontró en su ático, por si me interesa hacer una selección de clásicos de segunda mano. Le digo que no se me había ocurrido hacer nada así, pero que no me siento cómoda vendiendo libros que no he comprado.

—En ese caso, quédatelo y ponlo en algún lugar visible como parte de la decoración —insiste.

Acepto y lo llevo al mostrador, donde algunos me esperan para pagar varios ejemplares más. La inauguración está resultando agotadora, pero me siento feliz. Me gusta esto, aunque estoy segura de que mis padres, al igual que el resto de mi familia, no lo habrían aprobado. Ellos hubieran querido que siguiera estudiando y me hiciera cargo de la empresa.

Regreso a saludar a más personas que han entrado recientemente y escucho sus historias con atención, incluso si no tienen nada que ver con lo que estoy buscando. Quizá, precisamente, por eso. Porque una historia puede estar conectada con otra y porque, tal vez, alguien diga algo sin darse cuenta de lo que significa para mí.

—Hola —oigo que saluda alguien a mi lado, con la voz suave.

Me giro y me encuentro con una mujer de mediana edad, con una melena color castaño oscuro, larga y lisa. Como la mía, aunque con el pelo más fino. Tiene unos ojos preciosos y un estilazo para vestir.

—Hola —respondo con la misma cordialidad.

—Me gusta lo que has hecho aquí. Ya necesitábamos algo así. Tenemos una buena biblioteca, pero es difícil encontrar novedades. Me llamo Lauren, por cierto.

Guardo el nombre junto a su imagen en mi cerebro, aunque son tantas las caras que estoy registrando hoy que es probable que mañana no recuerde ni la mitad.

—Charlotte. —Estrecho su mano mientras sonrío—. Encantada. Gracias por pasarte.

—¿Bromeas? ¡Me encantan los libros! Pasé una temporada cuyo único entretenimiento disponible era leer. —Carraspea—. El último año de instituto fue muy duro —aclara—. Salía poco y zambullirme en una historia me ayudaba a evadirme.

—Te entiendo —sonrío, y siento una conexión especial. Me gusta tener algo en común con alguien—. Espero que encuentres más historias en las que sumergirte.

—Seguro que sí.

Me devuelve la sonrisa y se despide de mí para adentrarse entre las estanterías. Alguien llama mi atención para preguntarme si queda café y le pido que me espere, que ahora traeré más. Vuelvo a la trastienda y preparo una jarra y otra más de chocolate. Salgo y las coloco sobre la mesa, reviso lo que falta, lo que está para tirar… Doy varios viajes, deteniéndome a saludar, a cobrar, a recibir felicitaciones y a recomendar algunos libros. Hay tanta gente y tanto trabajo que no puedo detenerme a mirar el reloj ni a pensar en nada. Hasta que reconozco una voz familiar.

—¡Wow! Tengo que admitir que cuando me dijiste que abrirías una librería pensé que me estabas tomando el pelo.

Me doy la vuelta y ahí está Bianca. De pie a mi lado, con su pelo rubio, largo y lacio recogido en una coleta estirada sin pelos sueltos. Con su bolso de Prada y su estilismo perfectamente cuidado. Suelto

un chillido y la abrazo con la sonrisa más grande que he dibujado desde que llegué a East Harbor.

—¡No puede ser! ¿Qué haces aquí? —pregunto apartándome de ella y a punto de llorar de la emoción.

—¿Creías que me lo iba a perder? ¡Eres mi mejor amiga! —exclama extendiendo los brazos hacia mí.

Me llevo el índice a ambos lagrimales, esperando de veras no ponerme a llorar como una enana. Joder, sí que tengo que ser su mejor amiga para que ella abandone sus responsabilidades y venga hasta aquí.

—¿Y la universidad? ¿No te vas a meter en problemas por saltarte las clases?

—Por favor, las chicas como tú y como yo vamos como mero entretenimiento hasta que nos casemos —suelta acicalándose el pelo.

Esa es Bianca. Su objetivo en la vida desde que éramos pequeñas es cazar un rico que le dé una «buena vida» —es decir, lujo—. Es, más o menos, como nos hemos criado todas en nuestro entorno. Por suerte, hace varias generaciones que las cosas están cambiando. Las mujeres vamos a la universidad con la intención de formarnos para asumir un puesto de responsabilidad en las empresas familiares, aunque sigue habiendo algunas, como mi amiga, que consideran que trabajar resta calidad de vida.

Chasqueo la lengua. No voy a entrar en esa discusión otra vez.

—¿Y bien? Cuéntame qué tal la vida en este pueblo. Hay agua corriente y esas cosas, ¿verdad?

—Bianca —la reprendo con los dientes apretados, esperando que nadie más la haya oído.

—Es broma, mujer. —Hace un gesto con la mano para restar importancia a la soberana estupidez que acaba de soltar—. Ahora en serio, ¿qué se hace aquí por las noches?

—Dormir.

—¿Dormir? —cuestiona arrugando la nariz.

—Creo que hay un *pub,* pero aún no he ido.

—Menudo aburrimiento —masculla. Quiero estrangularla—. Vaya, al menos hay chicos guapos…

Me giro hacia donde está señalando con la mirada y me encuentro con los ojos de Jay. Quiero evitar sonreír, pero no lo logro. La emoción de todo el día me lo impide.

«Ojalá Jay no piense que es por él».

Pero, justo cuando estoy pensando eso, él se acerca hasta donde estoy yo y empiezan a sudarme las manos. Me rozo las palmas contra los vaqueros de manera sutil.

—¡Vaya! Esto está lleno de gente. Enhorabuena —me felicita.

—Muchas gracias.

Sonríe. Sonrío más aún.

Oigo un carraspeo a mi izquierda.

«Mierda».

—Eh… Jay, te presento a Bianca. —Muevo el brazo de uno a la otra—. Es mi mejor amiga y ha venido a desearme suerte en la inauguración. Bianca —la miro y hago una pausa—, este es Jay, trabaja en el bar de aquí al lado. A veces me trae café.

A veces me hace de guía por el pueblo.

A veces me lleva a cenar tacos.

A veces me diseña un logo que me tiene enamorada y que todo el mundo alaba.

A veces me ayuda con la tienda.

A veces casi me besa.

Y a veces deseo que lo haga.

«Basta».

Bianca lo observa con atención y luego vuelve a fijar su vista en mí.

—Bueno, si el café está rico, puedo entender qué le ha encandilado tanto de este pueblo.

Va con segundas, claramente, pero Jay parece no darse cuenta.

—Hombre, tengo que admitir que no es nuestra especialidad —reconoce alzando una mano y llevándosela a la nuca—. Pero no es de los peores que habrás probado.

Bianca se ríe. No de verdad, sino más bien esa risa suya diseñada para caer bien. Yo también solía tenerla. Porque en nuestro ambiente la gente no suele ser graciosa, pero tienes que hacer ver

que te lo parece. Cuanto más tiempo paso aquí y descubro la naturalidad de estas personas, más me gusta East Harbor.

No obstante, Jay es gracioso de verdad. Con él te ríes sin forzarte a ello y, además, le sale natural. No es algo que haga para buscar interacción.

—Por cierto, me gustaría comprar un libro —añade él cortando este momento incómodo. Incómodo para mí.

—¡Claro! Adelante…

Le señalo las estanterías para que vaya a elegir uno. Con suerte, se pasará un buen rato revisando portadas y sinopsis.

—En realidad, quería este… —su mano roza mi pelo, se me corta el aliento y se detiene a coger uno que está justo detrás de mí— de aquí.

Hojea el libro frente a nosotras y respiro de forma acelerada. ¿Ha sido intencionado o realmente quería ese libro? No me parece que *Colored Television,* de Danzy Senna, sea algo que él fuera a leer. No obstante, me sorprende en tantas ocasiones que quizá sí haya dado la casualidad de que justo me encontraba en el mismo lugar que el título que estaba buscando.

—Sí, me voy a llevar este. Puede ser interesante.

Entrecierro los ojos, pero no me da opción a cuestionarle nada porque se dirige al mostrador.

—Dame un segundo —le pido a Bianca, justo antes de seguir a Jay.

Cuando llego, ha dejado el libro sobre la madera y me espera mirando distraídamente hacia la ventana con ambas manos a los extremos del mueble. Si fuera otro tipo de chico, diría que es su pose habitual de perdonavidas, pero Jay es demasiado sencillo y seguramente sea casual.

—Ya estoy aquí —anuncio, aunque sus palabras me detienen y me quedo sosteniendo el ejemplar con una mano y el lector de códigos de barras con la otra.

—Llevo como una hora oyendo a la gente alabar tu librería. —Sonrío. Me hace gracia que salgan de aquí y vayan al Joe's a intercambiar impresiones—. Lo bonita que la has dejado, lo genial

que es el logo —se ríe, me río—, lo bien organizado que está todo, lo guapa que es la librera…

—Jay… —lo corto. Ya no hay sonrisa.

—Vale, eso lo digo yo.

—No, ehm…, me siento muy halagada, pero…

—Está bien, tranquila.

Se instala un silencio muy incómodo. Él esquiva mi mirada. Escaneo el código de barras y el «bip» parece traerlo de vuelta.

—¿Te lo vas a llevar? —tanteo con delicadeza.

—Claro, para eso he venido.

«No por ti, sino por un libro. Que casualmente estaba detrás de ti».

Saco una bolsa de papel e introduzco el ejemplar en ella.

—Entonces, ya me contarás qué tal. A ese le tengo muchas ganas —añado con una sonrisa.

—¿No me cobras?

—Es un regalo para un amigo que me ha ayudado mucho.

Hace una mueca sutil.

—Supongo que entonces te debo un helado.

—O un taco. —Le guiño un ojo.

«Le estás lanzando señales contradictorias».

«Mierda».

Él sonríe y parece evaporarse la incomodidad de hace unos segundos.

—Pues supongo que nos veremos otro día. Ya me contarás qué tal ha ido la inauguración.

—Por supuesto.

—Nos vemos.

Me despido de él levantando la mano y, cuando sale a la calle, me permito aflojar el aire que había estado conteniendo en algún momento.

Regreso a buscar a Bianca, que ya me espera con los brazos cruzados y una mirada escrutadora.

—Así que Jay…

Octubre

11. Es solo lluvia

CHARLOTTE

La lluvia golpea los ventanales de los escaparates con una furia constante. El local está vacío, y no me extraña. ¿Quién va a venir a comprar un libro ahora, con este mal tiempo? No sé ni para qué he abierto. No se ve a nadie en la calle, pero la verdad es que cuando he llegado era tan solo un chaparrón con pinta de ser temporal. Tal y como venían siendo las últimas semanas. Debería empezar a consultar la aplicación del tiempo.

Octubre ya está aquí, nos ha quedado clarísimo a todos. El verde ha dejado paso al marrón. Las hojas ya no llenan las copas de los árboles, sino que forman grandes alfombras que crepitan cuando las pisas. El aire frío huele a tierra mojada y a leña quemándose en alguna chimenea lejana.

Bianca regresó a su casa a la mañana siguiente de la inauguración, tras prometer que hablaríamos todos los días. Algo que, claramente, no hemos cumplido ninguna de las dos. Tengo que admitir que he estado bastante ocupada. No me puedo quejar. La librería lleva abierta casi tres semanas y los números no están nada mal para ser un negocio reciente.

No obstante, el motivo por el que no encuentro tiempo para enviarle un simple mensaje es que sé que, si lo hago, volverá a preguntarme por Jay. Y no puedo hablar de esto con ella, no lo entendería. O quizá sí. Quizá ella sea quien mejor lo entienda.

Yo:
Ey, ¿qué haces?

No responde. Lo mejor será que empiece a recoger para irme a casa.

Bianca:
Estudiar.

Yo:
Ajá.

Mentira. Bianca no estudia. Se presenta a los exámenes, responde cuatro chorradas y su padre se encarga de que la nota sea suficiente para evitar la expulsión. Hasta el rector tiene claro que está ahí de alumna florero. Mientras no entorpezca las explicaciones y su familia siga ayudando financieramente a la universidad, todos felices.

Bianca:
¿Ya quieres hablar de ese bombón con el que tonteas?

Yo:
No tonteo con él.

Bianca:
Ya, claro.

Yo:
Solo es un amigo.

Bianca:
Un amigo al que le haces ojitos.

Bianca:
He visto cómo lo miras, cómo le sonríes…

Yo:
No ha pasado nada entre nosotros.

Bianca:
Aún.

Yo:
No va a pasar. No debería.

Bianca:
¿Por Will?

Yo:
Exacto.

Bianca:
¿Qué vas a hacer?

Bianca:
Quiero decir…, es tu novio.

Suelto el móvil sobre el mostrador como si estuviera a punto de explotar. No, no es mi novio. Las relaciones en mi entorno no funcionan como deberían. Will no es mi novio. Es una persona con la que me llevo bien y me comprende, la pareja que me acompaña a los actos sociales, el hombre con quien todo el mundo cree que me acabaré casando algún día. Pero no hay amor. Tampoco por su parte. Son solo intereses económicos. Justo lo que Bianca busca. Pero yo… necesito más.

Suspiro.

En las últimas semanas apenas he visto a Jay. Solo alguna que otra vez que he ido al Joe's a pedir un café. Lo justo para intercambiar un saludo breve o alguna sonrisa educada. Pura cortesía. Nada de conversaciones reales. Desconozco si se sintió rechazado de alguna manera o confundido por mi actitud, pero desde la inauguración lo noto distante conmigo.

Vuelvo a coger el móvil.

Yo:
Sabes qué tipo de relación tenemos Will y yo. No somos novios.

Bianca:
Soy consciente de ello. Sois amigos, lo sé.

Bianca:
Por eso no veo ningún problema en que le des un poco de vidilla a la pepitilla.

Seguro que se está partiendo de risa con la rima que le ha salido sin pretenderlo. Yo pongo los ojos en blanco porque la expresión me parece horrenda.

Yo:
Es que no va a ocurrir.

Bianca:
Pues debería.

Bianca:
¿No has visto lo guapo que es? Claro que lo has visto, esa sonrisa es por algo.

Yo:
Sí, es muy guapo. Y divertido.

Bianca:
¿Y a qué estás esperando para tirártelo? Está claro que le molas bastante.

Yo:
No quiero interferencias en mi misión.

Mi misión. Mi objetivo. Eso es lo que me ha traído a East Harbor y en lo que he invertido casi todas las mañanas antes de abrir la librería. Busco en diferentes archivos y no hay rastro de nada. Resulta desesperante. Es como si alguien se hubiera tomado demasiadas molestias para borrar cualquier rastro. A veces, incluso, me derrumbo y pienso que, quizá, mi abuela se lo inventó y que yo estoy deseando que sea verdad para poder escapar de todo.

Debería regresar. Quizá debería ponerme un plazo para hacerlo. Pero no quiero. Necesito seguir buscando. Sé que es verdad.

Una rama golpea el cristal a mi derecha y me da un susto de muerte. Miro hacia fuera. Aparte de la lluvia torrencial, hay mucho viento. Y yo sin paraguas ni coche. Ni un triste chubasquero. Creo que voy a pasar la noche aquí porque ni loca salgo a la calle con esta tormenta.

Me dirijo a la trastienda para preparar el espacio cuando el sonido de la puerta abriéndose con fuerza me detiene. Me quedo helada y completamente acojonada. Diría que había cerrado, aunque tampoco estoy segura. Voy a asomarme, pero casi choco con alguien y mis manos acaban apoyadas sobre un cuerpo duro. Levanto la vista para comprobar cómo los ojos de Jay me observan con inquietud. Está empapado y de sus mechones cobrizos descienden gotas frías de agua que se deslizan por sus mejillas.

—¿Tienes cómo llegar a casa? —pregunta sin previo saludo. Su voz es firme y denota evidente inquietud.

Despego mis manos, ahora mojadas, de sus músculos. Parpadeo.

—¿Cómo?

—Está todo bastante inundado. Algunas calles se han vuelto impracticables. He hablado con una amiga y dice que casi no ha

podido llegar a casa.

—Ah… No te preocupes, me las apañaré. —Miro por la ventana. El agua sigue cayendo como si el cielo estuviera enfadado con el pueblo y el agua se acumula en el pavimento. Definitivamente, me quedo aquí y no salgo hasta mañana—. Tengo paraguas.

Jay alza una ceja.

—¿Ese paraguas sirve también como barca?

—Estaré bien. Es solo lluvia.

«No te lo crees ni tú».

—Charlotte —pronuncia con firmeza y casi con autoridad—. Te llevo. No es un ofrecimiento casual, es una cuestión de seguridad.

Dudo. No quiero subir a su coche. Creo que es una pésima idea. Cuando estoy a solas con él me siento más vulnerable que nunca y, a la vez, protegida. Siento que a su lado puedo ser yo, y eso me aterra.

Voy a negar nuevamente, pero una nueva ráfaga de viento azota los cristales y la luz parpadea como si fuera a irse.

—Vamos —murmuro sintiendo cómo el miedo se apodera de mí.

Recojo mis cosas en silencio. Él abre el paraguas y me indica que me acerque. Vacilo, pero accedo. Quiero salir de aquí.

Cierro la tienda, salimos corriendo hacia el coche y, en el trayecto hacia la puerta del copiloto, su brazo se cruza con el mío para evitar que me moje más de lo necesario. Aun así, llego empapada de cintura para abajo.

El silencio en el interior del vehículo es tan tenso que Jay decide poner música. *Mockingbird*, de Eminem, llena el espacio y me impide oír mis propios pensamientos. Jamás habría apostado por que ese fuera su estilo. Aunque la realidad es que no lo conozco en absoluto. Lo cual me hace pensar en lo absurdo que me resulta sentirme así de atraída por alguien tan desconocido.

¿Qué sé de él?

Que trabaja de camarero en el Joe’s.

Que estudia diseño gráfico.

Que vive en East Harbor desde hace tiempo. Esto, en realidad, lo supongo, dado que conoce demasiado del pueblo y de sus habitantes.

Se preocupa por la gente y no dejaría que sufrieran un accidente con esta tormenta.

No sé qué le gusta hacer, comer, escuchar, ver… —salvo algunos detalles que compartió conmigo el día del Jalapeños—, quiénes son su familia o amigos…

«Él tampoco sabe nada de ti».

Mierda, sí que oigo mis pensamientos a pesar de la música.

Cuando llegamos, tan solo una canción después, Jay sale primero y corre hacia mi puerta para abrirla y cubrirme con el paraguas mientras recorremos los escasos pasos hasta la entrada. La cercanía me hace contraer el estómago y la lluvia nos alcanza igualmente. Con este viento, un paraguas se convierte en algo inútil.

Más cosas que sé o que puedo intuir: es un caballero. Lo cual me hace pensar que ha recibido una educación bastante conservadora.

—Gracias —murmuro mientras busco las llaves.

—No hay de qué.

Pero, en cuanto abro la puerta, un olor a humedad me golpea en la cara. Un olor fuerte y desagradable, mezcla de moho y agua estancada. Doy un paso hacia dentro y la sensación de pisar un charco —junto a su característico «chof»— me paraliza.

—Oh, no…

Jay entra tras de mí y se adelanta, encendiendo la luz. El salón está inundado con una fina capa de agua. ¿De dónde viene? ¿Habrá goteras?

—¿Dónde está la llave de paso? —pregunta veloz.

¿La llave de qué? Pongo a mi cerebro a buscar una respuesta, pero supongo que mi cara alerta a Jay, que empieza a dar vueltas por la planta baja y el garaje. Yo sigo sin saber qué hacer y maldiciendo que nadie me haya enseñado nada acerca de esto.

—Listo, está cerrada. Creo que una tubería reventó y a saber durante cuánto tiempo ha estado soltando agua. Por si la necesitas más adelante, la llave está ahí —me señala hacia la puerta que da al garaje—, justo al abrir.

—Gracias —balbuceo. Sigo sin saber de qué habla.

—No has tenido que hacerte cargo de muchas situaciones de este tipo, ¿verdad? —elucubra.

—Me gustaría decir que sí, pero en Nueva York siempre he tenido a alguien que se encarga de ello.

Siento su mirada escrutadora sobre mí y desvío la vista hacia el suelo.

«Oh, Dios mío, ¡qué desastre!».

—No puedes quedarte aquí. ¿Tienes dónde pasar la noche?

—Claro que sí. Hay hoteles en el pueblo.

—La temporada ha terminado, están todos cerrados.

«Joder».

Lo veo cavilar de reojo mientras yo intento no fijarme mucho en él. Se cruza de brazos, se descruza, se lleva las manos a la cara. Me está poniendo nerviosa.

—Te vienes conmigo.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

—Lo digo en serio, esto es… insalubre. Tengo habitaciones de sobra. Haz una maleta con lo básico y mañana llamamos al fontanero. Ahora es tarde y estamos en medio de una tormenta.

Sus palabras no dejan espacio para el orgullo. No esta vez. De manera que solo puedo asentir. Le hago una señal para indicarle que subo al piso de arriba a buscar lo que necesito y él parece relajarse.

Va a ser una noche muy larga.

12. Una caprichosa que juega a ser pobre

JAY

Llevo casi tres semanas sin dejar de pensar en Charlotte y en ese «es un regalo para un amigo que me ha ayudado mucho» que me soltó como si nada el día de la inauguración. Tanto que roza la obsesión. Que Charlotte no deje de echar el freno de mano conmigo —cuando es más que obvio que desearía dejarse llevar— me saca de quicio. Es desesperante. Y creo que ese runrún en mi cabeza solo hace que crezca mi obsesión por ella.

¿Es obsesión? Joder, no quiero parecer un psicópata, pero es… difícil de explicar. Sea como sea, si ella solo quiere que seamos amigos, pues es lo que seremos.

Hoy parece que el otoño se ha instalado de manera definitiva en East Harbor. Ya hace un tiempo que el cambio de estación es evidente en el paisaje y en la ropa de la gente. No hay turistas, el frío nos obliga a abrigarnos más al salir de casa, en algunos hogares han empezado a encender las chimeneas y todo se ha envuelto de un clima especial. Me gusta el otoño, tiene su encanto. Y, a decir verdad, el trabajo es mucho más tranquilo y va bien descansar un poco del ajetreo del verano.

Pero hoy está cayendo el diluvio universal, acompañado de un viento que hace que el agua descienda en todas direcciones y no puedas cubrirte con un paraguas ni con nada. Por eso no hay nadie en la calle. Por eso todo el mundo está cerrando sus negocios. Incluso Joe, que, cuando ha visto que esto seguía empeorando y no tenía pinta de detenerse, ha decidido poner fin a la jornada de hoy. Solo estábamos el cocinero y yo, además del jefe, que había llegado

hacía un par de horas para revisar unos papeles en su despacho y estaba esperando a que amainase para regresar a casa.

Pero no ha sido así. No ha amainado, sino todo lo contrario. La lluvia ha cogido cada vez más fuerza y entonces nos ha llevado a casa en su *pick-up* porque ambos habíamos llegado al bar a pie. De camino, he visto luz en la librería y me he preocupado por Charlotte. Seguro que no tenía cómo regresar a casa. Esto me ha hecho meterme en el coche y pasar a recogerla. Porque eso también es algo que haría un amigo. Un amigo no puede dejar que regrese a pie con esta tormenta.

Me ha costado convencerla, ya que es la hostia de orgullosa. Creo que su plan era quedarse a pasar la noche allí. ¿En serio eso era mejor que dejar que la acompañara? ¿Tanto miedo me tiene? Me dijo que éramos amigos; entonces, debería dejarse ayudar cuando un amigo le está ofreciendo una salida.

Me desesperó que se resistiera, porque era una cuestión de seguridad que nada tenía que ver ya ni con la amistad. Si no hubiera sido yo, habría sido otro, pues así funcionan las cosas en East Harbor. Aunque si era yo quien la ayudaba, mejor.

El silencio en el coche era tan tenso que tuve que poner a Eminem para dejar de pensar en las ganas de llevarla directamente a mi casa, quitarle la ropa mojada y meterla en la bañera con agua caliente. ¿Veis por qué tenía que poner música? A ser posible, que no fuera ni romántica ni sugerente.

El problema ha llegado en forma de inundación. No podía dejarla allí y largarme como si no me importara nada. No podía quedarse. Aunque el piso de arriba estuviera seco, abajo olía fatal. Creo que hicieron un trabajo pésimo cuando reformaron esa casa. Deberían haber abierto las paredes y cambiar cañerías antiguas, cuadro eléctrico, etcétera. Solamente cambiaron lo que se ve.

«Chapuceros».

Ahora Charlotte está en mi casa. Le he enseñado su habitación y se está dando una ducha mientras yo preparo una sopa que nos hará entrar en calor. El fuego de la chimenea es reciente y aún no calienta demasiado, pero me gusta más que la calefacción. Debería haberme cambiado de ropa yo también, aunque me urgían otras

cosas y empiezo a enfriarme. Estornudo varias veces y empieza a temblarme la mano que utilizo para dar vueltas a la sopa con la cuchara de madera,

—Deberías bañarte tú también. Te vas a resfriar —sugiere Charlotte a mi espalda.

—No te preocupes por mí.

—Debo hacerlo. Me has salvado de pasar la peor noche de mi vida. Lo correcto es devolverte el favor. ¿Quieres que termine lo que estás haciendo?

Estoy a punto de responder «no» cuando, en su lugar, estornudo nuevamente. Charlotte se acerca y me aparta la cuchara, la cual coloca sobre la encimera. Se vuelve hacia mí y pega sus manos en mi frente, en mi cara, frota mis brazos…

—Necesitas entrar en calor —dice tirando de mí hacia el baño.

—Se me ocurre una manera muy interesante de hacerlo… —replico con guasa. No parece hacerle gracia y sigue tirando de mí. Cuando llegamos al baño, enciende el agua caliente.

—¿Quieres que me desnude?

Se gira y me mira con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—¿Ya te vas a bañar y dejar de hacer bromas? Estoy preocupada, Jay.

Alzo los brazos en son de paz y ella sale por la puerta. No sé qué demonios me ha pasado, pero creo que la he cagado.

Me desvisto, entro en la ducha y dejo que el agua caliente atempere mi cuerpo de nuevo. Solo ahora me doy cuenta de lo helado que estaba y entiendo el nerviosismo de Charlotte. Soy un completo gilipollas.

—Lo siento —digo nada más salir, con una toalla envuelta en la cintura. La temperatura es más agradable ahora y no percibo el frío de antes.

Charlotte está terminando de poner la mesa y levanta la vista hacia mí, no sin antes explorar cada pulgada de mi cuerpo con la mirada. No sé si no me ha oído o se ha quedado sin palabras, por lo que procedo a repetir lo que acabo de decir.

—Lo siento. Lo de antes ha estado fuera de lugar.

Ella niega nerviosa.

—No te preocupes.

—Subo a vestirme, mejor. No quiero que pienses lo que no es —añado con una sonrisilla y un guiño. Ella parece relajarse, aunque sus dedos no dejen de jugar entre ellos.

Desaparezco de su vista y troto por las escaleras como un adolescente nervioso por su primera cita. Entro en mi habitación, abro el armario y empiezo a sacar algunas cosas. Nada me convence, ¿cuándo me he comportado yo así?

«¿Qué más da, Jay? Pilla un pantalón deportivo y una camiseta. No unos viejos, pero que no parezca que te estás arreglando, se supone que ya irás a dormir…».

Gruño y hago caso a mi conciencia, que parece tener más sentido común que yo ahora mismo.

Cuando bajo al salón de nuevo, la encuentro de espaldas, con la vista puesta en la chimenea. Su pelo aún sigue húmedo y moja la sudadera azul marino de la Universidad de Columbia que se ha puesto mientras yo me encontraba arriba. Me sorprende descubrir que estudia en la Ivy League. Eso explicaría que no tenga ni idea de lo que es una llave de paso o de su ubicación, que tuviera a «alguien que se encargara de ello», su educación tan refinada… Pero ¿qué hace aquí? ¿Por qué va a dejar Nueva York y todo el lujo que la rodea para vivir en East Harbor y montar una librería? ¿Quizá… está arruinada?

Se gira al oír mis pasos. Me lanza una sonrisa suave, pero hay algo de recelo en sus ojos. Como si fuera consciente de que esta noche está llena de posibilidades, aunque ella vaya a rechazarlas todas.

—Has tardado tanto que pensé que tendría que subir a buscarte —quiere sonar graciosa y despreocupada, si bien su voz delata los nervios que le produce el hecho de encontrase a solas conmigo.

—Ojalá lo hubieras hecho.

Charlotte suspira, harta de mis bromas con segundas, pero no dice nada más. Se sienta en una de las sillas del comedor, donde ya están ambos platos enfriándose, y yo decido hacer lo mismo y no dejarla sola.

Sin decir palabra, empezamos a comer. Me divierte la cara que pone al llevarse la primera cucharada a la boca y, aunque yo haría lo mismo, no puedo evitar reírme.

—¿Qué ha pasado? Estaba rica y ahora… no se puede comer —se queja.

Me río.

—Probablemente se ha sobrecocido—aclaro.

—Vaya…, lo siento.

—No es tu culpa. He tardado demasiado. ¿Preparo otra cosa? —me ofrezco, porque, en parte, es culpa mía que la sopa se haya estropeado.

—Da igual, no tengo mucha hambre. Agradezco que hagas todo esto por mí, Jay, eres muy hospitalario.

—No tiene importancia.

—Sí la tiene. —Sus ojos me miran vidriosos—. Jamás he conocido a nadie que se preocupara tanto por mí como para hacer lo de hoy. Vengo de un mundo muy egoísta.

—¿Estudias en Columbia? —pregunto muerto de curiosidad. Con un movimiento de la cabeza, señalo su sudadera.

Ella eleva los párpados, sintiéndose descubierta. Como si no se hubiera dado cuenta de la ropa que llevaba.

—Bueno, ya no. —Chasquea la lengua—. Mi familia no para de insistirme en que vuelva y reanude mis estudios.

Vaya, seguramente ese tal Will que la llamaba sin parar era un hermano o primo.

—¿Con una beca?

—No —suspira.

—Entonces, ¿eres de familia rica?

—Preferiría no hablar de esto contigo. Pero sí, tengo un ático en el Upper East Side.

—¿Por qué has venido aquí? —quiero saber. Aunque no lo pretendo, suena más a reproche que a simple curiosidad y me lamento por ello porque la mirada que me dedica se entristece de repente—. Tienes la vida perfecta, una carrera que seguramente te abrirá muchas puertas…

—Mi vida es de todo menos perfecta, Jay. —Suspira de nuevo y agita la cabeza a ambos lados—. Muchas gracias por todo, de verdad. Espero no ser una molestia —pronuncia levantándose para ir a su habitación.

—Joder, lo siento. Charlotte…

Voy tras ella.

—No te preocupes, no has dicho nada fuera de lugar. Entiendo que desde el exterior se ve todo muy bonito y que solo soy una caprichosa que juega a ser pobre —escupe.

Me quedo plantado en medio del salón sintiéndome como una mierda. Me he pasado con el interrogatorio, pero tenía tanta necesidad de saber un poco más de ella que no he sabido controlarme.

Ahora sí que la he cagado.

13. Seguro que hay más sitios

CHARLOTTE

Me he pasado la noche dando vueltas en la cama. Me dolió demasiado que Jay me hablara así. Como si fuera estúpida por abandonar todo aquello y venir aquí a vivir como una persona normal. Él no lo sabe, pero esas mismas palabras me las han dicho todos ya: mis tíos, mi primo, Bianca, Will…

«Tienes la vida perfecta».

Nada más lejos de la realidad.

Al final, muerta de cansancio, logré conciliar el sueño hacia las cinco de la madrugada. Hasta ahora, que son las diez. No está tan mal.

Salgo de la habitación acompañada por el silencio. Quizá Jay sigue dormido o se haya ido a trabajar. Eso es justo lo que necesito ahora, estar sola. Como llevo estándolo desde que llegué.

Pero, al asomarme al comedor, lo descubro sentado a la mesa. Hay un montón de comida, zumo, leche, café…

—Te he preparado desayuno. No sé lo que te gusta, así que he hecho de todo —anuncia con tiento.

Me acerco a él, porque con esto me cuesta seguir molesta. ¿Os repito que nadie me ha tratado nunca así de bien?

Llego a mi sitio y un plato con unas tortitas me hace sonreír. En ellas, ha escrito «Lo siento» con chocolate.

—No había espacio para más palabras. Lamento mucho lo que dije, lo que… insinué. En realidad, no sé nada de ti y no debería juzgarte así, es solo que… eres una gran incógnita y me muero de curiosidad. Sí, desde fuera es tal cual lo dices, pero tú… no eres así. Me gustaría conocerte.

Me siento frente a él y me sirvo un vaso de zumo para hacer tiempo mientras me preparo mentalmente para lo que voy a contarle. Él me observa paciente.

—Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años —confieso, y suspiro. Jay abre los ojos, luego me mira con pena. Quiere pedirme disculpas nuevamente, pero le suplico que me deje hablar —. Me tuve que ir a vivir con mis tíos y mi primo. Mi vida cambió por completo, no sabes cuánto. Me sentí muy sola.

Quería evitarlo, pero empiezo a llorar. Jay se levanta y se sienta a mi lado para abrazarme y ese contacto me reconforta tanto que asusta. Me besa en la coronilla, me acaricia las mejillas y retira mis lágrimas de la cara de manera suave. Ojalá me huiera criado aquí para haberlo conocido en otras circunstancias.

—No me otorgaron mucho tiempo para el duelo y a los meses me vi obligada a asistir a esas fiestas aburridas en las que la falsedad es lo más habitual. Con el dolor que sentía, debía meterme en un vestido precioso, calzarme unas sandalias incómodas, maquillarme, peinarme, hacerme las uñas y pasar varias horas escuchando anécdotas que, en mi opinión, eran totalmente carentes de interés. La gente tenía una falta de empatía total hacia mí y todo el mundo se acercaba para asegurarse algún trato de favor el día de mañana, cuando pudiera acceder a mi herencia.

Me muerdo la lengua porque no sé si me interesa dar tanta información. No quiero que me busque en internet y encuentre mentiras sobre mí. Jay sigue abrazándome y su mano ahora se desliza por mi espalda. Yo disfruto del refugio que me otorga su cuerpo sin pensar en las consecuencias de abrirme a él y dejarme querer. Decido omitir lo que siento ahora mismo, porque estoy vulnerable y luego todo volverá a ser igual.

—No tienes que contarme nada que no quieras —murmura sobre mi cabeza. Me estremezco.

—Siempre sentí que no encajaba, pero desde entonces… la sensación fue a más. Ignoro lo que me trajo aquí realmente —miento, porque lo sé perfectamente—, simplemente buscaba algo diferente. Me gusta East Harbor —admito. En eso sí puedo ser sincera. Ojalá pudiera quedarme en este lugar para siempre—. Cada

día que paso aquí, más me gusta esto y menos aquello. Cuanto más tiempo paso aquí, más me va a doler volver.

—¿Volver? —pregunta Jay, apartándome para mirarme a los ojos —. ¿Qué quieres decir?

«Mierda, mierda».

—Bueno, ya sabes, el mes que viene es Acción de Gracias, luego Navidad… En algún momento tendré que regresar, aunque sea de visita.

Creo que logro convencerlo porque su cuerpo se relaja.

—Siento lo que dije ayer —vuelve a la carga, pero no se lo permito.

—Shhhh… —siseo poniendo el índice sobre sus labios antes de que siga hablando—. Está todo olvidado.

Su aliento baña mi piel y ambos miramos hacia el mismo lugar. Aparto mi dedo enseguida.

—No tenía ni idea de lo que habías vivido.

Me encojo de hombros.

—Es lógico, no te lo había contado.

—Aun así… —insiste, acercándose a mí y logrando que todo mi cuerpo se ponga en tensión— no debería haber asumido ni juzgado nada. No suele ser mi estilo.

—¿Y cuál es tu estilo?

Silencio. Sus ojos se desvían a mis labios uno o dos segundos y vuelve a mirarme.

—Creo que ya lo sabes.

Luego se aparta y vuelve a su silla. Me cuesta reaccionar después de toda esta intensidad, pero lo hago. El desayuno tiene una pinta increíble, es imposible decidir por dónde empezar.

—Cuando terminemos, podemos ir a tu casa, el fontanero está avisado y también irá hacia allí.

—No era necesario que te ocuparas de ello.

Se encoge de hombros.

—Necesitaba hacer algo hasta que te levantaras de la cama.

Rápidamente me comenta algún chisme que oyó ayer en el bar antes de que se pusiera a llover y nos reímos. Parece que las anécdotas del Joe’s ayudan a rebajar la tensión.



El fontanero localiza la fuga, abre un hueco en la pared y lo que encuentra nos espanta a todos los presentes, incluso a mí, que no tengo ni idea de cuál debería ser el aspecto habitual.

—Lo siento, chicos, pero aquí hay bastante trabajo. Está todo en muy mal estado. Seguramente haya que cambiar todas las tuberías.

—Pero si la casa es nueva… —murmuro. No doy crédito.

—¿Nueva? Esta casa es más vieja que yo. La reformaron hace unos años para venderla, pero solo retocaron lo que se veía, sin revisar nada del interior de las paredes. Es posible que no sea ni seguro vivir aquí.

—¿Cuándo podré volver? —pregunto frustrada.

—Bueno, es mucho trabajo el que se necesita hacer… Yo creo que menos de seis semanas no nos las quita nadie.

—¿¿Qué?? ¿Y dónde voy a vivir?

—No te preocupes por eso —me susurra Jay, a mi lado. El fontanero nos mira alzando las cejas. Genial, ya está pensando lo que no es.

—Claro que me preocupo. Esta es mi casa. No mía como tal, claro —empiezo a divagar—, pero tengo un contrato de alquiler, mis cosas están aquí…

Me quedo sin fuerza para seguir protestando porque la mirada de aquel que ya puedo considerar amigo me dice que no dejará que me ocurra nada.

—Charlotte. ¿Te ayudo a llevar tus cosas a casa?

El fontanero empieza a sentirse incómodo y se da la vuelta. Aprovecha para recoger unas herramientas que han quedado desperdigadas por el suelo, pero se nota que está poniendo la oreja. No llevo mucho tiempo aquí, aunque sí el suficiente para darme cuenta de que a la gente le gusta mucho hablar e inventar. Todos se

conocen y les encanta ponerse al día de lo que ocurre. Y yo soy la novedad: la chica misteriosa que ha llegado al pueblo y que pasa «mucho» tiempo con la mano derecha de Joe.

—No voy a abusar de tu hospitalidad, seguro que hay más sitios donde quedarme.

—En verano sí, ahora no hay tantos.

El fontanero tose y desvío la mirada hacia él.

—¿Se encuentra bien?

El hombre se gira hacia mí y me sonríe.

—Sí, ya sabes, parece que ha llegado el otoño. Era cuestión de días que empezáramos todos a resfriarnos.

Tiene razón. Vuelvo la vista hacia Jay, quien mira al fontanero con la mandíbula ligeramente apretada.

—Voy a recoger mis cosas, pero prométeme que me ayudarás a encontrar algo. Tú conoces a todo el mundo…

—Tranquila. Haré un par de llamadas, ¿vale?

Su voz y su mirada me tranquilizan y subo las escaleras con el objetivo de empezar a recoger lo necesario para residir una temporada fuera.

Esto es algo que definitivamente no esperaba. Tampoco sé hasta qué punto el hecho de pasar tanto tiempo con Jay puede estropear mis planes. Echo una ojeada a esa carpeta con documentación y al cuaderno donde anoto lo que voy descubriendo. No puedo dejarlo aquí porque con las obras que van a hacer es posible que alguien lo descubra. Tampoco me siento cómoda llevándolo conmigo. Confío en Jay, pero si se lo encontrara por casualidad… Lo esconderé bien.

Termino de meter todo lo que necesito en un par de maletas y, en cuanto empiezo a bajarlas, Jay sube los escalones de dos en dos para ayudarme.

No se lo he pedido.

Ni siquiera he hecho algún ruido que mostrara lo mucho que me está costando.

Pero él es así de atento. Como ayer, cuando vino a buscarme a la librería.

Esto es, sin lugar a duda, lo que más me gusta de él.

14. Normas de convivencia

JAY

Le he mentido a Charlotte. ¿Me siento mal? Sí, soy una persona horrible. Claro que hay más sitios donde quedarse. Hay, por lo menos, tres casas vacías. ¿Está mal que quiera que se quede conmigo? ¿Está mal querer conocerla?

«Está mal si no es voluntario por su parte».

Lo dicho, una persona horrible que está reteniendo a otra, forzándola a vivir juntos. Solo espero que no se entere. Todavía no.

Yo:
Charlotte se queda sin casa durante seis semanas.

Harper:
¿Qué ha pasado?

Yo:
Tienen que cambiar todas las tuberías, están muy viejas.

Harper:
¿En serio? ¿Quién reforma una casa sin hacer eso?

Yo:
Alguien que tenía muchas ganas de venderla y quitársela de encima.

Harper:
Puto dinero.

Harper:
Le habrás dicho que puede quedarse con nosotros, ¿verdad?

Yo:
Precisamente te escribía para preguntarte si te molestaba que lo hiciera.

Harper:
¿A mí? Si no estoy nunca…

Harper:

¿Y ha dicho que sí? Ya tengo ganas de conocerla. Últimamente no paras de hablar de ella…

Yo:
¡No es verdad!

Harper:
«Hay una chica nueva, va a abrir una librería».

Harper:
«¿Has estado en Nueva York? Charlotte es de Nueva York».

Yo:
Ok…

Harper:
«Charlotte ha triunfado en su inauguración».

Yo:
Está bien… Quizá hablo un pelín de ella.

Harper:
Un pelín. JA, JA.

Quiero reírme, pero oigo cómo Charlotte baja y, por lo que tarda en pasar de escalón a escalón, intuyo que trae algo pesado y le está costando. Subo a ayudarla sin pensármelo dos veces.

—¿Qué llevas ahí, un muerto? —me quejo al cargar la maleta más grande.

—¿Por qué dices eso? No pesa nada —se burla con una sonrisa de fingida inocencia.

—Oh, vaya. Eres una superheroína que ha decidido esconderse en este pueblo para no ser descubierta. De modo que la librería es una tapadera. ¿He acertado?

—Sí. Ahora tendré que matarte.

—¿Y privar al mundo de alguien tan genial como yo?

Pone los ojos en blanco. Me encanta. Sonrío con satisfacción.

—Eres, con toda probabilidad, la persona más creída que he conocido. Y he crecido rodeada de gente con la autoestima sobradamente alta.

—Y te encanta que lo sea.

—Por Dios, cállate ya —pide entre risas—. Dime que no vas a estar así todos los días.

—Solo hasta que te des cuenta de que de verdad soy el mejor y tenga que dejar de recordártelo.

Gruñe y estallo en carcajadas mientras llego abajo. El fontanero me mira con el ceño fruncido. Sé que vamos a estar en boca de todos y que la gente empezará a hacer especulaciones y apuestas, pero ahora mismo me da igual.

Carraspeo.

—¿Nos vamos? —pregunto a Charlotte, aunque también incluyo al hombre que ahora mismo está imaginando cosas que no han ocurrido.

El trayecto en coche lo ameniza Rosenfeld con *Do It for Me.* Craso error. Es una puta canción para follar y no paro de imaginarme toda clase de escenas con la chica que me acompaña. Quizá ayudaría no arrastrar una sequía tan larga. Sí, seguro que si voy salido como un mono es porque hace meses que no mojo. Pasar tanto tiempo con ella tampoco ayuda.

Quiero saltar a la siguiente canción, pero si lo hago pensará que estoy incómodo. ¿Cuánto falta para llegar? Dos minutos. Dos minutos, sí. Este pueblo no es muy grande. Tengo que crear otra *playlist.* No sé ni por qué pongo música para un desplazamiento tan corto.

Por fin, aparco frente al garaje y me concentro en la tarea de bajar las maletas y dejarlas en medio del salón. La casa se encuentra más cálida que antes de irnos, gracias al fuego que previamente había encendido. Aunque lo reviso de manera rápida y percibo que debería echar algo más de leña.

Charlotte se queda en el umbral, como si no estuviera segura de poder avanzar. Da algunos pasos y se quita el abrigo con movimientos lentos. Me da la sensación de que aún no está convencida de que esto haya sido una buena idea. Quizá no lo sea.

—¿Te hago un *tour*?

—Ya la conozco.

—No toda. Vas a pasar mucho tiempo aquí, quiero que sientas que es tu casa también. Venga, ven —añado agarrando su mano e instándola a caminar. Me recorre una chispa por el brazo que me impulsa a soltarla. No obstante, me niego a hacerlo.

—Esto es el salón. —Nos reímos. Es obvio que esto lo conoce—. Pero aquí tenemos un rincón que quizá no hayas descubierto.

La llevo cerca de la chimenea, donde hay un sillón al lado de una estantería llena de libros que mi compañera y casera ha acumulado desde hace años, y algunos míos también. Aunque reconozco que no soy el lector más voraz que existe.

—¿Todo esto lo has leído tú?

—Alguno. La mayoría son de Harper. Dice que de niña su familia ponía partidos a todas horas en la tele y, aunque ella los disfrutaba, a veces se hartaba. Entonces empezó a leer.

Charlotte sonríe y vuelve a dirigir la vista hacia la estantería. Pasea el dedo índice por los cantos de lado a lado, como si disfrutara del tacto del cartón envejecido.

—Mi abuelo tenía una biblioteca increíble. Es posible que hubiera mil libros y se los había leído todos varias veces. Mi padre no heredó su amor por las historias atrapadas en el papel, pero yo sí.

Su mirada se llena de nostalgia y, en cierta manera, de tristeza. Siento una ternura especial en este momento y me gustaría abrazarla y apretarla contra mí, aunque creo que no es lo que desea y le doy su tiempo para procesar este duelo momentáneo.

—Como imaginarás, lo de la librería no es casual. Me gustan mucho los libros.

Asiento. Se nota. Resulta evidente, por cómo la ves desenvolverse en su negocio, que la literatura es algo que la apasiona.

—¿Estudiabas Filología en la universidad?

—No, ehm… Comercio Internacional y Marketing.

—Vaya, eso… no me lo esperaba.

—Te estás quedando conmigo. —Me río y pone los ojos en blanco —. Suena a algo que estudiaría una pija de Nueva York.

Se cruza de brazos en una postura bastante a la defensiva.

—Sí, pero no te pega nada. Quizá no seas ninguna de esas estiradas.

—Lo fui. O… más bien era la imagen que proyectaba y esa carrera era lo que se esperaba que estudiara. Supongo que, por eso, abandoné la universidad. —Observo una serie de gestos casi imperceptibles: sus dedos jugueteando nerviosos, apartando

mechones de su cara, estirando el borde de la camiseta. A simple vista parece casual, pero creo que me está ocultando algo—. Aunque me sirvió para montar un negocio —añade con una sonrisa ligeramente tensa.

Decido alejar esos pensamientos de mi mente y sigo con el *tour.* La llevo a la cocina y le explico detenidamente dónde guardamos cada cosa y, por si acaso, cómo funcionan los electrodomésticos.

—Llevo viviendo sola y sin servicio doméstico un mes —me recuerda—. Sé cocinar cosas básicas sin quemar nada.

—Eso me tranquiliza, porque no tenemos extintor.

—Idiota —murmura con una sonrisa en los labios.

Me río.

—Sírvete lo que quieras y compra lo que necesites. No hace falta que pongas tu nombre a nada, aquí todo es de todos.

—Me gusta eso.

—Bien, porque el tiempo que estés aquí esta es tu casa también. No eres una invitada, ¿vale?

Sus ojos se suavizan un poco. Entiendo que para ella debe ser complicado abandonar su independencia y convivir con alguien. Por eso quiero que se sienta cómoda y que su estancia aquí sea agradable.

Llevo las maletas a su dormitorio y bromeo diciendo que esa habitación ya la conoce, pues es donde se quedó cuando su casa se inundó. Como entonces solo iba a quedarse una noche, me pareció conveniente que permaneciera en la planta baja, por su propia comodidad.

—Si quieres, hay otra arriba, aunque es más pequeña y tampoco cuenta con baño propio. La usamos un poco de despacho y tiene una cama diminuta.

—No te preocupes, esta es perfecta. Así no tengo que subir las maletas.

Hago un gesto con la cabeza, dándole la razón.

Subimos y pasamos por delante de la habitación de Harper. Es la más grande de todas y la que tiene mejores vistas. Le enseño el despacho que le había mencionado anteriormente, le explico que

también puede usarlo para trabajar, si lo necesita, y dejo la mía para el final. Solo abro un palmo.

—Aquí duermo yo. Te recomiendo que no entres ahora, no es seguro.

Charlotte asoma la cabeza con el ceño fruncido, sin entender a qué viene mi comentario. Lo que descubre es la cama deshecha y una camiseta tirada al lado.

—¿Eso de ahí está limpio y voló del armario al suelo o simplemente se perdió de camino al cesto de la ropa sucia? —pregunta, recurriendo a la ironía.

—Obviamente, se me cayó en algún momento y… se quedó ahí.

Me mira alzando las cejas.

—Puedes decir que soy un guarro.

Levanta las manos, negando con la cabeza, y pone rumbo hacia las escaleras.

Bajamos en silencio, pero yo no puedo borrar mi sonrisa e intuyo que ella tampoco la suya.

—Por cierto —comento cuando estamos de nuevo en el salón—, deberíamos hablar sobre las normas de convivencia.

Ella se detiene y asiente con los brazos cruzados.

—Me parece lógico.

—Haremos un *planning* de tareas y no vale escaquearse.

—Pero cada uno se encarga de su propia habitación —se apresura a responder.

—Vaya, y yo que pensaba pedirte que te ocuparas tú de la mía —bromeo. Pone los ojos en blanco.

—«No vale escaquearse» —parafrasea, y no me queda otra que reírme.

—El primero que se hace con el mando a distancia elige qué ver. —Arruga la frente, pero no hace ningún comentario—. Se puede poner música para limpiar. Si no nos ponemos de acuerdo con la *playlist*, se resuelve a piedra, papel o tijera.

Las comisuras de sus labios se alzan en una bonita sonrisa.

—El que cocina no friega —añade ella. Me gusta que tenga iniciativa.

—El primero en levantarse hace café para los demás.

—Cada uno lava su propia ropa. Nada de mezclar ropa interior…

Le dedico una sonrisa juguetona y se ruboriza.

—Absolutamente prohibido comerse la última galleta sin avisar. Me pone de mal humor encontrarme el bote vacío.

—No se puede andar desnudo por la casa, ni solo con una toalla —me acusa señalándome con el dedo.

—¿Por qué? ¿Temes no poder resistirte? —Pone los ojos en blanco —. Está bien. Pero, si alguien trae un ligue, lo lleva a su habitación. El sofá es zona libre de sexo.

Abre mucho los ojos y mira hacia ese mueble.

—No parece que sea muy cómodo.

—Te sorprenderías —aclaro con un guiño.

—Puedes quedarte tranquilo. —Regresa a la conversación de las normas—. No voy a traer ningún ligue.

—¿Y eso?

Niega con la cabeza.

—Creo que voy a deshacer las maletas. Si tienes alguna otra norma importante, podemos discutirla luego.

Rompe el contacto visual y se marcha a su habitación.

¿Qué acaba de pasar?

15. Ahora vives aquí

CHARLOTTE

Yo:
Se me rompió una tubería de casa y se me inundó. No puedo vivir allí.

Bianca:
¿Significa eso que ya vuelves?

Yo:
No.

Bianca:
¿Entonces?

Yo:
Me estoy quedando en casa de un amigo.

Bianca:
¿Un amigo al que deseas tirarte?

Yo:
Solo es un amigo.

Bianca:
Ya.

Dejo el móvil. No sé cuántas horas han transcurrido desde que me he encerrado en mi habitación. He guardado la ropa y la he estado moviendo de sitio varias veces porque no me convencía ningún orden. Aunque quizá me estaba escondiendo un poco. Antes era fácil, tenía mi casa, mi librería… ¡Eso es! Me puedo pasar el día allí. ¿Se puede saber qué hago aquí? ¿Qué hora es? ¡Mierda! Es supertarde. Se supone que solo iba a cerrar unas horas, lo que tardara en solucionarse lo de la tubería rota. Venga, salgo de aquí y le digo a Jay que, ahora que ya me he instalado, debería irme a atender mi negocio.

Nada más abrir la puerta, el calor de la chimenea me envuelve como un abrazo. La casa huele a algo reconfortante, algo no

proveniente de ningún difusor o vela aromática de lujo. Huele a comida casera. Cuando alcanzo la cocina, hallo las respuestas a mis incógnitas.

Jay se encuentra de espaldas, removiendo algo en una olla. Lleva una camiseta un poco vieja que se ajusta a la perfección a sus músculos y unos vaqueros desgastados. Parece la maldita portada de una novela romántica.

—¿Has preparado la comida? —pregunto, incapaz de ocultar la sorpresa.

Se da la vuelta con una sonrisa desvergonzada que sabe que adoro y una cuchara de madera en la mano.

—Bueno, ya casi es hora de almorzar. Supuse que en cuanto acabaras de… instalarte —carraspea; sí se ha dado cuenta de que he estado evitándolo— te irías a la librería, así que no quería que te marcharas sin comer.

Una mariposa aletea. Dos. Tres. ¿Se está preocupando por mí? ¿Otra vez?

—Eres una caja de sorpresas.

—¿Por qué? Solo estoy haciendo pasta con salsa de tomate y albóndigas. Tampoco es nada del otro mundo.

—Es comida, casera y recién hecha. ¡Claro que es algo del otro mundo!

—Pensé que de donde tú vienes todo sería excelente. Que tendrías a alguien cocinándote a diario algo mucho más elegante que un plato de pasta que podría hacer un niño de seis años.

Entrecierro los ojos. Ya está otra vez asumiendo cosas de «mi mundo» que no son ciertas.

—Te sorprendería saber que no tengo a nadie que cocine para mí todos los días. Pocas veces como en casa, de hecho, y cuando lo hago… quizá recurro a algún *catering.* Lo cual significa comer en una bandejita muy poco estética.

—¿Está fría la comida esa? —pregunta sonriente. Me río un poco.

—A veces. Las distancias en Nueva York no son las de aquí y hay mucho tráfico. Por eso prefiero comer fuera, pero, cuando lo único que me apetece es quitarme el disfraz de niña buena y ponerme cómoda, pido que me traigan la comida.

—¿Nunca has pedido una *pizza*?

Niego con la cabeza y él chasquea la lengua.

—Hay que ponerle remedio a eso, que lo sepas —me advierte señalándome con la cuchara llena de salsa.

Sonrío y me siento feliz por un momento. Me gusta compartir momentos así con alguien. Esto es gasolina para el bienestar.

—¿Crees que le queda mucho a eso? Tendría que abrir la librería.

—Un minuto. Pon la mesa, así adelantamos. Yo también tengo que comer rápido porque entro a trabajar en el bar. Hoy salgo tarde. Te he dejado una llave sobre el mueble de la entrada.

Mientras termina de decir eso, yo estoy sacando los vasos del armario y me inclino hacia donde me dice, aunque me encuentro demasiado lejos para ver nada.

—Muchas gracias, Jay.

—No me las des. Ahora vives aquí. Tienes que poder entrar y salir cuando lo necesites.

—Me refiero a… todo. Prestarme tu casa, cocinar…

—Puedes darme las gracias haciendo tú la cena esta noche —conviene guiñándome un ojo.

—¿Te fías de que no vaya a quemar nada?

—Confío en ti.

Me quedo parada frente a él, asimilando esas tres palabras y todo su significado. Porque no hay rastro de broma, solo seguridad en su voz. Mi autoestima crece porque alguien me está valorando, me está viendo, me está diciendo claramente que «puedo hacerlo».

Jay se percata de que sigo ahí y me señala la mesa con un movimiento de la cabeza, tras lo cual y reacciono. Termino de poner la mesa, él apaga el fuego y sirve dos platos bien abundantes. Demasiado para mí, aunque no se lo digo. Nos sentamos uno frente al otro en silencio, sin embargo, no tardamos en sacar alguna trivialidad sobre la que hablar. Me encanta tener conversaciones reales sobre cosas del día a día y no dedicarme a hacer de oyente de monólogos sobre finanzas, obras de arte, lugares remotos que muy poca gente puede visitar o diseñadores de moda, entre otras cosas. Poder hablar sobre el *podcast* que estoy escuchando en la librería

cuando no hay nadie, o sobre una receta que me gustaría probar, es un verdadero lujo.



La tarde pasa rápido y hago algunas ventas, aunque lo que más me gusta es conversar con los vecinos sobre sus libros y autores favoritos. Me encanta este trabajo, ojalá pudiera quedarme para siempre aquí, en East Harbor, con este negocio, con esta gente, con Jay…

«No, Jay, no. Está prohibido enamorarse de él, ¿me oyes? ¿ME OYES?».

¡Qué fácil suena!

Al cerrar, paso por el supermercado y compro algunos ingredientes que necesito para hacer una receta que he visto en Instagram y alguna otra cosa que no creo que Jay tenga en casa. Me cargo más de lo que pretendía y no sé cómo voy a llegar. Ya estoy por pedir que me lo lleven cuando una chica rubia y bajita —bueno, de mi altura, más o menos— se acerca a mí y me pregunta si necesito ayuda para llegar al coche.

—He venido a pie —respondo, y me muerdo el labio.

—¿A comprar?

—Bueno, solo venía a por cuatro cosas —explico alzando los hombros.

—¿Te acerco?

La miro arrugando el ceño sin ser capaz de entender lo que está ocurriendo.

—No me conoces…

—Eres Charlotte, la librera.

Ahora abro los ojos. Mucho. Ella se ríe.

—Es un pueblo pequeño —comenta como si eso fuera alguna clase de respuesta válida—. Ya sabes, todos nos conocemos, todo el

mundo habla… —aclara haciendo una mueca—. Soy Madison —continúa mientras me tiende una mano—, tengo un salón de belleza, el único del pueblo. Allí se habla mucho, como en el Joe's. Si hay dos sitios en el pueblo en los que a la gente le gusta ponerse al día de los cotilleos, son esos.

Me empiezo a agobiar y creo que mi cara refleja a la perfección lo que siento porque la veo sonreír y parece que se apiada de mí.

—Lo siento, a veces no callo. Entonces, ¿te acerco a casa?

—No quiero molestar —murmuro.

—Bah…

La chica, Madison, coge mis bolsas y las mete en su carro. Yo sigo tan en *shock* que me quedo ahí, inmóvil, mientras ella se pone en marcha y sale del supermercado sin esperar a que la siga. Decido ir tras ella porque no sé si realmente quiere ayudarme o me está robando la compra.

Empiezo a correr y la busco en el aparcamiento hasta que la veo cargando las bolsas en el maletero de su coche.

—Ya pensé que tendría que volver a buscarte —comenta jocosa.

La ayudo de manera torpe, pues parece que no cabemos las dos y nos estamos obstaculizando. Pero ella sonríe y sigue hablando.

—¿Sabes? Yo no soy muy fan de los libros, pero creo que le hace bien un negocio de ese tipo al pueblo. Bueno, si tienes alguno sobre cuidados básicos de perros o algo similar, es posible que me veas por allí. Tengo tres. Y también tengo un gato. Mi novio es veterinario.

—¡Vaya! ¿Lo conociste cuando llevaste a alguno de tus animales a su consulta?

—Pues sí —confirma sonriente y con esa mirada de alguien que está hasta las trancas por otra persona—. Justamente así nos conocimos.

Terminamos de guardar la compra en el maletero y lo cierra. Deja el carrito a un lado y se sube en el asiento del conductor, animándome a que entre yo también.

—Es la Avenida Ledgelawn.

—Sé dónde es. —No me explica si se refiere a que sabe llegar o que sabe dónde vivo. Pero empiezo a entender cómo funcionan aquí

las cosas, así que asumo que es normal—. ¿Qué te ha traído hasta East Harbor?

Suspiro.

—Necesitaba un cambio de aires —miento. La misma mentira que le digo a todo el mundo, aunque no siempre usando las mismas palabras.

—¡Ah, sí! Eres de Nueva York, ¿verdad? Pues, si buscas un lugar tranquilo, estás en el sitio adecuado. Ahora bien, ármate de paciencia con los rumores. A veces la gente puede ser cruel, pero no se lo pensará dos veces si te ve en apuros. Ya sabes, saliendo del supermercado cargada de bolsas, por ejemplo.

Se gira hacia mí un segundo y me guiña un ojo.

—La verdad es que me está gustando esto.

—Sí, se vive muy bien.

—¿Tú naciste aquí?

—Sí.

—¿Y nunca has querido vivir en otro lugar?

Se queda callada tanto tiempo que temo haberla cagado.

—A veces, cuando era adolescente. Por el limitado y poco juvenil catálogo de ropa que tenían las tiendas de aquí, ya sabes, esas edades son complicadas. Pero, una vez superada esa etapa y, sobre todo, cuando ya pude ir sola a los centros comerciales cercanos en coche y comprarme lo que me daba la gana… Se me pasó.

Seguimos hablando de cosas sin importancia hasta que llegamos. Literalmente tardamos dos minutos. Me cuesta mucho habituarme a estas distancias tan cortas. Me ayuda a sacar las bolsas y se despide de mí como si fuéramos grandes amigas, con un fuerte abrazo.

La casa está fría cuando entro y, como no tengo ni idea de encender la chimenea, busco los controles de la calefacción. Me encuentro un *post-it* justo al lado con las instrucciones simplificadas para caldear la casa. Lo agradezco, pues no parece funcionar como el de mi casa, ni mucho menos como el que tengo en Nueva York.

Guardo la compra con una sonrisa en los labios por ese detalle, que quizá es poca cosa, pero evidencia lo mucho que Jay se adelanta a mis problemas y necesidades. El estómago me ruge, por lo que decido ponerme manos a la obra con esa receta que había

guardado en el móvil con un paso a paso bastante simple —ya veremos si lo es tanto o no—.

Media hora después, cuando oigo el ruido de la puerta, la cocina está hecha un desastre.

Ups.

16. El que cocina no friega

JAY

Charlotte es un desastre en la cocina. Confirmado. Ha encontrado una receta para un plato de carne guisada que no es nada complicado, y parece que haya venido una familia entera a hacer la comida de todo un mes. ¿Cómo es posible que necesite usar tantas ollas, sartenes y cuchillos? Su cara de apuro cuando me ve me parece adorable hasta que recuerdo nuestra norma: «el que cocina no friega». Esta noche me van a dar las tantas fregando cacharros.

—Voy a necesitar añadir otra norma a la lista —comento a modo de saludo al alcanzarla y comprobar la magnitud del desastre—: «Charlotte tiene prohibido cocinar».

—Lo siento —lamenta mostrándose visiblemente arrepentida—. En realidad, no he tenido problemas con la receta, más bien ha sido una cuestión de no encontrar el recipiente adecuado donde cocinarlo. Parecía que iba a caber en esa sartén, pero luego me he dado cuenta de que se desbordaba cada vez que lo removía para que no se pegara. Lo he pasado a una olla, pero seguía siendo demasiado pequeña.

—Supongo que necesitabas algo más «grande» desde el principio.

Se ruboriza. No sé si es por el inocente doble sentido o porque se nota que no ha cocinado mucho y está cometiendo errores de principiante.

—Puedo fregar yo todo esto, ya que ha sido mi culpa —se ofrece.

Niego con la cabeza.

—«No vale escaquearse».

Acompaño mi respuesta de un guiño de ojos y me ofrezco a ayudar, aunque me confirma que ya solo quedaba esperar a que

terminara de cocinarse. Por lo que subo a cambiarme a mi habitación.

Al bajar, me encuentro la mesa puesta y el desastre de la cocina ya no parece un cataclismo. ¿Cuánto tiempo he estado allí arriba? Yo diría que un par de minutos.

—Te dije que no hacía falta que limpiaras nada.

—Y yo que ha sido mi culpa. Encima, esa norma fue idea mía. No sé ni por qué se me ocurrió añadirla.

—Ey… —Me acerco hasta ella y envuelvo su mano izquierda con las mías. Doy otro paso y rompo un poco más la distancia que nos separa—. Esa norma es muy buena.

—Es obvio que te perjudica.

—¿Por qué? Bueno, tengo… —echo un vistazo a la cocina para comprobar el trabajo pendiente— tenía —se corrige— bastante que fregar, pero no he tenido que cocinar.

—Dime eso cuando lo hayas probado y decidas que prefieres prepararte otra cosa.

—¿Tú crees que los demás nacimos sabiendo hacer todo? —Creo que he sonado borde porque ella me mira sin saber cómo reaccionar a eso. Sonrío y su expresión se relaja al instante—. Cuando eres varón y te crías en una familia muy conservadora y tradicional ni siquiera te dejan recoger el plato sucio de la mesa. Así que en parte fui como tú. Pero llegué aquí, estaba solo y tuve que espabilar.

—Vaya, no sabía eso.

—No lo uso como carta de presentación. «Hola, soy Jay y mis padres me criaron para que fuera un adulto inútil que no sabe ni pelar una manzana».

Ella ríe y se relaja un poco más. Siento un calor en el pecho demasiado agradable. Joder, realmente hacer feliz a esta chica se ha convertido en mi misión.

—¿Cenamos? —propone soltando su mano.



Una vez en la cama, tras una cena muy agradable y tranquila, compruebo la hora en el móvil y veo que hay un mensaje nuevo en el grupo que comparto con mis amigas.

Madison:
He conocido a tu chica.

Yo:
No es «mi chica».

Madison:
Ya, bueno…

Holly:
¿Dónde ha sido?

Madison:
En el súper. Estaba cargada de bolsas y había ido a pie. La llevé a casa. Muy oportuno lo de que viváis juntos.

Yo:
Tiene seis semanas de reforma.

Madison:
Y no había más casas en el pueblo…

Yo:
En ese momento no se me pasó por la cabeza que hubiera más.

Holly:
Sabes que mi padre está viviendo con Ava y que la otra está vacía, ¿verdad?

Yo:
Está en la otra punta del pueblo.

Madison:
Ji, ji, ji.

Madison:
Uy, Jay, no sabía que te había dado tan fuerte.

Holly:
Creo que estamos ante un *small town romance*, pero no sé si *instalove* o *slow burn*.

Yo:
¿De qué estás hablando?

Holly:
No me hagas caso. Cosas de tu hermana. Dice que está muy inspirada últimamente y ha empezado a hablarme de subgéneros de la romántica y de todos sus tropos y clichés.

Madison:
¿Y qué sería lo tuyo con Duncan?

Holly:
Según Beth*, sports romance*, *small town* y segundas oportunidades. Aunque las dos últimas se las discuto mucho.

Yo:
Me estoy perdiendo.

Holly:
Beth dice que las novelas románticas ambientadas en pueblecitos reciben ese nombre. Que es un término de *marketing*, por así decirlo. Yo le digo que ahora no estoy en un pueblo y Duncan tampoco, pero, según ella, si nuestra historia fuera un libro, ya se habría escrito la palabra «fin». ¿Te lo puedes creer?

Yo:
Creo que se refiere a que, precisamente, habéis superado todos los obstáculos y ya estáis juntos.

Holly:
Eso dice ella. Que estamos en nuestro epílogo o lo que coño sea eso.

Madison:
Nunca lograremos que esta niña hable bien.

Yo:
¿Qué hay de mi hermana? Parece que hablas más con ella que yo…

Holly:
¿Celoso?

Holly:
¿O acaso estás preguntando por algo que crees que ella no te va a contar?

Yo:
¿Hay algo que contar?

Holly:
¡Ya lo creo!

Yo:
Joder…

Madison:
Holly, deberías dejar que sea ella quien se lo explique.

Yo:
¿Por qué no me lo cuenta?

Holly:
Quizá piensa que no vas a apoyarla.

Yo:
¿Por qué pensará algo así?

Holly:
¿Recuerdas la conversación que mantuvimos el día de mi cumpleaños?

Sí, la recuerdo. Mierda, quizá debería hablar con ella, pero ahora es tarde. Tardísimo. ¿Por qué estamos hablando a estas horas?

«Porque desde que Holly se marchó no tenéis vuestros viernes sagrados y os cuesta encontrar momentos».

«Ah, ya, por eso».

Yo:
Chicas, es tarde. Buenas noches.

Holly:
Habla con tu hermana.

Holly:
Y con Charlotte. Se enterará.

Yo:
¿Tú crees?

Holly:
Sí.

Madison:
Sí.

Holly:
En East Harbor no se pueden guardar secretos.

Holly:
Buenas noches.

Madison:

Buenas noches.

Me apunto mentalmente llamar a mi hermana, aunque aún no sé cómo enfocar esa conversación. Tampoco sé por qué cree que no puede confiar en mí. Eso me entristece, pues siempre pensé que entre nosotros no había secretos.

«Tú también le ocultas cosas a ella».

«Cállate».

Da igual, mañana la llamaré. O, mejor, le escribiré para que nos veamos en persona. Sí, eso será lo mejor.

Lo de Charlotte…, eso es más complicado. Si se lo cuento, perderá la confianza en mí. Me gusta mucho tenerla aquí, me gusta la relación que tenemos, y si sabe que le he mentido, se irá. Se sentirá defraudada. Aunque, si se entera por otra persona, será peor.

«Ella también oculta cosas».

Da igual. Tengo que hablar con Charlotte.

17. El primero en levantarse hace café para los demás

JAY

Me despierto con la sensación de no haber descansado bien. Ya era tarde cuando me dormí y la conversación con las chicas me dejó con muchas cosas en las que pensar. Por ello, mi cabeza dio infinidad de vueltas hasta que pudo rebajar un poco la actividad y logré conciliar el sueño.

Miro el reloj. Paso número uno: escribir a mi hermana.

Yo:
¡Buenos días, Beth! Estaba pensando que no nos vemos desde la fiesta de Holly. ¿Tienes pensado venir a East Harbor en breve? Si no, podría ir a Portland alguno de mis días libres.

Bajo las escaleras y el olor a café parece despejarme. Llego hasta la cocina, donde la imagen de Charlotte en pijama me trae de vuelta otra de nuestras normas. En realidad, creo que algunas no hacían falta y las propuse de broma, como esta. Pero me gustó mucho ese momento y ojalá que no quiera irse y no me odie tras mis palabras.

—Buenos días. No sabía cuándo te despertarías, como tienes unos horarios tan extraños… Pero tenía que hacer café para los dos —comenta de manera alegre. ¿Cómo puede levantarse de tan buen humor?

—¡Ah! Muchas gracias. ¿Te sabes las normas de memoria?

—Sí, ¿tú no? —pregunta. Acusa, más bien.

—Sí, claro, pero estaría bien tenerlas apuntadas aquí en la nevera.

Me mira arrugando la frente y, finalmente, resopla.

—Luego las anotaré.

Termina de colocar su desayuno en el plato y va hacia la mesa. Yo me sirvo un poco de café recién hecho y la sigo.

—Oye, Charlotte… —ella alza la mirada hacia mí, dispuesta a escucharme—, tengo que decirte esto. Hay más casas disponibles, si quieres mudarte a otro lado y perderme de vista.

Ella estudia mi mirada.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Qué? ¡No! Lo digo por ti, porque tú no estabas especialmente interesada en venir aquí.

Arruga el ceño.

—¿Y por qué no me lo dijiste en ese momento?

Suelto tres toneladas de aire.

—Porque yo también tengo mil cosas en la cabeza y entonces iba un poco en automático —improviso—. Hasta Harper me dijo que te ofreciera venir aquí, así que… —Eso fue después, pero da igual—. El caso es que me acabo de acordar de que mi jefe tiene una casa vacía y seguro que no tendría ningún problema en que te quedaras allí.

Mis últimas palabras son firmes, pues, aunque no he hablado con Joe de esto, estoy convencido de que no pondría ninguna objeción.

—Ah, no te preocupes…

Alzo una ceja.

—¿Quieres quedarte aquí, conmigo, antes que recuperar tu independencia y perderme de vista?

Disfruto de ver cómo se sonroja.

—No es lo ideal, pero me estoy acostumbrando a tener a alguien con quien hablar —comenta como si nada—. Nunca había vivido la experiencia de compartir piso, es… interesante.

—¿Verdad?

Nos reímos.

—Además, somos amigos.

No sé si lo que me dice me gusta o no. Por un lado, no parece enfadada por haberme callado algo de verdad al ofrecerle vivir aquí. Incluso parece dispuesta a quedarse. Pero, por otro, vuelve a

remarcar esa palabra que nos define y que empiezo a odiar. Amigos. Somos amigos. Da igual la atracción y el tonteo, somos amigos.

—Tengo que reconocer que me gusta esta ubicación. Está muy cerca de la librería y puedo ir a pie. Es genial ir al trabajo dando un paseo, algo impensable en Nueva York.

—Siempre puedes ir en bici. Holly vivía allí y la usaba mucho para ir al Joe's.

—Prefiero ir a pie.

Empieza a comer, pero me fijo en que sus dedos se mueven de manera nerviosa y su mirada está fija en el plato, como si quisiera dar por finalizada esta conversación.

—Sabes ir en bici, ¿no?

—Claro, es solo que no me gusta.

Su tono no suena nada convincente. Entrecierro los ojos y noto gestos demasiado sospechosos.

—No sabes montar en bici —aseguro.

—¡Claro que sí! ¡Todo el mundo sabe!

—Entonces no tendrás problema en que un día vayamos a dar una vuelta para hacer un pícnic en el lago.

—Pues sí, que no tengo bici y que suena demasiado a cita. Quiero decir que… —Se pone roja como un tomate y no le dejo terminar.

—Una cita, interesante…

—Jay.

—Admite que no sabes montar en bici.

—Está bien, no sé. Ojalá hubiera tenido una infancia normal en la que los padres te llevan al parque y te enseñan. Pero por lo visto eso es una pérdida de tiempo cuando tienes un chófer que te lleva a todos lados y es más interesante aprender sobre finanzas para tener algo de que hablar las pocas horas semanales en las que puedes conversar con tu familia.

«Mierda».

—Lo siento. Sabes que no quería…

—Lo sé. —Resopla—. Lo siento, me he pasado. Me da vergüenza admitir que no sé montar en bici y me he puesto a la defensiva.

El silencio se instala entre nosotros por unos segundos. Ella está roja, una mezcla entre el bochorno y el enfado momentáneo. Yo la

miro con curiosidad. Poco a poco, alzo la comisura de mis labios y ella me imita.

—Yo podría haberme callado cuando he notado que estabas incómoda.

—No te preocupes. —Se encoge de hombros sin aflojar la sonrisa —. Supongo que es uno de los traumas que he desbloqueado al venir aquí. Ya sabes, la infancia normal que no tuve.

—No conozco a mucha gente con una infancia normal, ¿eh? Pero, si quieres, y no deseo presionarte, puedo enseñarte.

Charlotte menea la cabeza de lado a lado.

—Da igual. No es que sea un sueño sin cumplir. No es algo que me llame la atención.

—Pues a mí me encanta montar en bici. Cuando libro, suelo ir a dar una vuelta por el Parque Nacional. Es una maravilla. Hay gente que hace *running* o escalada, hay zonas para ello. Vives en un destino de deportes al aire libre, por si no te habías dado cuenta.

—Soy más de ir al gimnasio y trastear con las poleas o matarme en la elíptica.

—Pues estás de suerte, porque tenemos uno. Yo acudo cuando no hace tiempo para montar en bici y descargo la tensión dándole un par de patadas y puñetazos al saco de boxeo.

—¿En serio? No tienes pinta… Yo habría dicho que eras de esos que…

Alzo una ceja.

—¿Sí?

—Bueno, ya sabes, hacen *spinning* o cualquier cosa de esas.

Me río.

—No soy un *gymbro*, pero me gusta hacer deporte. Si puede ser al aire libre, mejor, pero en invierno llueve mucho. Así que, bueno, a veces me quedo en el saco de boxeo, otros en la bici estática y otros en las mancuernas. Y otras veces me quedo en el sofá haciendo un maratón de alguna serie, tampoco te voy a mentir —añado guiñándole un ojo—. ¿Quieres que te acompañe para apuntarte?

—Creo que seré capaz de encontrarlo sola.

Sonrío. Me gusta que sea tan independiente.

—Por supuesto. Ya sabes dónde encontrarme, si me necesitas.

—Sé dónde vives —bromea. Me río y voy a prepararme el desayuno mientras ella saborea el suyo con lentitud.

Noto una vibración en la muñeca y advierto que mi hermana está respondiendo mi mensaje.

Beth:
¿Cuándo libras? Podría ir a verte unos días.

Voy a por el móvil —que lo había dejado en la encimera— para responder.

Yo:
El martes. Podrás quedarte en la habitación de arriba. Tenemos una inquilina.

Beth:
¿Qué inquilina?

Yo:
Ya la conocerás. No seas cotilla.

Beth:
Parece que tú también tienes cosas que contarme, ¿eh?

Yo:
¿Y tú?

Beth:
Nos vemos el martes.

Mierda, Holly tenía razón.

18. Un libro como nosotros

CHARLOTTE

Llevo más de un mes en este pueblo y no he averiguado nada. No solo eso, me estoy permitiendo demasiadas distracciones. O una, más bien: Jay. Porque ese chico alegre y simpático se ha colado bajo mi piel y hemos conectado de una manera que no podía esperar cuando lo conocí en la barra del Joe's. Es una tentación, con mayúsculas, que no solo hace que me desvíe de mi misión, sino que me hace cuestionarme demasiadas cosas. Todas relacionadas con el hecho de ansiar quedarme aquí de manera permanente. ¿Sería eso posible?

La campanita de la puerta suena y alzo la vista para descubrir quién ha entrado. Lo hago con una sonrisa, pues desearía que fuera él, quien abarca casi todos mis pensamientos, aunque parece que la suerte no está de mi parte. Una mujer con la que estuve hablando durante la inauguración me saluda y se adentra entre las estanterías. Suspiro. Hoy es un día aburrido. Son las cuatro de la tarde y es la segunda persona que aparece en busca de un nuevo libro que llevarse a casa.

Miro hacia el enorme ventanal situado a mi derecha y suspiro de nuevo ante el día gris que nos acompaña hoy en East Harbor. Sopla un poco de viento y unas primeras gotas empiezan a caer sobre el asfalto. Solo espero que no llueva como el otro día.

—Hoy me llevaré este.

La mujer deja un ejemplar de *A Messy Murder*, de Simon Brett, sobre el mostrador y vuelvo la vista hacia ella. Sonrío.

—Buena elección.

—Seguramente vuelva pronto a por otro. En invierno no hay mucho más que hacer, ¿verdad? —Asiento—. Ahora que los niños se

entretienen solos, las tardes se hacen muy largas cuando llueve.

—¿Tienes hijos?

—Dos: Rebecca, de catorce, y Jackson, de diez. Tuve mucha suerte de encontrar a Daniel, es un gran hombre, bueno, comprensivo… Un marido y un padre a la altura. —Se le iluminan los ojos y siento algo de envidia—. Perdón, no quiero aburrirte con mis historias.

—Oh, no. Vivo de historias ajenas —comento, guiñándole un ojo, y ella se ríe.

—¿Qué te gusta leer? —me pregunta, alargando la conversación.

Empiezo a sentir una conexión especial con esta mujer. Por un segundo pienso que podría ser ella y que quizá debería investigarla más, aunque luego descarto esa idea porque empiezo a creer que, o bien mi abuela me mintió, o bien que la persona que trato de localizar abandonó hace años este pueblo.

No puedo llenarme de esperanza cada vez que me cruzo con alguna mujer con el perfil que busco o que me provoque algún tipo de presentimiento, pues eso solo hace que me obsesione con alguien y descarte a las demás.

—Un poco de todo, aunque siento debilidad por la novela romántica.

—¿En serio? ¡Me ocurre igual! Quizá la próxima vez me deje aconsejar por ti.

—Estaba pensando en poner algún cartel con mis recomendaciones, pero temía que fuera algo presuntuoso. Al final, no soy nadie.

—¿Cómo que no? Eres Charlotte y has abierto una librería en este pueblo. Sabes mucho de libros. Tu opinión nos importa.

Sonreímos y siento que estoy en paz por un momento.

—Disculpa, durante la inauguración conocí a mucha gente de golpe. Recuerdo tu cara, pero soy incapaz de unirla a uno de los muchos nombres que oí ese día.

—Lauren —me confirma, sonriente.

—¡Eso!

—No te preocupes, lo entiendo.

Su sonrisa y su mirada me reconfortan. El sonido de la campanita nos hace girarnos y, ahora sí, Jay aparece con su habitual par de cafés en una bandeja de cartón.

—Vaya, tienes compañía —dice al vernos.

—Yo ya me iba, tranquilo. ¿Me cobras?

Lauren parece tener mucha prisa de repente y muestra una sonrisa juguetona. ¿Qué es lo que pasa en este pueblo? Ya percibí reacciones similares el día que fuimos al Jalapeños.

—Son 14,25 dólares —anuncio tras escanear el libro.

—Por supuesto, aquí tienes. —Me entrega la tarjeta y preparo el datáfono—. Cuando vuelva te pediré que me recomiendes uno de romántica. O varios. Leo mucho.

—Tengo un par en mente. Ya puedes pasarla —comento en alusión a ese trozo de plástico que soy consciente de haber usado demasiado antes de instalarme aquí—. Te estaré esperando.

—¿Y a mí? —pregunta Jay—. ¿Me estarás esperando también? Con el café, digo —añade al ver la cara de Lauren y suponer que este momento va a estar en boca de todos hoy mismo.

—Me voy, tortolitos.

—¿No quieres copia?

—No, gracias. Nos vemos dentro de unos días.

Lauren se despide de manera agitada, echándonos varias miraditas, y desaparece por la puerta.

—Mañana nos estarán preguntando si tenemos pensado casarnos —se mofa Jay.

Lo miro horrorizada y él se descojona.

«Ah, perfecto».

—Relájate. Todo el mundo sabe que solo somos amigos.

—Ya… eso es justo lo que pensaba Lauren que éramos. Amigos.

—Es que hay muchas clases de amigos —puntualiza con una sonrisa macarra y un guiño de ojos.

—Vale, ¿podemos dejar de usar esa palabra?

Recurro a la amargura para disimular mi sonrojo.

—Por mí bien, eres tú quien la menciona una y otra vez.

Suena un poco a reproche, pero decido ignorarlo.

—¿Ese café es para mí?

Lo mejor es cambiar el rumbo de la conversación.

—Por supuesto.

Tomo el vaso de cartón en mis manos y doy un sorbo. No quema. Normalmente lo prepara unos minutos antes de venir y deja que se enfríe un poco antes de traerlo. ¿Me encanta que haga eso? ¡Por supuesto!

—¿Qué tal en el Joe's? ¿Mucha gente?

—Estamos a octubre y es jueves. En invierno, solo se llena el bar con los partidos. Sobre todo, los de Duncan.

Arrugo el entrecejo.

—¿Quién es Duncan? ¿Es alguien de aquí?

—Sí, podría decirse —simplifica, aunque no dice nada más al respecto. Creo que voy a tener que interrogarlo.

—¿A qué juega?

Otro sorbo, esta vez más largo.

—*Hockey.* En Europa.

—No soy muy de ver partidos, la verdad. Aunque supongo que algún día me gustaría ver alguno en directo.

—¿Nunca has ido a ver a los Knicks? —Niego—. ¿Los Rangers? —Niego—. ¿Los Yankees? —Niego—. Dime que, al menos, has ido a ver a los Giants.

Niego, niego, y vuelvo a negar. Su cara refleja asombro por todos lados y me mira como si fuera un extraterrestre recién aterrizado sobre la Tierra.

—Hay que ponerle solución a eso. Conseguiré entradas.

—No pienso ir a Nueva York a ver ningún partido.

—Mi idea era ir a Portland.

—Oh.

Su sonrisa macarra me pone nerviosa y creo que me sonrojo. Ahora ya no puedo disimularlo.

—Te acepto un partido. Puedes elegir el deporte, pero yo pago mi entrada.

—No hace falta, iba a pedírselas a una amiga. Trabaja en el mundillo y siempre le dan algunas.

—Vaya…, un chico con contactos.

Alza las cejas varias veces y me hace reír. Resulta tan fácil sentirme a gusto a su lado…

Jay se apoya en el mostrador con los codos, observándome desde abajo con esa expresión tan suya que parece al borde de una sonrisa y que me hace desear cosas que no puedo tener con él.

—Así que… me dejas elegir deporte, pero me rechazas una entrada gratis —comenta con un tono entre divertido y ofendido.

—Soy una mujer independiente.

Levanto la barbilla con aire digno mientras sujeto el vaso con ambas manos. Jay asiente satisfecho y desvía su mirada hacia el ventanal, aún apoyado sobre el mostrador, con aire distraído mientras observa cómo la lluvia ha pasado de ser molesta a intensa.

—¿Crees que en algún momento podremos estar sin lluvia durante, no sé, cinco días seguidos? —pregunta de manera casi dramática.

—No me lo preguntes a mí, yo acabo de llegar. Pero, para que el entorno sea así de verde y bonito, creo que es necesario que siga lloviendo de esta manera.

—Supongo… Me molesta mojarme para venir a traerte el café, aunque he de reconocer —añade antes de que proteste porque no es algo que haya pedido y se gira hacia mí para no perderse mi reacción a lo que sea que vaya a decir— que tú haces que venir hasta aquí merezca la pena. Incluso con esta lluvia —especifica con un guiño.

Me muerdo el labio porque sigue dejándome sin palabras con esas frases disfrazadas de broma, pero cargadas de intención.

—¿Y tú crees que en algún momento dejarás de coquetear, no sé, cinco días seguidos? —lanzo con una media sonrisa.

Quiero sonar despreocupada, pero, por dentro, se me acelera el pulso. No me puedo creer que me haya atrevido a decir eso.

Jay esboza una expresión divertida y desafiante. Le encanta este juego. ¿Qué digo? Es el rey de este juego.

—¿Yo coqueteo? —pregunta fingiendo sentirse ofendido, aunque su voz desborda burla. Está en su salsa.

—A veces. Continuamente —rectifico.

—¿Y funciona?

A veces. Continuamente.

—Nunca.

—Uhm… —Se acerca al expositor junto al mostrador y coge un ejemplar con una portada preciosa y cursi—. Interesante. —No sé si se refiere a mi respuesta o al libro, del cual está ojeando la sinopsis —. «Millie llega al pequeño pueblo de Ginebrooke Falls. Todo a su alrededor es un auténtico misterio y los recelosos vecinos no paran de preguntarse qué la ha llevado a huir de la bulliciosa ciudad de Los Ángeles para montar una pequeña heladería en el pueblo más recóndito del estado de Wyoming» —empieza a leer, y dirige la vista hacia mí un segundo, ya desprovisto de esa chispa de diversión tan característica—. «Joey está saliendo de una dolorosa ruptura cuando la ve entrar en su tienda de productos ecológicos que él mismo cultiva en su granja. Ambos se ven forzados a pasar tiempo juntos en un proyecto común, a la vez que la atracción entre ellos empieza a surgir con demasiada facilidad. No obstante, Millie oculta algo que haría estallar esa relación por los aires y decide ponerle freno antes de que sea demasiado tarde. ¿Podrá Joey descubrir la verdad y lograr colarse en su corazón?».

Se queda unos segundos observando la cubierta trasera y ninguno de los dos somos capaces de pronunciar palabra alguna. Es increíble cómo, a veces, la ficción es tan real. Me parece alucinante cómo los autores escriben historias que parecen hechas a medida para nosotros, porque esa, en concreto, nos describe muy bien a Jay y a mí. Ojalá nuestro desenlace fuera como el de ese libro. Me lo leí dos veces. La primera, justo al llegar al pueblo. Lo devoré en dos noches. La segunda vez, poco antes de que se inundara la casa, porque deseaba fijarme en esos detalles que había pasado por alto, aferrándome a cualquier cosa que me hiciera creer que yo era esa tal Millie y que podía vivir una historia como aquella.

Pero, por mucho que cueste aceptarlo, la realidad es que no vivo dentro de una novela romántica y no tendré ese final feliz que deseo. Que, seguramente, tenga que volver a Nueva York en algún momento, haya logrado o no lo que vine buscando. Que me despediré de este pueblo y de Jay, que mandaré a la mierda

cualquier posibilidad de ser feliz. Que me resignaré a tener la vida para la que llevo años preparándome.

—Creo que voy a leerme este libro —dice al final—. Quizá ese tal Joey tiene alguna idea sobre cómo hacer que el coqueteo con chicas misteriosas funcione.

Me mira fijamente a los ojos mientras pronuncia cada palabra con suavidad. El corazón me late a toda velocidad porque me está dejando claro que quiere seguir insistiendo en esto y quizá, algún día, yo me atreva a enviar mi antigua vida a la mierda y dejarme llevar por mis deseos en vez de por mis obligaciones.



Yo:
Creo que yo también coqueteo con él.

Bianca:
Cuéntame más. Me aburro como una ostra desde que te fuiste.

Yo:
No hay nada que contar.

Bianca:
¿Te gusta?

Yo:
Sí.

Bianca:
Vas a caer.

Yo:
No.

19. Dos tetas, una vagina…

JAY

Cuando oigo abrirse la puerta, me giro hacia ese lugar con la emoción del adolescente que sabe que va a ver a su *crush.* Esbozo una sonrisa de la que no soy consciente hasta que veo a Harper entrar y siento la desilusión más absoluta.

—Ah, eres tú —digo a modo de saludo. Ella se detiene a mirarme fijamente sin soltar su maleta.

—Vaya…, no sabía que te había dado tan fuerte con la chica nueva —responde conteniendo la risa, justo antes de seguir su camino y subir a su habitación.

Me doy golpes mentales en la frente porque no puedo ser más ridículo. ¿Qué me está pasando? Ayer compré mi primera novela romántica. Nunca las había contemplado, aunque he de decir que no soy un gran lector, quizá lea dos o tres libros al año. Me gusta, pero me cuesta encontrar algo que me enganche lo suficiente. No obstante, ese me tuvo casi toda la noche en vilo. No fue hasta las cuatro de la madrugada cuando lo terminé. Leí del tirón y no me detuve ni para cenar, de modo que no vi a Charlotte por la noche. Esta mañana me he despertado tarde y ella ya había salido a trabajar. Podría haber ido a verla a la librería, ya sabéis, con la excusa de los cafés. Pero no he tenido ni un descanso.

Y ahora estoy que me subo por las paredes porque en cualquier momento aparecerá por la puerta y no soy capaz de disimular las ganas que tengo de verla. Ese libro es nuestra historia. Cambian los nombres, la ubicación, las profesiones y un montón de detalles sin importancia. Pero somos nosotros.

Ella es una chica que huye de algo y aterriza en un pequeño pueblo donde se siente realmente feliz. Conoce a un chico y empieza

a cuestionarse un montón de cosas que para ella eran incuestionables. Le gusta su nueva vida y no desea otra cosa que quedarse, pero sabe que lo suyo tiene fecha de caducidad. Hasta que ella y el granjero se enamoran y empiezan a retozar en mogollón de sitios y de todas las maneras posibles. —Abro inciso: ¿Esto es lo que leéis, chicas? La portada parece muy inocente y luego está llena de sexo bastante explícito. Me ha gustado, que conste, pero no conocía ese pequeño secreto, amigas. Normal que devoréis los libros como lo hacéis. Cierro inciso—. Luego, llega una noticia que los separa y, por supuesto, a pesar de ello, acaban juntos.

Tengo que admitir que la intriga de no conocer los secretos de la protagonista femenina ha sido lo que más me ha impedido cerrar el libro para irme a dormir. Aunque la trama romántica, tan parecida a nuestra historia, no se ha quedado atrás. Ojalá pudiera llegar a descubrir lo que Charlotte oculta. Algún día.

—Bueno, por fin conoceré a la chica nueva —comenta Harper sentándose a mi lado del sofá con una mirada divertida.

—Solo es una chica —rebato. ¿Por qué todo el mundo le da tanta importancia?

—Una chica especial —contraataca.

Pongo los ojos en blanco.

—Es muy normal. Tiene dos ojos, dos manos, una nariz…

—Dos tetas, una vagina… —continúa por mí, y mi polla da una sacudida.

—Harp…

—Jay…

Me mira con una sonrisa ridícula mientras bate las pestañas a toda velocidad.

—No la hagas sentir incómoda.

—¿A ella o a ti?

Rebufo.

—Entre todos lograréis que se acabe pirando.

Se ríe y da una palmada mientras se levanta para ir a la cocina. Oigo cómo abre un botellín de cerveza y el ruido de abrir y cerrar armarios. Tras varios minutos aparece de nuevo con una bandeja

llena de frutos secos y patatas de bolsa que coloca sobre la mesita frente al sofá.

—Te estás volviendo un poco gruñón, ¿lo sabes?

—¿Gruñón, yo?

Harper se ríe como una niña pequeña y me señala.

—¿Ves? —Pasa un dedo por mi entrecejo, que por lo visto estaba arrugado.

—Muy graciosa —ironizo a la vez que esbozo una mueca.

De repente, la puerta se abre y una Charlotte desconcertada nos observa desde el umbral.

Harper se levanta como un resorte y se acerca a ella a tal velocidad que me obliga a salir detrás porque temo que me la líe.

—Tú debes de ser Charlotte. Soy Harper, tenía muchas ganas de conocerte.

Le tiende la mano y ella se la estrecha con una sonrisa comedida.

—Encantada.

Una respuesta educada, como es ella.

—Eres muy guapa, no me extraña que alguien no pueda dejar de pensar en ti…

—Harp —la recrimino.

Charlotte alza las cejas y me lanza una mirada interrogante. Me paso una mano por la cara como si fuera un emoji.

—Justo le comentaba que últimamente está un poco gruñón —dice mi casera.

—¿Quién, Jay? No me lo parece.

Harper suelta una especie de risita y vuelve a sentarse en el sofá, dejándonos a nosotros dos de pie y mirándonos el uno al otro. Carraspeo y me obligo a hablar.

—Pasa, perdón, que no te hemos dejado ni entrar en casa.

—Oh, no te preocupes.

—No hace falta que seas tan correcta en tu propia casa. Puedes decir lo que piensas, no sé, «por fin os apartáis y me dejáis llegar, que estoy harta de pasarme el día fuera».

Ella niega con una sonrisa mientras se mueve hacia el interior y cierra la puerta principal.

—No pienso eso.

—¿Es todavía peor? —Me llevo una mano al pecho.

—Qué tonto eres —dice con esa mirada divertida que me dedica cada vez que coqueteo con ella.

—Oh, por favor, es peor de lo que imaginé —murmura Harper desde el sofá en el que pretende hacernos creer que está viendo un partido, pero no lo dice lo suficientemente bajo como para que no la oigamos.

Me giro hacia ella y la asesino con la mirada, pero sigue con los ojos fijos en la pantalla. Creo que ha puesto el partido de algún hermano suyo.

—¿Habéis cenado? —pregunta Charlotte, haciendo que vuelva a ella.

—Te estaba esperando. Os —rectifico—. Os estaba esperando a las dos. Podemos pedir unas *pizzas.*

Veo cómo sus labios se curvan y sus ojos reflejan la ilusión de una niña pequeña un viernes por la noche cuando los padres le dicen que van a pedir comida para cenar mientras ven una película en el sofá.

—¡Una hawaiana! —pide Harper, obviamente más atenta a lo que decimos nosotros que al partido.

—¡Deja de echarle fruta a la comida basura! —le recrimino, quizá más molesto de lo normal.

—*Sorry, not sorry* —se disculpa. Si es que eso es una disculpa aceptable.

Meneo la cabeza y voy hasta el mueble de la entrada para buscar dentro del cajón la carta de la pizzería del pueblo vecino a la que siempre pedimos. Se la entrego a Charlotte para que elija y me encamino al sofá, donde me siento pegado a mi amiga y casera antes de dirigirle una mirada amenazante.

—¿Cuánto valoras tu vida? —mascullo con los dientes apretados.

Ella se descojona. Esa es su respuesta.

—¿Hay alguna que me recomendéis especialmente? —oigo que pregunta Charlotte, que parece agobiada ante la enorme cantidad de opciones disponibles.

—¿Qué te gusta? —me intereso—. ¿Eres amante del queso? ¿Te encanta pecar con una comida grasienta o prefieres algo más ligero?

¿Carne, verduras? Piña, no, por favor. Con Harper tengo más que suficiente.

—¡Eh! —protesta la aludida—. ¿Qué problema tienes con la piña?

—Que es una fruta.

—Deberías probarla, está rica.

Esbozo una mueca de asco dirigida a Harper y regreso con Charlotte, que parece divertirse con nuestras peleas.

—Estaba debatiéndome entre la que tiene jamón y aceitunas o la que ha pedido ella —me provoca con una sonrisa que deseo borrar a lametones.

—Jamón y aceitunas, claramente.

—¿No te gusta la fruta, o no te gusta la piña? —me pincha.

—La fruta.

—¿Ninguna?

—La gelatina de fresa me la puedo comer.

—¡Eso no es fruta! —se queja entre risas.

—Pues que no lo llamen «de fresa».

Niega con la cabeza, pero su sonrisa me ilumina. Me saco el móvil del bolsillo y marco el número, que ya me sé de memoria, y le pido a Fabio las tres *pizzas.* Nos sentamos en el sofá y vemos el partido que había puesto Harper a la espera de que llegue nuestra cena. Charlotte hace preguntas sobre el fútbol, pues es la que menos conoce las reglas, pero no se la ve incómoda ni pide que cambiemos de canal.

De vez en cuando echo un vistazo a mi izquierda y lo único que detecto en su mirada es emoción. Mi mano se desplaza hacia ella y el dedo meñique roza su muslo. La noto estremecerse, aunque no me queda claro si es por el susto de lo inesperado. Ella despega sus ojos de la pantalla para posarlos en mí y decide sonreírme. Se me corta la respiración al tenerla tan cerca. Su aliento baña mi cuello y se recoloca para ponerse más cómoda, quedando más pegada a mí. La mano que estaba rozándola se despega, pero ahora la siento mucho más que antes. Ambos devolvemos la vista a la pantalla, aunque yo no puedo dejar de pensar en ella y en las ganas de besarla que me invaden.

Todo es maravilloso hasta que la descubro mirar la pantalla de su teléfono y veo que ese tal Will la está volviendo a llamar.

20. Un futuro escrito por otros

CHARLOTTE

Un recuerdo de que esta no es mi vida y no me pertenece, de que no puedo hacerme ilusiones, es lo que representa esta llamada. En un momento que me había parecido mágico y que casi había logrado hacerme olvidar cualquier propósito que me trajera a East Harbor.

—Tengo que responder, ahora vuelvo. Avisadme si llegan las *pizzas* —pido mientras me levanto del sofá y corro a mi habitación.

Solo cuando me aseguro de haber cerrado bien la puerta me atrevo a descolgar.

—Hola, Will.

—Qué efusividad. Para llevar tanto tiempo sin vernos esperaba un poco más de emoción en tu voz.

—He respondido como siempre —me defiendo.

Él se da cuenta de que oculto algo porque no es como solía cogerle el teléfono antes de venir aquí, pero decide pasarlo por alto por esta vez.

—¿Has podido encontrarla? —pregunta con esa voz pausada que solía usar conmigo.

—Todavía no. No hay registros. Me estoy dedicando a pescar la información entre conversaciones de la gente. Para eso monté la librería. Pero está siendo un proceso más lento de lo que imaginé.

—Dime una cosa, ¿cuánto de importante es dar con ella? ¿Tu vida va a cambiar?

—No lo sé, Will. Siento que debo hacerlo y que no puedo continuar hasta encontrarla. No soy capaz de estudiar ni de hacer nada. La cabeza me bulle con mil pensamientos. Hay muchos recuerdos, estoy reviviendo el duelo de mis padres…

—Puedo entender eso, pero ¿no sería mejor contratar a un investigador privado?

—Nadie de aquí va a regalar esa información a un extraño así como así —rebato con hastío.

Lo oigo suspirar y tragar saliva mientras formula mentalmente su siguiente frase.

—Te echo de menos.

«Mierda. No me esperaba esto».

—Y yo a ti —respondo de inmediato, como si fuera algo instintivo que no tengo ni que pensar.

—¿Lo dices en serio? —cuestiona.

—¿Por qué lo preguntas? ¡Claro que te echo de menos!

—Lo siento, no quise decir eso. Es que apenas hablamos, no me llamas, no me escribes, te llamo y no siempre me respondes. Ojalá pudieras venir unos días.

—No puedo cerrar la librería porque sí.

Podría, soy la dueña. Pero me aferro a cualquier excusa con tal de no volver a Nueva York. No estoy lista.

—¿Asuntos personales?

Ahora soy yo la que suspira.

—Will…

—Lo sé, joder. Prométeme que no has dejado de quererme.

Trago saliva.

—No he dejado de quererte.

—Prométeme que vas a volver en cuanto la encuentres.

Abro la boca y me quedo sin aliento.

—Prometo que volveré en cuanto la encuentre.

Hay un silencio, pero ninguno de los dos somos capaces de ponerle fin a la conversación.

—¿Recuerdas cuando de niña rompí la salsera de porcelana de aquel juego tan bonito que tenía tu abuela?

—Y yo me comí el marrón porque, si se enteraba de que habías sido tú, jamás permitiría que nos casáramos.

—¡Venga ya! Tú eras su ojito derecho y te lo perdonaba todo. Dijo que ella ya no iba a usar aquella vajilla mucho más tiempo. Sabías que no te iba a ocurrir nada.

Nos reímos.

Sí, Will y yo nos conocemos desde que yo era una enana que llevaba pañales. Nuestros padres pertenecían al mismo círculo de empresarios. Hacían cenas de gala a las que asistían solo adultos, aunque, cuando esas reuniones eran diurnas, a los niños nos dejaban en un salón con varias niñeras hasta que teníamos edad suficiente para acompañarlos. Así fue como Will y yo nos convertimos en amigos. Nosotros y los demás. En el fondo formaba parte del plan, que todos forjáramos amistad entre nosotros, de modo que cualquier alianza futura se hubiera fraguado dentro del círculo. Y quien dice alianza dice pareja. Es prácticamente imposible que conozcas a alguien de fuera y, en el caso de que eso ocurra, ya se encargan ellos de torpedear esa relación hasta que no quedan ni las cenizas. Por eso no puede haber nada entre Jay y yo. Ya lo he vivido, y va a acabar mal. Debo ceñirme a mi objetivo y regresar a mi mundo.

Volviendo a Will, siempre hemos sido amigos y nuestros padres aprovecharon esa complicidad para crear estrategias a largo plazo que pasaban por la unión de ambas familias. Las mismas alianzas económicas que aborrezco y de las que desearía poder librarme, pero esas campanas de boda se oyen desde mucho antes de que yo pudiera entender el significado de todo aquello.

Nunca fuimos novios. Nunca nos miramos con deseo. Nunca convivimos. Cuando él se fue a la universidad, tuvo sus rollos e incluso hablábamos del tema como dos buenos amigos. Éramos conscientes de que nuestro futuro estaba ahí, escrito por otras personas, pero siempre pensábamos que quedaba demasiado lejos como para preocuparnos por ello.

Cuando mis padres murieron se convirtió en mi mayor apoyo, aun en la distancia. Siempre fue alguien especial para mí y en ese momento me demostró que era de las pocas personas, quizá la única, que se preocupaba un poco por mí en un mundo movido por el egoísmo, la apariencia y los intereses económicos.

No fue hasta que regresó, hace unos meses, cuando ese futuro que parecía tan lejano nos alcanzó.

—Un día me confesó que desde el primer momento supo que tú la habías roto —confiesa.

—¿En serio?

—Sí. En el fondo le gustabas, pero decía que alguien debía ponerte a prueba.

—Tu abuela estaba pirada.

—¡Eh!

Me río y él me sigue porque sabe que tengo razón.

—Tengo que dejarte, solo quería saber de ti.

—Gracias por preocuparte.

—Ojalá la encuentres pronto.

La respuesta correcta se me atasca en la garganta. «Ojalá». Es una sola palabra. Quiero dar con ella. Quiero hacerlo más pronto que tarde. Por eso vine aquí. ¿Por qué ahora siento que no quiero que eso ocurra tan rápido? ¿Por qué la idea de volver me parece tan horrible ahora?

—Te mantendré informado —respondo en su lugar. Otra mentira que hace que el nudo que siento en la tráquea me ahogue un poco más.

—Hazlo, por favor. Escríbeme, llámame.

—Lo haré.

«No lo harás».

—Te quiero, C.

—Te quiero, Will.

Mantengo el móvil pegado a la oreja varios segundos después de colgar, mientras me recupero de esta tormenta emocional. Su poder siempre fue hacerme sentir bien en medio de cualquier crisis. Conoce todo de mí porque, siendo amigos, no había secretos entre nosotros, porque nos hemos criado juntos y hemos pasado la vida asistiendo a los mismos eventos.

No miento, le quiero. Mucho. Pero no de la manera en que debe quererse una pareja. Bianca dice que me envidia por tener a alguien así, tan cómplice, para pasar el resto de mi vida. Que esa chispa la puedo buscar en mis amantes. De verdad, que no entiendo su manera de ver la vida. ¿Por qué quieres casarte con alguien con la intención de serle infiel?

Sé que es algo que ocurre en mi entorno. Es lo normal, de hecho. Los matrimonios son alianzas. Hay sexo porque debe haber herederos. Pero cada uno tiene su vida fuera. ¿No os parece horrible? Yo no quiero eso. ¿De verdad soy tan rara por buscar una relación auténtica?

Llegar a East Harbor me ha descubierto muchas cosas: una vida más lenta y consciente, conversaciones reales con la gente, interés genuino por los demás, este sentimiento de comunidad que hay aquí, la calma de no tener mil eventos a los que asistir de manera «obligatoria», la libertad de vestir con comodidad, la comida mexicana, el placer de pedir una *pizza* a domicilio…

Y a Jay.

21. Miente, miente, miente

JAY

Charlotte sale de su habitación tras un buen rato de absoluto silencio. No podía oír lo que decía, pero era evidente que había colgado. Estaba debatiéndome entre ir para asegurarme de que se encontraba bien o darle su espacio. Finalmente opté por lo segundo. Sigo sin saber quién es ese tal Will, pero, cada vez que la llama, su mirada cambia y deja de ser ella. O quizá es más ella que nunca.

Por suerte, se abre la puerta antes de que empiece a ponerme en lo peor.

—¿Todo bien? —pregunto con normalidad, tratando de no parecer desesperado por saber qué ha ocurrido.

—Sí, cosas de Nueva York —comenta sin hacer contacto visual conmigo mientras regresa al sofá y finge que esa llamada no ha interrumpido nada. Algo que no logra por dos motivos. Uno: se sienta en el extremo, en un intento de poner toda la distancia posible entre nosotros. Dos: Está mintiendo. Nada que sea «cosas de Nueva York» pronunciado de esa forma puede responderse con un «todo bien». Ni de lejos está «todo bien».

—¿Era tu familia?

Una pregunta simple, pero que le hace entender que me intereso por ella. Aunque, en realidad, me muero por saber quién es Will.

—No, Will es… un amigo. Creo que el único de verdad que tengo ahí.

Miente, miente, miente.

Si fuera tan buen amigo, me habría hablado de él la primera vez que vi su nombre en la pantalla, en lugar de ignorarlo y hacer como si no existiera. Si fuera tan buen amigo, no pondría esa cara de funeral cada vez que la llama.

Pero no puedo agobiarla en este momento.

—Me lo tendrás que presentar un día.

No sé por qué he dicho eso. De verdad que no tengo ni idea de por qué he soltado esa mierda. La sonrisa que acompaña mis palabras es forzada, pero ella no se da cuenta. Creo. Supongo que se lo ha tomado como si fuera cualquiera de mis bromas.

Ella asiente.

—Algún día —responde por quedar bien, porque me queda claro que no le interesa en absoluto que yo conozca algo de su vida en Nueva York. Es como si fueran dos personalidades distintas que no pueden mezclarse ni alterarse. La Charlotte de allí no puede estar aquí ni la de aquí, allí. Vale, estoy empezando a pensar gilipolleces.

—¿Qué tal es Nueva York? —pregunta Harper con curiosidad y, supongo, que con ganas de terminar con esta tensión.

—Ah, pues ruidosa, bulliciosa, gente en todos lados, siempre parece que te faltan horas al final del día porque has perdido el tiempo desplazándote. Es todo lo contrario a esto. En todos los sentidos.

—Sé lo que quieres decir. Detesto las ciudades; me he criado en una, aunque es mucho más pequeña que la tuya. Esta era la casa de mi abuela y veníamos en vacaciones. Ahora no puedo vivir en East Harbor porque la universidad está a más de tres horas de camino y no es nada práctico recorrer esa distancia a diario, pero mi sueño es instalarme aquí en algún momento. Siempre amé este pueblo.

—Te entiendo perfectamente. Esto es maravilloso. Incluso con esta lluvia.

Harper se ríe, Charlotte dibuja una sonrisa y yo me relajo.

Suena el timbre y voy a levantarme, pero la nueva inquilina me lo impide colocando su mano en mi muslo, un gesto inocente que no se siente así en absoluto. Se levanta y se detiene en la entrada para sacar su cartera del bolso.

—No vas a pagar tú —le digo desde mi sitio.

—Mira cómo lo hago —me reta mientras abre la puerta y le da el dinero al repartidor, quien, tras entregarle las cajas, le agradece de manera exagerada la propina. Charlotte llega hasta nosotros y deja las *pizzas* sobre la mesita.

—¿Qué queréis para beber? —pregunta Harper.

—Lo que vayáis a tomar vosotros está bien.

Mi casera se levanta a por unos botellines, los abre, nos entrega uno a cada uno de nosotros y se sienta a mi otro lado.

—¿Buscamos una peli o seguimos con el partido?

—Creo que mejor una película, bastante hemos aburrido a la nueva con el deporte por hoy —sugiero.

—Oh, por mí no lo quitéis —se apresura a responder agitando las manos de manera rápida.

—Ey, esta también es tu casa y queremos que te diviertas —expresa Harper—. ¿Acción, suspense, ciencia ficción…? No me digas que una de amor —suplica.

—¿Una comedia?

—Vale. Pero una comedia que no sea romántica —accede.



Yo:
Hoy la ha llamado ese tal Will otra vez.

Holly:
¿Y ya sabemos quién es?

Yo:
Dice que es un amigo.

Madison:
¿Un amigo como tú?

Yo:
No es un amigo. Le cambia la cara cada vez que la llama.

Yo:
A peor. Parece destrozada.

Holly:
Sea lo que sea, deberías dejar de hacerte ilusiones con ella. Hay un motivo por el que impone esa distancia.

Yo:

Tú hacías lo mismo con Duncan.

Holly:
Lo mío era distinto. Ella no está enfadada contigo.

Madison:
Pero algo la frena.

Yo:
Exacto.

Holly:
¿Has hablado con ella?

Yo:
Se mantiene muy hermética en cuanto a su pasado y a Nueva York.

Holly:
Dale más tiempo. Ella sola te hablará de ello.

Madison:
Y, hasta ese momento, intenta no implicarte tanto, que te conocemos. Vas a caer.

Holly:
Y vas a sufrir.

Yo:
Tampoco es que pueda hacer nada por evitarlo.

Holly:
Pues estás jodido.

Sí, estoy jodido.



El fin de semana pasa y Harper regresa a la ciudad. No sé si sentirme bien o mal con ello. Estos dos días, al no encontrarnos solos, me ha resultado mucho más fácil ser ese amigo que Charlotte parece buscar en mí. No ha habido bromas ni tonteo, solo simpatía, educación y un seguimiento estricto de las normas.

Pero ahora volvemos a lo de siempre, a ese clima de conexión y complicidad que compartimos en el que se me hace muy difícil

imponer una distancia emocional de seguridad con ella. Porque yo sé lo que es huir de algo y llegar aquí, sentirte completamente solo, no tener a nadie y no saber a quién le puedes confiar tus secretos.

Hoy he traído unas sobras del Joe's para cenar. Hemos estado llenos todo el día y estoy bastante agotado. Charlotte se ofreció a preparar algo, pero la avisé de que iba a traer comida suficiente para los dos.

Ahora estamos en la mesa y se ha instalado un silencio demasiado incómodo que no sé cómo romper tras contar todas las anécdotas destacables del día en el bar. Ella dice que ha aprovechado para ir al gimnasio, hacer sus partes de las tareas y leer.

—¿Sabes…? —empiezo a decir. Quizá, si le cuento yo algo, le haré entender que puede confiar en mí—. Yo llegué aquí con un par de billetes en el bolsillo y una maleta con muy pocas cosas buscando un lugar en el que quedarme.

Ella me mira alzando las cejas y la he dejado tan atónita que no puede ni seguir masticando.

—Mis padres me echaron de casa. Bueno, mi padre me echó, mi madre no hizo nada por evitarlo. Desde entonces no he vuelto a hablar con ellos.

—¿Por qué? —pregunta, tapándose la boca con una mano, realmente impactada por mis palabras.

—Mi familia está muy vinculada a la Iglesia, son muy conservadores, y me pillaron besando a un chico.

Pestañea varias veces y suelta el tenedor. Termina de masticar el bocado que aún tenía en la boca y traga. Todo ello sin dejar de observarme con unos ojos demasiado analíticos.

—¿Eres gay?

Su voz está impregnada con la gran confusión que siente ahora mismo. Se está haciendo muchas preguntas y seguro que intenta averiguar si realmente intentaba ligar con ella o no.

—No, aunque lo pensé durante un tiempo. Me costó comprenderme a mí mismo.

—Pero te gustan los hombres —tantea.

—Y las mujeres —aclaro con un guiño.

Otro silencio. Aunque este se debe más a que Charlotte necesita procesar toda esta nueva información.

—Yo… no sé qué responder. Es decir, sí, lamento mucho la clase de padres que te ha tocado. Me parece horrible lo que hicieron. ¿Te echaron sin más? ¿Sin una opción? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Me encontré la maleta en la puerta y conduje sin rumbo. No sabía adónde ir y estaba realmente acojonado. Tenía dieciocho años y no sabía hacer nada porque me habían criado para ser servido. Tampoco había trabajado porque debía estudiar y convertirme en alguien a fin de poder mantener a mi familia.

Me llevo las manos a la cara. Traer todo eso de vuelta sigue doliendo.

Charlotte, que está sentada frente a mí, arrastra la silla hacia atrás para levantarse y sentarse en la que se encuentra a mi lado. Se acerca un poco más y me abraza. Siento sus brazos alrededor de mi cintura, así como su cabeza apoyada en mi costado.

El calor que emana de su cuerpo me reconforta y me muevo para tenerla de frente. Ella rompe el abrazo, pero no se aleja. Mi mano viaja hasta su mejilla, rozándola en una suave caricia que le provoca un ligero estremecimiento. Sus ojos brillantes me gritan que me acerque, y eso hago, aunque me detengo a una mínima distancia. Nunca hemos quedado tan cerca y me cuesta demasiado controlarme para no borrar esta maldita pulgada que hay entre nosotros dos.

—Sé que tú también huyes de algo. Sé que hay algo de ti, de tu pasado, que no te atreves a contarme. Pero necesito que sepas que puedes confiarme cualquier cosa. No lo hagas aún si no te sientes preparada. Pero estaré ahí cuando quieras hacerlo. Sin juzgar. Sin cuestionar. Porque eso es lo que hacen los amigos.

22. No me arrepiento

CHARLOTTE

No esperaba que la librería se llenara tanto, pero que la lluvia nos haya dado una tregua ha hecho que todo el mundo saliera a la calle a recorrer los puestecitos de comida tradicional indígena o de artesanía local. Hoy es el Día de los Pueblos Indígenas, una festividad en la que East Harbor parece volcarse. Por eso decidí participar con una actividad literaria. Invité a algunos miembros de la comunidad *passamaquoddy* para que vinieran a hablarnos sobre sus leyendas y cuentos.

Los invitados han llegado temprano, envueltos en esa calma que parece heredada de siglos de sabiduría. Hemos ocupado el rincón que diseñé especialmente para este tipo de eventos y tengo que admitir que se me quedó pequeño.

Las leyendas que han compartido con nosotros son distintas a cualquier historia que haya leído en los libros. No solo por la trama, sino por esa manera tan pausada y con esas palabras tan repletas de significado.

No sé si fue el lenguaje o la energía que flotaba en el aire, pero algo me ha conmovido. Como si, por un momento, dejara de ser una mujer intentando encajar en un pueblo y me volviera simplemente una más en un círculo humano muy antiguo.

Tras terminar el evento, despedirme de los invitados y cerrar la librería, me he dirigido al centro para comer una tradicional sopa de maíz en uno de los puestecitos de comida y me he sentado en una de las mesas plegables que el ayuntamiento ha dispuesto en medio de la calle. Todo ello mientras veía el espectáculo de música y danza tradicional.

Al terminar, me dirijo al punto de encuentro para la ruta de senderismo. Ya hay varias personas esperando cuando llego y Jay aparece en el momento en el que estoy leyendo el cartel informativo. Lleva una mochila pequeña a la espalda, una camiseta de manga larga azul ajustada al cuerpo, un pantalón deportivo y una sonrisa de esas que hacen que el mundo parezca menos hostil.

—¿También te has apuntado? —pregunta al llegar a mi lado, sin ningún respeto por el espacio personal ajeno—. Te va a encantar —añade tan cerca de mi oído que logra poner todos mis vellos de punta.

—No podía perderme nada —me obligo a decir mientras esbozo una sonrisa bastante natural surgida tanto por el entusiasmo como por su cercanía—. Me encanta esto, estoy maravillada por el día de hoy.

—Me he dado cuenta. ¿No tenéis este tipo de actividades en Nueva York?

—Si las hay, yo nunca me enteré —explico con cierta lástima—. Solo hay una clase de eventos en los que yo y cualquier persona que conociera participábamos, y no tenían nada que ver con recordar nuestros orígenes. Todo eran cenas aburridas, subastas y galas benéficas en las que la gente pretendía sentirse mejor consigo misma regalando algunos millones a obras de caridad que no serían necesarias si no se dedicaran a explotar a la gente y los recursos del planeta en primer lugar. Ya sabes, la hipocresía.

Jay me mira asombrado por haber compartido otro pedacito de mí y creo que suspira de alivio al comprobar nuevamente que no soy esa clase de gente. O lo soy, lo aparento, cuando estoy allí, porque no me atrevo a enfrentarme y decir lo que pienso.

El guía, un hombre de unos cincuenta años llamado Tamak, nos reúne para explicarnos cómo se desarrollará la caminata. Dice que el recorrido no será muy largo, pero que nos vamos a centrar en mirar, escuchar y oler. Que el bosque tiene memoria y que, si uno presta atención, puede aprender de él sin necesidad de palabras.

Jay se coloca a mi lado sin necesidad de invitarlo y nos ponemos en marcha. Caminamos en silencio durante los primeros minutos, sin decirnos nada, aunque nos encontramos muy cerca el uno del otro.

El guía nos ha pedido que prestemos atención a todo lo que sentimos. El olor a musgo, a tierra y a corteza mojada lo llena todo. La humedad de la costa, sumada al resultado de varios días de lluvia, está presente. Es increíble cómo soy capaz de fijarme en estas cosas que siempre me habían pasado desapercibidas. La dirección del viento, el sonido de las pisadas sobre la tierra, los diferentes tonos de verde y marrón que existen en la naturaleza… Esto se está convirtiendo en una experiencia sensorial muy gratificante. Nunca había sentido semejante conexión con el mundo natural, y eso que salía a correr por Central Park casi a diario. Empiezo a entender el tipo de turismo que tiene East Harbor porque hacer deporte en este paraíso no es comparable a nada.

Tamak se detiene frente a un arbusto y empieza a hablarnos acerca de sus usos medicinales. También nos enseña la corteza de un árbol que se usaba para hacer pequeñas canoas, nos habla de la migración de los alces y de las huellas invisibles que dejaron quienes habitaron estas tierras mucho antes que nosotros.

—¿Tú crees en eso? —me pregunta Jay unos minutos más tarde, cuando nos alejamos unos pasos del grupo.

—¿En qué?

—En que los lugares guardan memoria. En que algo queda, incluso después de que la gente se haya ido.

—Sí. Creo que sí. No sé, esta actividad me está resultando muy espiritual.

Sonrío, porque mis sentidos están desbordados y no puedo estar menos arrepentida de haberme apuntado a esta actividad. Ni menos arrepentida de venir a East Harbor.

Jay me mira de lado. No dice nada. Pero noto cómo su mano roza la mía al caminar. No llega a atraparla, aunque se queda cerca. Tanto que noto una corriente en la piel cada vez que parecen a punto de unirse.

Cuando llegamos a un mirador, el sol empieza a perderse por el mar. El cielo dibuja un degradado perfecto de rosa hacia azul. Esa postal que sigue flipándome.

Jay y yo nos sentamos en unas rocas mientras muchos aprovechan para hacer fotos. Yo también saco mi móvil para

inmortalizar esta imagen que ya jamás podré sacarme de la cabeza. Él saca una barrita de cereales de su mochila y me la ofrece.

—No es un gran banquete indígena, pero tiene miel y frutos secos. Algo es algo.

La acepto en silencio y doy un mordisco mientras él da un trago de su botella. Está claro que no es la primera vez que realiza esta excursión, pues viene bien equipado, no como yo, que he salido a la aventura.

—¿Te arrepientes de haberte apuntado? —pregunta con curiosidad e inocencia.

—Todo lo contrario.

Me mira fijamente durante un segundo. No de forma intensa, sino como si quisiera memorizarme. Como si tuviera miedo de olvidarme si no lo hace.

—Yo tampoco —conviene en un susurro muy cerca de mi oído, provocando un temblor dentro de mí.

Entonces, el guía nos llama para volver. La luz empieza a desvanecerse y las sombras alargadas del bosque nos reciben de vuelta. Caminamos en silencio, solo acompañados de los sonidos de la naturaleza que nadie quiere perderse. Jay y yo vamos muy juntos, tanto que nuestros nudillos chocan de manera constante. Pero, una vez más, nunca llegan a unirse nuestras manos.

—Podríamos venir otro día. Tú y yo —propone Jay cuando llegamos al final del sendero.

Asiento incapaz de girarme hacia él, pues noto que mis mejillas empiezan a enrojecerse ante lo que parece la expectativa de una cita. Una cita que distaría mucho de la idea que yo tenía preconcebida de cómo debían ser. No habría un restaurante, ni un cine, ni ropa elegante, ni una limusina. Solo el chico por el que empiezo a sentir algo, la naturaleza y yo. Y eso me acojona por todas las consecuencias que me traería, porque me recuerdo a mí misma que este juego solo podría destrozarme. Pero, a la vez, me ilusiona como nada.

23. ¿Vas a hablarme de ella?

JAY

Cuando suena el timbre estoy rebuscando galletas en los armarios de la cocina. No puede ser que no queden, cuando ayer había un paquete entero y hay una norma muy clara al respecto. Estoy tan enfrascado en lo que hago que me olvido de que han llamado hasta que el timbre vuelve a sonar.

Llego a la puerta para abrir y la sonrisa de mi hermana me borra el enfado de un plumazo. Beth es la persona más dulce, inocente y entusiasta que habré conocido nunca. Es imposible no sonreír a su lado. La pequeña de la familia, la mimada por todos, especialmente por mí, ha crecido y se ha convertido en adulta, aunque no ha perdido ni un poquito de ese espíritu que la hace así de especial.

La abrazo tan fuerte que no la dejo casi respirar y protesta dándome manotazos. Por eso aflojo un poco el agarre sin soltarla del todo, dejando que sea ella quien se aparte.

—Espero que tengas café recién hecho y galletas, porque he salido de casa sin desayunar y me muero de hambre.

Me río, le doy un beso en la coronilla y la suelto para llevarla a la cocina. Ella inspecciona todo con demasiada curiosidad para haber estado aquí con anterioridad. De modo que intuyo que está buscando a Charlotte o algo suyo.

—No está aquí.

—¿Quién?

—Beth…

—Oh, ¡venga ya! —se enfurruña y hace una mueca muy graciosa.

—Parece que se han terminado las galletas, pero podemos ir a comprar. O también está la opción de ir a desayunar fuera

directamente. Café hay, pero lo ha hecho Charlotte antes de irse a la librería, así que ya está un poco frío.

Frunce los labios. Es tan expresiva que siempre sabes qué piensa sin necesidad de hablar. Se acerca a la nevera y yo la observo sonriendo con los brazos cruzados. Se detiene a leer las normas. Se ríe.

—Qué interesante… —murmura—. Esto lo has propuesto tú, seguro… —afirma mientras señala la norma acerca de no terminarse las galletas—. ¿Qué habrás hecho para que ella proponga lo de no ir desnudos? —pregunta, desviando sus ojos hacia mí. No pone en duda que esa norma no es mía, me conoce demasiado—. Guau, tengo que hacerle una foto a esto —añade mientras saca su móvil y encuadra el *post-it*—. Me lo quedo como idea para una de mis novelas.

—¿Alguna que vayas a publicar? —la pincho.

—Quizá con seudónimo ultrasecreto —responde guardándose el aparato de nuevo en el bolsillo—. Si papá o mamá se enteran de lo que escribo, me meten en un internado europeo lleno de monjas.

—Ya eres mayor de edad —le recuerdo, algo que debería empezar a creer yo también.

—Sabes que ellos no miran la edad. Mientras no esté casada, seguiré siendo algo delicado que hay que proteger del mal del mundo.

—¿Por qué sigues hablando con ellos? —escupo. No puedo entenderlo. Me dolió que hicieran lo que hicieron, pero tengo que admitir que, desde que se rompió nuestra relación, me siento mejor que nunca.

—Vivo con ellos.

Hago una mueca.

—¿Por qué no te independizas?

Se ríe.

—¿Hablamos de la misma gente? No van a permitirme que me vaya hasta que me haya casado porque las chicas solteras no viven solas.

—A eso me refiero, ¿cómo puedes soportarlo?

Se encoge de hombros y se instala el silencio. Sé que ella quiere hablarme de algo y busca la manera de introducir el tema. Aunque luego vuelve la vista a la nevera y entrecierra los ojos.

—«Me llevo las galletas. Luego compro más. C». Vale, resuelto el misterio. Vamos a desayunar a algún lugar donde haya cosas dulces y ricas.

—¿Esa nota lleva ahí toda la mañana? —pregunto, más para mí mismo que para ella, rascándome la barbilla.

Beth chasquea la lengua y tira de mí. Vuelve a ponerse la chaqueta y el bolso que en algún momento tiró sobre el sofá sin darme cuenta y salimos de casa, con el tiempo justo para abrigarme y coger las llaves y la cartera.

—¿Vas a hablarme de ella? —pregunta tras un par de pasos.

—No hay gran cosa que contar.

—¿Es guapa?

—Mucho.

—¿Rubia?

—Morena. —Chasqueo la lengua—. ¿Qué más da?

—Es para hacerme una idea. ¿Es simpática?

—Para. Ya lo comprobarás por ti misma.

—¿Puedo escribir vuestra historia?

—No hay ninguna historia… —rebato.

«Ojalá la hubiera».

—De momento.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa con el periodista? —cambio de tema y observo cómo sus mejillas se colorean.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿El chico ese con el que estuviste hablando y riendo en la fiesta de Holly?

—¡Ah, ese!

—Ah, ese… —la imito con la voz aguda.

Silencio. Es increíble cómo se hace la loca cuando quiere.

—¿Y bien?

—Me gusta mucho —murmura sin poder contener la sonrisa.

—¿Estáis saliendo? —Pregunto. Interrogo.

—Sí, pero no te enfades conmigo.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo?

Se encoge de hombros.

—¿Papá y mamá lo saben?

—No, prefiero que esté enamorado de mí para cuando lo obliguen a casarse conmigo —bromea, pero esa sonrisa amarga la delata.

—Vale.

—¿Se lo contarás?

—Llevo años sin hablar con ellos, no lo haré ahora. ¿Te sientes a gusto con él? ¿Te trata bien? ¿Te… respeta?

—Lo primero, sí, mucho. Lo segundo, de maravilla. Lo tercero…, ¿qué estás queriendo decir?

—Joder, Beth, lo sabes perfectamente. —Arquea una ceja con un amago de sonrisa que me da a entender que quiere hacerme sufrir con esta conversación—. Me refiero a si te presiona de alguna manera…

—¿Para tener sexo? —termina la frase por mí y hago una mueca.

—Dios, mejor si no pronuncias nunca esa palabra —mascullo.

—No voy a llegar virgen al matrimonio, Jay. A ver si te crees que eres el único con derecho a salirse del camino.

—No estoy diciendo eso.

—Y tú no te estás enterando.

Me detengo. La miro. Ella alza las cejas varias veces. Voy a matar al periodista.

—¿Se ha aprovechado de ti en algún momento? ¿Te ha metido prisa?

—Frena el carro, ya hace un tiempo que perdí la virginidad.

—¿Cómo? ¿Con quién?

¿En qué momento ha pasado esto?

—¡No es asunto tuyo! —grita ofendida.

—Lo siento —lamento—. Arrrrgggg —gruño—. Soy un idiota, ¿vale? Me estoy portando como un capullo.

—Soy consciente de que estás acostumbrado a cuidar de mí y que me has enseñado casi todo lo que sé. Entiendo que quieres protegerme de todo mal, pero date cuenta de que eso mismo es lo que hacen papá y mamá. Ellos pretenden apartarme del mundo de

perversión y de maldad que va a llevar a la sociedad al desastre —farfulla imitando las palabras de nuestros padres—. Estoy harta de su maldita Iglesia-comecerebros y de su estúpida manipulación. Ayer hice una entrevista de trabajo en Walmart, y Holly me ha dicho que puedo quedarme con ella hasta que logre permitirme algo. ¿Sabes por qué? Porque necesito salir de ahí.

Me quedo paralizado ante sus palabras. Nunca la había visto hablar con tanta rabia y me sorprende, pero me gusta. Joder, me encanta que no sea solo una muñequita delicada como nos había hecho creer hasta ahora.

—Jake es bueno. Y muy guapo. Se interesa por mí y me anima a perseguir mi sueño. Presenté algunos manuscritos a un par de editoriales, aunque estoy valorando lanzar alguno como autora independiente.

—Me gusta oír eso, yo también llevo años queriendo leer algo de lo que escribes.

—Lo sé. —Me abraza—. Te quiero mucho, Jay, eres el mejor hermano.

—Yo también te quiero.

Le acaricio el pelo y la estrecho contra mí hasta que se aparta.

—¿Qué hay del «las chicas solteras no viven solas» que me has soltado antes?

—No sé, acababa de llegar, tenía que prepararme para esta conversación.

—¿Podemos volver a empezar? A ver si soy capaz de no cagarla esta vez —planteo, y Beth se ríe.

—Está bien. Tengo novio, se llama Jake y me acuesto con él —suelta de carrerilla con una sonrisa exagerada.

Resoplo.

—¿Eres feliz?

—Mucho.

—Pues, entonces, me alegro por ti.

Nos abrazamos nuevamente y seguimos nuestro camino hacia la *bakery* para hincharnos a azúcar mientras nos ponemos al día.

24. ¿Te gusta mi hermano?

CHARLOTTE

Una versión acústica de *Accidentally in Love*, interpretada por Cole Swensen, suena por los pequeños altavoces de la librería. No tengo problema con el silencio, pero los días se pueden hacer muy largos aquí y la música me entretiene. Para matar un poco el tiempo, reordeno por quinta vez la mesa de novedades destacadas que queda frente a la entrada. Quizá no fuera tan buena idea abrir una librería. Aunque no necesito que funcione porque tengo mis cuentas bien llenas, empezará a ser sospechoso que se mantenga en pie con tan poco movimiento. La gente puede llegar a pensar que se trata de alguna clase de tapadera y es algo que no me conviene.

La campanita de la puerta suena y me doy la vuelta esperanzada y mentalizada para hacer otra venta, pero mis ojos chocan con unos que me miran divertidos y otros que no conocía.

—¡Hola! Tú eres Charlotte, ¿verdad? Soy Beth, su hermana, tenía muchas ganas de conocerte. ¿Dónde tienes la sección de romántica? —dispara, creo que sin respirar.

—En esas estanterías de ahí —explico señalándole con el dedo la zona que busca.

—¡Genial! Ahora vuelvo.

Se dirige hacia ahí y sonrío.

—Gracias por traerme una clienta.

—Una clienta que va a impedir que tengas que cerrar el negocio —puntualiza.

Nos reímos.

—Tendré que darle trato vip entonces.

—No esperaba menos.

Nos miramos como si no fuéramos capaces de despegar nuestros ojos el uno del otro y me agarro con fuerza al mostrador para mantener mis manos alejadas de él, pues siento esa fuerza magnética que me golpea cada vez que estamos tan cerca, como si realmente algo físico nos atrajera.

—Lamento haberte dejado sin galletas, sé que te debería haber avisado. Pero hoy librabas y no me ibas a traer nada para merendar, así que me llevé algo de casa para así tener un tentempié cuando me entrara el hambre.

—De modo que solo soy el que trae café y bollos, ¿eh? —comenta apoyándose con los codos en el mostrador y observándome desde abajo con esa sonrisa tentadora que hace que mire sus labios más tiempo del aceptable.

—Ya sabes que no. También eres… —eleva los párpados, a la espera de que continúe— mi chófer particular —finalizo sacándole la lengua.

—Vaya…

—Y… alguien con un gusto horrible para la música.

—¿Perdón?

—Una persona claramente desordenada.

—¡Eh! Las zonas comunes están perfectamente.

Me río.

—Vale, ya paro.

—No, continúa, ahora venía lo bueno, ¿no? Lo que viene después del «pero» y todo eso —pide moviendo una mano en círculos.

—¿Quieres que te regale los oídos, Jay?

—Es lo mínimo después de llamarme guarro.

Me guiña un ojo.

—Te preocupas por la gente, eres humano —añado, ya carente de diversión. Se instala una necesidad en mi interior que empiezo a no saber cómo ignorar. Al principio casi no la sentía, pero ahora es tan fuerte y me agita tanto que no puedo pasarla por alto. Mi corazón se hace enorme y empieza a hacer mucho ruido. Me sujeto aún con más fuerza al mueble porque de verdad que necesito tener las manos ocupadas o las llevaré a su cuello, a su mejilla, a sus labios.

Él se yergue, capaz de sentir la misma fuerza gravitacional que yo, aunque con menos intención de mantenerse alejado. Sus ojos se fijan en mis labios y una de sus manos roza la mía con la intención de relajarla. Suspiro y aflojo el agarre. Oímos la alarma de algún móvil, pero decidimos ignorarla. Sus dedos se deslizan por mi muñeca y ascienden por el brazo, hasta que un carraspeo nos interrumpe.

Mierda, me había olvidado de su hermana.

—Voy a llevarme estos.

Ambos nos giramos y nos apartamos de manera nerviosa. Él se mete la mano en el bolsillo con disimulo y yo miro la pantalla del ordenador fingiendo que estoy revisando algo.

Beth se acerca a nosotros y desvío la vista hacia la montaña de libros que trae.

—¡Vaya! Sí que eres una buena clienta —apunto maravillada.

—¿No tienes ya como doscientos libros sin leer? —pregunta Jay.

—¿No te he explicado «ya» —remarca con hastío— que leer y coleccionar libros son dos aficiones distintas? —contraataca su hermana.

—Sí, y sigo sin entender un *hobby* que consiste en gastar dinero y acumular cosas que, claramente, se han hecho para darles un uso.

—Es otra clase de coleccionismo —simplifica.

Jay resopla.

—¿Cuánto es? —pregunta él dirigiéndose a mí mientras termino de escanear artículos.

—135,28 dólares. ¿Efectivo o tarjeta?

—Tarjeta —responde resignado, entregándome el rectángulo de plástico.

—Muchas gracias, Jay. Eres el mejor —comenta Beth con unos ojos que le brillan por la emoción de añadir más libros bonitos a su colección. Algunos tienen los cantos pintados y son unas auténticas obras de arte.

—Me voy a arruinar —murmura.

«Bip».

—¿Quieres copia?

—No hace falta. Si un día alguien te propone que le pagues todos los libros que pueda coger en un minuto, no aceptes. Creerás que no da tiempo a que pille más de uno o dos, pero ya ves.

Me río. Conozco ese reto, lo he visto en redes sociales.

—Gracias por el consejo. Oye, tú eres escritora, ¿verdad? —pregunto desviando la mirada hacia Beth.

—No he publicado nada.

—Pero has escrito muchos libros, eso te convierte en una —la animo, aunque lo creo de verdad. ¿Qué se necesita para considerarse «escritora»? ¿Vivir de ello? No, escribir.

Se encoge de hombros.

—Si tú lo dices…

—¡Claro que sí! Mira, si un día te animas, aquí tendrás un puesto destacado para tu libro. Y si quieres un espacio para alguna actividad, también. ¿Te gustaría tener tu propio club de lectura? Podríamos hacer uno de romántica, veo que es un género que dominas.

Beth abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Claro. Piénsatelo.

—No sabes lo que acabas de hacer —dice Jay—. Estás creando un monstruo.

Su hermana lo mira como si quisiera explotarle la cabeza con la mente, pero él no se inmuta.

—Bueno, nosotros nos vamos. Nos vemos en casa.

—¡Claro! Gracias por traer a tu hermana. Invítala más veces.

—Lo haré —tercia guiñándome un ojo.

Ambos salen de la librería y suspiro. ¿Qué me está haciendo este chico?



No hay nada como llegar a casa después de pasar el día fuera, con ropa incómoda, con la coleta demasiado estirada para que aguante, con el maquillaje medio borrado y con los pies mojados por no haberte puesto botas de agua un día de otoño en East Harbor. Porque, tras una tregua de un par de días, la lluvia ha regresado, otra vez con fuerza.

El olor a comida caliente, la iluminación suave de la chimenea y el sonido de risas mezclado con la característica voz de Justin Timberlake cantando *Selfish* hacen que se me dibuje una sonrisa enorme en la cara. Cuelgo mis cosas en el perchero y avanzo por el salón hasta la cocina.

—Espero que haya un plato para mí de eso que huele tan rico —digo a modo de saludo cuando los alcanzo.

—¡Ay, hola! —exclama Beth, y se acerca a darme un abrazo de lo más familiar—. Le estaba enseñando a Jay a hacer el guiso de albóndigas con arroz que tanto nos gusta. Es una receta de nuestra abuela. Ella se la pasó a mi madre, y mi madre a mí. Como a Jay no le enseñaron a cocinar porque es un hombre —pone los ojos en blanco— me toca a mí convertirlo en un adulto funcional.

—¡Eh! La mayoría de cosas las aprendí yo solo —protesta el aludido.

—Preparar un sándwich o un *hot dog* no tiene ningún misterio.

—No morí de hambre. —Se encoge de hombros—. Además, Joe me daba comida.

—¿Nunca se había preparado un sándwich antes de venir a vivir aquí? —le pregunto directamente a Beth.

—Ningún hombre de mi familia ha entrado en la cocina o en el cuarto de la colada —responde con hastío—. Mi madre no lo permitía. Ni siquiera se rellenaban los vasos de agua.

—Porque mamá no dejaba que lo hiciéramos nosotros —rebate.

—Sí, fue bonito veros protestar por no hacer nunca nada. ¡Ah, no! Que eso nunca ocurrió.

—Tú tampoco hubieras protestado de haber sido chico. Sabes que hubiera sido inútil, como cualquier intento de cambiar las cosas.

Beth suspira.

—Ya, supongo que tienes razón. —Desvía su mirada hacia mí y parece recordar de golpe que sigo aquí—. Disculpa, C. ¿Te puedo llamar C?

—Claro que puedes —asiento con una sonrisa—. Y no te preocupes por ello.

—¿Tú tienes hermanos?

—Beth —la regaña Jay, y ella hace un gesto con la mano. Me río.

—No, soy hija única.

—¿Alguna vez quisiste uno?

Me encojo de hombros.

—En mi entorno hay muy pocas personas de mi generación que los tengan, de modo que es muy difícil anhelar algo que no conoces.

—¿En serio? Nosotros somos dos y de pequeña sentía que éramos pocos porque todo a nuestro alrededor eran familias de entre cinco y nueve miembros.

—¡Vaya! ¿Tantos?

—Nuestros padres pertenecen a una comunidad católica de altos valores familiares y tradicionales —explica Jay dándole vueltas al guiso con una cuchara de madera—. Su religión les «prohíbe» usar métodos de control de la natalidad.

—Pero vosotros sois dos… —empiezo a decir, como si lo que Jay ha contado no tuviera sentido.

—Lo sé, pienso lo mismo que tú. Pero luego bien que a sus hijos les exigen que acaten las normas.

—Bueno…, ¿cuál es tu género favorito? El mío es la romántica contemporánea en general, aunque me pirran los *small towns* —comenta completamente adrede.

—Eh… —«Disimula y hazte la loca»—. A mí me gusta mucho el *thriller,* pero a veces cae alguna novela romántica y también la disfruto mucho.

—Uy, y la mezcla de ambos… Como cuando alguien tiene un secreto inconfesable y no se desvela hasta las últimas páginas. ¡Esos! Que no puedes irte a dormir hasta que resuelves el misterio.

No sé qué pretende con todo esto, pero está claro que quiere hacerme preguntas sobre Jay y yo de una manera sutil, aunque retorcida. Si no estuviera sudando por la tensión ante su próxima

pregunta, la amaría. Me parece una conversación formidable que, en condiciones normales, disfrutaría.

—¿Eres más de *instalove* o *slow burn*? —pregunta, y una chispa de emoción centellea en sus ojos.

—*Slow burn* —respondo, cayendo en la trampa—. Para mí, lo mejor de una buena historia de amor es todo el tiempo que pasa mientras se conocen y se dan cuenta de que están hasta las trancas el uno del otro.

—¿Te gusta mi hermano?

25. Le gustas

JAY

Espero que la tormenta no empeore. De lo contrario tendré que ir a buscar a Charlotte a la librería porque seguro que no ha cogido paraguas. Mi hermana me está ayudando a hacer el guiso que tanto nos gustaba de pequeños, ya que al parecer nuestra madre le ha confiado la receta. No sé si estaría orgullosa de la cantidad de cosas que he aprendido a hacer desde que no vivo con ellos, pero es algo que no pienso averiguar.

Decido poner música para acallar los truenos lejanos, pues Beth no es la mayor fan de las tormentas. Espero que mañana mejore el tiempo, de lo contrario no pienso dejar que se monte en el coche sola.

—Dime una cosa, Jay. Si no llego a aparecer con los libros en ese momento, ¿os hubierais besado?

Me estremezco al recordar dicho momento y quiero sonreír pensando que sí, pero tengo que admitir que besar a Charlotte es prácticamente imposible.

—Seguramente se habría apartado. O habría llamado ese tal Will que la molesta de manera frecuente y con quien está claro que no quiere hablar.

—¿Quién es ese?

—Según ella, un amigo. —La veo cavilar y, en el momento que saca el móvil, se lo impido—. Ni se te ocurra escribir nada de esto.

—¡Oh, vamos!

Deja el tema, cambia de *playlist* porque, al parecer, la mía es horrenda, y seguimos con la cena. Me gustaría que Charlotte encontrara un plato de comida caliente cuando llegue.

«Si es que no puedes dejar de pensar en ella».

—Espero que haya un plato para mí de eso que huele tan rico —oigo que dice al llegar. Está seca. ¡Milagro! Ah, no, los pies, no. Le voy a comprar tres pares de botas de agua.

—¡Ay, hola! —exclama Beth, y se acerca a darle un abrazo de lo más familiar. Me gusta, es buena señal. Significa que Charlotte le cae bien.

Mi hermana empieza una conversación sobre el papel de los hombres en la familia. Es verdad que me beneficié de ello durante años, pero tampoco conocía otra manera de vivir. Para mí era «lo normal».

Luego empieza a interrogarla y tengo que llamarle la atención varias veces porque no está bien que haga eso. Sé lo que pretende. Tras esa imagen de niña inocente se esconde una escritora de novela romántica que encuentra historias en cualquier situación personal con la que se tope. Después de varias preguntas, desconecto porque no entiendo nada de lo que mi hermana está hablando. Cosas de escritoras.

—¿Te gusta mi hermano?

¿Co-cómo?

—¡Beth! —la regaño. Pero no me salen más palabras.

—Lo siento, me he emocionado.

—Sí, me gusta mucho como persona y como amigo.

La observo abriendo los ojos y cuando ella me devuelve la mirada entiendo que ha sido su estrategia para salir del paso de manera elegante.

Me jode su respuesta. Mucho. Pero también entiendo que, de sentir algo, no lo va a admitir frente a mi hermana.

Beth parece avergonzada de repente. Se lleva las manos a la cara y está agitada.

—Creo que voy a subir a mi habitación a por…

Deja la frase a medias y sube por las escaleras.

—Lo siento —murmuro aún más avergonzado que mi hermana.

—Tranquilo. ¿Te ayudo?

—Ya estoy terminando.

—En ese caso voy a cambiarme, si no te importa.

—Estás en tu casa.

Asiente y desaparece también.

Doy un par de vueltas más al guiso, que ya parece estar, y apago el fuego. Pongo la mesa y empiezo a servir platos cuando Charlotte regresa con su pijama de Friends y unos calcetines extragruesos.

—Espero que no te vayas a resfriar. ¿Te has mojado mucho?

—Solo los pies. Llevaba paraguas, pero hay muchos charcos —se lamenta mordiéndose el labio inferior. No, no hagas eso…

—¿Tienes algún par de katiuskas? Te serían muy útiles durante el otoño e invierno.

—Sí. El problema es que no tengo costumbre de usarlas.

—¿Porque en Nueva York no llueve? —lanzo la pregunta con un alzamiento de cejas y un tono bromista que espero que capte.

Ella se piensa la respuesta. Bien, me ha pillado.

—Sí, exacto. Allí suele hacer mucho sol durante todo el año.

—Me gusta que me vayas conociendo. Tu «yo» de antes habría respondido que te mueves en limusina y el chófer te abre la puerta con un paraguas.

—No siempre es así, a veces salimos de un garaje. Así no hace falta paraguas —conviene con un guiño de ojos.

—Me gusta que Nueva York no se convierta en un tabú —comento recuperando la seriedad—. Voy a buscar a mi hermana.

Asiente y empieza a trastear en el móvil mientras subo por las escaleras. Me dirijo hacia la habitación que usamos de despacho y que ha alojado a Beth en esta ocasión porque la que normalmente utiliza está ahora ocupada por otra chica.

Toco con los nudillos en la madera.

—Beth, ya está la cena —anuncio abriendo la puerta dos pulgadas.

—Comed vosotros. Yo bajaré cuando os hayáis acostad…, cuando os hayáis ido a dormir —se corrige—. Por separado.

«Joder, Beth».

—¿Puedo pasar?

—Solo si no estás enfadado conmigo.

Entro en la habitación y la veo sentada sobre esa minúscula cama. Me coloco a su lado y me hundo sobre el colchón.

—No sé por qué he hecho eso… Me arrepiento tanto…

—Bueno, si no la cagabas tú, seguro que lo haría yo.

—Pero tú le gustas y te lo perdonará.

—No le gusto.

Me lanza una mirada soberbia porque, por lo visto, ella sabe de todo y yo no sé nada.

—Le gustas, hermano. Mucho. Es chungo estar entre vosotros dos. Hay una atracción tan evidente que parece que os lo vais a montar en cualquier momento. Créeme —añade cuando voy a negarlo de nuevo—, escribo y leo novela romántica y esto vuestro es real y es bidireccional.

—Da igual, Beth. Le guste o no, hay algo que la frena —aclaro con un deje de tristeza—. ¿Vamos a cenar?

26. Noche de tormenta

CHARLOTTE

«¿Te gusta mi hermano?».

«¿Te gusta mi hermano?».

«¿Te gusta mi hermano?».

—Demasiado.

—¿Qué? —preguntan Jay y Beth al unísono.

—Que esto está demasiado rico —improviso señalando el guiso con la cuchara.

Jay me mira confundido, lo cual no me extraña. Llevan un rato hablando y no tengo ni idea de qué, porque solo soy capaz de pensar en lo mucho que me gusta este chico. Y en que su hermana lo sabe. Me ha pillado enseguida.

—¿Verdad? —Beth me sonríe. Acto seguido procede a explicarme lo que lleva, así como el paso a paso detallado de la receta.

Yo la escucho con atención y trato de fijar mi vista en ella, pero mis ojos son unos traidores y buscan los de Jay de manera constante. Como si no los hubiera mirado ya lo suficiente. Como si no me los hubiera aprendido de memoria.

Esta vez me esfuerzo por seguir la conversación, que ahora trata sobre comida. Un tema bastante amplio. Beth es la que más habla de los tres, y comenta desde sus platos favoritos a lo último que probó hace un par de días. Me cae bien.

—¿Qué te gusta comer a ti, C? —pregunta con auténtica curiosidad.

—Pues… cualquier cosa casera. No tengo muchas preferencias. Aunque siempre he sido muy fan de los platos de cuchara: sopas, guisos…

—¿Como el guiso de albóndigas con arroz?

—Exacto. Está delicioso.

—Bueno, ya sabes cómo se hace. Y Jay también lo sabe —añade con un guiño—. ¿Y qué plato es el que te queda genial?

—Beth… —la regaña su hermano.

—Da igual, no me avergüenza decir que cocinar no es lo mío. No era lo que querían que aprendiera.

—¿En serio? —Abre ojos y boca como si esa afirmación no se la esperara en absoluto.

Asiento.

—Para mi familia lo importante era que aprendiera protocolo, finanzas, francés… Cuando te preparan para casarte con alguien de igual o superior posición económica, aprender a cocinar no es importante porque no lo harás nunca.

Mierda, ya he hablado más de la cuenta.

Jay me mira entrecerrando los ojos, como si algo de lo que acabo de contar fuera una pieza más del puzle para lograr entenderme.

—¿De eso huyes? —pregunta él—. ¿De alguna clase de boda concertada?

—No exactamente.

—¿Te están buscando?

—No, saben que estoy aquí. Nadie me retiene a la fuerza en Nueva York —aclaro—. Pero no aprueban que me haya marchado.

—¿Eres de Nueva York? —pregunta Beth entusiasmada con gestos muy teatrales.

—Sí, pero preferiría no hablar de ello.

—¿Por qué?

—Beth… —vuelve a regañarla su hermano.

—No es nada agradable para mí. Sé que puede parecer emocionante, pero te aseguro que esto es mucho mejor.

—Lo dudo. Pero, como no quiero que pienses que soy una desconsiderada, hablaremos de otra cosa. ¡Será por temas!

Sonrío y me siento cómoda con ellos de nuevo. No vuelven a mencionarse asuntos peliagudos ni tampoco preguntas hechas para saber si estoy loca por su hermano. Se convierte en una cena entre amigos hablando de cualquier cosa, como si no hubiera ningún pasado que tratar de olvidar.



Un trueno me despierta. Es como un puto cliché de peli de terror. Parece que la tormenta se ha acercado en algún momento de la noche. Me despedí de Jay y su hermana porque estaba molida después de pasar horas de pie tras el mostrador o recolocando libros. También tenía ganas de desaparecer de ahí y evitar más conversaciones incómodas, pero la excusa del cansancio no levantó ninguna sospecha.

Doy varias vueltas en la cama, aunque me cuesta volver a conciliar el sueño con este estruendo de lluvia cayendo como si fuera el diluvio universal y truenos que indican la cercanía extrema de esta tormenta. También se oye cómo el viento arrastra cosas en la calle.

Decido ir a buscar un vaso de leche y quizá me siente a leer un rato mientras me vuelve el sueño. Pero, en cuanto salgo, encuentro algo que no esperaba. Los ojos de Jay me examinan desde el sofá. Iluminado exclusivamente por la luz azulada del televisor y el fulgor de las llamas de la chimenea, con esa postura tan relajada y casual… Me parece una puta tentación. Una fantasía. Me pellizco con disimulo por si estuviera en un sueño —o en un libro de novela erótica—, pero no ocurre nada, sigo aquí. Trago saliva.

—Me he despertado y venía a por un vaso de leche. Me he desvelado.

—Tranquila. Yo estoy viendo resúmenes de partidos.

—Ah —me obligo a decir mientras me muevo—. No pensaba que fueras de los que trasnochaban viendo eso.

—No lo soy. Pero no podía dormir. Era eso o porno —bromea.

Me sale una risilla nerviosa.

—Yo seguramente lea un poco.

—Puedes quedarte a ver los resúmenes conmigo. Podemos apostar cuántas peleas habrá.

Llego a la cocina, abro la nevera y saco un vaso limpio del lavavajillas.

—Como ya sabrás, no soy muy fan del deporte.

—Puedo explicarte lo que necesites.

Lleno el vaso de leche y bebo la mitad. Esa mirada tan intensa me está poniendo nerviosa y me viene bien mantenerme ocupada. Doy otro trago y ahora sí me lo termino.

—Mira, ¿ves? Una pelea. Esto es lo que vale la pena de estos vídeos.

Lo observo unos segundos, porque es absolutamente *sexy,* antes de desviar la mirada hacia la pantalla. Hay unos jugadores de béisbol de algún equipo peleándose con los del otro equipo. En plan todo el equipo contra todo el equipo contrario. Nada de uno contra uno.

—¿Van a expulsarlos a todos? —pregunto muerta de curiosidad. No tengo ni idea de cómo funcionan estas cosas.

—¿Te imaginas?

Se ríe. Me relajo y me siento a su lado.

—Oye —me dice cambiando de tono—, siento lo de mi hermana de antes. A veces no tiene filtro. Casi nunca. Pero es buena gente.

—No tienes de qué disculparte.

—Debo hacerlo. Porque te he visto incómoda y algo acorralada. No es como quiero que te encuentres aquí. Esta es tu casa.

Suspiro y siento que empiezo a temblar como me suele ocurrir cuando estamos a solas y todo se vuelve tan intenso. Nuestras miradas están enganchadas y noto que la respiración me cambia.

—Solo me he sentido así porque lo sabe.

—¿Qué sabe?

Él se acerca y quedamos a muy poca distancia. Su mano vuela hasta mi mejilla, atrapando varios mechones. Me recorre un escalofrío y lo nota. Su pulgar acaricia mi piel.

—Todas esas preguntas sobre novela romántica… las ha hecho porque lo sabe. Supongo que es demasiado obvio que me gustas —confieso.

Siento que aligero un peso enorme al admitirlo. Como si fuera una piedra atascada en mis pulmones que acabara de disolverse y me permitiera respirar de nuevo.

Él se muestra sorprendido por esta repentina confidencia. No por reconocer la atracción, pues era evidente, sino por atreverme a decirlo en voz alta y dejar de huir. Sus ojos se posan en mis labios y no puedo evitar humedecerlos.

—Voy a besarte. De modo que, si quieres apartarte, es el momento de hacerlo.

Sus palabras encienden algo en mí que derrumba los muros que construí contra él. Porque empiezo a sentir que es aquí donde quiero quedarme y que mi vida anterior no me importa. Que no quiero regresar. Que quiero decidir mi presente y mi futuro.

—Hazlo.

—¿Seguro?

Sus ojos se oscurecen cuando mi mano se agarra a su cintura y pega su nariz contra la mía. Se mueve lento, como si me estuviera dando tiempo para arrepentirme. Sus labios están cada vez más cerca, mi respiración se acelera y su aliento me acaricia.

Cuando nuestras bocas se rozan, me recorre una chispa que me hace temblar. Jay me sujeta fuerte y me acerca más a él. Yo paso los brazos tras su cuello. Sus dientes muerden mi labio inferior. Sonrío, nuestros dientes chocan y nuestras lenguas se tientan con curiosidad.

Es la mejor sensación del mundo.

Una de sus manos se cuela dentro de mi camiseta y me estremezco. Gimo contra su boca y una chispa cargada de deseo nos enciende a los dos. El beso adquiere otra intensidad y me subo a horcajadas sobre él en busca de mi propia comodidad.

Sus labios abandonan los míos para prestar toda su atención a mi cuello. Me enderezo y me sujeto a sus hombros. Mis caderas se mueven hacia delante y hacia atrás, rozando esa erección que poco puede contener un pantalón deportivo.

—El sofá es zona libre de sexo, ¿recuerdas? —bromea.

Me río apoyándome en su hombro.

—Me parece alucinante que te atrevas a hacer chistes en un momento como este.

—No puedo desaprovechar la ocasión de hacerte reír, Princesa.

—Eres increíble.

—Lo soy.

Sonrío y vuelvo a juntar mis labios con los suyos. Sus manos suben por mis costados hasta rozar la piel de mis pechos. Doy un respingo y me acomodo mejor. Él se toma mi falta de negativa como un permiso para avanzar y acuna cada uno de mis senos. Las caricias que les dedica hacen que me sienta húmeda y lista para avanzar. Pero no quiero seguir aquí, donde su hermana podría pillarnos si baja a buscar agua o cualquier otra cosa a la cocina.

—Deberíamos subir a tu habitación —propongo cerca de su oído.

—Sus deseos son órdenes.

Me da un último pico antes de agarrarme por el trasero y levantarse del sofá conmigo enroscada a su cintura.

—¡Vega ya! Siempre que leía estas cosas, me costaba creer que fuera posible.

—¿Por qué? —cuestiona con una sonrisa burlona—. ¿Los hombres de la alta sociedad neoyorquina no hacen esto?

—¡No! —exclamo riéndome.

—Bien, punto para mí.

Nos desplazamos por el salón y cuando va a poner un pie en el primer escalón casi nos estampamos contra el suelo. Nos reímos. Me pega a la pared y me besa mientras sus manos no dejan de tocar mi cuerpo.

—No creo que lleguemos —murmura contra mis labios.

—Vamos —pido, u ordeno. Le agarro la mano, tiro de ella escaleras arriba y él me sigue como un corderito.

Subimos en silencio y, cuando estamos llegando, veo que se abre la puerta del dormitorio de Beth, por lo que me escondo tras la pared y bajo un par de escalones.

—¿Jay, eres tú?

—Sí. ¿No puedes dormir?

—Sé que soy adulta y que ya no debería tener miedo…

—Espérame, ahora voy.

—Gracias.

Jay da unos pasos hacia mí y me da un pico que me sabe a poco.

—Lo siento —susurra.

—Está bien. Me encanta que seas tan buen hermano. Me gustas aún más.

—Nos vemos mañana.

Asiento, me despido de él en silencio y sigo bajando sin hacer ningún ruido. Mi cabeza y mi corazón funcionan a toda velocidad ahora mismo. ¿De verdad ha estado a punto de pasar?

«Oh, Dios».

Sí, ha estado a punto de pasar.

Pensé que llegado este momento me sentiría arrepentida y mal conmigo misma, pero, al contrario, me siento bien, emocionada, con ganas de más. No sé qué ocurrirá de ahora en adelante, pero ya no tengo tan claro que vaya a regresar al finalizar mi objetivo.

27. Estoy aquí por mi madre

JAY

Me despierto con la sensación de tener los huesos fuera de sitio y con los músculos entumecidos tras pasar la noche en el suelo, tumbado sobre una triste manta. Me levanto y me estiro. Gruño. Miro hacia la cama, que está deshecha y vacía. Decido bajar a la cocina, necesito un café bien cargado. O quizá dos o tres.

Cuando llego, la imagen de mi hermana de espaldas bailando *Bad idea right?*, de Olivia Rodrigo, en la cocina, me saca una sonrisa. Me acerco hasta ella y le doy unos golpes en la espalda. Pega un salto y se gira dispuesta a darme una paliza si hace falta porque no me esperaba a mí para nada.

—Menudo susto me has dado, capullo.

—Esa boca…

—¡Casi me da un infarto! ¿Y a ti te preocupa que diga palabrotas?

—¿Hay café? —pregunto cambiando de tema.

—Sí, ya estaba hecho cuando he bajado. Había empezado a hacerme un sándwich, pero me he animado. ¿Te ha despertado la música? ¿Estaba alta?

—No, tranquila. Supongo que mi cuerpo me ha obligado a levantarme antes de que tuvieran que amputarme algún miembro.

—¡Ay! —Se lleva las manos a la boca—. Lo siento. Pensé que te irías a tu cama cuando me durmiese.

—Esa era la idea. Pero se me cerraron los ojos.

—Lo siento.

—Tranquila. Oye… ¿Charlotte ya se ha ido?

—Pues no sé. Llevo media hora aquí y no la he visto. ¿Por qué? —pregunta entonando con una vocecilla que me pone de los nervios.

—Por nada en particular, para darle los buenos días y preguntarle qué tal ha pasado la noche, no sé, cosas de la convivencia…

—Ya, ya, cosas de la convivencia —repite con retintín.

Decido ignorar sus insinuaciones para no hablar más de la cuenta y me sirvo una taza de café. Echo un vistazo por la ventana. Sigue lloviendo, aunque la tormenta de anoche parece haber quedado atrás.

—Por suerte, el día está bastante más apacible que ayer por la noche. No me dejaba nada tranquilo que tuvieras que irte con ese tiempo.

Beth no dice nada, aunque me mira con suspicacia. Se está montando una película y seguro que no se aproxima a la realidad.

—Deja de imaginarte cosas —ordeno. Suplico.

—¿Yo? Solo estoy pensando en unas tramas para mi próximo libro —responde con fingida inocencia.

Me río.

—Pues ese quiero leerlo.

—Sigue soñando —se mofa con una sonrisa auténtica.

Su móvil suena y corre hacia él para contestar la llamada. Responde melosa y desaparece escaleras arriba. Me queda clarísimo que es su novio.

Aprovecho que se ha ido para cambiar la *playlist.* Conecto mi teléfono y *Under The Influence*, de Chris Brown, suena por el pequeño altavoz. No puedo evitar pensar en Charlotte. Joder, ¿qué coño me ha hecho? ¿Cómo ha logrado tenerme así? No es solo su físico, el cual está más que bien. Puede que, al principio, fuera solo ese tipo de atracción, algo como para un revolcón. Haberla conocido más en profundidad —a pesar de que lo que sé de ella no es ni la punta del iceberg—, descubrir su vulnerabilidad y verla sonreír en ese clima tan especial que hemos creado me ha terminado de generar otro tipo de sentimientos hacia ella. Solo espero que los suyos sean iguales y no las ganas de echar un simple polvo.

Media hora después, Beth baja con una sonrisa imborrable en la cara.

—¿Preparo el esmoquin para la boda? —me burlo.

—Tú ríete, pero me apuesto lo que quieras a que primero te casas tú en algún lugar sofisticado de Nueva York.

—Mejor guárdate todas esas ideas brillantes para tus libros.

—Lo hago, no te preocupes. Bueno, yo creo que me marcho ya. Total, tú te vas al Joe's, ¿no?

—Sí, debería estar saliendo por la puerta en diez minutos.

—¿Y qué haces ahí tan tranquilo? —me increpa gesticulando demasiado con sus brazos.

—No necesito ni tres para arreglarme.

—Flipado…

Mi hermana viene hacia mí y me abraza como si no fuera a verme nunca más, cuando ambos sabemos que no pasará más de un mes.

—Quiero ser la primera en enterarme.

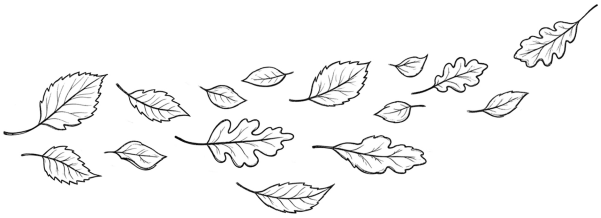
Me río.

—Hablo en serio —me advierte señalándome con el dedo—. Bueno, me voy ya. Pórtate bien.

—Eso debería decírtelo yo a ti.

Se desplaza hacia a la puerta riéndose como una malvada de Disney.

—Te escribo cuando llegue a casa.



Acabo de preparar los cafés y los dejo unos minutos sobre la barra para que se enfríen un poco mientras termino de atender a un par de mesas. En unos minutos regresará Joe, así que podré ir a hacer una visita a la librera. Ayer mi hermana nos interrumpió y tampoco pudimos hablar, por lo que necesito cerciorarme de que nada haya cambiado y hayamos vuelto a la casilla de salida.

Mi jefe irrumpe en el bar y me saluda alzando la cabeza. Entra un segundo en su despacho y vuelve a salir enseguida para colocarse a mi lado en la barra.

—Me alegro por ti, pero ojalá no quisieras abandonar el barco.

Su comentario me saca una sonrisa. No es la primera vez que me suelta algo así desde que le anuncié que había empezado a estudiar diseño gráfico porque esto se me quedaba pequeño. Me gusta trabajar con Joe y me gusta el ajetreo. Me sentiré en deuda con él toda la vida por la oportunidad que me dio, pero, ahora que me he asentado aquí, siento que estoy listo para el siguiente paso. Y ese no es otro que buscar una profesión que me apasione, que me haga desear levantarme de la cama para ir a trabajar y en la que pueda desarrollar mi creatividad.

—Yo también te echaré de menos. Pero estaré aquí casi todos los días manteniendo el bar a flote —bromeo, y él se ríe.

—Eso espero —cabecea. Luego me mira pensativo—. ¿Puedo preguntarte por qué ahora?

Sus palabras imprimen un interés genuino. No hay reproche ni ganas de cotillear. Joe siempre se ha preocupado por mí de la misma manera que hace por su hija.

—Supongo que el hecho de ver a Holly cumplir su sueño me animó a hacer algo diferente. Siempre tuve una especie de talento para el dibujo. Me gustaba y creo que se me daba bien. Aunque, obviamente, siempre es mejorable. Con el tiempo y el avance de la tecnología, creo que eso ha mutado a otra cosa. Me informé y encontré un programa a distancia sobre diseño gráfico. Estuve revisando la información y vi que eso podía encajar conmigo a largo plazo.

—¿Te gusta?

—Sí, lo disfruto bastante. No sé si me acostumbraré a trabajar sentado o a no enterarme de todos los cotilleos, pero creo que puede ser algo similar a lo de tu hija con la fotografía.

—Pues, entonces, a por ello —me aconseja estrechándome el hombro—. Además, ya sabes que, si un día echas esto de menos o necesitas hacer unas horas extra, aquí siempre tendrás un puesto.

—Joder, Joe. —Lo abrazo y nos damos unas palmadas en la espalda—. Eres como un padre.

—Ojalá el tuyo se sintiera tan orgulloso de ti como lo hago yo.

—No me hablo con él —le recuerdo cuando nos separamos.

—Me consta. Pero ya sabes que aquí tienes a uno para lo que necesites: consejos laborales, amorosos o un padrino para tu boda.

Me río.

—Te mueres de ganas de casar a alguien, ¿verdad?

Me guiña un ojo.

—Venga, llévate esos cafés a la librería antes de que adquieran la misma temperatura que el aire de ahí fuera.

Sonrío, negando con la cabeza, y le hago caso.

Entro en el local de al lado y una versión acústica de *Champagne Supernova* me acoge. Soy fan de la música que pone Charlotte en su negocio. Dejo los cafés sobre el mostrador y espero a que aparezca, algo que no tarda en hacer. Esboza una sonrisa radiante al verme y corre a besarme.

—Vaya, si llego a saber que me recibirías así, hubiera venido antes.

—No seas tonto. —Me da un manotazo en el brazo para, acto seguido, ubicarse tras el mostrador—. Nos íbamos a ver en casa.

—Pero no sabía si habrías cambiado de opinión y volverías a rehuirme.

Su sonrisa se borra y temo haberla cagado.

—Respecto a eso…

—Olvídalo. No necesito que me des explicaciones ahora —asevero dando la vuelta al mostrador para acercarme a ella y posar las manos en sus caderas de manera instintiva.

—Estoy aquí por mi madre. Soy adoptada —me suelta de golpe, y estoy a punto de atragantarme con la saliva.

—Espera, puede que tenga demasiada cera en el oído y no oigo bien… ¿Has dicho que eres adoptada?

—Mi madre biológica es de aquí. O lo era. Por eso vine.

—¡Hostia, que es verdad! —exclamo. Jamás lo habría adivinado. Ni en un millón de años.

—Jay, deja las bromas —suplica.

—Vale. —Me separo de ella y me rasco la barbilla. Empiezo a caminar en círculos—. ¿Cómo lo sabes?

—En realidad no tengo mucha información. Mi abuela me lo contó poco antes de morir y todo el mundo cree que se lo inventó porque

ya no decía muchas cosas con sentido en aquella época. Pero yo le vi la cara, estaba diciendo la verdad. Me explicó que mis padres me trajeron de un pueblecito de Maine, que llegué envuelta en una manta que decía «East Harbor». Debía ser algún *souvenir* —añade, cayendo en la cuenta—. Me he pasado un mes hablando con la gente y buscando en los archivos municipales para nada. Quienquiera que fuera esa mujer no está aquí o no le interesa que la encuentre.

«JODER».

La observo completamente petrificado, sin ser capaz de hablar ni de pensar. ¿Qué se debería decir en una ocasión como esta? Nadie te prepara para ello.

—Yo… no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Es más, prefiero que no lo hagas. Si te estoy contando esto es porque creo que te mereces saber algo de mí. Llegué aquí para encontrarla y luego regresar. Por eso me frenaba tanto contigo.

—Si pensabas regresar, ¿por qué venías a buscarla?

—Bueno —empieza a juguetear con los dedos—, no sé cómo iba a reaccionar ella… o yo. Solo quería conocerla, pero era consciente de que, al igual que yo tenía mi vida, ella tendría la suya. Que, con toda probabilidad, serían incompatibles o que, directamente, no querríamos tener ninguna clase de relación.

Su voz se ha ido apagando con cada palabra.

—Entonces, lo de la librería…

—Es una excusa para establecerme aquí sin levantar sospechas y conocer al pueblo —confiesa. Tiene sentido.

Ella me observa con sus preciosos ojos y pestañea un par de veces mientras le doy vueltas a todo lo que acaba de contarme hasta que caigo en la cuenta de que algo ha cambiado de su plan inicial. Necesito que me lo confirme. Necesito saber que se quedará aquí tras encontrar a su madre.

—¿Y ahora?

—Pues… Hubo algo que no pude anticipar. Un pequeño detalle —añade juntando el pulgar y el índice mientras frunce los labios—. No fui capaz de prever lo mucho que adoraría este pueblo, su gente,

sus ritmos, o incluso su clima —bromea, y me río—. Ni mucho menos esperaba encontrarme a alguien como tú, alguien que me hiciera sentir tan bien, que no se acercara a mí por mi apellido, que se interesara por mí de verdad…

—Ni siquiera sé cuál es tu apellido —me burlo.

—Uno que quisiera no tener —bufa. No le gusta hablar de ello y lo respetaré.

—Te aseguro que, cuando me cuentes quién eres, nada cambiará entre nosotros —le prometo, y lo digo en serio.

—¿No venderás a la prensa mi ubicación a cambio de un montón de pasta?

—¿Me darían dinero por ello? —pregunto con una chispa de diversión. Quiero que tenga claro que estoy jugando.

—Oh, ya lo creo.

—Te juro que si algún día veo a alguien sospechoso lo echaré del pueblo y te esconderé en un búnker.

Ahora es ella la que me mira pasmada.

—¿Tienes un búnker?

Me río y me da un puñetazo en el brazo.

—Imbécil, me lo había creído.

Le agarro la muñeca para que deje de pegarme y aprovecho para acercarla a mí. Sus brazos se enroscan en mi cuello y yo la aprieto más contra mi cuerpo. La beso de manera suave, sin importarme una mierda la gente que pasa por la calle y nos ve a través del cristal. Porque soy tan feliz en este momento que todo me da igual: ser la comidilla del pueblo durante las próximas tres semanas, los motivos que tuviera Charlotte para venir aquí o sus reticencias para dejarse llevar. Porque ahora mismo esto es lo que quiero y voy a seguir demostrándole que tanto East Harbor como yo merecemos la pena.

28. Te ayudaré a encontrarla

CHARLOTTE

He perdido la cabeza. Me equivoqué al pensar que venir aquí a buscar a mi madre sería lo más loco e irresponsable que había hecho nunca. La auténtica locura es enviar a la mierda mi anterior vida por una promesa de felicidad que nadie me ha hecho expresamente. Es solo una creencia. Una apuesta de futuro.

Encontrar mis orígenes ya no es mi principal objetivo, aunque no descansaré hasta dar con ellos. Alcanzar la serenidad, sentir que soy fiel a mí misma, perseguir aquello que me hace sentir bien, rodearme de gente amable, vivir en un entorno más natural y, ¿por qué no?, enamorarme de un chico que tiene todas las cualidades que debería tener alguien con quien quieres pasar el resto de tu vida. Eso es lo prioritario ahora.

¿Tiene sentido?

Quizá no lo tenga. Me aterra dar este paso tan grande. Me aterra estar equivocándome. Pero estaba harta de contenerme y negarme esta oportunidad a mí misma.

—¿En qué piensas? —me pregunta Jay, que acaba de entrar de nuevo en la librería mientras yo estaba en otro mundo.

—¿Eh?

Agita la mano para restarle importancia.

—¿Cuánto te queda? Se supone que ya has cerrado, ¿te ayudo con algo?

—Pues… —miro las hojas que tengo sobre el mostrador y decido que puedo terminar de revisar las próximas novedades mañana en los ratos libres—. No, ya está. ¿Nos vamos?

—¿Quieres que cenemos en el Jalapeños? —propone.

—Estoy teniendo un *déjà-vu* ahora mismo.

Me río mientras me acerco a él para besarlo. Sus brazos me rodean y mis manos viajan a su nuca. Me aprieta contra él y me empuja hasta que mi culo choca con el mostrador. Gimo en su boca y su lengua me invade sin piedad.

—Deberíamos irnos —murmuro—. Aquí nos va a ver todo el mundo.

Gruñe al separarse y me coge de la mano para sacarme fuera del local.

—¡Espera, las llaves!

Vuelvo a entrar, recojo mi bolso y busco en todos los bolsillos hasta que doy con ellas. Ese beso me ha dejado tonta. Cierro y vuelvo junto a él, que no tarda en pasar un brazo sobre mis hombros y besarme la mejilla.

Todos nos miran y abren los ojos como platos. No son nada disimulados. Jay y yo nos reímos, aunque sabemos que en cuanto los perdemos de vista buscan su móvil para escribir un mensaje a otra persona y contarle lo que acaban de ver. Hasta esto me gusta de este pueblo.

Recorremos un par de manzanas por la calle principal hasta llegar a nuestro objetivo, donde el mismo chico de la otra vez nos recibe con una sonrisa y nos dice que tiene una mesa especial para nosotros.

—¿Qué es lo que tienes hasta ahora?

Su pregunta me sorprende, pero enseguida entiendo lo que quiere decir.

—Nada. Absolutamente nada. —Suspiro abatida—. He hablado con mucha gente y nada de lo que me hayan dicho me ha hecho sospechar. He mirado los registros de bebés nacidos alrededor de mi fecha, pero todos han crecido aquí. Incluso amplié la búsqueda varios meses antes o después, por si acaso no nací cuando pensaba, pero tampoco. Y no puedo averiguar los partos de hospitales sin delatarme porque eso es información confidencial. He revisado noticias de periódicos, porque ¡yo qué sé! Quizá mi madre muriera de alguna manera y por eso mis padres me adoptaron. Me he puesto a mirar incluso fotos de algunos eventos en busca de mujeres embarazadas por si alguna se parece a mí… He buscado todo lo que

se me ha ocurrido y no tengo ningún hilo del que tirar —me lamento.

Jay estrecha mi mano por encima de la mesa.

—Vas a encontrarla. Yo te ayudaré.

—Es imposible.

—Obviamente, si fuera una información que todo el mundo conoce, en algún momento se hablaría de ello; sin embargo, yo no he oído nada en todos los años que llevo trabajando en el Joe's. O tu madre se escondió y nadie sabe nada o todos han hecho un pacto de silencio, lo cual me parece improbable en un pueblo como este —añade mirando alrededor con suspicacia.

Hago lo mismo, los pocos clientes que están aquí cenando charlan tranquilamente dirigiéndonos alguna mirada curiosa de vez en cuando.

—¿Entonces?

—Tenemos que hablar con alguien de confianza que lleve aquí mucho más tiempo que yo. Y creo que sé con quién.

—Ah, ¿sí?

Me guiña un ojo y, aunque su sonrisa podría indicar que está de guasa, sé que no es así. Porque sabe cuándo puede bromear y cuándo no.

—La encontrarás, confía en mí.

El camarero viene a tomarnos nota y, como estoy indecisa, pido lo mismo que la última vez porque estaba muy rico. Jay se ríe y pide un burrito para él y unos totopos para compartir.

—Así podrás probar otra cosa y, si no te gusta, quedarte con tus tacos de langosta.

—Está claro que te has propuesto enseñarme muchas cosas.

—No te haces a la idea de cuántas —murmura con una mirada tan intensa que casi incendia mi ropa interior.

Carraspeo y bebo un poco de agua. O medio vaso.

Las dos horas que permanecemos en el restaurante se pasan volando mientras hablamos —o discutimos— sobre las que creemos que son las mejores series y películas y, para sorpresa de nadie, no nos ponemos de acuerdo. Yo soy fan de *Brooklyn* y *Before Sunrise,* mientras que él disfruta de ver *Spiderman.* También me habla de sus

amigas Holly y Madison y de las quedadas que solían hacer los viernes antes de que la primera se mudara a Portland. Me habla también de Duncan Harris y de lo guay que es conocer a un famoso tan humilde como él. Dice que es una celebridad aquí. Eso me lo tengo que creer porque sí. Porque a mí ese nombre no me suena de nada. Aunque ¿qué voy a saber yo, que no tengo ni idea de deporte? También me cuenta, con un nivel de emoción exagerado, la historia de amor de su amiga, en la que están envueltos, de una manera que no logro entender, su hermana Beth y el novio de esta.

Yo me atrevo a hablarle de mi familia y de Bianca. Aunque guardándome aún mucha información. Le hablo de mi infancia y de mis padres, de mi colegio, de las fiestas de mi entorno, del estrés del día a día, de la búsqueda de la perfección en todo, de la excesiva planificación y control, de las apariencias, del individualismo.

He soltado todo lo que me hacía daño y casi me he derrumbado.

—Joder, Princesa, no me extraña que prefieras vivir aquí.

Su tono es serio, pero con ese deje de diversión que me relaja y me hace reír. Él me entiende. Ve que mi anterior vida no es nada mágica ni maravillosa. Es como una caca gigante llena de purpurina y luces de neón. Por fuera brilla, por dentro apesta. He tenido que salir de ese mundo para ver lo podrido que, en realidad, es. Y ahora no podría regresar.

Volvemos a casa dando un paseo bajo el paraguas. Llueve, pero nada torrencial. Nos apretamos para caber los dos y me llega su calor. Esto sí que es una sensación mágica. No decimos nada, no hace falta. Hemos hablado suficiente y el sonido de las gotas al impactar contra el suelo es toda la banda sonora que necesitamos ahora mismo.

Cuando entramos, me quedo parada en la entrada, observando mis pies mojados, mientras Jay deja el paraguas en el porche y va dejando sus cosas en el perchero. Al terminar, se acerca a mí de manera sigilosa y me aparta el bolso y la chaqueta para colgarlos. Se pega a mí por la espalda y retira mi cabello hacia un lado, dejando mi nuca al descubierto. Aproxima su nariz y el aliento me eriza la piel. Sus manos se deslizan por la tela de mi camiseta hasta que terminan abrazándome sobre el abdomen. Sus labios acarician

ahora la delicada piel de mi cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja. Me estoy derritiendo. Me recuesto en su pecho e inclino la cabeza hacia su cara para buscar su boca, la cual ya me espera y me devora.

Gemimos a la vez.

Sus manos empiezan a ascender por debajo de la camiseta hasta que alcanzan mis pechos. Elevo mis brazos y los cruzo tras su nuca mientras Jay se introduce en mi sujetador y juega con mis pezones. Abandona mis labios y me observa jadear como si fuera la imagen más maravillosa que hubiera visto nunca.

—¿Te gusta esto? —susurra cerca de mí oído.

—No dejes de tocarme.

Nunca.

29. Esto va a cambiar a partir de ahora

JAY

«No dejes de tocarme». Jamás pensé que cuatro palabras tendrían tanto poder en mí. Charlotte se derrite entre mis brazos y mi polla crece con cada jadeo, con cada visión de esos labios enrojecidos y entreabiertos y esos ojos que me suplican placer.

Desciendo mi mano derecha en un recorrido serpenteante mientras mis labios se centran por completo en su cuello. Da un saltito cuando llego al borde de sus bragas y pega su culo a mi erección.

—Separa las piernas.

Ella obedece y me cuelo en su ropa interior. La manera en que respira me da toda la información que necesito. Acaricio cada pulgada de piel que alcanzan mis dedos y la torturo rodeando el clítoris sin posarme sobre él. Emite un suspiro de frustración y no puedo hacer otra cosa que morder ese cuello que tengo a mi alcance. Mi otra mano la mantiene sujeta por la cintura, aunque no parezca que vaya a salir huyendo.

—Por favor… —suplica en un gemido que me pone aún más duro.

—¿Quieres que haga… esto? —pregunto con tiento ubicando el dedo índice sobre ese pequeño botoncito de placer que parece apreciar mis atenciones.

—Oh, sí…

Sigo descubriéndola y ella se acomoda en mi pecho una vez más, quedando completamente a mi merced. Un dedo se introduce en ella y gime tan fuerte que me vuelve aún más loco.

—Jay…

Sigue llenando el espacio de jadeos ahogados y gemidos que suenan a música celestial y yo aprovecho para aumentar el ritmo.

—Jay…

—Suéltalo, Princesa. Córrete en mis dedos.

—Uhmmm… —gime.

Lamo su cuello nuevamente y siento cómo se contrae ante unos espasmos que bien podrían provocar un terremoto. Sigo masturbándola a un ritmo inferior para alargar el placer mientras ella se relaja.

Cuando regresa del trance, saco la mano de su ropa interior y la invito a darse la vuelta. La beso con delicadeza mientras acaricio su espalda.

—Que sepas que no necesito más motivos para quedarme en East Harbor. Ya lo tenía claro antes de esto —comenta en tono jocoso.

—Por si acaso —insisto guiñándole un ojo.

Atrapo su mano con la mía y la guío hasta las escaleras. Ella me sigue y se me dibuja una sonrisa de idiota en la cara. Subimos y entramos en mi habitación.

—Vaya, parece que hoy está más ordenada —se mofa—. ¿Tenías pensado traer a alguna chica?

—Así es como está normalmente —rebato apuntándola con el dedo.

—¿Sí? Entonces, si abro el armario, ¿no saldrá todo disparado como si lo hubieras metido a presión?

Me río muy fuerte y estampo de nuevo mi boca contra la suya.

—Eres increíble.

—¿Por qué? —Alza las cejas y sonríe con la ilusión de una niña pequeña—. ¿He acertado?

—Más o menos. ¿Te molesta?

—No. Es tu ropa.

—¿Estás segura de que dentro de unos meses no intentarás cambiarme?

—Me gustas así.

—Joder, Princesa, vuélvelo a decir.

Charlotte sonríe y bate las pestañas de manera lenta.

—Me gustas. Así.

Vuelvo a besarla. Esta vez con más ganas, con más lengua y más saliva. Mis manos también la tocan con más ansia y ella gime una y otra vez.

—Lo de antes ha sido solo un adelanto —murmuro contra su boca.

—¿Quieres decir que hay más?

—Mucho más. Si me lo permites.

—Oh, joder… —gime al sentir mi mano introduciéndose de nuevo entre sus pliegues—. Más. Quiero más.

Le arrebato la camiseta y ella hace lo mismo con la mía. Se deleita paseando sus dedos por mi abdomen y mi pecho. Desabrocho su sujetador mientras ella se entretiene con mis vaqueros. Nos despojamos de nuestra ropa hasta quedar con una sola prenda cada uno. Es jodidamente preciosa y sus ojos golosos me observan como si le gustara lo que ve. Mis manos juegan unos segundos con sus pechos mientras mi boca vuelve a atacar la suya.

La guío hasta a la cama, la empujo de manera suave y me muevo como un león hambriento sobre ella sin apartar mis ojos de los suyos. La veo tragar saliva y entreabrir los labios en busca de aire. Voy dejando suaves mordiscos de manera aleatoria sobre su piel. Charlotte se ríe con alguno de ellos debido a las cosquillas.

Enrosco el elástico de sus bragas alrededor de mis manos y aprieto los puños. Las bajo despacio por sus piernas, deleitándome en el proceso. Vuelvo a subir, soplando y acariciando cada pulgada de piel. Me acerco dejando algunos besos en el interior de sus muslos hasta que mi boca choca literalmente con su clítoris.

Un gemido.

Noto como si quisiera apartarme, pero se lo impido.

—Jay, no… —suplica.

—Shhhh…, quiero hacerlo.

—Pero…

Aprisiono sus muslos con firmeza y paseo mi lengua por sus pliegues. Sus ojos me miran atemorizados, de modo que intento hacer que se relaje. La saboreo con deleite, con la confianza de alguien que sabe lo que hace y que sabe cómo hacer disfrutar. Me recreo en esos temblores suyos propios del placer que está

recibiendo. Me siento orgulloso de ver cómo su mirada va transformándose y me fijo en que sus manos empiezan a agarrar las sábanas.

Otro gemido.

Me ayudo con las manos ahora que sé que no va a moverse del sitio y la habitación se llena de sonidos que solo hacen que aumenten las ganas de entrar en ella.

—¡Jay! —gime cuando alcanza el orgasmo nuevamente.

Mi nombre en sus labios suena bien. Pero mi nombre en sus labios mientras se corre en mi boca es lo más jodidamente alucinante que he oído nunca.

—Joder, Princesa. No sabía que me iba a poner tanto que gritaras mi nombre.

Su acelerada respiración la delata y sonrío al ubicarme a su lado. Tiene la cara roja y el pelo despeinado. Su pecho sube y baja. Quiero grabar esta imagen porque es increíblemente erótica. Podría matarme a pajas durante años con este recuerdo.

—¿Vas a contarme ahora qué problema tienes con el sexo oral? —murmuro justo antes de besar su cuello.

La veo tragar saliva antes de responder.

—No es algo con lo que me sienta cómoda —admite avergonzada.

—¿Por qué?

—Porque no os gusta.

Suelto su cuello y frunzo el ceño. Levanto la cabeza para verle bien la cara.

—¿Quién dice eso?

No responde.

—¿Charlotte?

Silencio.

—¿Los tíos con los que te has acostado hasta ahora nunca te lo han comido?

Hace una mueca de desagrado.

—¿Es eso? —insisto.

—Jay, para. No quiero hablar de ello.

—Pues yo sí.

—Jay…

—Charlotte…

Pone los ojos en blanco y, cuesta, pero dibuja una pequeña sonrisa.

—Supongo que los tíos con los que me he relacionado toda la vida son unos auténticos capullos —admite frustrada.

—Justo —la apunto con un dedo—, esas palabras son las que iba a decir yo.

Desvía su mirada hacia mí y nuestros ojos conectan de nuevo. Me encanta cuando ocurre eso, porque parece como si, al hacerlo, conectemos a otro nivel más profundo.

—Esto va a cambiar a partir de ahora.

30. El listón está muy bajo

CHARLOTTE

No es la primera vez que me acuesto con alguien. Tampoco la primera vez que me tocan. Pero lo que he vivido hasta ahora no es comparable a lo que Jay logra.

El primer hombre de mi vida fue Julian. Conseguí convencer a mis tutores —mis tíos— de hacer un seminario sobre literatura del siglo xx en la Universidad de Nueva York para alumnos destacados de los últimos cursos de secundaria. Creo que accedieron por darle el capricho a la pobre niña huérfana, ya que era de las pocas cosas por las que mostraba un poco de ilusión.

Había alumnos de diferentes institutos, algunos pudieron matricularse gracias a las becas que diversas organizaciones ofrecían, como era el caso de Julian. Un chico guapísimo de último año, que soñaba con ser músico, fotógrafo o escritor. Tenía tanto talento que obtuvo becas para ese y otros seminarios similares. El azar quiso que nos sentáramos juntos el primer día y congeniamos. Empezamos a vernos fuera y poco a poco me enamoré de él.

Julian era diferente a cualquier otra persona que conociera. Era apasionado en lo que hacía e increíblemente inteligente. Me enseñó un mundo distinto, me animó a perseguir mis sueños y a no conformarme. Fue el primer chico con el que me acosté. Lamentablemente, mi familia se enteró de nuestra relación y nos separaron. De un día para otro, Julian no me respondió más llamadas ni mensajes. Algunas semanas después, mis tíos me confirmaron que le habían ofrecido dinero y que lo había aceptado. Me hicieron creer que ese era el motivo por el que él se había acercado a mí y que se habían visto obligados a actuar antes de que me dejara preñada y fuera mucho peor. Lloré mucho porque estaba

convencida de que él no era así. No obstante, me centré en mis estudios y regresé a mi vida. Me olvidé de él, pero no de lo que me hizo sentir cuando estuvimos juntos.

No volví a tener sexo con ningún otro chico hasta que empecé en la universidad. No podía dejarme llevar, no confiaba en nadie. Y no me extraña. Esos pijos no tienen intención de hacer disfrutar a sus parejas. Están acostumbrados a esas prostitutas de lujo que sus padres les pagan. Mujeres que solo obedecen órdenes y que reciben una cantidad bastante cuantiosa por satisfacerlos. ¿Cómo van a saber nada acerca del placer femenino? Saben que no es algo que necesiten, que se casarán con una mujer guapa —florero— que lo único que tendrá que hacer es dejarse follar de vez en cuando para tener algún hijo al que ignorar hasta que cumpla los dieciséis años. Tienen dinero, tienen poder, tienen todas las mujeres que quieran.

Ha hecho falta que me mudara a East Harbor para conocer a Jay y darme cuenta de que todo lo que he aprendido hasta la fecha sobre sexo estaba mal. Esto que he experimentado ahora es completamente nuevo y sorprendentemente asombroso.

Jay no deja de abrazarme y besarme. Sé que esto no ha acabado, pues siento su erección rozándose contra mi pelvis. Me aventuro a introducir la mano en el interior de su bóxer y acaricio la fina piel de su miembro ya hinchado. Él deja escapar el aire entre los dientes y su mano, la cual estaba en mi culo, me aprieta con más fuerza.

En cuanto empiezo a masturbarlo, gruñe y me gira para quedar debajo de él. Su boca regresa a mi cuello y empiezo a darme cuenta de que debe de ser algún tipo de fetiche, porque parece encantarle. O quizá le gusta tanto por las sensaciones que me provoca.

De repente, me descoloca poniéndose de pie. Se queda parado frente a mí unos segundos en los que me devora con la mirada y luego se deshace de la última prenda que le quedaba. Jay es guapo y *sexy,* pero desnudo es aún más alucinante. No te imaginas que esconda ese cuerpo bajo la ropa. Se mueve hacia su mesita en busca de un preservativo y trago saliva, consciente de que ese momento está a punto de llegar. El mismo que tanto he intentado evitar.

Él me mira con cautela. Supongo que buscando alguna clase de consentimiento o, más bien, lo contrario, temiendo que vaya a decirle que no. Asiento para hacerle entender que quiero esto tanto como él y vuelve conmigo.

—Debo preguntártelo. Antes me he quedado preocupado y he estado dándole vueltas.

—¿Qué quieres saber? ¿Si soy virgen?

—¿Lo eres?

—No.

—¿Seguro?

Lo beso y le arranco el envoltorio de las manos.

—Que no hayan sabido tocarme no significa que no lo hayan hecho.

—Los odio a todos ellos.

Sonrío.

—El listón está muy bajo. No te será difícil superarlo.

—Voy a dejarlo por las nubes —promete, y sé que lo dice en serio.

Rompo el pequeño sobre plateado y saco el condón con parsimonia. Lo llevo hasta la punta y desenrollo sin despegar mis ojos de los suyos.

—Eres preciosa —murmura antes de besarme, y ubica su erección en mi entrada.

Cierro los ojos mientras va entrando para ser más consciente de las sensaciones. Jay se introduce despacio mientras no deja de besarme bajo el lóbulo de la oreja. Me agarro a su cintura y le doy permiso en silencio para aumentar la velocidad.

—Estás muy estrecha, Princesa —musita.

Gruño.

—No te detengas, por favor —suplico.

Gemimos a la vez cuando se introduce del todo y reclama mis labios de nuevo antes de empezar a moverse. Jadeo y abro la boca a fin de insuflar algo de aire a mis pulmones mientras mi cuerpo se adapta a él. Pero en cuanto el placer gana terreno alzo las caderas y enredo las piernas en su cintura en busca de un mejor ángulo.

El ritmo es lento al principio, pero va acelerando a medida que sentimos que todo nos sabe a poco.

—Tenía otros planes, pero llevo algo de tiempo sin follar, ¿sabes?

Entrecierro los ojos. No entiendo nada.

—No voy a aguantar lo necesario para todo lo que quería hacer. Tendré que dejarlo para otro momento. ¿Prometes no catalogarme como a esos inútiles?

—Estás de broma, ¿no? —me río. No puede hablar en serio, no puede compararse con ellos.

—No, joder.

Sale de mi interior, me agarra una pierna y se la sube a su hombro. Vuelve a introducirse en mí, dejándome asombrada por mi desconocida flexibilidad. El placer ahora alcanza otro nivel y siento que estoy cada vez más cerca.

—Jay…

—Lo sé, Princesa. Yo también.

Intensifica el ritmo hasta que me recorre una ola de calor y los espasmos me dejan fuera de combate. Jay sigue embistiendo varios segundos más hasta que se corre y se deja caer a mi lado con la boca entreabierta y la respiración fuera de control.

31. ¿Será ella?

JAY

El timbre de casa interrumpe nuestro beso, haciendo que ambos nos giremos hacia la puerta. Charlotte me agarra la mano.

—Tranquila —intento calmarla—. Joe es de confianza.

Asiente con la cabeza y me suelta. Cuando abro, mi jefe me sonríe, enseñándome una bolsa llena de *sticky buns.*

—A esto invito yo, pero espero que hayáis hecho café.

—Por supuesto, pasa.

Ayer, en el trabajo, le comenté a Joe que Charlotte y yo queríamos hablar con él en un entorno privado. Así que lo invité a que pasara a desayunar a nuestra casa antes de abrir el bar. No le di más información y tampoco la pidió. Aunque estoy seguro de que se muere de ganas por saber algo más.

Joe entra y camina hacia la cocina, mirando todo a su alrededor.

—Me gusta esta casa —apunta. Todavía no había estado aquí—. Aunque, si algún día quieres algo para ti solo, con unos vecinos muy molones, ya sabes dónde encontrarme.

Me río. Se refiere a su casa, ya que él se mudó a la de al lado con su novia, Ava, y la hija de esta. Desde entonces la suya está vacía, mientras valoran qué hacer con ella.

—Lo sé. Lo tendré en cuenta.

Sonríe.

—Bueno… —empieza a decir mientras deja la bolsa sobre la barra de la cocina y se sienta en uno de los taburetes—. Vosotros diréis…

Llego hasta él y le sirvo una taza de café. Charlotte se mantiene a mi lado y creo que ha perdido la capacidad de hablar. Joe la observa con la mirada serena, mostrándose como alguien en quien se puede confiar.

—Sé que no nos hemos presentado oficialmente, soy Joe, su jefe.

—Char… Charlotte —balbucea.

Le agarro la mano para que sepa que estoy aquí.

—Lo sé. La librera misteriosa que mantiene a Jay embobado.

Pongo los ojos en blanco y consigue hacerle sonreír.

No voy a molestarme en desmentirlo. El día de ayer me lo pasé con una sonrisa dibujada en la cara que, junto a todos los cotilleos, le confirmaron que cierta chica y yo tenemos algo.

—Verás, Joe. Te he hecho venir porque no quería tratar esto en un lugar en el que puedan oírnos.

—Solo espero que no vayáis a confesarme algún crimen —bromea.

Charlotte se ríe. Supongo que está aflojando un poco la tensión.

—No. Ehm… Ella es…

—Soy adoptada —me interrumpe, y le explica la misma historia que me contó a mí hace dos noches.

Joe escucha con atención el relato hasta el final sin interrumpir para preguntar nada. Se muestra interesado, lo cual hace que la chica que «me tiene embobado» se confíe y se anime a seguir hablando.

—¡Guau! —exclama cuando termina. Está procesando toda la información.

—Joe, si te he llamado, es porque quizá puedes ayudarnos a dar con ella. Tú llevas muchos años aquí…

—¿Cuándo naciste? —le pregunta directamente a ella, dejando clara su intención de echarnos un cable.

—El ocho de julio de 2003 —responde ella enseguida, y tomo nota mental de la fecha.

—O sea, el verano en el que conocí a Bonnie —murmura rascándose la mandíbula.

Charlotte busca mi mirada para preguntarme quién es la mujer de la que habla, porque no le suena del pueblo y estoy seguro de que lo primero que ha pensado es si podría ser ella su madre.

Niego con la cabeza para quitarle esa idea y le hago un gesto para darle a entender que se lo explicaré más tarde. Pero Joe me pilla.

—Bonnie es la madre de mi hija. No es ella, te lo aseguro.

Su cara muta de la sorpresa a la vergüenza y luego a la desilusión.

—Oh, yo no…

—No te preocupes. Ese verano lo recuerdo muy bien.

—¿Sí?

De nuevo, la esperanza baila en sus pupilas.

—Sí. Dejadme que haga un poco de memoria. Acababa de abrir el Joe's. Llevaba un año y medio en el pueblo y ya conocía a todo el mundo. Ese año estuve muy ocupado entre el bar y… Bonnie. Pero hubo varios nacimientos. Uno de esos bebés jamás llegó al pueblo. Casi ni me acordaba de ello. —Se cubre la cara con ambas manos y creo que está conteniendo las lágrimas—. En ese momento no era padre aún, así que no le di importancia. Georgia Willis estaba embarazada justo por aquella época, pero lo poco que se dijo fue que el bebé murió en el parto. —A Charlotte y a mí se nos corta la respiración varios segundos. Nos miramos con la misma sensación y alzamos las cejas. «¿Será ella?», nos preguntamos moviendo los labios—. Joder, fue durísimo. Ahora me imagino que nos hubiera ocurrido a nosotros y…

—Joe —lo llamo, y dirige su vista hacia mí—. ¿Crees que podría ser la madre de Charlotte? Que… en realidad no murió, sino que…

—Estaba destrozada. Todos creímos que era verdad, tanto que nadie se atrevía a mencionarlo ni a hacer preguntas. No digo que se lo haya inventado, pero no recuerdo ninguna otra embarazada en esa época que no tuviera a su bebé. Los demás volvieron del hospital y crecieron aquí, así que…

—Joder —mascullo. Es una información muy valiosa.

—Necesito que me prometas que lo que sea que vayas a decirle lo harás con cautela. No puedes preguntarle si se inventó que su hija murió porque en realidad la dio en adopción.

Rebufo. No tengo ni idea de cómo abordar este tema.

—Muchas gracias, Joe —interviene Charlotte, con educación—. No te preocupes, algo se nos ocurrirá.

—No la conozco, pero me fío más de ella, así que deja que se encargue de esto —me advierte mi jefe.

—¡Eh! —protesto.

Joe se ríe y saca un bollo de la bolsa, para luego ofrecernos otro a nosotros. Le agradecemos el gesto con una sonrisa y doy un sorbo al café. Me quedo observando a Charlotte dar un mordisco al *sticky bun* como si fuera la cosa más erótica que haya visto nunca. Oigo un carraspeo y me giro para encontrarme a mi jefe dirigiéndome una mirada divertida.

—Mejor me voy comprando un esmoquin —se burla.

—¿Eh? ¿Y eso? —pregunta Charlotte, ajena al cachondeo de mi jefe.

—Porque seguramente su hija se case en breve —improviso.

—Dios te oiga, muchacho.

Se termina el café de un trago y levanta el bollo que sostiene con la otra mano.

—Bueno, parejita, si no me necesitáis más, me marcho. A ti te veo en un par de horas —me dice a mí directamente—. Y tú —ahora se dirige a Charlotte—, vente a comer un día de estos al Joe's. Estás invitada.

—Oh, no, no. —Mueve las manos enérgicamente—. No hace falta, yo puedo pagarme mi comida.

—Eso ya lo arreglaremos. Tú ven un día. —Desvía su vista hacia mí—. Convéncela.

Nos despedimos de él, que insiste en que no lo acompañemos a la puerta. Cuando sale, me giro hacia Charlotte. Se nota que su cabeza no está aquí, pues todavía debe de estar procesando la información. Decido acercarme más a ella para acariciar su mejilla con el pulgar.

—¿Estás bien?

—Estoy acojonada.

Atrapo sus dos manos y hago que quede frente a mí.

—Si no quieres seguir adelante con esto, está bien. Si quieres averiguar si Georgia es tu madre, tendrás mi apoyo. La familia, lo que todo el mundo conoce como familia, está sobrevalorada. Lo importante es tener un grupo de personas que estén ahí para ti y aquí lo tienes.

—No conozco a casi nadie.

—Me tienes a mí, a Harper, a Madison y a Joe. Y los que quedan.

—Apenas he hablado con ellos —rebate.

—No hace falta. Me conocen a mí y es suficiente —contraataco.

Suspira.

—No quiero abandonar la búsqueda tan pronto.

—Perfecto. ¿Alguna idea sobre cómo averiguar si Georgia es tu madre?

32. Noche de chicas

CHARLOTTE

Llevo más de una hora bailando y empiezo a sudar el alcohol que me he bebido durante la primera mitad de la noche. Madison y Harper también lo están dando todo al ritmo de *Stay*, de The Kid Laroi y Justin Bieber. Reconozco que ha sido un poco encerrona, pero me gusta pasar tiempo con alguien que no sea Jay, hacer amigas, crear mi propio grupo de personas a quien poder llamar «familia». Algo que en Nueva York no tengo. Allí estoy rodeada de gente, pero nadie es un apoyo incondicional. Bianca, quizá. Es la única persona que ha venido a verme y que me pregunta de vez en cuando si he encontrado a mi madre. Hemos estado hablando con cierta regularidad, aunque todavía no le he contado mi cambio de planes. Debería llamarla y explicarle que ya no voy a volver.

Esta tarde, cuando aún me quedaban dos horas para cerrar, Madison entró en la librería y colgó el cartelito de «cerrado». Aluciné mucho con ella, pero después recordé que es amiga de Jay, así que me tranquilicé.

—Ya es hora de que tú y yo tengamos una noche de chicas.

Ni «hola», ni «¿cómo estás?». Ni si quiera «¿te apetece…?».

—Todavía me queda un rato aquí.

Madison echó una ojeada al interior y volvió a fijar su vista en mí.

—No hay nadie, vámonos.

—¿Y si viene alguien?

Chasqueó la lengua.

—Deja un cartel diciendo que has tenido que salir y que volverás a abrir el sábado por la tarde.

—Abro mañana a las diez.

—Créeme. Mañana a esa hora no podrás ni abrir los ojos.

No quise discutir con ella y me moría por hacer algo divertido. Así que preparé un cartelito, recogí mis cosas y salimos de la librería.

Me acompañó a casa y entró en mi habitación con demasiada confianza. Rebuscó en mi armario hasta sacar un vestido que no tengo ocasión de usar aquí. Es corto, con mangas tres cuartos y la espalda descubierta. Ajustado y de color vino. Ni siquiera sé por qué me lo traje a East Harbor. Pero quería tener algo que ponerme si surgía la ocasión.

—Zimmermann… Esta tienda no está en los centros comerciales de por aquí —murmuró cuando vio la etiqueta del vestido. Menos mal que no lo reconoció, es un vestido de más de mil dólares.

Me obligó a ponérmelo y luego me dejé peinar y maquillar por una experta. El resultado fue espectacular, ya hubiera querido yo una estilista así en Nueva York. Después dejé que ella se vistiera con lo que había traído y se terminó de arreglar. Todo ello mientras hablábamos de series y películas de nuestra adolescencia.

Al salir, dos pares de ojos nos observaban. Jay me miraba asombrado y con mucho deseo. Harper simplemente alzó las cejas.

—¿Vais a salir? Dadme unos minutos, que me apunto.

Eso fue todo lo que dijo. Jay se acercó para darme un beso que no pudiera olvidar durante la noche y Madison dio saltitos mientras aplaudía al vernos. Me encanta esta chica, de verdad.

Nos hemos pasado la primera hora sentadas en una de las mesas, bebiendo margaritas y hablando sobre chicos, sobre lo que nos gusta y lo que no en ellos, nuestros mejores polvos, nuestras listas de famosos más guapos, entre otras cosas.

Tras una hora de charla y alcohol, nos hemos animado a salir a la pista. No obstante, tras otra de bailar como si se fuera a acabar el mundo mañana, necesito un descanso y se lo hago saber a las chicas con un gesto. Me retiro de nuevo a la mesa y me dejo caer sobre la silla.

«Oh, Dios». En mi vida había bailado así.

A los pocos segundos, Madison se arroja a mi lado.

—Madre mía…, desde que se fue Holly no tenía una noche de estas.

—Vais a tener que presentármela.

Lo digo en serio, quiero conocerla. Hablan tanto y tan bien de ella que siento mucha curiosidad.

—Seguro que te caería genial. ¡Ah, ya sé! —exclama alzando y agitando los brazos—. Dile a Jay que te lleve la próxima vez que vayamos a Portland.

—¿Cuándo será eso?

—Estamos valorando ir el sábado de la semana que viene.

—Me gustaría mucho ir —comento completamente emocionada.

—¡Genial! ¿Y Harper? —pregunta de repente—. Venía conmigo.

Ambas nos giramos hacia nuestra antigua ubicación y la vemos acercándose a nosotras.

—¡Chicas! Ahora nos traen refuerzos —explica con la vista puesta en la barra y saludando a un grupo de chicos que nos miran sonrientes y alzan el brazo hacia nosotras.

—Harper, tía…

—¿Qué?

—Charlotte y yo tenemos novio.

Me atraganto con la saliva y empiezo a toser de manera exagerada. Tanto que la gente de varias mesas se gira a ver qué ocurre y algunos incluso se levantan por si necesito ayuda. Sigo flipando con este pueblo.

—¿Estás bien? —pregunta Harper.

—Sí. —Toso un poco más—. Ya está.

—Tranquila, ahora nos traen los margaritas. Los he pagado yo —añade con cierto retintín.

—Ah, bueno, entonces solo tenemos que darles conversación a los amigos de tu ligue —ironiza Madison.

—Solo vienen a tomarse una copa con nosotras. Están de despedida de soltero. Uno de ellos tiene novia y el otro está a punto de casarse. No van a entraros.

—Bueno, fíate tú… —murmuro.

Madison me echa una miradita y Harper ni se ha enterado porque está comiéndose con los ojos al tío con el que parece que va a

terminar la noche. Guapo es, desde luego. Tiene pinta de deportista, los tres la tienen. Está claro que se cuidan.

—¿Te ha incomodado mi comentario de antes? —pregunta Madison acercándose a mí, mientras nuestra otra compañera de noche está distraída poniéndole ojitos a su ligue—. Ya sabes, lo de que tenemos novio. Eres la novia de Jay, ¿no? ¿O quizá he metido la pata y solo tenéis un rollo?

Alzo mucho las cejas. No sé qué coño responder a eso.

—No lo hemos hablado. ¿Crees que soy un rollo para él? —pregunto acojonada.

—Bueno, es Jay. Él es muy de rollos.

Creo que me empieza a costar respirar. ¿Es eso lo que somos? ¿Un rollo? Vale que no piense que seamos novios porque eso sería una etiqueta muy grande para algo tan reciente, pero no me había planteado que lo nuestro fuera a ser algo pasajero para quitarnos las ganas.

Madison va a decir algo, pero se ve interrumpida por el ruido de las sillas de alrededor siendo arrastradas hasta nuestra mesa, donde ya reposan nuestras bebidas.

—Chicas, ellos son Zach, Owen y Brady. Están en un equipo de *hockey* universitario.

—El deporte te persigue, amiga —comenta, de manera burlona, la que ha decidido cerrar mi librería para sacarme a tomar unas copas. Harper le saca la lengua.

—Esta de aquí es Charlotte, es nueva en el pueblo, y la graciosa de ahí se llama Madison. Le encantan los animales y sale con un veterinario.

Sonrío y le doy un buen sorbo a mi copa porque la verdad es que tengo bastante sed.

—Yo que tú no bebería tan rápido —me advierte Owen—. Me ha parecido que los cargaban bastante.

—¿Intentáis emborracharnos? —inquiero con un tono que no reconozco en mí.

—Para nada, vuestra amiga ya nos ha dejado claro que sois intocables —comenta con cierta frustración.

—La respuesta correcta es que tenéis novia —le reprocho.

—Sí, eso también —responde con una sonrisa burlona.

Idiota. Seguro que le pone los cuernos a su prometida.

—¿Dónde estudiáis? —pregunta Madison para aligerar los humos.

—En Boston —responde Zach.

—¿Y habéis venido hasta East Harbor?

—Aquí, el colega —explica el mismo de antes, señalando a Owen, que es el que se casa— quería un lugar pintoresco para su despedida. Vine una vez cuando era pequeño y me pareció un buen sitio.

—Pero ahora están todos los hoteles cerrados —murmuro.

—Así es —confirma Brady, abriendo la boca por primera vez y apartando la vista de Harper—. Nos alojamos en unas cabañas del Parque Nacional.

—Guau —prorrumpo—. ¿Están abiertas?

¿Podría haberme quedado ahí en vez de en casa de Jay?

—Sí. —Ahora habla Madison, y creo que me lee la mente—. Pero están algo lejos.

Vale, entonces no.

Los chicos hablan sobre lo mucho que les está gustando el pueblo, que se han pasado el día de escalada y que mañana ya regresan. El que se va a casar comenta medio frustrado que no quería la anticuada despedida con *strippers* porque su novia le advirtió que entonces ella también los tendría en la suya. Es asombroso cómo cuenta esto sin ninguna clase de vergüenza. Está admitiendo que lo que él prefiere es ver chicas desnudas, pero que su orgullo le impide aceptar que ella vea otros hombres desnudos también. Me parece increíble. Decido llevarme la copa a los labios para no enzarzarme en una discusión absurda que no voy a ganar. Son idiotas y solo puedo sentir lástima por sus novias. Madison cruza una mirada conmigo, como si estuviera pensando exactamente lo mismo que yo.

Un rato y otra ronda de margaritas después, Madison y yo decidimos que lo mejor es volver a casa. Los chicos se ofrecen a acompañarnos, pero nos negamos. No obstante, Brady decide que va a dejarnos a todas en casa para que los pervertidos de sus amigos no nos la líen.

—¿Cómo vamos a volver nosotros a casa, capullo?

—Estás abandonando a tus amigos por un polvo cualquiera.

Los energúmenos de sus colegas no paran de quejarse y de soltar mierda para evitar que el ligue de nuestra amiga se lleve el coche, pero de verdad que es el único que parece medianamente responsable y con algo de sentido común.

—Luego vuelvo a buscaros. O pedid un taxi, ratas. *Ladies*… —se dirige a nosotras, que estábamos absortas viendo el lamentable espectáculo.

Empezamos a movernos. Madison y yo vamos delante, una al lado de la otra, y la parejita va detrás sin parar de manosearse. Entramos en el coche, dejamos a la promotora de la noche de chicas en su casa y seguimos los tres hasta casa de Jay, que también es la de Harper, claro. Bajo enseguida y me alejo de ellos para otorgarles intimidad, no sin antes darle las gracias a Brady por traernos. Aunque su lengua está demasiado ocupada para responder. Espero que no se queden ahí mucho tiempo o mañana todo el mundo hablará de ello.

Cuando entro, está todo oscuro y me entran mil dudas. ¿Subo a la habitación de Jay o voy a la mía? Si está dormido no querrá que lo despierte y no somos nada para simplemente dormirme a su lado, ¿verdad? Porque quizá Madison tenga razón y solo soy un rollo. Pero ¿y si voy a la mía y él espera que suba? Niego con la cabeza. Es tarde y no hemos hablado sobre esto. Hace unas horas me ha escrito un mensaje para desearme que me lo pase bien, pero nada acerca de si me esperaba despierto o quería que termináramos la noche juntos.

«Si él esperara que subieras, te lo habría dicho de alguna manera. Los tíos suelen ser bastante directos».

Cuando oigo ruido en la puerta principal me meto corriendo en mi habitación, porque paso de presenciar cómo se enrollan esos dos más de lo que ya he visto, y lo que me encuentro es algo que no esperaba.

33. ¿Soy un rollo?

JAY

El ruido de la puerta principal me saca de este duermevela. Madison ha arrastrado a Charlotte a una noche de chicas y Harper se ha apuntado con ellas. ¿Hubiera preferido que pasara la noche conmigo? Egoístamente, sí. Pero me encanta que mi amiga haya tenido esta iniciativa y, si te lo estás preguntando, yo no he tenido nada que ver. Bueno, quizá dejé caer que ella sentía que no tenía muchos amigos por aquí. Así que no puedo estar más contento por la idea de que pasen tiempo juntas.

Me incorporo y me quedo sentado frente a la puerta de la habitación, esperando a que esta se abra. Pero eso no ocurre. No oigo absolutamente nada, ni pasos ni voces. La espera y el desconcierto me vuelven loco y, cuando estoy a punto de levantarme para ir a ver qué está pasando, Charlotte entra como si huyera de algo.

—¿Qué tal la noche de chicas? —pregunto con curiosidad.

Relaja su expresión y se acerca a mí, aunque dirige una mirada divertida al oír unos pasos que suben por las escaleras.

—Harper ha ligado con un deportista universitario.

Me río.

—Para sorpresa de nadie —comento.

—¿Le molan los deportistas? ¿No hay suficientes en su familia?

—Le pirran.

—Bueno, tengo que admitir que es bastante guapo y tiene un cuerpazo de novela romántica.

Alzo una ceja.

—¿Tengo que ponerme celoso?

Se ríe y se acerca a mí. Se sienta a horcajadas sobre mi regazo y mis manos van directas a su cintura.

—Estás muy *sexy* cuando te pones así.

—¿Territorial?

—Sí. —Me besa y sus brazos me estrechan por el cuello—. Me pone mucho, aunque quizá la cantidad de alcohol que he bebido tenga algo que ver con ello.

—¿Cuánto has bebido?

—Creo que unos cuatro margaritas. Pero algunos estaban realmente cargados. —Se ríe. Está borracha—. Me caen bien tus amigas.

—Ahora son tuyas también.

Sus ojos se conectan a los míos y sus manos me acarician la nuca y la parte baja de la cabeza.

—¿Soy un rollo? —pregunta de repente, y no tengo ni puta idea de a qué se refiere.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, si esto —nos señala a ella y a mí de manera alterna— es algo… casual. ¡Dios! —Se cubre la cara con ambas manos y menos mal que la estoy sujetando, porque con lo borracha que va casi se cae de espaldas al suelo—. Qué vergüenza. No quiero decir… No pretendo ponerle ningún nombre, sé que esto es muy reciente, pero… ¿tu idea es que sea algo de un par de noches? Madison ha asegurado que eras muy de rollos.

—¿Qué?

—Justo después de decir que yo tenía novio. Que ella y yo teníamos novio —se corrige.

—Voy a matarla.

Me río y niego con la cabeza.

—Madison tiene razón, soy muy de rollos. —Noto que se desinfla y que quiere apartarse, aunque se lo impido—. Lo soy, pero eso no significa que sea lo que estoy buscando contigo. —Sus ojos me miran ilusionados—. Quizá lo era al principio, porque había una atracción innegable… Sin embargo, te he ido conociendo y has despertado otra clase de sentimientos. Me gustas, Charlotte, pero no

es solo algo físico. Creo… creo que me estoy enamorando de ti. Así que no, no eres un rollo. ¿Lo soy yo?

Charlotte me mira con los ojos más brillantes que nunca y vuelve a agarrarse a mi cuello para estampar su boca contra la mía y beberse mi aliento.

—Nunca lo has sido. —Me muerde el labio inferior—. Si me he mantenido tan alejada de ti es porque sabía que esto no era un capricho. No podía permitirme sentir nada por ti si tenía que regresar a Nueva York en unas semanas.

Nos besamos y nos desnudamos sin darnos apenas cuenta hasta que recuerdo los cuatro margaritas que se ha tomado.

—Espera, espera…

—¿Qué ocurre?

—Estás borracha.

—¿Y?

—Será mejor que durmamos.

—No estás hablando en serio. ¿Me has oído cuando he dicho que me ponías mucho? —me recuerda echándose en la cama. Está demasiado *sexy,* pero puedo ver cómo se le cierran los ojos. Se va a quedar dormida en «cero coma».

—Sí. Créeme, mi polla también lo ha oído.

—¿Entonces?

Sus pupilas me miran con lástima y me acerco a besarla. Coloco mi mano en su trasero y la acerco a mí. Nos restregamos y jadeamos al unísono, pero noto que ella va perdiendo fuerza y sus ojos están cada vez menos abiertos. Abandono sus labios y me apodero de su cuello hasta que sus brazos me sueltan y caen al colchón.

«Plof».

Se ha quedado sobada. Lo que yo decía. Hundo la cabeza en la almohada y sonrío. La coloco y la cubro con el edredón para que no pase frío. Al terminar, me tumbo a su lado con una sonrisa.

Qué noche más rara.



Lo bueno de los sábados es que, normalmente, no tengo que madrugar. Aunque lo hago de todas formas para ir a dar una vuelta en bici por alguna de mis rutas favoritas. Y no está lloviendo, así que no puedo desaprovechar la ocasión. Me giro para comprobar que Charlotte sigue dormida y me levanto para prepararme el desayuno.

El silencio y el frío me dan la bienvenida mientras camino hasta la cocina. Empiezo a trastear entre los armarios y logro hacer unos huevos con beicon y un sándwich de jamón y queso. Mientras tanto, preparo café para todos.

Desayuno en el sofá mientras veo un capítulo de *The Office* y subo a mi habitación para vestirme. Al bajar, la cara somnolienta de Charlotte me observa desde la barra que separa la cocina del salón.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido? —pregunto acercándome a ella.

—¿Bien?

—¿Es una pregunta?

—¿Sí?

Se rasca la cabeza y me mira confundida.

—No recuerdo mucho.

—Creo que me comentaste algo de unos margaritas y de un deportista que se ligó Harper.

—Ah, sí, vaya idiotas que eran sus amigos.

Me río y termino de aproximarme a ella para besarla.

—Gracias por el café.

—«El primero en levantarse hace café para los demás» —reproduzco con una voz algo extraña la norma que está apuntada en la nevera.

Charlotte pone los ojos en blanco.

—¿Ibas a algún sitio? —inquiere al verme preparado para salir.

—Quería aprovechar el buen día para hacer una de mis rutas favoritas en bici.

Mira hacia la ventana y arruga la nariz.

—¿Llamas a esto «buen día»?

—Estamos a mediados de octubre. Que no llueva es un buen día.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Supongo que tienes razón —conviene.

—¿Quieres venir? —propongo mientras da un sorbo a su café.

—No, gracias.

Me contengo la risa y ella me mira alzando las cejas.

—Tengo que abrir la librería.

—Cierto.

Pone los ojos en blanco y le doy un beso en la nariz. Mierda, ¿puedo ser más cursi? ¿Por qué me mira como si estuviera pirado?

—Esto… ¿nos vemos luego?

—¡Claro!

Salgo de casa y entro en el garaje para descolgar la bicicleta de la pared. Cojo el casco y la mochila con las provisiones y salgo de casa rumbo al Parque Nacional con un solo pensamiento rebotándome en la cabeza.

Para nada es solo un rollo, estoy enamorado.

34. Busco a mi madre

CHARLOTTE

El reloj marca las cinco y media y la luz del atardecer se cuela por los ventanales con un brillo rosado que tiñe los lomos de los libros. Hoy no ha sido un mal día. Quizá también haber pasado varias noches con Jay ha ayudado un poco a afrontar la jornada.

Ha sido un gran fin de semana. El sábado tuve que venir a la librería, pero, al salir, fui a verlo al Joe's, me senté en una mesa y pedí un especial de pasta. Tengo que ir más veces, la comida está deliciosa. Al acabar, esperé a que concluyera su turno para volver juntos a casa mientras disfrutaba de verlo ir de un lado para otro. Seguíamos siendo la novedad y muchos aún nos observaban curiosos. Esa noche pusimos una película para ver los tres, aunque Harper se quejó unas quince veces de que no estábamos prestando atención. Cuando terminó y nuestra compañera se marchó a su habitación, nos recordó que el sofá era zona libre de sexo.

El domingo me lo tomé con calma para aprovechar el tiempo libre. Fui al gimnasio, puse alguna lavadora, completé mi lista de tareas, comí unas sobras de lasaña con Harper mientras hablábamos de cualquier chorrada y me pasé el resto del día devorando historias. Hasta que Jay volvió y aprovechamos que teníamos la casa para nosotros solos porque nuestra compañera ya había regresado a la ciudad.

Hay algo mágico en este pueblo. Parece que siempre haces las mismas cosas, que no hay muchas opciones de ocio, no hay una gran variedad de tiendas o restaurantes, especialmente ahora que no es verano. Sin embargo, no echas nada en falta. Nunca pensé que podría ser feliz con tan poco: unos tacos de langosta del Jalapeños, un paseo por el puerto, una bolsa de *sticky buns,* una

tarde sin nada más que hacer que leer frente a la chimenea, un chico que te robe la sonrisa.

Falta media hora para echar el cierre y volver a casa, aunque quizá me pare por el Joe's primero por si les ha quedado tarta del día. Hoy había *lemon pie* y Jay me ha informado de que está deliciosa.

Me vibra el móvil por la entrada de un mensaje y lo reviso.

Bianca:
¿Qué tal?

Bianca:
¿Ya te has acostado con ese pelirrojo tan guapo que te lleva café a la librería?

Yo:
¡Bianca!

Bianca:
¿Qué? Está bueno. Y allí no hay nada más que hacer, ¿no?

Yo:
No puedes contárselo a nadie.

Me arrepiento al medio segundo de haberlo enviado. Pero ya lo ha leído.

Bianca:
OMG, ¿es cierto?

Bianca:
¡Qué fuerte! Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

Bianca:
¿Cuándo vuelves?

Yo:
Tengo que encontrar a mi madre.

Bianca:
¿Tienes un plan por si eso no pasa? Quiero decir, un plazo.

«Sí, quedarme a vivir aquí para siempre».

Yo:
No lo sé. Simplemente... voy a quedarme un tiempo más aquí.

Suspiro y vuelvo a guardar el móvil cuando veo que deja de escribirme. Seguramente no sea la respuesta que esperaba. Centro mi atención en Georgia Willis, que acaba de entrar y se encuentra junto al expositor de la puerta. Duda, o finge que duda. Llevo unos días pensando en lo que le diría cuando la viera y, ahora que la tengo en la librería, estoy acojonada. Desde que Joe nos contó que perdió un bebé, algo me quema por dentro. ¿Y si fuera ella? La conocí el día de la inauguración. Estuvimos charlando unos minutos y me pareció muy amable, aunque nada me hizo sospechar en ese momento y sigo sin verle ningún parecido a mí. Aun así, tengo una corazonada, y creo que debería seguirla.

Georgia se acerca al mostrador con uno de los libros que estaba tanteando en las manos. Lleva un abrigo largo color *camel* y un bolso estilo *tote bag* azul marino. Me mira con una sonrisa cálida, pero serena. En sus ojos puedes adivinar que ha vivido cosas que no todo el mundo sería capaz de aguantar. O eso me lo parece después de lo que Joe nos contó.

—Buenas tardes —dice, dejando el libro sobre el mostrador—. Creo que me llevaré este. Me ha llamado la atención.

—Haces bien —respondo con la voz algo entrecortada. Me aclaro la garganta y me esfuerzo por no parecer alterada—. Por lo visto está teniendo muy buena respuesta por parte de los lectores.

Ella me dedica una sonrisa mientras busca su cartera en el bolso. Yo escaneo el libro sin dejar de observarla. Intento encontrar algo, un gesto, una expresión…, cualquier indicio que me diga que sí, que estoy en lo cierto. Pero ¿y si no es así? ¿Y si la importuno? ¿Y si cree que estoy loca?

El aire en mis pulmones empieza a pesar.

—Georgia —me atrevo a pronunciar tras pasar la tarjeta por el datáfono y devolvérsela—, ¿puedo preguntarte algo… personal?

Ella levanta la vista, sorprendida, pero nada incómoda.

—Claro. ¿Está todo bien?

—Sí, sí… —me apresuro a decir, aunque noto mis mejillas ardiendo—. Es solo que… No sé cómo decirlo. —Niego con la cabeza —. Es una tontería, olvídalo.

Me río nerviosa y busco una bolsa de papel bajo el mostrador. Pero las manos me tiemblan y caen unas cuantas al suelo. Me agacho a recogerlas y me quedo con una para meter su libro dentro, junto al tique.

—No parece una tontería —asevera, con mucha dulzura en su voz, animándome a confiar en ella.

Trago saliva. Cierro los ojos con fuerza un segundo y los vuelvo a abrir.

—Es que yo… hay algo que necesito saber. —Mi respiración se vuelve entrecortada y ella asiente, dándome permiso para preguntarle lo que sea—. Mis padres me adoptaron cuando era un bebé. Mi abuela me contó que vinieron a buscarme a East Harbor. —Suelto una tonelada de aire y libero la carga de mis pulmones—. Sé que estuviste embarazada por esa época, pero que… —trago saliva, aunque la bola de la garganta no desaparece—, bueno, que no nació…

Su mirada de dolor me hace detenerme. No tendría que haberle dicho nada. Seguro que no es mi madre y le estoy recordando todo lo que sufrió.

Se produce un silencio espeso, espeluznante. Georgia me observa con los ojos brillantes. Parpadea y caen un par de lágrimas.

«Oh, ¿lo es? ¿Es ella?».

Se me encoje el estómago y mi cabeza empieza a tejer una historia de reencuentro. Hago planes mientras mis manos se preparan para un abrazo que tarda demasiado en llegar.

—¿Me estás preguntando… si soy tu madre? —inquiere, finalmente, con la voz quebrada.

—Lo siento. Lo siento de verdad. Ha sido una total falta de respeto —me apresuro a decir, porque vuelvo a perder la esperanza de haberla encontrado—. No debería haberlo hecho, es que… vine aquí buscándola, mis padres murieron y solo… quería seguir manteniendo algo similar a una familia, encontrar mis orígenes, no sé… Lo siento.

Georgia pestañea despacio. Su cuerpo, antes erguido, parece a punto de derrumbarse. Apoya las manos en el mostrador, muy despacio, y sus labios tiemblan levemente.

—Charlotte… —balbucea, y se pasa una mano por las mejillas para borrar el rastro de las lágrimas—. Ojalá. Ojalá pudiera decirte que sí. Ojalá el motivo de no tener a mi hija fuera que la hubiera dado en adopción, porque al menos ahora tendría la opción de estar con ella y ver en lo que se ha convertido. Pero no es así. —Se sorbe la nariz y me rompo un poco por dentro por traer de vuelta todo ese dolor—. Di a luz a mi hija ya muerta, la sostuve en mis brazos durante unos minutos para despedirme de ella, y no tuve el valor de enfrentarme a más embarazos.

Me quedo en silencio, completamente impactada por sus palabras. Percibo un dolor profundo en el pecho. De verdad pensé que podría ser ella, ojalá lo fuera. Encima, siento que no tengo derecho a llorar después de lo que le he removido a esta mujer.

—Lo siento —me obligo a decir una vez más.

Ella me toma la mano por encima del mostrador. La noto fría, pero firme.

—Estoy segura de que la encontrarás.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que suelta mi mano, recoge la bolsa con su libro y se marcha. Yo me quedo ahí, clavada en el suelo, recuperando mi respiración y mi pulso habituales. Rota por esta sensación que no sé ni cómo definir. Es parecida al rechazo, a la frustración, al agotamiento, a la impotencia, al fracaso. Estaba a punto de reescribir mi historia, realmente creí que habría encontrado a mi familia y que esta desolación que siento desde hace meses, o incluso años, se habría terminado.

Pero no, ahora debo volver a empezar la búsqueda sin tener ninguna pista.

Entonces, oigo unos pasos suaves. Lauren —quien ya ha estado aquí en varias ocasiones y con la que he tenido conversaciones muy agradables— se acerca a mí con la cara desencajada y los ojos brillantes, llenos de emoción y sorpresa.

—¿Estás… buscando a tu madre biológica? —pregunta con un hilo de voz.

Me quedo helada. Me había centrado tanto en Georgia que no me había percatado de que hubiera más gente en la librería. Tardo varios segundos en responder.

—Sí. Pero es un tema delicado. No es algo de lo que suela hablar.

Da un paso más hacia el mostrador.

—Sé que no debería haberlo oído, es personal, pero no he podido evitarlo. —Hace una pausa, luego me mira directa a los ojos—. ¿Tus padres… —balbucea— se llamaban Elizabeth y Henry Cavendish?

35. Muchas preguntas

CHARLOTTE

Mi corazón bombea con fuerza y no me molesto en impedir que las lágrimas salgan disparadas. Porque solo hay un motivo para que Lauren conozca a mis padres.

—Sí —respondo con un hilo de voz a punto de romper a llorar.

La mujer que tengo frente a mí se lleva una mano al pecho. El temblor de sus dedos hace que el nudo de mi garganta se haga más grande y espeso.

—Dios mío… Llevo soñando con este momento desde hace años —explica limpiándose unas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Trago con dificultad.

—¿Eres… eres tú?

Lauren asiente con los ojos enrojecidos y brillantes. Doy la vuelta al mostrador para que nos podamos abrazar y me siento como si hubiera encontrado la última pieza del puzle. Me tiemblan las piernas y sé que soy incapaz de trabajar más por hoy. Miro el reloj, casi es hora de cerrar.

—Tengo muchas preguntas que hacerte —digo—. Me gustaría conocerte y no voy a pedirte nada. No hay reproches…

—¿Vamos a tomarnos un café al Joe's? —propone con una sonrisa, y me siento aliviada.

Volvemos a abrazarnos, recojo las cosas y cierro. Caminamos unos pasos hasta el local de al lado. Cuando Jay me ve, viene hacia mí. Enseguida nota que me ocurre algo y pone sus manos en mi cintura para besarme.

—¿Estás bien? —se interesa. Luego fija la vista en Lauren, quien también tiene cara de haber llorado. Me mira con una ceja

levantada, haciéndome una pregunta silenciosa, que muero por responderle.

—Es ella, Jay.

Vuelve a enfocarse en Lauren y esta asiente con una sonrisa en los labios.

—¡Oh, joder!

—Lo sé —admito.

Me besa y me levanta.

Un carraspeo al fondo lo obliga a dejarme en el suelo.

—Sentaos donde queráis. ¿Un café? —nos pregunta.

—Creo que hoy mejor una copa de vino, ¿no? —pregunto a mi madre biológica. Aún no me lo puedo creer. Ella cabecea, de acuerdo con mi elección.

—Perfecto, ahora os la llevo. Luego lo hablamos en casa, ¿vale? Estoy trabajando —se lamenta.

—Lo sé, tranquilo.

Jay vuelve a la barra, donde lo espera Joe con unas cervezas para alguna mesa, y nosotras buscamos una que esté algo apartada para poder charlar sin miradas indiscretas.

—Jay es muy buen chico —indica Lauren, observándolo desde nuestra ubicación—. Me alegro mucho por ti, por vosotros.

—Lo es —admito—. No he conocido a nadie como él.

Atrapa mi mano con la suya y la aprieta con fuerza.

—Dijiste que tenías muchas preguntas.

—Sí, bueno… Tengo curiosidad por saber qué pasó, ya sabes…

—Yo estaba en el instituto aún. Un día fui a una fiesta y tonteé con un chico. Me pareció muy guapo y empezamos a enrollarnos. Pero en algún momento quise parar. El chico no se lo tomó nada bien y me persuadió para terminar lo que había empezado.

—Oh, Dios mío, ¿te forzó? —susurro, acercándome a ella.

—Con lo que sé ahora sobre consentimiento, sí, supongo que eso fue lo que ocurrió. Pero en aquella época acabé creyendo que era mi obligación, que no podía cambiar de opinión, que… —gruñe—. Ese malnacido jugó conmigo y me manipuló para lo que le convino. Luego me enteré de que estaba embarazada y mis padres empezaron a discutir entre ellos. Fue una auténtica pesadilla.

»Entre todos, decidimos que seguiría adelante con el embarazo. Pero ellos quisieron que lo hiciera a escondidas, a las afueras del pueblo, abandonando los estudios y a mis amigas. Una tía vivía conmigo y la información que tenía la gente del pueblo era que estaba realizando el último curso en otro instituto, uno mejor que el de aquí, porque «yo era demasiado inteligente y querían que fuera a la mejor universidad». Las apariencias lo eran todo para ellos.

Jay aparece con las copas de vino, las deja sobre la mesa y se va tras darme un apretón en el hombro, gesto que le agradezco con la mirada.

—¿En serio hicieron eso? —pregunto indignada. ¿Cómo pudieron pensar que esa era la mejor opción?

—No querían que nadie del pueblo se enterara, por eso me escondieron. Me pasé ese tiempo leyendo porque no tenía absolutamente nada que hacer.

—¿Qué ocurrió luego? —pregunto tras darle un sorbo a la copa de vino.

—Pues… yo no tenía tan claro lo que iba a ocurrir, pero mis padres sí. Sin decirme nada, contactaron con una agencia privada de adopciones que se encargaba de todo. Un día, casi al final del embarazo, mi padre vino a verme por primera vez desde que había tenido que marcharme de casa, y trajo unos documentos que debía firmar porque ya era mayor de edad. En ellos había un montón de cláusulas en las que se negociaban las condiciones de la adopción. Podría haberme echado para atrás en ese momento, porque ya podía decidir, pero estaba muerta de miedo, mis padres me darían la espalda, no tendría a nadie y no sabía qué esperar de la gente del pueblo.

»En ese contrato se estipulaba, entre otras cosas, que jamás podía ponerme en contacto con ellos y mucho menos contigo, de ninguna de las maneras, y las cantidades de dinero que tendría que pagarles si no cumplía con mi parte. Era una ruina total y una locura porque no tenía sus nombres ni ningún tipo de información. Pero hace unos años me llegó una noticia de un accidente de avión privado —siento un pinchazo en el pecho— y que dos millonarios habían perdido la vida. Cuando vi las imágenes, supe que eran ellos.

Solo habíamos coincidido unos minutos cuando les entregué a mi bebé —hace una pausa y me mira directamente a los ojos—, a ti, pero no había logrado olvidar esas caras.

»Lo hablé con mi marido y decidimos que lo mejor era no hacer nada. Además, el contrato seguía siendo válido. Ellos no iban a contarte en ningún momento que eras adoptada, no querían que me buscaras, su deseo era que siguieras los pasos que habían marcado para ti. Me convencí de que estarías bien y de que no me necesitabas para nada.

No puedo contener las lágrimas. No sabe lo equivocada que está.

—Yo me enteré porque me lo contó mi abuela poco antes de morir y todos me tomaron por loca. Vine aquí y monté la librería para conocer a la gente. Oh, ¡estuve hablando contigo en varias ocasiones y no sospeché nada! —exclamo señalándola con un brazo.

—Yo sentí algo cuando te vi, pero me obligué a creer que eran tonterías. Que era imposible que fueras tú.

—¿En serio?

Sus ojos parpadean de manera lenta y mueve la cabeza en un gesto afirmativo.

—No puedo creer que estés aquí.

—Ni yo que te haya encontrado.

Nos levantamos para abrazarnos y siento una conexión muy especial. Hay mucho sentimiento y se nota, no tiene nada que ver con las muestras de cariño de mi familia. Nos separamos y ella me da un beso en la mejilla. Se disculpa rápidamente, pero le aseguro que no pasa nada, me gusta que lo haga. Sonríe y volvemos a sentarnos.

—¿Te gustaría que formara parte de tu vida? —pregunta ella—. ¿Has venido por eso?

—Vine a por respuestas. Pero supongo que el porqué ya me da un poco igual. Lo que más necesito ahora es tener una madre, una de verdad.

Se emociona y se limpia varias lágrimas.

—No sabes lo feliz que me hacen tus palabras. Siempre tuve mucho miedo a este momento, a que un día aparecieras por aquí con reproches, no sé, supongo que he visto muchas películas.

—De los demás solo conocemos la punta del iceberg, de modo que no podemos juzgarlos. Ojalá me hubiera criado aquí —admito—. Mi vida no ha sido fácil y me he visto obligada a hacer cosas que no deseaba. Conocer este lugar me ha servido para romper con aquello que no me hacía feliz. No voy a volver, de hecho. —Dirijo una mirada a Jay, que ahora está distraído atendiendo a una mesa, y sonrío. Lauren me observa igual de sonriente—. Pero no te guardo ninguna clase de rencor, no te preocupes por ello. Jamás me atrevería a cuestionar lo que hiciste, debió de ser muy duro estar en tu lugar y yo no sé cómo habría actuado. —Le estrecho la mano con fuerza por encima de la mesa.

De sus ojos caen otro puñado de lágrimas y me da las gracias en silencio, como si la emoción le hubiera arrancado la voz.

—Entonces —pronuncia tras varios segundos, y se aclara la garganta—, tenemos todo el tiempo del mundo para ponernos al día, ¿verdad?

—Sí, supongo que vamos a vernos mucho de ahora en adelante.

Asiente y nos quedamos calladas unos segundos, aunque nos miramos con una sonrisa enorme.

—Me gustaría que vinieras a comer un día a casa —me propone —. Quiero que conozcas a tus hermanos. Aunque necesitaría hablar con ellos primero.

¡Tengo hermanos! Menudo giro, encuentro a mi madre y resulta que tengo más familia. Cada vez estoy más satisfecha de haber venido a East Harbor.

—Por supuesto.

Mira su reloj y me anuncia que debería irse a casa, que hablará con ellos y que me mantendrá informada. Intercambiamos teléfonos y nos despedimos con otro abrazo.

Vuelvo a sentarme para esperar a Jay, pues termina en una media hora, pero la entrada de un nuevo mensaje hace que me pase el resto de la tarde temiendo lo peor.

Will:
Tenemos que hablar.

36. Debo regresar

JAY

Caminamos pegados el uno al otro bajo el paraguas. Charlotte está narrándome lo ocurrido en la librería con Georgia y con Lauren y la historia de su adopción. La veo tan emocionada que soy incapaz de interrumpir. No para de repetir lo alucinada que está por haber encontrado una familia y que está deseando conocerlos a todos. Le recuerdo que, aunque eso no hubiese ocurrido, seguiría teniéndonos a Madison, Harper o a mí. Aunque supongo que ahora mismo está borracha de euforia y los demás parecemos poca cosa.

Al llegar a casa, la acorralo contra la pared y la beso mientras mis manos se cuelan por dentro de su ropa. Gime en mi boca y se aparta como si acabara de acordarse de algo.

—¿Debo preocuparme?

Ella niega con la cabeza, aunque sé que miente. Cuando Lauren se ha marchado del Joe's, he notado a Charlotte preocupada y he temido que fuera algo de su antigua vida. No me gusta sacar el tema y ella no parece dispuesta a hablar de ello. Sé que sigue ocultándome algo importante y solo espero que algún día tenga la suficiente confianza como para contármelo. Mientras tanto, fingiremos que todo está perfecto.

Vuelvo a besarla y ella se apresura a arrancarme la ropa y llevarme a su dormitorio. La desnudo a ese mismo ritmo y llenamos la habitación de jadeos. Caemos sobre el colchón y nos peleamos por ver quién queda arriba. Charlotte gana, o la dejo ganar. Me gusta verla así de salvaje. Me recorre el cuerpo a mordiscos y cuando llega a mi polla la engulle como una diosa. Joder, es increíblemente buena en esto. Me lleva tan al límite que tengo que

detenerla para no terminar tan pronto. La subo y me giro para quedar sobre ella.

Seguimos besándonos como si fuéramos incapaces de saciarnos. Es todo muy salvaje, algo que no suele ser entre nosotros. Lo cual me hace pensar de nuevo en esa cosa que no me cuenta, porque está claro que algo ha pasado y ahora necesita rebajar la rabia o la tristeza de esta manera. No puedo quejarme, aunque no es lo que quiero.

—Espera, espera. —Sostengo sus muñecas y se ve obligada a mirarme, pues la tengo atrapada con mi cuerpo—. ¿Por qué no quieres hablar?

—Ya te lo he contado.

—No me refiero a lo de tu madre.

Sus ojos la traicionan buscando su móvil en cualquier lado.

—¿Entonces? —pregunta de manera inocente, aunque su mirada la delata.

—¿Qué es lo que callas? —insisto.

—No te sigo.

Niego con la cabeza y resoplo.

—Mira, no te voy a obligar a contarme toda tu vida. Pero, al igual que te dije que no eres un rollo, me gustaría que confiaras en mí y me contaras eso que tanto te preocupa.

Sus ojos me analizan y su cuerpo parece relajarse. La suelto y me siento a su lado. Ella se recoloca para quedar frente a mí.

—Debo regresar a Nueva York. Unos días. No es algo que me apetezca. Pero no puedo mudarme aquí y dejar un millón de asuntos sin resolver: la casa, la universidad, eh… la empresa…

—Está bien, Princesa. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes —rebate a la defensiva—. Harán lo posible para que me quede. Entorpecerán todo el papeleo, me harán ir a mil actos…

—Charlotte, ¿tú qué vida quieres?

Agarra mi mano y se acerca a mí. Nuestras narices se rozan, pero nuestros labios no.

—Quiero esto, Jay. No sabes cuánto. Quiero desayunar *sticky buns,* quiero leer frente a la chimenea, quiero mi librería, los cafés

del Joe's, los tacos de langosta del Jalapeños… Quiero más noches de chicas con Madison y Harper…

—Seguro que ellas también —apunto.

—Quiero verte todos los días y que me hagas reír con alguna chorrada.

—¡Ajá! De modo que te sí te hacen gracia —la pincho, y me besa con sus manos rodeándome el cuello.

—Quiero ser feliz y sentir que mi vida tiene sentido. Quiero despertarme todas las mañanas sin odiarme a mí misma, quiero poder decidir lo que quiera hacer, ¿entiendes?

—Pues, entonces, recuérdate eso cada hora mientras estés allí y recuérdate que eres mayor para tomar tus propias decisiones. —Ella cabecea, aunque poco convencida—. ¿Cuándo tendrías que irte?

—Depende. ¿Vas a llevarme a Portland? —pregunta cambiando el rumbo de la conversación de una manera magistral.

—¿Qué sabes tú de Portland? —rebato guasón.

—Puede que Madison comentara algo…

—¿Tú quieres ir?

—¿Tú quieres que vaya?

Me río. Ella alza las cejas.

—Sí, me gustaría presentarte a una amiga que se muere de ganas de conocerte.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —cuestiona, dejando entrever cómo la desilusión se apodera de ella.

—No sabía si lo ibas a encontrar precipitado, como no sabía si éramos un rollo y esto es hacerlo algo oficial…

—¿Me estás tomando el pelo?

—Un poco. —Me río y ella me da con una almohada—. Está bien, no sabía cómo proponértelo. Es pedirte que cierres la librería el sábado.

—Ah, vale.

—Pero no tiene nada que ver con que no quiera llevarte. Porque quiero hacerlo —añado, por si no ha quedado lo suficientemente claro.

Ella me observa unos segundos estudiando la propuesta.

—A este paso voy a necesitar contratar a alguien —comenta—. Iré, pero necesito abrir al menos por la mañana.

—Trato hecho.



Yo:
Charlotte me acompañará a Portland.

Holly:
¿En serio?

Yo:
Sí.

Holly:
¡Ay! Por fin voy a conocerla.

Madison:
Te caerá genial.

Yo:
Trátala bien.

Holly:
¿Qué quieres decir?

Yo:
Nos conocemos.

Holly:
Madison se la llevó de fiesta.

Yo:
También le dije que se portara bien con ella.

Holly:
Seguro que sí.

Yo:
Es hija de Lauren. Es adoptada.

Yo:
Os lo digo por aquí porque seguro que os llegarán rumores.

Madison:
¿Qué…?

Holly:
Hostia puta.

Yo:
Vino aquí buscando a su madre, pero se ha enamorado del pueblo y va a quedarse de manera definitiva.

Holly:
Del pueblo, ya.

Madison:
Ay, ¡qué bonito! ¿Sois novios?

No voy a responder. No necesito poner etiquetas. Estoy enamorado de ella y ella de mí. Nos vemos todos los días, nos besamos todos los días, nos acostamos… Joder, somos novios.

37. Fotopollas y otros argumentos

CHARLOTTE

—Por fin llamas —me reprocha Will nada más responder.

Llevo toda la mañana preparándome mentalmente para esta conversación. Pero, ahora que tengo el teléfono entre mis manos, siento que si no lo sujeto con fuerza se me va a caer por los nervios.

—Lo siento. La he encontrado —me justifico. Él sabe que es motivo suficiente para estar ausente unos días.

—¿En serio?

—Sí. Tengo dos hermanos —anuncio emocionada. Aún sigo sin poder creérmelo.

—No te encariñes —me pide. Lo odio por hacerme sentir mal en un momento como este.

—¡Will!

Rebufa.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a volver? —tantea con tacto.

—No.

El corazón me retumba entre las costillas. Me siento valiente por un segundo y la euforia se abre paso entre otros sentimientos. Me recuerdo a mí misma todos los motivos que me atan aquí y me reafirmo en mi decisión de mantenerme fuerte y no ceder.

—Prometiste que volverías cuando la encontraras. Debes regresar, tenemos muchos planes por delante —insiste, y temo que la burbuja se vaya desinflando.

—También tengo planes aquí.

—¿Qué quieres decir?

—He estado hablando con ella, pero no es suficiente. La necesito en mi vida. Me ha invitado a comer con su familia…

—Tu familia está aquí. Puedes hablar con ella por teléfono cuando lo necesites.

Sabía que esto ocurriría. Presionarán y presionarán hasta que logren convencerme de recuperar mi antigua vida. Por eso no puedo regresar ni para arreglar la documentación. Me atraparán y no podré salir de ahí.

—Will, ehm… —«Dilo. Dilo, joder, dilo ahora»—. Déjame que resuelva unos asuntos aquí, ¿vale?

«Cobarde».

—¿Habrás vuelto para Halloween? Tu primo está montando una fiesta en la empresa. Todo el mundo espera verte ahí.

—Lo sé, me llegó la invitación, pero… creo que necesito un poco más de tiempo.

—Te estoy dando una semana. Si el jueves no estás aquí, iré a por ti. Es importante que vuelvas, ¿lo entiendes? —me suplica. Por su tono de voz, entiendo que no es una petición vacía. Tiene un motivo real para hacerlo, aunque dudo que me lo vaya a contar.

—¿Ha ocurrido algo?

—Todavía no.

Sujeto el aparato con fuerza, temiéndome lo peor.

—¿Mi familia está bien?

—Sí, pero… vuelve pronto.

Tras un silencio angustioso, se despide de mí, alegando que está muy ocupado y repitiéndome lo mucho que me echa de menos.

Me quedo intranquila tras esta conversación, de modo que abro el chat con mi primo y me reprendo mentalmente por no haberle escrito nada desde que me avisó sobre la fiesta de Halloween hace casi un mes. Mi respuesta de ese momento fue: «Es posible que vaya, aunque depende de si he encontrado a mi madre para entonces».

No me escribió más, seguramente porque sigue molesto conmigo.

Yo:

¿Sabes? El hecho de que quiera encontrarla no significa que os vaya a dejar de lado.

Yo:

Siempre has sido mi familia y siempre lo serás.

James:
Lo sé, lo siento. Reaccioné muy mal. Lamento mucho no haberte escrito durante este tiempo, sigues siendo mi prima favorita.

James y yo no tenemos una relación idílica, aunque no es mala. A veces discutimos porque no estamos de acuerdo en algo —la mayoría de las veces— y podemos pasarnos muchos días sin hablar. Pero nos queremos.

Cuando mis padres murieron y mis tíos —sus padres— se convirtieron en mis tutores, él ya estaba en la universidad, por lo que no nos veíamos todos los días. Aunque siempre había algún fin de semana que aparecía por ahí con cualquier excusa y trataba de distraerme llevándome de compras.

Yo:
No pasa nada.

James:
¿Qué tal? ¿Alguna novedad?

Yo:
Sí. En breve nos vemos y hablamos.

James:
Qué misterio…

James:
Vale, tú envíame los datos del vuelo y mandaré a Vance al aeropuerto. Tengo muchas ganas de verte.

Paso la siguiente hora mentalizándome de que voy a regresar a Nueva York. De que voy a pisar sus calles de nuevo y de que veré a un montón de gente con la que no me apetece nada reencontrarme. Otra hora más dejándome claro a mí misma que es un mero trámite: voy, cierro todos los asuntos y vuelvo a refugiarme en East Harbor. No voy a socializar ni a relacionarme con nadie más que lo justo y necesario. De hecho, creo que no le voy a contar a nadie mis planes, les dejaré una carta a todos a mi marcha. Así es; cobarde, pero efectivo.

A media mañana, entra Jay para traerme el habitual café y no puedo estar más agradecida. Necesito dejar de pensar un poco.

—La semana que viene me iré un par de días —le anuncio—. Quiero llamar antes al abogado de la familia para asegurarme de que lo tenga todo arreglado, no quiero entretenerme mientras esté allí.

—Puedes quedarte fuera el tiempo que necesites.

—Si tardo en volver, ven a buscarme —suplico.

—Dicho así, parece que te fueran a secuestrar —bromea, pero no me río.

—Lo digo en serio.

—Vale. Hablaremos todos los días y te mandaré un recordatorio visual diario de lo que te espera aquí a la vuelta —comenta de manera sugerente y divertida.

Pongo los ojos en blanco.

—*Fotopollas* no, por favor.

—Te acabas de cargar el mejor argumento —asegura entre risas.

—Imbécil. No me quedo aquí por eso.

—Espero que lo que vayas a decir a continuación no sea un ataque a mi virilidad. —Me apunta con el dedo.

—No se me da tan bien hacer esa clase de chistes —reconozco.

—Pero te encanta que yo los haga.

Me río y él rodea el mostrador para venir a besarme. Mis manos vuelan automáticamente a su nuca y las suyas ya están en mis caderas para apretarme más contra él. Me empuja hasta quedar encajada entre su cuerpo y la pared y no me importa la gente que pueda vernos por el ventanal.

—Ese sí es un buen motivo —admito cuando sus labios abandonan los míos.

—Pues recuérdalo cuando estés allí.

—Lo haré —prometo, más para mí que para él.

—Y, si necesitas otro más visual —eleva las cejas varias veces—, solo pídemelo.

Estallo en carcajadas y lo aparto de un manotazo. Él se ríe también y adoro cuando esto sucede. Ahí va otro buen motivo. No cambio estos momentos ni por todo el dinero del mundo.

La campanita de la puerta nos alerta de que alguien acaba de entrar y ambos nos giramos para ver de quién se trata. Una mujer que trabaja en la farmacia nos saluda con una sonrisa y se dirige hacia la sección de no-ficción. Jay me da un beso en la mejilla extremadamente recatado y se despide de mí para volver al bar.

Mientras tanto, aprovecho para revisar más listados de novedades y recolocar algunas estanterías. La mujer me pregunta por varios libros que no me suenan, así que la guío hacia el mostrador para buscarlos en la base de datos.

—No los tengo, pero puedo pedírtelos. Estarían aquí en menos de una semana —ofrezco. Pero enseguida recuerdo que es posible que la librería no esté abierta para entonces—. Aunque voy a tener que cerrar unos días. Si quieres, los dejas pagados y los recoges en el Joe's cuando lleguen —improviso. No creo que me pongan problemas por recoger mis paquetes, ¿verdad?

—Ehm… —duda— Sí, claro. Y así aprovecharé para pedirme la tarta del día.

—Me gusta cómo piensas. Voy a tener que reclamarles una comisión —planteo de manera jocosa, y ella se ríe.

—Oye, ¿y cómo es que cierras? ¿Le ocurre algo al local?

—No, tranquila, no es eso.

—Menos mal, ya sería mala suerte con lo que le pasó a tu casa…

Me encanta este pueblo. Todo el mundo está pendiente de todo.

—Ya, mejor tocamos madera —comento dando unos golpes al mostrador—. Tengo que ausentarme unos días. Voy a Nueva York.

—¡Vaya! Mi hija sueña con ir. No para de hablarme de esa ciudad y de todas las cosas que quiere visitar.

Empieza a enumerarme muchos de los monumentos, edificios, museos, tiendas, incluso de algunos musicales que ahora mismo están llenando los mejores teatros de Broadway. Yo sonrío, imaginándome la ilusión que le hace y aguantándome las ganas de decirle que esto es mucho mejor, porque entiendo que cuando no vives allí puede impresionarte y, como turista, debe ser fascinante. Así que me convierto en la mejor guía y le hago una lista de consejos útiles por si un día se animan a visitar la ciudad que nunca duerme.

—Podrías venir con nosotras y hacernos un *tour.*

—No creo que pueda —rehúso de manera educada y sin entrar en detalles.

—¡Qué lástima!

La mujer se despide de mí con la misma sonrisa que ha dibujado al entrar y murmura algo como «yo aposté por vosotros» mientras inclina la cabeza hacia el Joe's. Este pueblo es increíble.

De nuevo sola, y tras meditarlo, decido enviar un mismo mensaje a Will, a Bianca y a mi primo.

Yo:
El miércoles vuelvo a Nueva York.

Las respuestas no se hacen esperar.

James:
Me alegro mucho. Yo también tengo novedades que contarte.

Bianca:
¡Qué bien! Esto es aburridísimo sin ti. ¿Significa que has encontrado a tu madre?

Will:
Perfecto. Nos vemos entonces. Tenemos mucho de lo que hablar.

Ya me estoy arrepintiendo.

38. Una sorpresa

CHARLOTTE

Ellsworth se encuentra a poco más de media hora de East Harbor, pero escuchando la *playlist* de Madison se me ha pasado volando. Hemos cantado —y desafinado— a pleno pulmón durante todo el trayecto. Menos mal que vamos solas y no ha quedado constancia de nuestro desfase.

Salimos del coche y engancha su brazo con el mío para dirigirme al estudio. Por fuera me da un poco de impresión y me tenso.

—Tranquila, son muy profesionales. Aquí es donde vienen todos los del pueblo.

Asiento.

Cuando entramos, nos atiende una chica muy simpática con bastantes *pierciengs* y tatuajes visibles. Me da un formulario para que lo rellene y anoto mis datos personales mientras Madison se queda charlando con ella. Al terminar, se lo entrego de nuevo. Entonces me pregunta qué idea tenía en mente. Le explico lo que había pensado y me enseña un par de ejemplos, aunque ninguno es como me lo imaginaba.

—Quería algo más minimalista, simplemente unas líneas finas. Mira, como este —le enseño uno que vi en Pinterest—, pero, en vez del pueblo, hacerlo con este puerto, la puesta de sol y las montañas.

—Vale, voy a por el iPad. Envíame la imagen a esta dirección de *e-mail,* por favor. Puedes esperar junto con tu amiga y en unos minutos te llamo.

Hago lo que me pide y vuelvo con Madison, que ojea algunos catálogos.

—¿Tú también estás pensando en hacerte alguno?

—Quizá, pero no hoy.

—Cobarde.

—Tengo uno de amistad con Jay y Holly que nos hicimos cuando nuestra amiga se fue a Portland. Mira —se remanga un poco y me deja ver unos triángulos entrelazados que ya le había visto a mi chico, aunque nunca le pregunté por ello. ¿Mi chico? ¿Acabo de decir «mi chico»?—. Los tres lo tenemos un poco por encima del codo. Aunque seguro que el de Jay lo tienes controladísimo.

—Sí —admito, consciente de que me estoy sonrojando—. Siempre me gustó. No sabía que fuera algo tan especial.

—Nos costó mucho encontrar un dibujo que nos gustara a los tres, hasta que tu novio nos mostró este diseño suyo y nos pareció perfecto. El triángulo tiene tres lados y tres vértices.

—¿Lo diseñó él?

—Es un as —asegura orgullosa.

Esperamos un poco mientras observo cómo la chica de la recepción dibuja trazos en el iPad. Luego me llama y me acerco. Me enseña dos propuestas.

—¿Cuál te gusta más?

«¿No son iguales?».

—Creo que este, es más fino.

—Perfecto. ¿Dónde lo quieres?

—Aquí. —Me señalo en el mismo sitio que me ha enseñado Madison, encima del codo, en la parte trasera.

—Quedará precioso. Voy a prepararlo todo. Enseguida te llamaré.

Vuelve a desaparecer y empiezo a juguetear con mis manos, presa de los nervios. El momento se acerca.

—¿Duele mucho? —balbuceo.

—A ver, se nota, no voy a mentirte. Aunque depende de la zona. —Cabeceo, pero sus palabras no logran calmarme—. Es muy bonito lo que has elegido.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. Es East Harbor, pero en un diseño delicado y minimalista. A mí no se me hubiera ocurrido. De verdad que estáis hechos el uno para el otro.

Se me ilumina la mirada al oír sus palabras y ella sonríe.

Cuando la chica viene a buscarme, regresan los nervios, pero me digo a mí misma que puedo con esto. Pasamos a una pequeña sala con una camilla, me pide que saque el brazo de la manga y empieza a hacer sobre él un montón de cosas que ni veo ni sé qué son.

—¿Qué te parece? —me pregunta al cabo de unos minutos.

Intento girarme el brazo de manera inútil. Ella, sonriendo, me señala un espejo. Voy hacia él y me coloco para poder ver bien el diseño. Me emociono. Exacto, eso quería.

—Pues ha sido mucho más rápido e indoloro de lo que creía.

La chica estalla en carcajadas y Madison asoma la cabeza.

—Solo es la transferencia. Si así es como te gusta, ahora llamaré a Johnny. Última oportunidad para cambiar de opinión —advierte.

—No, quiero hacerlo.

Un largo —y doloroso— tiempo después, termina esta agonía. ¿Por qué la gente se hace más de uno? ¿Por qué alguien quiere sentir dolor de manera voluntaria? Madison se ríe de mí porque, al parecer, he estado chillando como un cerdo en el matadero. No pienso volver, ya os lo digo.

El tal Johnny ha sido un amor de chico y ha aguantado estoicamente cada vez que lo he amenazado con cortarle los huevos al terminar. Me está envolviendo el tatuaje en *film* transparente y me habla de los cuidados que tengo que seguir. Ah, genial, que esto no ha terminado.

—Ha quedado muy bien —dice la chica de la recepción cuando llego. Madison me ayuda a volver a meter el brazo dentro de la camiseta y pago con la tarjeta.

—Gracias. Estoy muy contenta con el resultado, aunque el proceso sea una tortura medieval.

Se ríe. Rebufo. Me despido y salimos para regresar al coche.

—Bueno, no ha estado tan mal, ¿no?

Madison es una sádica y disfruta con el sufrimiento ajeno. Esa es la única explicación que le encuentro a que se haya pasado la media hora de vuelta riéndose de mi dolor. Me deja en casa y entro ignorando sus burlas. Qué mala amiga es cuando quiere.

Al oírme entrar, Jay levanta la cabeza desde el sofá. Por lo que oigo, está viendo algún partido, pero apaga la tele al verme y se

levanta para venir a mi encuentro.

—Cuando he visto las palabras «Madison» y «sorpresa» juntas me he preocupado —comenta con cautela.

—Haces bien. No es de fiar —me quejo.

—¿Me vas a decir qué ha pasado?

Sus ojos me escrutan en busca de alguna señal y yo decido quitarme la camiseta y que sea él mismo quien se responda. Enseguida repara en el plastiquito que envuelve mi brazo y lo sujeta con suavidad. Pasa un pulgar por los bordes y me estremezco.

—¿Esto era la sorpresa? —tantea escrutándome con intensidad.

—¿Te gusta? —pregunto con una sonrisa nerviosa.

Jay levanta los párpados y me suelta el brazo. Sus manos se aferran ahora a mis mejillas y alza mi cara. Sus labios impactan con los míos y nuestras lenguas no tardan en encontrarse, pero me obligo a apartarme. Una pulgada solamente.

—No me has dicho qué te parece.

—¿Te has hecho un tatuaje de East Harbor?

—Sí.

—Es una puta maravilla. Te quiero, joder.

Abro mucho los ojos y Jay parece apurado en un primer momento, aunque luego se muestra más seguro de sí mismo.

—Te quiero —reafirma. Como si a él también le hubiera extrañado su propia confesión y necesitara repetirlo para creérselo.

—¿Me quieres? —pregunto mordiéndome el labio, muerta de miedo.

—Sí, y no necesito que tú me lo digas también. —Se encoge de hombros—. Ya me lo demuestras sin palabras.

—Claro que te quiero, Jay. No es algo que planificara, pero supongo que no he podido evitar caer rendida ante tus encantos —admito con una caída de pestañas muy seductora.

—Uf… No me digas esas cosas. Ya sabes que mi ego se crece muy rápido.

—¿Solo tu ego?

—Joder, Charlotte. ¿Le tienes mucho aprecio a esas bragas? Porque las voy a destrozar —murmura.

Me río y le arranco la camiseta. La lanzo a algún lugar del salón. Mentira, no tengo fuerza y se cae a dos pasos de nosotros. Su aliento me baña la piel mientras se encarga de desnudarme como si estuviera frente a una delicada muñeca de porcelana. Eso sí, las bragas las desgarra, tal y como ha prometido. Ese contraste entre delicado y bruto es justo lo que me tiene embrujada. Que sé que puede ser un *empotrador* de libro, pero, a la vez, es alguien con la sensibilidad necesaria para hacerte sentir bien en cualquier momento.

Puedo decirme a mí misma que me quedo aquí por el pueblo. Y así es. Pero no puedo obviar que Jay ha tenido mucho que ver en la percepción que tengo sobre este lugar.

39. La apuesta

JAY

Meto la maleta de Charlotte y mi mochila en el coche y paso a buscarla a la librería. Cuando entro, está atendiendo a varios clientes de última hora. Cruzo brazos y piernas y me apoyo sobre la pared por un solo costado mientras la observo recordando sus gemidos, su cuerpo desnudo y el sabor de su orgasmo. No, joder, mejor pienso en otra cosa. Me aclaro la garganta y dirijo la mirada hacia las estanterías.

—Si no vuelves, te iremos a buscar. Necesitamos que esta librería esté abierta —le pide una. Estoy de acuerdo.

—¡Claro que volveré! Mirad, me he tatuado el pueblo, si eso no significa que estoy a muerte con East Harbor, ya no sé qué más hacer —explica enseñando ese diseño tan perfecto y precioso que yo no dejo de besar.

La mujer lo mira con atención y luego desvía la vista hacia mí.

—Ni se te ocurra dejar escapar a esta chica —me advierte.

—Ni hacerle daño —sentencia su acompañante.

Me río y Charlotte sonríe.

—No se me ocurriría hacer ni una cosa ni la otra.

—Más te vale —responde la primera agarrando su bolsa y saliendo por la puerta, sin dejar de amenazarme con el dedo.

—Ya las has oído, más vale que regreses —me burlo.

—Oh, no te preocupes. Me queda claro que medio pueblo irá a buscarme, aunque solo sea para reabrir la librería.

—A algunos nos importa más Charlotte que la librera —aseguro. Porque me da igual si este negocio no abre más, lo que no podría soportar es dejar de verla a ella para siempre.

—¿Tú te incluyes?

—La duda ofende —comento con la palma sobre el pecho.

—Mira que eres teatrero —bromea, y va hacia la puerta para colgar el cartel de «cerrado»—. Dame unos minutos y nos vamos, ¿vale?

—Claro. Si tardamos, te echaré la culpa a ti.

Me dirige una mirada asesina y me río.

—Vamos bien de tiempo, tranquila.

—¿Seguro? Porque si llegamos tarde le voy a caer mal a tus amigas.

—A Madison ya le caes genial. Y a Holly te la vas a ganar enseguida. De verdad.

Resopla. Decido acercarme a ella para abrazarla. Noto que se tranquiliza entre mis brazos y le doy un beso en la coronilla.

—Si te hace sentir mejor, voy a dejar de hacer bromas.

—No vas a saber —me provoca.

—¿Qué te apuestas?

—La limpieza de dos semanas —propone, demasiado rápido.

—Cabrona —escupo—. Trato —afirmo ofreciéndole la mano.

—Trato —repite, estrechándomela.

—Hasta llegar a Portland —especifico.

—Hasta conocer a Holly —contraataca.

Me coso los labios mentalmente para no decir nada mientras ella termina de dejar todo listo a fin de poder cerrar.

—¿Te espero fuera?

—No vale evitarme.

Pongo los ojos en blanco y me quedo en la puerta. Ella se ríe y tararea que voy a perder. Me cago en mi puta vida. Voy a perder. Y voy a tener que limpiar durante dos semanas.

—Ya está, podemos ir a buscar a Madison.

Salgo en silencio para subirnos en el coche. Más silencio. Charlotte me mira divertida y pone música. *Industry Baby*, de Lil Nas X y Jack Harlow, suena, provocando que mis dedos empiecen a tamborilear contra el volante. Pero no abro la boca porque la tengo cosida.

—Vaya, parece que te ha comido la lengua un gato.

«Cállate. Cállate».

Llegamos a la casa de Madison, toco el claxon y enseguida sale por la puerta con su maleta. ¿Por qué las chicas llevan tanto equipaje para una noche? Yo llevo una mochila con una muda, un cepillo de dientes y desodorante.

—¡Hola, chicos! —exclama sentándose en el asiento de atrás.

—¡Hola! —responde Charlotte.

Madison se gira hacia mí y alza las cejas.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Es que hemos apostado que sería incapaz de no hacer bromas y como sabe que va a perder ha decidido no hablar —responde mi novia con seguridad. Está convencida de que va a ganar.

Mi amiga se ríe y agarro el volante con fuerza. Voy a perder.

Make You Mine, de Madison Beer, suena ahora y Charlotte me mira divertida.

—No voy a caer.

No haré ninguna broma alegando que la cantante se llama igual que mi amiga. Está seleccionando los temas para provocarme.

—Es que me gusta la canción.

—A mí también.

La miro por el espejo retrovisor. Me sonríe con descaro, parece encantarle este juego.

Salimos del pueblo y bordeamos la isla para llegar al puente que nos comunica con el resto de Maine —y del país—. Yo sigo con mi voto de silencio mientras las chicas hablan entre ellas y se ríen. O cantan. ¡Qué manera de desgañitarse! Pero no voy a bromear sobre ello.

Cuando llegamos a Ellsworth, el nudo que solía aparecer cuando pasaba por aquí ya no está. Se me dibuja una sonrisa porque eso significa que Yiannis ya no duele. Forma parte de mi pasado. Vivimos una historia corta, curiosa y bonita que se acabó para dar paso a otra mejor aún —espero—. Miro a Madison por el retrovisor, quien parece haberse dado cuenta por la mirada que me dirige.

—Ahí me hice el tatuaje —suelta Charlotte, de repente.

—Sí, creo que no van a dejarte volver, de hecho. Menudos gritos…

—¡Eh! —protesta.

—¿Gritos? —pregunto, esperando que me den algo más de información.

—A tu novia parecía que la estuvieran descuartizando. Es muy exagerada.

—Lo sé, y eso me gusta. —Ambas me miran con la boca abierta y me señalan—. No es una broma, es en serio. Pero no voy a hablar de esto con Madison aquí presente, ¿vale?

Charlotte se ruboriza y atrapo su mano para entrelazar nuestros dedos. Ella me mira y me sonríe.

—Qué monos… —murmura mi amiga.

Chasqueo la lengua.

Cuando llevamos una hora de camino y las chicas se han cansado de cantar y yo estoy cada vez más convencido de que voy a ganar esta apuesta, Charlotte se gira hacia Madison, colando la cabeza por el hueco entre los asientos delanteros.

—Oye, ¿crees que Jay tiene un manual de instrucciones?

Arqueo una ceja.

—¿Uno para él o uno para los que conviven con él? —responde Madison, siguiéndole el juego en un tono que no augura nada bueno.

—Para los demás. En plan: «Se recomienda no hablarle antes del primer café», o «Es posible que ponga excusas para no ordenar su habitación».

—¡Eh! Yo tengo muy buen despertar.

Charlotte se ríe por mi reacción y me da a entender que solo me está provocando.

—Así que admites lo del desorden.

Pongo los ojos en blanco, pero me niego a responder. No me considero desordenado. En general, no lo soy, aunque a veces haya alguna prenda en el suelo.

—¡Ah, ya sé! —exclama Madison mientras agita una mano para llamar la atención de mi novia—. «Peligro: altas dosis de bromas involuntarias. Puede provocar efectos secundarios como risas o sarcasmo».

—Y, aun así, no incluyo devoluciones ni reembolsos. El que me quiera, se queda con todo el *pack.*

Doy un golpe al volante y las chicas se miran en silencio.

—¿Eso ha sido una broma? —pregunta Charlotte.

—Yo diría que sí.

—No lo ha sido —apelo.

—Claro que sí —sentencia—. C, ¿qué has ganado?

—Dos semanas sin limpiar.

—¡Olé! —Chocan una mano—. Chica lista.

—Os habéis compinchado para provocarme. No es justo —me quejo.

—Debería ser facilísimo no hacer una puñetera broma en tres horas —expresa mi amiga.

Pongo los ojos en blanco. Otra vez.

—Está bien. Pero espero poder elegir la música.

Ya sabéis, la norma número cuatro.

—Ya veremos —canturrea Charlotte.

Sonrío. Os juro que me da igual haber perdido solo por ver su cara de victoria ahora mismo. Me parece increíble que una chica logre volverme tan idiota.

40. Familia

CHARLOTTE

Jay aparca delante de una casa de estilo tradicional norteamericano, con el típico revestimiento exterior de vinilo en color blanco envejecido. El tejado y las ventanas son de un color gris oscuro que le da un toque elegante. Tiene un pequeño porche delantero con una guirnalda de luces al que se accede por unas escaleras. El aspecto general es acogedor y tranquilo, como se aprecia en todo el vecindario.

Siento un cosquilleo en el estómago mientras Madison abre la puerta trasera para bajar. Jay ya está fuera y rodea el coche para abrir la mía. No sé por qué, pero este gesto tan sencillo hace que me tiemblen un poco las piernas.

—¿Lista? —pregunta, ofreciéndome la mano.

—¿Y si no le caigo bien? —respondo en voz baja mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

—Si no le caes bien, dejaré de hablarle —asegura con mucha dulzura en su mirada—. Le caerás genial.

Subimos los escalones del porche despacio. Madison corre y llama al timbre con una naturalidad que me gustaría imitar. Oigo pasos al otro lado y un segundo después la puerta se abre de par en par.

—¡Ya era hora! —exclama una chica rubia con el pelo recogido en dos trenzas laterales. Su voz es alegre y muestra una sonrisa contagiosa.

—Ha sido culpa mía —se excusa Jay, dándome un apretón en la mano. Cuando lo miro, me guiña un ojo.

—Tú debes de ser Charlotte —adivina, desviando la vista hacia mí con curiosidad.

Asiento.

—Así es.

—Holly, encantada.

Me abraza sin darme tiempo a reaccionar y, aunque me pilla por sorpresa, me reconforta y me apaga un poco los nervios. Me gusta que esta sea su reacción, como si me conociera desde hace tiempo, como si fuéramos amigas.

—Pasad, os estábamos esperando.

—¿Os? —inquiere Jay con el ceño fruncido.

—Ups —responde ella.

Entro detrás de Jay y Madison, dispuesta a seguirlos hasta el fin del mundo. La casa de Holly es luminosa y acogedora, con paredes blancas y muchas fotografías enmarcadas. Reconozco varios paisajes de East Harbor en ellas.

Al pasar al salón, descubrimos a qué se refiere con «os». En el sofá, con una lata de refresco en la mano y una amplia sonrisa, vislumbro a Beth, riéndose por algo que le acaba de decir un chico que está a su lado.

—¡Has venido! —exclama Beth, levantándose con una sonrisa radiante y viniendo hacia mí con los brazos abiertos.

Me estrecha contra su cuerpo y miro a Jay en busca de ayuda, pero él simplemente sonríe.

—Estoy aquí —pronuncia Jay, tratando de llamar la atención de su hermana.

—Ya te he visto. Mucho, de hecho. —Pone los ojos en blanco—. Toda la vida. Ella es nueva.

—Mira, me has reemplazado —comenta divertido dirigiéndose a mí, para luego volver a fijar la vista en su hermana—. Entonces, ¿ya te has mudado aquí?

—Sí. Papá y mamá te habrían llamado si se hablaran contigo para decirte lo mala hija que soy y lo poco adecuado que es que viva sola estando soltera y blablablá —ironiza poniendo los ojos en blanco.

Jay abraza a su hermana y le da un beso en la coronilla al percibir un rastro de tristeza en su voz. Mientras tanto, yo me fijo en cómo se van saludando los demás o en cómo el chico que no conozco no pierde de vista a Beth.

—¿Vives aquí? —pregunto. Es mucho más educado que decir: «No esperaba tanta gente».

—Así es. Me alegra volver a verte.

—Igualmente —respondo con una sonrisa sincera.

Beth se gira hacia el chico, quien ya se ha levantado del sofá.

—Él es Jake —continúa, mirándome a mí y un poco a Jay de refilón—. Es amigo y compañero de trabajo de Holly y… —balbucea — también es mi novio.

El aludido rodea a Beth con una mano tras su espalda y me tiende la otra con una sonrisa.

—Encantada.

—Lo mismo digo. He oído hablar mucho de ti últimamente —comenta. Creo que me sonrojo.

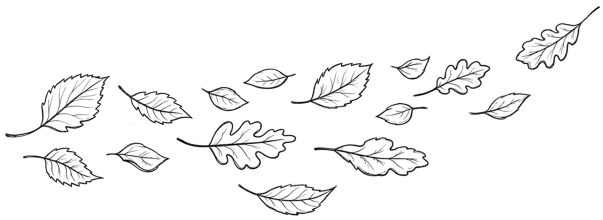
—Ah, ¿sí?

—Sí.

Jay no dice nada. Solo observa. Como si estuviera estudiando cada gesto, cada palabra, cada respiración de Jake. Está juzgando si ese chico merece a su hermana.

—Relájate —murmura Holly llegando a su lado—. Ya lo he amenazado. Y, si no hace caso, encontraremos la manera de deshacernos de él sin levantar sospechas.

Todos se ríen. Yo también. Jay también. Incluso el novio de Beth no parece tener miedo de terminar descuartizado y enterrado en algún desierto.



—Entonces tú y tú estuvisteis liados —murmuro señalando a Holly y a Jake, asimilando la información que acabo de recibir. Me he fijado en que esta lo llama Mathews, así que asumo que será su apellido.

—Y ella besó a mi novio —añade la aludida apuntando hacia Beth.

Me estoy perdiendo.

—No era tu novio en ese momento —rebate.

Holly chasquea la lengua. No parece molesta con ello.

—Estaba demasiado entretenida odiándolo, pero todo el pueblo sabía que acabarían juntos —explica Madison.

—Incluso yo, que no conocía a Duncan —interviene Jay.

Los miro alucinada. Me encanta la naturalidad con la que hablan de estos detalles sin guardarse ningún rencor. Creedme si os digo que en mi entorno eso sería motivo de enemistad durante varias generaciones.

Los demás ríen y yo sonrío. Me caen bien y me hacen sentir aún mejor. Es un grupo muy saludable: se quieren, se preocupan unos por otros, están al día de sus cosas y no hacen un mundo de un grano de arena porque lo hablan y lo resuelven como adultos. Me han incluido desde el principio y me siento como una más. Nadie me juzga ni me hace preguntas incómodas. Nadie quiere saber más de lo que yo estoy preparada para contar. Nadie espera algo de mí que no soy. Aquí soy Charlotte, la librera de East Harbor. Estoy en esta casa porque salgo con Jay, pero soy una persona independiente de él. Soy Charlotte, no la novia o la hija de alguien.

Holly no es como la imaginé, es mejor. La amiga que todos querríamos tener: cercana, simpática, divertida… Según me han contado, está aquí porque luchó por sus sueños y eso me da fuerzas a mí para hacer lo mismo. Jake es muy cordial y se desenvuelve con Beth con una complicidad envidiable. Esta tiene una inocencia que la hace adorable, y supongo que es el motivo por el cual Jay mira con tanto recelo a su novio.

—Entonces, ¿eres de Nueva York? —pregunta Jake con simple curiosidad—. Yo he estado varias veces por trabajo y juro que me vuelvo loco. Demasiado grande, demasiada gente…

—Ya… —No sé qué decir, estoy de acuerdo. Me encojo de hombros—. Esto es mucho mejor. Me gusta East Harbor.

Holly y Madison sonríen, supongo que porque están contentas de ver feliz a su amigo, y Beth nos mira como si fuéramos los protagonistas de su próxima novela. Jay pasa un brazo por la silla y sus dedos rozan distraídamente mi hombro.

De repente, el pueblo se convierte en el nuevo tema de conversación y ellos empiezan a recordar anécdotas graciosas. Aprovecho para terminar el plato de pasta que ha preparado Jake y que está delicioso.

—¿Alguien quiere más? Ha sobrado bastante —pregunta Holly de repente.

—Yo —piden Jay y Jake a la vez. Se miran entre ellos con el ceño fruncido.

—Pero puedo servirme yo mismo —continúa este último.

—Ya has cocinado, nos toca a los demás hacer algo —rebate ella.

—Insisto. Hoy nos toca trabajar a los hombres, ¿verdad, Jay?

—Por supuesto —coincide, y se levanta para servirse algo más de comida—. ¿Tú quieres más? —me pregunta directamente.

—No, gracias. Está muy rico, de verdad, pero ya me he saciado.

—Si está malo no te lo dirá, chef, es demasiado educada. Tendrás que vivir con esa duda —bromea Jay.

—¡Oh! No, no, no, está buenísimo, lo digo en serio —me apresuro a aclarar.

—Déjalo que sufra un poco —susurra Holly, guiñándome un ojo.

Alzo las cejas y las demás chicas se ríen. Los hombres están en la cocina. Me giro hacia ellos y se palpa algo de tensión, aunque un poco menos que cuando hemos llegado. Una vez que se han servido, percibo cierta aceptación por parte de Jay. Creo que lo conozco lo suficiente como para ver más allá de lo que muestra, y en este momento le está diciendo con la mirada que entiende y respeta que él y su hermana estén juntos, que no se va a meter, pero que ni se le ocurra hacerle daño. Ahí está esa nota de protección a los suyos que tanto me enamora.

Cuando regresan a la mesa, retomamos la conversación sobre anécdotas pasadas. A ratos me siento un poco fuera de lugar, pues aquí hay vínculos más antiguos que mi llegada a East Harbor. Pero empiezo a comprender lo que significa pertenecer a un lugar, a un grupo, a una mesa llena de voces y miradas que no juzgan. A una familia que eliges y creas solo con aquellas personas que suman y te hacen sentir mejor.

Por eso me relajo. Porque estoy con ellos, a los que apenas conozco, pero son familia. Porque estoy con él. Y porque, aunque haya empezado la tarde con el estómago en un puño, ahora lo único que quiero es que esta cena no acabe nunca.

41. Yo nunca

JAY

La cena ha sido… interesante. Una encerrona. Holly ha invitado a Jake adrede. Lo sé yo, lo sabes tú y lo saben todos. Supongo que quería enfrentarme a la situación para que dejara de imaginarme mil escenarios negativos. Es un buen tío. Lo es. Y se ve de lejos que está coladísimo por mi hermana. Seguro que hasta se ha ofrecido a cocinar hoy para que vea que no pretende tenerla de sirvienta.

Al terminar, hemos probado un *lemon pie* que Madison ha comprado en una pastelería de camino. Estaba realmente delicioso. Seguro que ella sabía que habría invitados sorpresa y no me dijo nada.

Llevamos un rato alargando la sobremesa para no dar por finalizada la cena tan pronto, porque ahora mismo hay muy buen rollo y mañana habrá que volver a East Harbor.

—¿Habéis jugado alguna vez a «yo nunca»? —propone Holly, agitando una botella de tequila y varios vasos de chupito.

—¿Crees que es buena idea? Mira que luego vamos a pasar todos la noche aquí. A ver si vamos a acabar peleados… —apunta Madison.

—¿Este también? —pregunto, señalando a Jake.

—No será la primera vez que duermo con tu hermana —me provoca con una sonrisa canalla.

Rebufo. Charlotte agarra mi mano y entrelaza los dedos.

—Tranquilo —susurra.

—Mathews, haya paz —pide Holly.

—¿Cómo se juega a eso?

—No vamos a jugar —gruño—. Tú no puedes beber. —Señalo a mi hermana—. Ni nosotros.

—¿Desde cuándo te importa eso? —cuestiona Madison.

Voy a responder, pero…

—Yo sí —asegura Charlotte. Arqueo una ceja.

—¿Tienes veintiuno?

Asiente con una sonrisa.

—Yo hace tiempo que tengo edad suficiente —proclama Jake.

—Asaltacunas —murmuro.

—Eh, eh, haya paz —interviene Holly—. Vamos a ver, vosotros dos tendréis que aprender a llevaros bien porque, si no, esta señorita de aquí, ¿la veis? —señala a Beth—, va a sufrir, puesto que está en el puto medio.

Me giro hacia mi hermana, quien me lanza una súplica silenciosa, y relajo mi cuerpo.

—Lo siento.

Ella hace un gesto de afirmación y se deja abrazar por Jake. Este ya no me reta con la mirada, sino que se muestra vulnerable. Como si realmente le importara que confíe en él porque la quiere y necesita mi aprobación.

Carraspeo.

—Bueno, vamos a jugar.

Holly aplaude, Madison me mira incrédula, Charlotte me abraza y la parejita que tengo enfrente asiente con una sonrisa.

—Muy bien, para quien no sepa las normas, el juego consiste en decir una frase que empiece por «Yo nunca» y completarla con algo que nunca hayas hecho, o sí, y los demás tenemos que beber si lo hemos hecho. Sirve mucho para conocer a la gente.

—¿Qué clase de cosas se dicen? —pregunta mi hermana.

—Bueno, depende de las intenciones de los demás participantes. Pero la finalidad es que la gente beba, así que si sabes algo de alguien…

—Dices que no has hecho eso —termina Charlotte.

—Exacto. ¿Has jugado alguna vez?

—No.

—Genial, coged un vasito cada uno y rellenad. ¿Quién empieza?

—Yo nunca he deseado la pareja de otra persona —digo.

Jake chasquea la lengua y bebe. Holly lo mira alzando las cejas y él le guiña un ojo.

—Ya pasó. —Le resta importancia con un gesto de la mano—. Bueno, sigue Charlotte.

—Yo nunca me he hecho un tatuaje.

Bebemos todos menos mi hermana y rellenamos.

—Ahora a mí. —Esa es Holly—. Yo nunca he deseado ser una escritora famosa.

Bebe mi hermana. Charlotte duda y finalmente bebe. La miro con las cejas levantadas y ella se encoge de hombros.

—Tu turno, señor mayor —se cachondea Holly refiriéndose a Jake. Ni maldita gracia me hace.

—Yo nunca he besado a un hombre —dice este.

—Hijo de puta —gruño.

Bebemos todos menos él.

—¿Beth?

—Yo nunca he salido de casa sin ropa interior.

—¿Qué te he hecho? —escupe Holly.

Nadie más bebe.

—Se trata de eso, ¿no?

—Aprendes rápido, pequeño saltamontes. Madison.

—Yo nunca me he enamorado de alguien de esta sala.

—Bum —ruge Holly, y se ríe.

Bebemos Beth, Jake —sin ningún ápice de duda, mirándola embobado—, Charlotte y yo —que también nos miramos de la misma forma—. La parejita de enfrente se besa.

—Me toca otra vez. Yo nunca me he acostado con más de veinte personas.

—A tu salud —dice Holly, haciendo como que choca el vaso en el aire antes de tragárselo todo. Jake también bebe. Arrugo la frente, molesto, porque me jode que mi hermana salga con alguien con tanta experiencia. Holly carraspea, adivinando mis pensamientos, y me obligo a relajar la postura.

—¿Tú no? —me acusa mi cuñado.

Chasqueo la lengua. Bebo.

—Charlotte, tu turno.

—Yo nunca he deseado nacer en otra familia.

Bebemos ella, mi hermana y yo.

—Venga, me toca. Yo nunca he estado a punto de perder un trabajo por ligar con la hija del jefe.

—¿Qué pollas, Holly? —mascullo.

—Bebe.

Jake bebe.

—¿Tú? —lo acuso, y todos ahogamos un suspiro de exclamación.

—¡Qué bien! Ahora empiezan a salir cosas interesantes —aplaude Holly.

—Hace mucho tiempo de eso y no tengo que darte explicaciones.

Pongo los ojos en blanco.

—Yo nunca he dudado de mi orientación sexual.

Puto Jake de los cojones. Bebo.

—Chicos, recordad que es un juego para divertirse —nos advierte Madison.

—Yo nunca he ocultado algo muy fuerte a alguien de este grupo.

—Beth… —la reprendo.

—Shhhh.

A Charlotte le tiembla la mano, pero bebe. Arrugo el ceño. Jake duda, aunque finalmente bebe y mira incómodo a su compañera de trabajo.

—Interesante —murmura Madison. Yo nunca me he acostado con alguien famoso.

—Perra —ruge Holly.

Beben ella y Jake. Beth lo mira sorprendida.

—Yo nunca he sido infiel —digo con la mirada fija en Jake.

—Si querías pillarme a mí… —se burla.

Cabrón.

Nadie bebe, excepto Charlotte.

—¿Algo que decirme? —la acuso divertido arqueando una ceja, aunque acojonado por dentro.

—He tenido más novios —aclara—. Yo nunca he hecho un trío.

—Vaya, está subiendo el nivel… —murmura Madison.

Holly y Jake beben. Yo también. Charlotte me mira con curiosidad y me encojo de hombros.

—Yo nunca me he enamorado de alguien nada más verlo —suelta Holly mirando a Madison, quien ya está agarrando su chupito.

—Yo nunca he estado más de un año sin sexo —prosigue Jake.

—¿Te refieres a después de hacerlo por primera vez? —quiere saber Madison.

—Obviamente.

Solo beben ella y Charlotte.

—Yo nunca me he sentido atraída sexualmente por alguien de esta sala.

Joder, no reconozco a mi hermana.

Bebemos todos menos Madison. Holly incluida.

—Yo nunca he dejado mi vida atrás por algo que me llenaba.

—Oh, Madison se nos ha puesto sentimental —canturrea Holly con el vasito en alto. Está claro que este juego le encanta. Charlotte y Beth también beben.

—Se está acabando la botella —expongo.

—Creo que podríamos dejarlo aquí, antes de seguir destrozándonos el hígado unos a otros —conviene Madison.

—¿Solo tres rondas? —protesta Holly.

—Mañana tenemos curro —le recuerda Jake—. Agradecerás haber parado aquí, eres de las más perjudicadas.

—Claro, porque tú estarás follando —me atraganto con mi propia saliva—, estos dos también —nos señala a Charlotte y a mí— y yo tengo que compartir cama con Madison.

—Si lo prefieres, me quedo en el sofá y así sacas tus juguetes —se burla.

—No, tranquila, no pensaba sacar nada. En fin, creo que tenéis razón. Es hora de dejarlo aquí y subir a descansar. Es que me da lástima que esto ya se acabe y vuelva a quedarme sola.

Ahí llega el bajón del alcohol.

—Yo seguiré aquí —le recuerda Beth, y se abrazan.

—¿Quieres que le diga a Joe que te hagan una visita? —propongo, rodeando a Charlotte por la espalda con un brazo.

—Gracias. Pero seguro que mañana veo las cosas de otra manera. No me dejéis beber nunca más.

Nos reímos. Recogemos la mesa entre todos y nos damos las buenas noches como una familia antes de irnos a nuestras respectivas habitaciones. Aunque no pueda evitar pensar en algunas de las revelaciones de esta noche.

¿Qué es eso tan fuerte que oculta Charlotte?

42. Mi casa está en East Harbor

CHARLOTTE

Pocas cosas son comparables a despertarse al lado de Jay. Os pareceré una cursi o una inocente, pero nunca había dormido con un chico. Siempre tuve una cama de gran tamaño en una habitación que parecía un palacio. Pero jamás la compartí con nadie. ¿Os sorprende? Si a estas alturas pensabais que tenía un novio con el que compartía piso y con el que me acostaba, lamento deciros que esa no era mi vida. Aunque no os queda mucho para verlo con vuestros propios ojos.

Ayer, tras ese juego inventado para enemistar a cualquier grupo —aparentemente menos a este—, Jay y yo fuimos a nuestra habitación. Nos desnudamos, nos besamos, nos mordimos, nos arañamos, nos lamimos y nos tocamos de todas las maneras posibles. Creí que estaría demasiado cansada y perjudicada, pero me llevó al orgasmo de manera rápida y satisfactoria para ambos.

—¿Estás despierta? —murmura.

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—¿Hambre de comida?

—Qué viciosa eres. —Me río—. Sí, de comida, tengo la boca pastosa y oigo ruido abajo. Más vale que salgamos, bastante nos debieron oír ayer.

—Oh, no.

Me cubro con la sábana, aunque Jay me lo impide. Me agarra una teta y se la lleva a la boca. Gimo sin controlar el volumen y pone un dedo sobre mis labios. No tardo ni medio segundo en metérmelo en la boca y chuparlo de la manera más erótica posible.

—¡Tortolitos! —llaman desde la puerta—. Dejad el fornicio y bajad a desayunar. Quiero despedirme de todos antes de irme a trabajar.

—Voy a matar a Holly —gruñe.

Estallo en carcajadas. Jay me da la vuelta para callarme a besos, pero lo único que consigue es que ría más fuerte.

—Vamos —me insta dándome un pellizco en el trasero.

—¡Oye! —protesto.

Me levanto, me pongo algo encima y voy en busca de un baño para darme una ducha ultrarrápida.

Al bajar noto muchos pares de ojos sobre mí y empiezo a sonrojarme. Miro a todos lados en busca de Jay, pero parece que sigue arriba.

—¿Tortitas o gofres? —me pregunta Jake desde la cocina.

—Un gofre estará bien. ¿Hay café? —me obligo a preguntar para no pensar en que todos están atentos a cada uno de mis movimientos.

—¡Por supuesto! Aquí tienes una taza —me entrega Beth, que se encuentra al lado de su novio—. Siéntate donde quieras.

Ocupo una silla vacía que está al lado de Madison y dejo la bebida sobre la mesa. Jake me acerca un plato con el gofre y me invita a servirme lo que quiera de lo que hay en la mesa.

—Le estamos saqueando la nevera a Holly —bromea. Lo noto más suelto y gracioso ahora que no está Jay.

—Más vale que me invites al almuerzo algún día —refunfuña la aludida.

—¿Qué tal has pasado la noche? —pregunta Madison.

La miro y no hay rastro de burla. Solamente se interesa por mí, y eso hace que se me caliente un poco el pecho.

—Bien. Bueno —me aclaro la garganta—, lo poco que he dormido ha sido reparador.

—Vamos, que te vas a quedar frita en el coche. Al final tendré que conducir yo —se queja de manera graciosa—. La próxima vez traigo a Caleb.

—Eso. Y me convierto en la sujetavelas oficial —ironiza Holly.

Todos nos reímos.

—Yo no sé si estaré la próxima vez —alega Jake—. Ha sido un milagro que hayamos coincidido en horarios.

Ahora todas las miradas recaen en mí.

—Yo he hecho una excepción para venir esta vez. No puedo cerrar tanto la librería por asuntos personales y la semana que viene tengo que ir a Nueva York.

—Ojalá pudiera ir contigo —interviene Madison—. Pero sé que no vas de turismo.

—La verdad es que no. —Pongo una mano sobre la suya—. No me gusta hacer promesas que no sé si voy a cumplir, así que no puedo decirte que te llevaré algún día. Lo que sí puedo hacer es regalarte una escapada llena de actividades. Un hotel de cinco estrellas con las mejores vistas, una cena en Le Gratin, un paseo en limusina…

—No creo que pueda aceptar eso —murmura apenada.

—Claro que sí.

—¡No! ¿Qué se supone que tendría que regalarte yo a cambio?

—Un corte de pelo —respondo sin pensármelo mucho.

—¿Qué?

—Eres peluquera. Tienes un salón de belleza. Puedes invitarme a algo y ya está.

—Pero tendrías que venir gratis durante años para alcanzar el coste de tu regalo.

Por fin entiendo lo que está queriendo expresar. Los demás no dicen nada, aunque Jake y Beth están dándose mimitos ajenos a esta conversación.

—Vamos a ver. No sería un préstamo. No tendrías que devolverme nada. Es un regalo que te haría porque te aprecio. ¿Crees que yo estaría en mi ático mientras tú te hospedaras en algún hotel cutre a un montón de millas de distancia? ¿Que te moverías en metro? ¿Que comerías en un puesto callejero de perritos calientes?

Ahora parece que todos han puesto sus ojos en nosotras, incluso Jay, que acaba de bajar y está justo detrás de mí.

—Pues a lo mejor me gustaría vivir esa experiencia —me reprocha, soltando mi mano como si tuviera la peste.

Mierda. ¿Qué acaba de pasar?

—Lo siento, no quería sonar así de esnob. No soy así, no aquí —me disculpo. No quiero caerles mal.

—Lo sé. La Charlotte que yo conozco no lo es. Solo espero que no cambies cuando regreses a tu casa.

—Mi casa está en East Harbor —rebato. Necesito que esto quede claro.

Madison asiente y sonríe ligeramente. Suspiro. Miro alrededor y veo diferentes caras. Jay se sienta a mi lado y me abraza.

—Si ella no quiere ese regalo… —empieza a decir Beth.

—No he dicho que no lo quiera.

Me río.

—¿Entonces…? —tanteo, cogiendo su mano de nuevo.

—C, yo lo que querría es que tú me enseñaras la ciudad. Entonces sí puedes invitarme. O podemos hacer todos un viaje a algún lugar, no necesariamente Nueva York. En verano, cuando vuelva Duncan —añade mirando a Holly—. ¿Qué me decís? Invita la nueva.

Madison me guiña un ojo y sé que no está enfadada conmigo. Que esto ha sido su manera de advertirme que no deje de ser yo. Espero recordarlo cuando esté allí.

43. Lauren, Daniel, Rebecca y Jackson

CHARLOTTE

Este fin de semana apenas he coincidido con Harper y la próxima vez que venga estaré fuera. Eso me pone triste porque le he cogido cariño. A todos, en realidad. Incluso a la familia de Lauren, a quienes acabo de conocer hace dos minutos. Esta gente es increíble.

He llegado a su casa hace nada y tres pares de ojos me observan con extrema curiosidad. Daniel, su marido; Rebecca, su hija mayor, y Jackson, su hijo, están sentados en un sofá, mientras que mi madre y yo ocupamos el más pequeño.

—Entonces, ¿eres nuestra hermana? —pregunta el benjamín.

Miro a Lauren y a su marido porque temo decir algo que no deba, pero ambos cabecean en señal de aprobación.

—Tranquila, yo ya les conté todo lo que necesitaban saber y ya hicieron dos millones de preguntas. Chicos, eso ya lo hablamos —añade dirigiéndose a ellos. No me pasa desapercibida la manera en que remarca cada «ya», como dejando claro que no queda nada más que explicar al respecto y que la información no ha cambiado desde entonces.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta la chica.

—Veintiuno.

—¿Tienes novio? —Ese es el niño.

—Todo el mundo sabe que está saliendo con Jay, el del Joe's —lo reprende su hermana. Me sonrojo—. ¿Vas a quedarte aquí?

—Eso espero. ¿Queréis que me quede?

—Depende. ¿Haces buenos regalos?

—¡Jackson! —lo regaña su padre.

Me río.

—Puedes pedirme lo que quieras —le susurro guiñándole un ojo.

—¿En serio? —El niño me mira a mí y a sus padres. Estos están algo desconcertados, como si no hubieran previsto esta situación y no sepan cómo responder.

—Siempre que a tus padres les parezca bien —aclaro.

—Chicos, Charlotte es vuestra hermana, no la tía divertida que malcría.

—Oh, puedo ser ambas cosas —bromeo.

—Mira, cómo se nota con quién está viviendo —comenta Daniel. Ellos se ríen. Está claro que todos conocen lo bromista que es Jay.

Sonrío y siento como mis mejillas se colorean aún más. Se dedican a hacer preguntas varias durante otra media hora y llego a la conclusión de que que no puedo estar más agradecida de poder considerarlos mi familia. No me hacen de menos en ningún momento ni consideran que he venido a quitarles nada. Tienen curiosidad por conocerme y quieren incluirme en sus vidas, a juzgar por la cantidad de planes que están saliendo.

Daniel desaparece momentáneamente para encargarse de la cena y nos llama a la mesa cuando todo está listo.

—Eres muy afortunada —le comento a mi madre.

—Tú también.

Me guiña un ojo y se engancha a mi brazo como una viejita.

—Hay una cosa que quería decirte una vez comprobado que mis hijos te iban a querer tanto como yo —suelta nada más sentarme a la mesa.

Alzo las cejas y miro a los demás comensales. Está claro que todo el mundo aquí sabe cuáles serán las siguientes palabras y que están muy de acuerdo en que las pronuncie. Pero yo me he quedado impactada con esa idea de que mis hermanos me quieren y mi madre también. Estoy a punto de llorar de la emoción. Lo hago, de hecho.

—Ay, cariño…, ¿he sido muy directa? —me pregunta llevando sus manos a mis mejillas. No sabe lo mucho que me reconforta ese gesto. No es algo que hayan hecho mis padres cuando era pequeña y los necesitaba.

—No, tranquila. Supongo que soy yo, que estoy algo sensible. ¿Qué querías comentarme? —le pido una vez recupero la calma.

—Seguramente no sea necesario porque eres mayor e independiente, pero quiero que sepas que tenemos la intención de reconvertir el garaje en un apartamento para ti. Para que puedas vivir aquí y te olvides de esa casa mal reformada. Tendrías tu propio baño y cocina. Aunque podrías comer con nosotros porque somos familia.

—Eh…

Me acabo de quedar sin palabras. Todos me miran y esperan a que reaccione y diga algo, pero de verdad que no puedo. Lloro como respuesta. Estoy muy muy sensible.

—Oh, Charlotte.

Mi madre me abraza y al rato empiezo a sentir unos cuantos brazos más a mi alrededor, lo cual solo hace que llore más y más fuerte. Y que ría mientras lloro. Y que me sorba la nariz.

—No quiero… molestar —empiezo a decir al sentirme vacía de lágrimas y cuando mis hermanos se apartan un poco y me dejan respirar—. De verdad que no pretendía nada de esto. No quiero que os gastéis dinero en una reforma ni quitaros espacio para vuestras cosas.

—No es ninguna molestia —asegura Daniel. Que lo diga él, tan convencido, con tanta seguridad, hace que me emocione de nuevo. Aunque esta vez no lloro.

—Cariño, esta es tu familia. No quiero que sientas que no perteneces a ella porque ninguno de nosotros vamos a excluirte. Llevo años soñando con este momento y no voy a dejarte escapar ahora.

Sonrío.

—¿Lo dices en serio?

—Sé que eres mayor y que ya tenías tu vida antes de venir aquí. Y que puede que incluso decidas seguir viviendo con Jay. Pero ya me he perdido tu infancia y tu adolescencia. A partir de ahora, y si me lo permites, quiero estar presente. Esta es tu casa y tendrás tu espacio. Siempre que necesites algo, puedes venir o llamar. Vamos a estar ahí, ¿vale?

Miro a los demás, que asienten.

—Pero vais a tener que prometerme algo a cambio —les pido, y me miran extrañados—. Que vosotros también acudiréis a mí y que me dejaréis pagar cosas.

Mi madre y mis hermanos me abrazan mientras Daniel se ríe.

—No nos hace falta el dinero, pero, si te hace ilusión malcriar a los niños llevándotelos de viaje o a algún parque temático, no vamos a poner ninguna pega —responde este.

Jackson me abraza tan fuerte que no me deja respirar y Rebecca me está haciendo una lista de sitios a los que quiere que la lleve. Mi madre se levanta para abrazar a su marido y agradecerle lo buen hombre que es por aceptarme como una hija más. Él la besa con un amor y una devoción que envidio. Ojalá pudiera tener algo así incluso tras años de matrimonio. Ahora que sé que existe, no voy a renunciar a ello.

—Entonces, ¿puedo venir a comer con vosotros cuando quiera?

—Todos los días, si así lo deseas. Y puedes traer a Jay, por supuesto —comenta Lauren con una sonrisa.

—A Jay le encanta la buena comida. Si lo invitáis, lo tendréis aquí todos los días.

—Pues le daré unos guantes para fregar —comenta Daniel entre risas.

Me río y les confirmo que mañana vendré a comer con ellos. Quiero aprovechar al máximo el tiempo antes de regresar a Nueva York para crear recuerdos que me anclen aquí. Voy a necesitar todos los motivos del mundo para no desear en ningún momento quedarme allí y ser consciente de todo lo que me espera en East Harbor a la vuelta. Ya no es solo el pueblo que me ha cambiado la vida. Son Jay, Madison, Harper, la comida y, ahora también, ellos.

44. Chanel Cavendish

JAY

El primer rayo de sol entra a través de la cortina mal cerrada, dibujando líneas doradas sobre su espalda. La habitación aún huele a sexo, y a ella. Me desperezo en silencio, sin querer romper la quietud de este momento. Charlotte duerme de lado, con una mano bajo la almohada y el cabello cayéndole desordenado por la cara. Acaricio con cuidado un mechón que le tapa los ojos, y en ese gesto me doy cuenta de lo mucho que me ha cambiado la vida en este último mes.

Sé que serán solo unos días, pero no quiero que se vaya.

Aun así, no pienso decírselo. Ya bastante le cuesta volver a esa ciudad en la que tan fuera de lugar se sintió, como para ponerle las cosas más difíciles.

Miro por la ventana y creo que va a llover otra vez porque está nublándose y ese rayo de sol que iluminaba a Charlotte ya está desapareciendo. Así es East Harbor.

No la despierto. En lugar de eso, me levanto, voy a vestirme a mi habitación y bajo de nuevo para entrar en la cocina a preparar el desayuno. Huevos, pan, café…, algo sencillo. Lo de siempre. Tarareo *Something Just Like This,* de Coldplay y The Chainsmokers, porque no quiero poner la música y despertarla. Pero necesito algo que apague mis pensamientos.

Cuando aparece en la cocina, lleva puesta mi sudadera y el pelo aún alborotado. Se apoya en la encimera y me regala una maravillosa vista de sus piernas desnudas hasta medio muslo. Me sonríe con esa mezcla de ternura y tristeza que me revuelve por dentro.

—¿Has dormido bien? —pregunto.

—Sí. Aunque me hubiera gustado seguir en la cama —murmura mientras se sienta en el taburete frente a mí.

«Ya, ojalá no tuvieras que irte».

Le sirvo una taza de café como a ella le gusta, un plato de huevos y un *bagel* con queso crema y salmón ahumado.

—Gracias, mi amor. No sabes cuánto te echaré de menos estos días.

—¿A mí o a mis cafés?

Sonríe y asoman sus ganas de jugar un poco.

—A tus cafés, por supuesto. —Me llevo una mano al pecho con mucha teatralidad mientras cierro los ojos y finjo sufrir un ataque al corazón—. Y a tus bromas. Y a tu… —me mira de arriba abajo— cuerpo —añade, y acto seguido se muerde el labio.

—Joder, Princesa, no me digas esas cosas, que voy a tener que follarte aquí mismo antes de que te vayas —murmuro acercándome a ella cual depredador.

—No hay tiempo. —Me frena extendiendo una mano hacia mí.

—¿Es un reto?

—Creo que anoche nos saciamos para bastantes días.

—Nunca es suficiente —murmuro a punto de mordisquearle el lóbulo de la oreja. Ella se estremece y río orgulloso.

—Jay…

—Vale, ya paro —cedo.

—Tengo que ir hasta Portland en coche y coger un avión —me recuerda—. No es algo que me guste especialmente, pero debo hacerlo y no es un trayecto corto.

—Lo sé.

Empieza a comer más rápido de lo habitual sin parar de mirar el reloj y yo intento no darle conversación para no entretenerla más. Aunque me muerdo la lengua porque me está costando lo más grande no hacer una puta broma.

—Jackson me hizo un dibujo para que me lo llevara conmigo —comenta cuando está a punto de terminar—. Adoro a ese niño.

—Y él a ti, seguro.

Charlotte sonríe.

—Eso espero, porque les estoy cogiendo un cariño enorme a todos ellos —confiesa—. Voy a tener que traerles algo de mi viaje.

—¿Y a mí?

Se descojona y soy feliz de haber logrado que se ría así una vez más antes de irse.

Tras vaciar el plato y dar el último sorbo al café se mete en la ducha y sale perfecta tan solo quince minutos después. Alucino con esa velocidad para arreglarse. Entra en su habitación y sale con el equipaje y una carpeta en la mano. No estoy listo para que se vaya todavía.

—Bueno —murmura mirando el reloj—, creo que es hora de salir.

Trago saliva y miro por la ventana. Está cayendo una lluvia fina que casi ni se ve, pero la calle está mojada y temo que le ocurra algo.

—Conduce con cuidado, por favor.

—Sí.

—¿Llevas todo?

—Sí.

—Creo que te dejas algo.

—¿El qué? —pregunta con cara de apuro mientras empieza a rebuscar dentro de su bolso.

Me acerco a ella, pongo mis manos en sus brazos y las deslizo hasta el cuello. Ella se relaja y la beso. Lento. Largo. Húmedo.

—Esto. Te dejabas esto.

Sonríe.

—Te quiero, Jay.

—Y yo a ti, Princesa. Te llamaré todos los días.

—Por favor, hazlo —me suplica con los ojos brillantes.

Agarra el pomo de la puerta con una mano, pero parece recordar algo y da un paso hacia mí con la mano en el bolsillo exterior de su bolso. Saca un pequeño papel doblado y me lo entrega.

—No me hagas preguntas ahora. Esto es por si… necesitaras encontrarme en Nueva York.

—¿Una pista del tesoro? —pregunto divertido.

—Algo así.

No le doy más vueltas. Me lo guardo en el bolsillo del pantalón y la acompaño hasta la puerta. Hace frío. Estamos a treinta de octubre y ya no queda rastro del verano. Solo hay lluvia, viento y tormentas. A veces, aparece algún rayo de sol de vez en cuando, como el de esta mañana. La llovizna molesta y se está creando una fina capa de niebla.

—Sé que ya te lo he dicho, pero ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

La ayudo a meter el equipaje en el coche mientras ella sube al asiento del conductor y selecciona la *playlist* que la acompañará durante este largo viaje. *Love Story,* de Taylor Swift, parece que será la primera canción. Tras asegurarse veinte veces de que los retrovisores están bien colocados, me manda un beso desde el otro lado del cristal de la ventanilla. Finjo atraparlo en un puño y me lo llevo al corazón.

Arranca el motor, tras lo cual el coche se mueve calle abajo hasta que desaparece en el primer giro. Me meto las manos en los bolsillos y entro en casa. Me apoyo contra la madera de la puerta principal. Suspiro. Noto el papel que me ha dado y lo saco. Me quedo unos segundos observándolo, dudando si debería abrirlo o no, hasta que, finalmente, lo hago.

Lo leo una vez.

Y otra.

Y así hasta unas ocho veces.

Chanel Cavendish

785 Park Ave, Penthouse 1
New York

Me quedo mirando ese nombre durante unos segundos que parecen eternos.

Chanel.

Chanel Cavendish.

Como los hoteles Cavendish.

Ese es su nombre, no Charlotte.

Me viene a la mente un *flashback* del día que la conocí:

—¿Estás de vacaciones?
—¿Eh? No, me acabo de mudar.
—¡Vaya! Soy Jay.
—Cha…, disculpa. Yo me llamo Charlotte.
—Bienvenida a East Harbor.
—Gracias.
—¿Qué te trae por aquí?
—Voy a abrir una librería en el local de aquí al lado.

«Cha…, disculpa. Yo me llamo Charlotte».

De repente, todo encaja.

Iba a decir su nombre, pero en el último momento decidió protegerse y dar otro. Porque había venido en busca de su madre, no conocía a nadie y no sabía si podía fiarse. Porque su nombre es muy conocido. Por eso dijo que se acercaban a ella por su apellido o que la prensa vendría si se enteraba de que estaba aquí. La entiendo. Es posible que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

Y ahora confía en mí para revelarme ese último detalle de su vida.

Camino hasta el salón y me siento en el sofá. La casa parece demasiado vacía ahora que no está Charlotte.

«Volverá», me digo una y otra vez. Solo tiene que hacer unas gestiones. Dejará atrás su pasado y regresará a East Harbor, conmigo. Ella ha elegido esto.

Saco el móvil del bolsillo y miro la pantalla. Un *selfie* de nosotros dos besándonos me devuelve la sonrisa. No la llamo, no le mando ningún mensaje. Aún. Me quedo con el papel entre los dedos, releyendo hasta la saciedad ese nombre que soy incapaz de asociar a mi novia.

Chanel Cavendish.

Lo que sea que le espera en Nueva York es algo que ella no quiere traer de vuelta aquí, a su nueva vida. Quizá ocurra lo mismo

con su nombre. Por eso no le doy más vueltas y me obligo a no pensar más en este tema hasta que pueda hablarlo con ella.

Guardo el papel en mi cartera, termino de desayunar, me ducho y salgo de casa como haría si ella estuviera aquí. Aunque cuando llegue por la noche no me estará esperando con la cena preparada y la cocina hecha un desastre.

Joder, ya la echo de menos.

45. Bienvenida a Nueva York

CHANEL

Son las tres de la tarde cuando aterrizamos. No he comido nada desde el desayuno porque los nervios me han cerrado el estómago y no me he atrevido a pedir nada en el aeropuerto, mucho menos en el avión, por miedo a vomitarlo.

Salgo, voy a por el equipaje y llamo a Vance para avisarlo de que ya he llegado mientras pongo rumbo a la salida. Al colgar advierto que tengo algunos mensajes, aunque solo entro en una conversación.

Jay:
Espero que hayas tenido un vuelo agradable, Princesa. Te quiero.

Yo:
Te quiero.

Yo:
¿Es muy cursi decir que no he parado de pensar en ti?

Miro la hora. Está trabajando, así que no va a responder ahora. Suspiro. Vislumbro una limusina que se acerca a mí y Vance sale de ella para ayudarme con la maleta. Me saluda como siempre, con educación, con distancia, aunque con ese deje de emoción de reencontrarse con la niña mimada. Como si pudiera respirar tranquilo porque he vuelto sana y salva de mi loca aventura. Él lleva años escoltándome a todos lados y hay cierto afecto.

—¿Te llevo a casa? —pregunta desde el asiento del conductor poniéndose en marcha y adentrándose en el denso tráfico.

—Quiero hacer una visita a mi primo, antes de nada. Está en su despacho.

—Perfecto —responde, tan correcto como siempre.

Me pongo los AirPods y selecciono una canción que podría oír en bucle: *Number One Girl*, de Rosé, mientras reviso las últimas fotos que realicé con el móvil. Jay aparece en casi todas. También salen Madison y Harper. Imágenes del pueblo, de los atardeceres y hasta de la lluvia. Miro por la ventana y me doy cuenta de que estamos en un maldito atasco.

«Bienvenida a Nueva York, Chanel».

Al llegar a las oficinas centrales de Cavendish Luxury Hotels & Resorts, justo al lado del primero de ellos, el Cavendish 5ft Ave, me bajo de la limusina y le pido a Vance que me lleve el equipaje a casa.

Empiezo a caminar aparentando seguridad, sintiendo cada vez más miradas a medida que entro en el edificio y los empleados me reconocen. Quizá no se creen que sea yo por las pintas que llevo y se preguntan si esa chica que acaba de entrar y se parece a Chanel lo es o no. Seguramente tampoco sepan por qué llevo más de un mes sin pisar estas oficinas. Estoy convencida de que han aflorado rumores de todo tipo.

El ascensor tarda más de lo esperado en dejarme en la planta superior del edificio y Norah abre la boca al verme. Me acerco a ella.

—¿Se encuentra mi primo en su despacho?

—Sí, te está esperando. Se ha despejado la tarde de reuniones —me informa su secretaria.

—Gracias.

Sigo caminando y llamo antes de entrar, aunque no espero a que me dé permiso.

James me mira por encima de sus gafas y me examina entrecerrando los ojos.

—¿Chanel? ¿Qué te ha pasado?

Chasqueo la lengua.

—Mi ropa está en el ático. Como comprenderás, no puedo ir vestida de niña pija de Nueva York mientras intento descubrir quién es mi madre en un pueblo como East Harbor. Cantaría demasiado.

Me da la razón con un movimiento de cabeza. Me siento en la butaca frente a su mesa y me cruzo de brazos.

—¿Qué tal todo?

—Bien.

—Will comentó que habías encontrado a tu madre. ¿Eso era lo que querías contarme?

—¿Ahora sois amigos? —inquiero.

—Compañeros, más bien. En cualquier momento lo verás por aquí. Estará reunido con alguien.

—¿Aquí… aquí? —quiero saber.

—Sí.

—¿En la oficina?

—Sí.

—¿Y eso?

—Bueno, mientras estabas en ese pueblo perdido de Maine, han pasado cosas. Hemos empezado con el plan de la fusión con Kingswell.

—¿A qué viene tanta prisa con eso?

—Eso mismo me pregunto yo —bufa—. De momento no hay nada oficial, pero…

—… pero Will ya se ha instalado en la oficina. —Pongo los ojos en blanco.

—Así es. ¿Cuándo vuelves a Columbia?

—No pensaba hacerlo —le hago saber. Me siento orgullosa de mí misma por ser valiente y mostrarle la nueva Chanel. Es decir, Charlotte.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—¿Y qué vas a hacer con tu vida?

—No creí que fuera asunto tuyo.

—Ah, ¿no? ¿No se supone que vamos a dirigir esta empresa algún día?

Apoya ambos codos sobre la mesa y dibuja un círculo en el aire con un dedo.

—Puedes hacerlo tú solo.

Mi primo abre mucho los ojos y sé que no entiende nada de lo que le estoy diciendo porque para él no hay más opciones. Es para lo que nos hemos preparado toda la vida y el hecho de que yo contemple algo distinto hace que le explote la cabeza.

—Comprendo. Prefieres estar en casa, hacer fiestas, ser madre… Eso quieres. Lanzar todo tu potencial por la borda y dejar que tu marido se quede con la empresa.

—No es nada de eso —aclaro—. No pienso darle ese poder.

—Entonces, habla con Scott y pídele que lo añada al acuerdo.

—Ya hablé con él antes de venir. James —me inclino hacia la mesa y me agarro con los dedos sobre la madera—, me gustaría dedicarme a otra cosa. Eso es lo que quiero que entiendas.

—¿Qué tienes pensado? ¿Moda? ¿Publicidad?

—Más bien algo relacionado con el mundo editorial.

Mi primo se recuesta hacia atrás. Me observa tratando de descifrar algo en mi mirada que le dé alguna pista de lo que ha ocurrido estos casi dos meses que he estado fuera.

El móvil me avisa de una nueva notificación y lo busco con desesperación dentro del bolso. Se me dibuja una sonrisa al ver el emisor del mensaje.

Jay:
No es nada cursi. Yo también te echo de menos. ¿Hablamos por la noche?

Yo:
Sí.

—Si me permites un consejo, Chanel, no te enamores. —Alzo la cabeza para enfrentarme a una de sus miradas más frías. Esa que le servirá para dirigir esto él solo—. El amor nos ciega, nos vuelve débiles y nos hace tomar decisiones de las que podemos arrepentirnos más adelante. —Sus palabras me paralizan. Es como si supiera lo mío con Jay y quisiera detenerlo. Pero no lo sabe, ¿verdad?—. El matrimonio es un acuerdo comercial, no lo olvides. Los hijos, una obligación para mantener esto. Y los amantes, solo son eso, amantes.

—Ya lo sé —convengo. Me trago todo lo que pienso—. ¿A qué viene eso ahora?

—He visto cómo sonreías con ese mensaje y me ha parecido conveniente recordártelo. Por si este tiempo fuera se te había

olvidado.

—No, no se me ha olvidado —escupo—. Soy muy consciente de ello, me lo grabaron a fuego.

Me levanto, dispuesta a salir del despacho, pero sus palabras me detienen cuando estoy alcanzando la puerta.

—Ayer tu tío cenó con el rector. Ya sabes que son grandes amigos. Puedes volver a las clases después de Navidad, aunque quizá tengas trabajo extra para recuperar estos meses.

—¿Quién le pidió que hiciera eso? —estallo—. Ya te he dicho que no voy a volver.

—¿Qué sabes tú del mundo editorial? Termina la carrera. —Golpea la mesa con un dedo—. Y luego decide si quieres estudiar otra cosa. Entonces te apoyaré. Pero no quiero que te conviertas en una de esas personas que empiezan mil cosas y no terminan ninguna.

—Está bien. Gracias por tu enorme comprensión —comento con la voz teñida de sarcasmo, y salgo derecha hacia el ascensor.

No me cruzo con nadie, ni siquiera con Norah, que no está en su mesa. Menos mal, porque no soy capaz de retener las lágrimas.

«No, eso no. No puedo llorar aquí. A ver, mira hacia arriba. Eso es».

Cuando el ascensor se abre de nuevo en la planta baja mi cara vuelve a ser la misma de siempre. La de siempre aquí. Como si me hubiera puesto el disfraz de Chanel y la máscara de indiferencia para no sufrir. Porque Chanel no siente, no vive, solo se deja arrastrar por los demás sin cuestionar nada. Y aquí no puedo ser Charlotte. Aún no.

46. Un misterio más

JAY

Cuando le ofrecí a Charlotte que se mudara aquí no podía hacerme una idea de lo mucho que se iba a colar esta chica en mi corazón. Yo estaba bien viviendo solo, pero ahora hay demasiado silencio en casa. Nadie entra con los pies mojados. Nadie prepara la cena utilizando mil cacharros. No hay rastro de perfume. No hay un libro en la mesita del salón con un trozo del cartón de la caja de cereales a modo de marcapáginas. El sofá parece enorme y ha sobrado cena.

Se avecina otra tormenta y no sé nada de ella desde el último mensaje que me envió hace ya unas horas. Confío en Charlotte. Seguro que ha estado ocupada, pero hemos quedado para hablar esta noche. Ella conoce mis horarios raros y sabe que estoy en casa. Llamará.

El teléfono suena cuando hago *zapping* sin ninguna intención de dejar algún canal puesto. Solo por la distracción que me ofrece el hecho de apretar el mismo botón una y otra vez. Veo que es una videollamada de Charlotte, así que apago la tele y me recoloco antes de aceptar.

—Lo siento, quería llamarte antes, pero llevo toda la tarde reunida con el abogado de la familia. Menos mal que hablé con él antes de venir y ya tenía algunas cosas preparadas. Me ha dado hasta dolor de cabeza.

—«Abogado de la familia» —me cachondeo—. Vaya…

—Bueno, era muy amigo de mi padre. Ha llevado todos nuestros asuntos. Me ayudó mucho con la herencia.

—¿Estás en tu casa ahora?

—Sí. ¿Quieres que te haga un *house tour*?

—Si estás muy cansada, no. No quiero morirme de la envidia.

Sonríe.

—Estoy agotada. Solo tengo ganas de irme a dormir. Y de volver a casa. Sobre todo, eso último. Odio esto.

—¿Ha ocurrido algo?

Frunce los labios.

—Nada que no pudiera anticipar. Aquí todo sigue igual. Lo primero que he hecho ha sido ir a ver a mi primo a su despacho y me ha hecho sentir como la mierda.

—¿Ya vamos a hablar de que eres una Cavendish?

—Tenía que suponer que ibas a leerlo. ¿Estás muy enfadado? —pregunta mordiéndose el labio.

—Depende. ¿Me vas a invitar a ir a alguno de esos hoteles?

—Eres idiota.

Se ríe.

—Y aun así me adoras.

—Ni siquiera me ha dado tiempo de echar de menos tu grandísimo ego.

—Hablando de cosas grandísimas…

Alejo el móvil para apuntar hacia el pantalón con la cámara.

—No, para… —Me detiene cuando estoy a punto de desabrochármelo.

—¿No me llamabas para esto?

—¡No!

—Lástima…

Chasqueo la lengua. Veo que ella se mueve, estaba tumbada sobre el sofá y está empezando a caminar. Flipo mucho con lo que veo a sus espaldas. Cualquier cosa de las que haya ahí cuesta más de lo que yo gano en el Joe’s en un mes. Un jarrón. Un cojín. La puta cuchara que acaba de sacar de un cajón para comerse un yogur. Está en la cocina.

—¿Qué tal todo por ahí? —pregunta apartando la tapa—. ¿Algún cotilleo interesante?

La veo llevarse una cucharada a la boca y lamer el metal con una sensualidad que hace que se me ponga dura al instante.

—Poca cosa.

—Le preguntaré a Madison. Quizá en el salón de belleza se hable más que en el Joe's.

—También puedes hablar con ella porque sí —le recuerdo—. No necesitas excusas.

Sonríe.

—¿De qué vas a disfrazarte mañana? —quiere saber.

Mi amiga —nuestra— va a dar su fiesta anual de Halloween en su casa. Charlotte estaba invitada, por supuesto. Pero tenía mucha urgencia por irse a Nueva York y celebrarlo allí.

—Te enviaré una foto. ¿De qué irás tú a la tuya?

—Ni idea. Quizá de Miércoles.

—Me gusta. Te pega.

Pasamos unos veinte minutos hablando de cualquier tema para evitar ponernos tiernos porque siento que está al borde del llanto cuando menciono según qué cosas. Aun así, disfruto de este momento con ella y siento que nuestra relación se hace un poco más fuerte tras la confesión sobre su identidad.

Reconducimos la conversación hacia ese asunto y me explica lo que ya supuse, que no podía revelarla porque debía mantener un perfil bajo y pasar desapercibida. Lo entiendo. No le pregunto más sobre el tema, aunque le confieso que me va a costar llamarla por ese nombre.

—No te preocupes por ello. Chanel solo existe en Nueva York y estoy tramitando el cambio legal a Charlotte. Por eso he estado reunida con el abogado, entre otras cosas. Hay mucho papeleo por resolver y temo tener que quedarme más tiempo de lo previsto.

Quedo tan asombrado por lo que me cuenta que no puedo ni responder, pero de repente le cambia la cara y mira hacia otro lado.

—Oye, tengo que colgar. Te llamo mañana, ¿vale?

—Te quiero.

Cuelga antes de que termine de hablar y me quedo preocupado porque no sé qué pollas ha pasado para que corte la llamada de esta manera tan abrupta. Pensé que ya no había más secretos, pero parece que, con Charlotte, siempre hay un misterio más.

47. Conversación pendiente

CHANEL

Alguien ha entrado en mi casa por el ascensor que da directo al salón. El timbre que suena al abrirse la puerta me alerta y corto la llamada de manera apresurada. No me asusto, pues es alguien que conoce el código. No es tan fácil entrar en estas viviendas.

Salgo de la cocina y asomo la cabeza para encontrarme con Will, quien espera de pie en medio del salón, con la mayor paciencia del mundo. Al verme, viene hacia mí y me abraza como si llevara años sin verme.

—Te has ido antes de que pudiera hablar contigo —me reprocha con el tono de voz más sereno del mundo. Pero yo sé que esperaba verme en la oficina y que no le ha gustado que me marchara como lo he hecho.

—Estaba cansada —me justifico—. Además, había quedado con Scott para tratar unos temas. Se ha ido hace media hora.

—¿Qué temas? —inquiere entrecerrando los ojos.

—Asuntos personales —sintetizo. Porque decirle «la mejor manera de enviaros a todos a la mierda» sería revelar mis cartas demasiado pronto.

La respuesta no le convence y sé que lo que más desea es indagar en esos asuntos, pero decide ignorarlos por ahora.

—Oye, tenemos nuestro reservado de Le Gratin disponible para esta noche. Así podemos hablar de algo que nos atañe y que se quedó aparcado con tu aventura por Mordor.

Respiro fuerte y contengo las ganas de darle una patada en los huevos por lo que acaba de decir. Me está poniendo muy difícil lo de fingir ser «solo Chanel».

—Estoy cansada —repito—. No pensaba salir de casa.

—¿Prefieres que cenemos aquí? Podemos encargar algo.

—¿Es necesario tener esa charla ahora? —cuestiono, echando una mirada sutil al reloj de la pared.

—Sí, Chanel, sí, es una conversación absolutamente imperiosa —murmura con hastío.

Rebufo.

—Está bien. Pide lo que quieras, estás en tu casa.

Me muevo hasta el sofá y me dejo caer. Me siento cruzando las piernas y echando la cabeza hacia atrás mientras oigo como Will llama a nuestro *catering* de confianza y pide mis platos favoritos.

—¿Ahora sí me vas a hablar de esos asuntos con Scott? —pregunta sentándose a mi lado.

—¿Y tú me vas a explicar a qué viene tanta prisa por la fusión? —contraataco.

—¿No es obvio?

«¿Lo es?».

Me encojo de hombros.

—¿Qué tal el encuentro con tu madre?

Me descoloca un poco su pregunta, pero luego recuerdo que así es él y que por eso es mi mejor amigo en este mundo de mierda. Sonrío.

—Una pasada —confieso.

—Me alegro. ¿Es como te imaginabas?

—Mejor. Tengo dos hermanos a los que ya quiero un montón y me van a preparar un apartamento para mí en su casa.

—¿Por qué? —quiere saber—. Les has explicado que vives aquí, ¿no?

—Sí, bueno —carraspeo—. Sería por si voy de visita —improviso. Creo que cuela.

—¿Vas a volver?

—Es mi familia. Claro que voy a volver.

«¿Qué pregunta es esa?».

—Tu familia está aquí. Tu vida, la universidad, tus amigas, tu trabajo, tu futuro…

—Es mi madre —lo interrumpo con firmeza—. Quiero mantenerla en mi vida y voy a ir a verla las veces que quiera. Eso es algo que no

pienso discutir con nadie.

—Esa gente solo quiere tu dinero.

—¿Has venido a mi casa a insultar a mi familia? —me obligo a preguntar, porque mi instinto es darle un bofetón por lo que acaba de soltar.

No habla. Me levanto. Empiezo a dar vueltas por el salón.

—Lo siento.

Me giro hacia su voz. Está de pie tras de mí, con las manos en los bolsillos. Pose perfecta y estudiada de arrepentimiento. No me creo nada, pero no tengo que hacerlo. En unos días no tendré razones para seguir aquí.

—Perdóname, yo… ni siquiera lo pienso. —«Mentira»—. Solo quiero que estemos bien. Que tú estés bien. No me gustaría que alguien se aprovechara de ti, de tu ingenuidad, de tu necesidad por encontrar una familia. Quiero que me dejes protegerte.

—Tranquilo —escupo—. Sé cuidarme sola. Ese es uno de los asuntos que estaba trabajando con Scott —miento, pero le sirve como respuesta a juzgar por su reacción.

Se acerca más a mí y queda a un paso de distancia. Recuerdo cuando era de las pocas personas que hacían que el tiempo volara y lo bien que me sentía con él. Aunque ahora ya dudo de todo y pienso que quizá él también estaba jugando a ser quien no era conmigo. Nunca me había hablado como lo ha hecho hoy. No sé si su cambio de actitud es una reacción a la mía. Yo estoy rara, esquiva y extremadamente borde. No hemos hablado todos los días como sí hacíamos cuando él estaba en Yale. Pero ahora todo eso ha cambiado.

—Había estado pensando en el 31 de mayo —suelta de repente, y sé perfectamente a lo que se refiere. Porque esta conversación se quedó pendiente cuando me fui y eso le molestó.

—Me parece perfecto, es muy buena fecha.

—¿Prefieres algo en la ciudad o en la playa? Ahora está muy de moda y tenéis varios hoteles en el Caribe que serían perfectos.

—¿Qué tal un entorno más rústico? —propongo, teniendo East Harbor en mente.

—¿Una granja? —cuestiona arrugando tanto el ceño que me dan ganas de reírme.

«Sí, eso sería perfecto».

—Estaba pensando en un viñedo. Imagínatelo, colores vino y verde bosque, música instrumental moderna…

El desconcierto ha desaparecido de su rostro y ahora parece admirarme.

—Deberías encargarte tú de los eventos de la empresa.

—Ya, pero voy a estar bastante entretenida como directora de Marketing y Comunicaciones —rebato con retintín.

—Para eso tienes que volver a la universidad —me reprocha.

—Soy consciente de ello.

«Y me importa una soberana mierda».

Estudia cada una de mis respuestas y de mis movimientos como si supiera que le estoy mintiendo. Me mira de arriba abajo y atrapa mi mano izquierda para juguetear con mis dedos.

—Aquí falta algo —comenta soltándome.

—Iba a llamar mucho la atención en East Harbor, por eso lo dejé aquí.

A juzgar por su reacción, parece estar de acuerdo conmigo. Pero sé que está esperando que haga algo, por lo que desaparezco de su vista y voy hasta la caja fuerte. Abro y saco una pequeño estuche color turquesa de Tiffany & Co.

—¿Esto es lo que estás buscando? —pregunto enseñándole el contenido.

—Sí, deberías ponértelo antes de que la gente empiece a hablar. La empresa no necesita más mala publicidad.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientas me coloco el solitario. Me siento extraña con él. Por suerte, no será más de una semana.

—A que Chanel Cavendish desapareció sin dejar ni rastro. ¿No has estado viendo lo que decían en internet?

—La verdad es que no —admito.

«Y no te imaginas la paz mental que da eso».

—Pues deberías. A tu primo lo has dejado vendido, respondiendo con una elegancia que admiro a la prensa, que no paraba de

acosarlo porque nadie es capaz de entender que te esfumes así, dejando la universidad y tu vida aquí. Y yo…

—¿Tú qué? —lo encaro.

—Soy el hazmerreír de Nueva York. Por suerte, James accedió a adelantar la fusión y parece que eso ha calmado las malas lenguas. ¿Te haces una idea de lo mal que me ha dejado el hecho de que te fueras así? No podía ni salir de casa porque unas malditas feministas creyeron que te estaba pegando, ¡joder! —exclama en voz alta, muy alta, y noto que se contiene para no dar un golpe a algo. Su cuerpo entero está en tensión.

Y, por primera vez, empiezo a entender su actitud conmigo. No es por lo que me ha cambiado East Harbor. Es por la gente que habla sin tener ni idea de nada. Porque aquí no solo tenemos prensa sensacionalista y del corazón —como en todos los sitios—. También hay una serie de cuentas en varias redes sociales que se dedican a hablar de nosotros como si no tuviéramos sentimientos. Muchas veces son cosas sin ninguna maldad. Pero, en algunas ocasiones —como esta—, hacen mucho daño.

48. Como un sueño

CHANEL

He pasado una noche de mierda. No solo porque echaba en falta el calor del cuerpo de Jay, sino porque, a pesar del cansancio, entré en mis redes sociales tras más de un mes sin hacerlo y me pasé horas leyendo mil publicaciones y comentarios que hablaban sobre mí y el misterio de mi huida.

Tal y como Will me reprochó, había un montón de usuarios que apostaban por la teoría de la violencia. Qué equivocados están y qué poco lo conocen. Yo también he recibido por todos lados: caprichosa, mimada, no sé lo que es sufrir, no sé lo que quiero, no merezco lo que tengo… son solo algunas de las joyas que me han caído. Aunque tampoco es algo muy diferente a lo que se dijera antes de irme.

El timbre del ascensor suena, avisando de que alguien acaba de entrar. Nota mental: debo cambiar el código y no dárselo a nadie. ¿Qué problema tienen con la puerta? Relajo el semblante cuando Bianca entra y me arrastra hasta mi habitación.

—Espero poder ligar con algún buen partido esta noche —comenta mi amiga sacando el contenido de las bolsas que trae y esparciéndolo sobre mi cama.

Me río por su ocurrencia.

—¿De qué vas a ir disfrazada?

—De bailarina de cancán. No va a haber chico guapo que se resista a mis encantos. ¿Y tú?

—De Miércoles.

—No puedes ir de un día de la semana —rebate mientras empieza a desvestirse.

Hago lo mismo. Hemos quedado en mi casa con la idea de prepararnos juntas para la fiesta de Halloween anual de Cavendish Luxury Hotels & Resorts. Creeréis que es para empleados, pero no. Solo están invitados directivos y amigos de la familia.

—¿Miércoles Addams? ¿Familia Addams?

—¡Ah! Sí, claro. La niña borde de las trenzas.

La elección no es casual. Con este disfraz podré pasarme la noche sin tener que forzarme a sonreír y la gente pensará que estoy metida en el papel.

Voy a mi armario para buscar una blusa blanca y un vestido ideal que sé que tengo en algún lugar.

—¿Te has hecho un tatuaje?

«Mierda».

—Sí.

—¡Dios! Tu primo va a flipar. Will va a flipar…

—Nadie lo va a ver —aseguro enseñándole el modelito de manga larga.

—Quizá no hoy. Pero mañana no irás así de tapada, ¿verdad?

—¿Qué?

—Tía, sé que acabas de llegar de un pueblo en el que no hay vida social y no estás acostumbrada a tener eventos, pero deberías revisar tu correo. Mañana es la fiesta de cumpleaños de Serena.

—¿Mañana?

—Podemos ir de compras juntas, si quieres —propone—. No tengo nada que hacer.

—¿Ir a la universidad? —ironizo.

—Bah —masculla gesticulando con el brazo.

—Quizá, si fueras, encontrarías un buen partido —dejo caer.

—Están todos prometidísimos. —Pone cara de asco—. ¿Por qué mis padres no harían algo así? Es un trabajazo tener que buscar marido —protesta.

Pongo los ojos en blanco. Esta chica no tiene arreglo.

Seguimos vistiéndonos y luego pasamos al baño para peinarnos y maquillarnos.

—Oye, ¿qué tal con ese pelirrojo tan guapo? Necesito todos los detalles. ¿Es bueno en la cama?

Sonrío y veo en el espejo cómo me sonrojo.

—Uy…, ¿qué significa eso?

—Nada.

Más sonrisa imposible de ocultar.

Más rojo en las mejillas.

—¿Ha sido más de un polvo? —elucubra.

—¡Bianca!

—¿Qué? Está claro que a tu cutis le ha sentado muy bien. Ya decía yo que esa piel no era solo por el aire puro.

—Es increíble. No es comparable a nada que haya vivido aquí —reconozco en voz baja, y me muerdo el labio—. ¿Contenta?

Mi amiga me mira por el espejo y sujeta el pintalabios en el aire.

—No te habrás enamorado, ¿no? Porque eso sí que sería un problema.

—¿Qué? No, ni hablar —miento, y hago el esfuerzo de mi vida para que no se me note. Chasqueo la lengua en un intento de disimular—. Mi primo también me advirtió de los peligros del amor.

Bianca observa mi reflejo. Yo sigo maquillándome, haciendo ver que esta conversación no me afecta y que estoy de acuerdo con ellos, cuando la realidad es que estoy llorando por dentro por la incomprensión que voy a sentir cuando les haga saber toda la verdad.

—Bien que hace. Aunque te iría bien dejar de leer novelas románticas. Esas historias no se ajustan a la realidad y te hacen buscar algo que no existe. El único final feliz es el que tiene que ver con una vida carente de preocupaciones económicas, llena de lujos, fiestas y viajes. Y ahí no hay espacio para el amor. No sabes la suerte que tienes de contar con alguien como Will.

Me fuerzo a asentir y fingir que opino igual que ella. Me produce lástima que se rinda tan joven a encontrar a alguien que le haga feliz. Que su único propósito sea casarse con una cartera bien llena y asistir a fiestas. Está tan podrida como los demás.



Llevo media hora esquivando preguntas sobre mi ausencia durante estos últimos dos meses y ya tengo ganas de volver. No a mi casa, a East Harbor. Pero acabo de llegar y aún no he tenido tiempo de resolver nada. La reunión con Scott ayer se alargó más de lo previsto porque él es abogado y pensó en un montón de detalles en los que yo no había caído. Y, obviamente, redactar todos esos documentos requiere mucho tiempo. Además, me explicó que, al ser tan confidencial y delicado, no quiere delegar ese trabajo en nadie.

Me gustó que no cuestionara ninguna de mis decisiones y que se limitara a aconsejarme desde el respeto y la confianza. Me aseguró que, aunque me fuera a llamar Charlotte y me mudara a cualquier otro lugar del país, podría seguir confiando en él porque mi padre siempre había sido como un hermano y sentía que debía cuidarme. No lloré de milagro.

Estoy harta de saludar a gente cuando unas manos me abrazan por detrás. Mi cabeza me traiciona pensando en que podría ser Jay. Me doy la vuelta y me encuentro con el Power Ranger rojo. Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿James?

Niega con la cabeza. Arrugo el ceño.

—Will.

Se quita la máscara que le cubre la cabeza entera y me dedica una sonrisa deslumbrante.

—¿En serio la primera persona en la que has pensado ha sido tu primo? —se sorprende. Parece una broma cualquiera como las que haría Jay, pero no. Se siente ofendido por ello, aunque intente camuflarlo con un aire burlón.

«La segunda, en realidad».

—No te pega mucho ese disfraz —me justifico.

—¿Y a él sí?

—*Touché.*

—¿Bailas?

Me encojo de hombros. ¿Por qué no?

Mentiría si dijera que nadie nos mira y que no somos el centro de atención ahora mismo. Porque está claro que todo el mundo observa con bastante interés nuestra primera aparición juntos desde que me fui.

Mentiría si dijera que no me pone nerviosa el cuchicheo general a nuestro alrededor comentando lo buena pareja que hacemos, pero solo me mete más presión para terminar esto cuanto antes.

Mentiría si dijera que no desearía cambiar a Will por Jay ahora mismo y que fuera él quien estuviera agarrando mi cintura al ritmo de *I Wanna Be Yours*, de Arctic Monkeys.

Y mentiría si dijera que me siento completamente incómoda en este momento. Porque, por primera desde que volví, me siento un poco como antes de irme. Como si lo que viví en East Harbor fuera un sueño y esto es lo que de verdad quiero.

Hasta que voy a buscar mi bolso al guardarropa para comprobar los mensajes.

> **Jay:**
> Te encantaría esta fiesta. Madison está borracha y Caleb se la ha tenido que llevar a su habitación, pero no ha vuelto. Yo creo que lo ha fingido y que están follando como monos. Te echo de menos. Me estoy aburriendo muchísimo sin ti. Ojalá estuvieras aquí.
>
> **Jay:**
> Te quiero.

Noviembre

49. La última pieza

JAY

He salido de casa a las seis de la mañana con un termo lleno de café, un billete de autobús y el disparatado propósito de darle una sorpresa a mi novia. Quizá la idea no es una locura como tal, pero ayer me fui a dormir tarde tras una fiesta en la que me pasé bebiendo y hoy me he despertado a las cinco sintiendo que la cama estaba demasiado vacía. Al no poder dormir de nuevo, he buscado el móvil en mi mesilla y he acabado comprando un pasaje para ir a verla. ¿Romántico o intenso?

Siete horas después, aquí estoy, frente al número 785 de Park Avenue. Una de las zonas más caras de Manhattan, llena de edificios majestuosos y a dos calles de Central Park. Empiezo a entender lo que Charlotte tanto me ha repetido de las distancias en esta ciudad, pues he tardado tanto en llegar que se me está haciendo de noche.

Me entran los nervios al entrar, ya que esto tiene un recibidor enorme y lujoso, además de un portero que me analiza con la mirada.

—¿Busca a alguien? —me pregunta.

—Sí, venía a ver a Chanel Cavendish.

El hombre, de unos cincuenta años, me mira de arriba abajo, seguramente sin creerse que me conoce.

—No se encuentra en el edificio.

—¿Sabe cuándo va a llegar?

—No puedo darle esa información.

—Soy su novio. He venido para darle una sorpresa.

El gesto que hace me descoloca por completo, pero no importa porque una voz a mi espalda me hace darme la vuelta.

—¿Jay?

Me encuentro cara a cara con una versión elegante de la chica de mis sueños. Una diadema en la cabeza, un vestido con vuelo, unos *stilettos* —o como se llamen— y un abrigo largo. El maquillaje impecable y un collar con pinta de caro terminan de poner el broche de oro a este conjunto —o disfraz—.

Se acerca a mí todo lo deprisa que esos zapatos le permiten, pasa los brazos tras mi nuca y estampa sus labios contra los míos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al separarse, con una sonrisa tan grande que ilumina esta recepción tan sosa.

—Quería darte una sorpresa.

—Ven.

Me agarra de la mano, me guía a uno de los ascensores y pasa una tarjeta por un panel. Qué cosa tan sofisticada. Enseguida se abre y entramos. Me fijo en que no le da a ningún botón, aun así, el ascensor se pone en marcha. Supongo que mi cara debe de ser un poema porque se ríe.

—Este ascensor va directo a los áticos. Puedes subir con la llave o con un código y solo puedes ir a esa planta en concreto. No puedo usarla para ir a ver a los vecinos de arriba a menos que tenga su código, ¿entiendes?

—No estoy seguro.

«Ding».

Entramos directamente a un recibidor. Charlotte deja su bolso y su abrigo en un armario y me pide que deje el mío ahí también.

—La mochila la puedes dejar en la habitación. Pasa, te lo enseño. Mira, esa es la puerta principal. Por ahí entra quien no tiene el código para subir y usa los ascensores normales. Aunque no aplica a mucha gente porque los repartidores dejan los paquetes abajo. En estos edificios suele haber bastante seguridad. Como te imaginarás, nadie paga millones por un piso sin estar tranquilo de que no entrará nadie peligroso.

—¿Has dicho «millones»?

Suelta una risita como respuesta y aferra mi mano para guiarme por la casa.

—Por ahí está la cocina —comenta señalando hacia la derecha—, esto es el salón…

—¿No hay tele?

—La tele está en esa otra sala. También tengo un escritorio que usaba para estudiar.

—¿Y para qué quieres un salón tan grande sin tele?

—Se usa más para fiestas y para recibir visitas. La verdad es que no son apartamentos diseñados para que viva una sola persona, aunque, irónicamente, hay mucha gente que vive sola.

—¿Gente rica?

—No me gusta que uses ese término, somos personas, Jay. Pero sí, es muy difícil de entender este tipo de soledad. No se compra la compañía ni el amor y nunca sabes si la gente que está a tu lado se interesa por ti o por tu dinero.

Sus ojos me dicen que habla por experiencia y que ya no se refiere a otros vecinos o conocidos, sino a ella misma. A que se siente sola, o se sentía así antes de llegar a East Harbor.

—Y por ahí están los dormitorios —finaliza señalando hacia la izquierda.

Charlotte me observa, ya carente de esa chispa que ha mostrado al verme. Como si la realidad cayera otra vez sobre nosotros. Creo que tiene miedo de volver a sentirse juzgada con mis comentarios de mierda sobre lo afortunada que es por tener esta vida.

—Esto no te define —le aseguro—. Quizá ahora mismo me cueste entender qué tiene de malo esta vida, pero te creo y no te juzgo. —Suspira aliviada—. Lo que he visto este tiempo, la Charlotte que yo conozco y de la que me he enamorado, no tiene nada que ver con esto.

—Te he echado muchísimo de menos.

—Solo hemos estado dos días sin vernos.

—Casi tres. Ya es de noche —puntualiza señalando el gran ventanal a su espalda—. Ojalá pudieras quedarte hasta que terminara todo el papeleo.

—Tengo que volver mañana —le anuncio con mucho pesar. Yo también desearía quedarme aquí unos días más.

—Entonces, será mejor que aprovechemos el tiempo.

Sus manos se colocan de manera ágil tras mi nuca y me acerca a ella. Sus labios saben a fresa y usa una colonia distinta. Mi boca se

abre y cuelo mi lengua entre sus labios mientras siento cómo sus manos me apartan la mochila que traigo con una muda y un neceser.

Dejo que me guíe hasta su dormitorio. No enciende ninguna lámpara, pues las luces de la ciudad nos iluminan. Nos desvestimos mutuamente con tranquilidad, disfrutando de todo el proceso, paseando nuestros dedos por la tela, por la piel.

Un gemido.

Me aparto ligeramente de ella para observar ese conjunto de lencería tan delicado, lleno de encaje y de pequeños brillantitos, con un puto liguero que no pienso quitarle.

—¿Seguro que Madison no te ha advertido que iba a venir a verte?

Arruga el ceño.

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque no te pones algo tan *sexy* si no es porque quieres que alguien te lo arranque a mordiscos.

Se ríe.

—¿Crees que es *sexy*?

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Solo es ropa interior. Es la que usaba al vivir aquí —explica sin darle ninguna importancia.

—Pues más te vale llevarla a East Harbor —suplico mordiéndole el cuello.

—Vale, pero no sé si habrá tu talla.

Me detengo. Me aparto. La miro. Se está descojonando.

—Chanel Cavendish, ¿está usted devolviéndome las bromas?

Se ríe más fuerte y la callo con un beso.

Termino de desnudarla, todo excepto ese liguero. La tumbo sobre la cama. Me deshago del bóxer y me coloco sobre ella, asegurándome de besar cada pulgada de piel hasta llegar a su boca.

Nos restregamos buscando calentar nuestros cuerpos aún más, mientras sus dedos —y uñas— se van clavando en mi espalda, en mis hombros, en mi pecho. Mis manos se hunden en la piel de sus muslos y tantean su entrada.

Es jodidamente perfecta. Y me ha elegido a mí.

—Jay… —gruñe.

—Dime, Princesa.

—¿Has traído condones?

—¿Tú crees que he venido a verte sin pensar que esto pudiera surgir? —pregunto con una sonrisa canalla.

—Ya está otra vez ese ego enorme.

—Te ponen las cosas enormes: mi ego, mi…

—Sí, Jay. Tu enorme ego me pone muy cachonda —admite finalmente.

Me río y me levanto para ir a buscar el paquete que estaba en…

—Ahora vuelvo —prometo.

Salgo y encuentro la mochila en el suelo, cerca de un enorme sofá. Más cosas enormes. Me entra la risa floja.

Regreso a la cama y saco un envoltorio que rompo sin dificultad alguna. Me enrollo el preservativo y entro en ella provocando un gemido mutuo.

Nos entregamos el uno al otro como si estuviéramos reclamando el tiempo que hemos pasado separados. Como si con esas caricias se borraran todas las dudas, todos los miedos, todas las preguntas sin hacer. El calor de nuestros cuerpos es lo único que importa. Nos movemos juntos con lentitud. Sin prisas. Sin necesidad de demostrar nada, salvo el amor que nos tenemos.

Jugamos con el ritmo y la intensidad, con las posturas, los ángulos y los grados de fricción. Porque nos tenemos tantas ganas que nada nos es suficiente. No es hasta que Charlotte lleva un par de orgasmos cuando me permito vaciarme y caigo de espaldas sobre el colchón. Agotado por el esfuerzo y plenamente satisfecho. Entre esto y lo poco que he dormido, no creo que me costara mucho caer en los brazos de Morfeo.

Supongo que se percata de ello al preguntarme:

—¿Nos duchamos y vamos a cenar fuera? —Se muerde el labio por dentro. Como si hubiera cambiado de opinión de repente—. Aunque quizá prefieras que pidamos algo y cenemos aquí. Debes estar agotado por el viaje.

—Lo que más te apetezca.

—Vale.

Charlotte se levanta de la cama con una energía desbordante, se mete en lo que imagino que es el baño y el ruido del agua hace que se me cierren los párpados.



Abro los ojos al sentir una presión en mi pecho. Charlotte acaba de recostarse sobre mi cuerpo. Su cabello está húmedo y desprende olor a vainilla.

—¿Me he quedado dormido? —pregunto, dejando un beso sobre su sien.

—Solo un poco.

Alza la cabeza y me mira con ese brillo suave en los ojos que aparece tras hacer el amor. Se ha desprendido de esa capa de maquillaje y se ha vestido con unas mallas rosas y una sudadera blanca.

—Lo siento. No quería despertarte.

—Ni yo quería dormirme.

—No pasa nada. Podemos estar así, abrazados en la cama.

—Ni hablar. Vamos a pedir comida. Tengo hambre. —Charlotte se muerde el labio—. No esa clase de hambre, viciosilla. Eso luego —añado guiñándole un ojo.

La aparto de manera suave y me pongo en pie.

—Llama a quien tengas que llamar, voy a darme una ducha a ver si me despejo. Me va bien cualquier cosa: *pizza,* hamburguesa…

—¿*Pizza* hawaiana? —bromea.

—Más te vale que lo que pidas no lleve fruta —la amenazo apuntándola con el dedo mientras entro en el baño con el sonido de su risa haciéndome de banda sonora. Una vez dentro, veo que me ha preparado una toalla sobre la encimera. Hay una vela aromática encendida. Todo es color crema con detalles rosas. La decoración

está cuidada al máximo, igual que en el resto de la casa. Y, de alguna manera, aunque me parece raro, no me sorprende en ella.

El agua caliente resbala por mi cuello y me relaja los hombros. Demasiado. Selecciono una temperatura más fría porque lo que buscaba, precisamente, era despertarme. Hay demasiados botes, pero localizo un gel neutro y me decanto por ese. No quiero pasarme media hora leyendo etiquetas.

Cuando salgo del baño, veo que Charlotte me ha dejado la ropa sobre la cama. Un simple detalle que me hace sonreír. Vuelvo a vestirme y salgo al salón, donde me encuentro a Charlotte sentada en el sofá con el móvil en las manos.

—No voy a decirte lo que he pedido, es una sorpresa. Me gustaría mostrarte una parte de mi vida aquí que sí me gusta.

Me acerco a ella y me siento a su lado. Acaricio su mejilla con la mano, casi sin creerme que esta maravilla de chica se haya fijado en mí y esté a punto de abandonar todo esto para venir conmigo a East Harbor.

—¿Seguro que esto —señalo el espacio alrededor— no es lo que quieres?

—Créeme. He tenido suficiente.

Anuda sus muñecas tras mi nuca y pega sus labios a los míos. Es una puta delicia, pero a ella le sabe a poco porque se sienta a horcajadas sobre mi regazo. Mis manos van a su culo, que no para de moverse hacia atrás y hacia delante, restregándose contra mi miembro, el cual no tarda en despertarse.

Estamos tan metidos en esa burbuja que no oímos el ascensor ni el sonido que hace al abrirse.

—¿Chanel?

Ella se tensa y se aparta. Sus ojos miran con pánico un punto a mi espalda. Se incorpora como si le hubieran echado un cubo de agua helada encima. Yo también me levanto y me doy la vuelta. Ahí está. Un tipo bien vestido, con cara de no entender absolutamente nada, de no querer entender lo que está viendo.

—Will…

«Will».

Ese puto misterio que la rodeaba regresa con más fuerza y creo que no quiero saber quién es. Varios recuerdos regresan a mí en cuestión de un segundo. El primero, de cuando aún no sabía nada de su vida, ese Will la llamó y ella decidió ignorarlo.

—¿No vas a responder?
—No es importante.
—¿Todo bien?
—Sí. Asuntos sin resolver.

El segundo, un día en casa, con Harper, la volvió llamar y se pasó un buen rato en la habitación.

—¿Era tu familia?
—No, Will es… un amigo. Creo que el único de verdad que tengo ahí.
—Me lo tendrás que presentar un día.
—Algún día.

Trago saliva con dificultad, porque este tío que está frente a mí y me mira con tanto desprecio no es ni de lejos un amigo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Charlotte tratando de disimular lo poco que le gusta esta situación.

—Serena se ha pasado toda la noche preguntando por ti. Te ha mandado como veinte mensajes. Pensé que te habría ocurrido algo, de modo que he venido a ver si te encontrabas mal o necesitabas ayuda… —responde con la voz gélida y amarga. Desvía la vista hacia mí y no me mola nada lo que detecto en sus ojos—. Pero ya veo que te encuentras perfectamente.

Me giro hacia Charlotte y busco su mirada. Parece entrar en pánico. Intenta decir algo, pero Will se adelanta dando un paso hacia mí con una expresión seria teñida de confusión.

—Y tú debes de ser…

—Jay —respondo tratando de disimular la tensión en mi cuerpo.

—Jay —repite con aire condescendiente rascándose la mandíbula. Charlotte está tan tensa y muerta de miedo que no reacciona. Tanto

que empiezo a temer cualquier cosa yo también—. Asumo que eres el que se ha estado tirando a mi prometida.

No puede ser. Mi vista se clava en Charlotte. No lo niega. No lo corrige. No dice nada. Solo se queda ahí, congelada, con los ojos demasiado abiertos, ofreciéndome la respuesta silenciosa que no quiero oír. Porque ni siquiera es capaz de aguantarme la mirada.

La última jodida pieza del puzle se revela ante mí y es algo que no puedo asumir. Me niego a ser el puto amante de una niña rica y caprichosa.

—Iba a contártelo —pronuncia al fin. Y no sé si me lo dice a mí o a él porque estoy recogiendo la mochila que se quedó en el suelo. Necesito salir de aquí.

—Jay, por favor, espera. Te lo puedo explicar.

Ella intenta acercarse, pero se lo impido y cruzo el salón, ignorando sus intentos por detenerme.

—A lo mejor ahora no quiero saberlo —escupo con desprecio y dolor. Mucho dolor.

—No iba a casarme…

—¿Cómo? —cuestiona ahora el tal Will.

Aprovecho el momento de confusión para colarme en el ascensor. Pero me pierdo entre tanto botón y ella entra justo en el segundo antes de que se cierre la puerta y se ponga en marcha.

—Jay… —me llama. Pero me obligo a mirar hacia la pared porque me duele verla.

—No sé qué es peor. Si que lo nuestro haya sido real y no tuvieras la confianza para contármelo, o si esto solo ha sido una aventura prematrimonial para ti —le reprocho—. ¿Te acuerdas de cuando me preguntaste si tú eras un rollo para mí? —Río con amargura—. Me parece alucinante que tuvieras el valor de hacerlo cuando tú vas por ahí buscando la chispa que tu matrimonio concertado de mierda no te va a aportar.

—No sabía cómo contártelo.

—¿Todo bien?

—Sí. Asuntos sin resolver.

—¿Era tu familia?

—No, Will es… un amigo.

—Podrías haber intentado: «¿Recuerdas a Will, el tío que me llama tanto? Pues no es un amigo, es mi prometido, aunque no me voy a casar con él».

—Lo dices como si fuera fácil.

—Porque lo es.

La puerta se abre nuevamente y salgo despedido.

—Te elegí a ti —murmura a mis espaldas.

Me detengo, pero no me vuelvo hacia ella.

—Demasiado tarde, Charlotte. Quiero decir, Chanel —espeto con rabia, y reemprendo mi marcha hacia la salida sin mirar atrás. Porque, si la miro, temo romperme. Y esta vez no sé si voy a recuperarme tan rápido.

50. La vida no es una novela romántica

CHANEL

He sido una cobarde. Llevo dos meses ocultándole que estaba prometida a pesar de haber tenido oportunidades de sobra para hablarle de ello.

—¿No vas a responder?
—No es importante.
—¿Todo bien?
—Es un amigo. Me tengo que casar con él y no quiero.

—¿Era tu familia?
—No, Will es… un amigo. Me tengo que casar con él y no quiero.

—Creo… creo que me estoy enamorando de ti. Así que no, no eres un rollo. ¿Lo soy yo?
—Nunca lo has sido. Si me he mantenido tan alejada de ti es porque sabía que esto no era un capricho. No podía permitirme sentir nada por ti si tenía que regresar a Nueva York en unas semanas y casarme.

—No necesito que me des explicaciones ahora.
—Estoy aquí por mi madre. Soy adoptada. ¿Y recuerdas a Will, el tío que me llama tanto? Pues no es un amigo, es mi prometido, aunque no me voy a casar con él.

—¿Qué es lo que callas?
—No te sigo.

—No te voy a obligar a contarme toda tu vida. Pero igual, como te dije que no eres un rollo, me gustaría que confiaras en mí y me contaras eso que te preocupa.

—Tengo que volver a Nueva York. Unos días. No es algo que me apetezca. Pero no puedo mudarme aquí y dejar un millón de asuntos sin resolver: la casa, la universidad, eh…, la empresa, mi matrimonio concertado…

Él sabía que le ocultaba algo y confiaba en que tarde o temprano se lo contaría. Pero yo solo quería cerrar esta etapa de mi vida y olvidarme de ella. Encerrarla en una caja y guardarla en el fondo de un armario del sótano. No es que me avergüence, pero temía tener que dar demasiadas explicaciones porque, obviamente, en East Harbor nadie entendería esta clase de uniones por interés. Si era algo con lo que no iba a seguir, ¿por qué hablarlo? Will sería como Julian, alguien de mi pasado de quien le hablaría si algún día surgía el tema y con la seguridad de que es un asunto cerrado y sin importancia.

Ahora veo lo estúpida que he sido. Lo habría comprendido, me habría apoyado y esperado con paciencia. Pero acabo de volar la confianza que había entre nosotros por los aires.

La puerta del ascensor se abre de nuevo y entro en casa arrastrando los pies. Will sigue de pie frente a mí, con los brazos cruzados, a la espera de alguna clase de explicación de lo que acaba de ocurrir.

Lo miro y suspiro. Decidida a ser fiel a mí misma y a todo aquello que he decidido en las últimas semanas, voy hasta el armario del recibidor en busca del bolso. Meto la mano en uno de los bolsillos y atrapo el anillo que me quité al ver a Jay hablando con el portero.

La última oportunidad de contarle la verdad.

—Lo siento. También tendría que haber hablado antes contigo.

Extiendo el anillo hacia él con la palma abierta. El enorme diamante brilla cuando la luz incide directamente sobre él. Es una joya preciosa, aunque absurdamente cara.

Will me observa. Sus labios se tensan en una línea recta, como si tragara algo que arde. No extiende la mano. No dice nada durante

unos segundos largos y densos.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —pregunta, por fin—. ¿Esto es por un *affaire*?

—No —respondo de inmediato, incapaz de repetir esa palabra porque no es para nada lo que define la relación que he tenido con Jay—. Es por mí.

—¿Por ti?

Asiente como si se riera por dentro, pero no hay rastro de humor en su expresión. Se da la vuelta y empieza a caminar hacia el salón. Lo sigo aún con el anillo en mi mano, ahora encerrado dentro de un puño.

—Chanel, lo que pasa es que estás confundida. Entiendo que lo que has vivido estas semanas ha sido… diferente. Una burbuja, una escapatoria. Pero ese chico no forma parte de tu mundo y tú lo sabes. Por eso no le contaste que te ibas a casar ni tampoco rompiste conmigo el otro día cuando me hablaste de celebrar la boda en un viñedo.

Hay cierto reproche en su voz, porque, por muy comprensivo que quiera mostrarse, le estuve siguiendo el juego y ni si quiera tenía un plan concreto para romper esta relación.

—Jay no ha sido ninguna burbuja. Me ha hecho sentir libre, visible, querida. Importante. Me enseñó un mundo vacío de egoísmos en el que podía hacer lo que quisiera con mi vida.

Will da un paso hacia mí.

—¿Y qué quieres? ¿Trabajar en una librería de pueblo el resto de tu vida? ¿Perder la empresa que lleva tu apellido? ¿Perder todo lo que tus padres se esforzaron en conseguir y mandar a la mierda lo que construyeron para ti?

—No sé qué quiero. Pero sí sé lo que no quiero. No quiero vivir aquí, no quiero estudiar algo que no me gusta y desde luego no quiero pasar el resto de mi vida en un trabajo que aborrezco y con alguien a quien no amo.

Mi respiración se agita y me siento poderosa por decir algo así después de tantos años. Pero Will se muestra sorprendentemente tranquilo. Como si nada de lo que acabo de decir supusiera una novedad para él.

—No soy el enemigo —continúa, con esa serenidad que me pone aún más de los nervios—. Te entiendo. Has pasado por un terremoto emocional desde que se murieron tus padres. Pero huir de todo no es la solución.

—No tienes ni idea de lo que he vivido —mascullo. Él sigue impasible.

—Tienes razón, no la tengo. Pero estaría bien que recordaras quién ha estado contigo desde siempre, desde que eras una niña con demasiadas ideas en la cabeza. Yo te escuchaba y te apoyaba de manera incondicional cuando tenías alguna clase de problema. Yo estuve a tu lado y le paré los pies a mucha gente cuando necesitabas procesar el duelo, aunque no siempre me hicieran caso, yo les pedí a tus tíos que aflojaran un poco la exigencia contigo, yo los convencí de que te dejaran ir al seminario aquel, yo siempre he estado ahí, cuidándote, a veces incluso sin que lo supieras.

Abro los ojos y dejo escapar un jadeo. No tenía ni idea de algunas de las cosas que ha mencionado y a saber cuántas más podría haber incluido en esa lista.

—Yo… no sabía nada —me lamento.

—Créeme que tu vida habría sido muy distinta si tus padres hubieran confiado en otra persona para que se convirtiera en tu marido —continúa—. Otro ni si quiera hubiera permitido que te fueras a ese pueblo. Te habría puesto ese anillo incluso antes. Yo al menos esperé a terminar la universidad. Yo también te veo, te respeto y te doy toda la libertad que necesitas. Y, si en algún momento te ha parecido que no eres importante para mí, dímelo, por favor.

Tiene razón. Mierda. Es cierto, Will siempre ha estado ahí, facilitándome las cosas. El amigo a quien acudir cuando estaba tan rota por dentro que no era capaz de ponerme en pie y asistir a una estúpida fiesta. El único de todo mi entorno que no juzgaba mi rebeldía. El único que parecía entender la enorme soledad que vivía dentro de esta jaula dorada. Él hacía que vivir siguiera valiendo la pena.

Toda la rabia se ha esfumado y solo queda la niña pequeña y débil de siempre. Siento ganas de llorar. Él lo nota, toma mi mano y

me lleva al sofá.

—Nadie tiene por qué enterarse de esto, Chanel. Podemos seguir adelante. Te voy a apoyar si quieres dejar la carrera o no quieres trabajar en la empresa. Lo siento si no te lo he demostrado. Buscaremos algo que te guste. Quizá podrías ser editora y sacar adelante tu propia editorial cuando entiendas el negocio. —Una sonrisa se empieza a dibujar en mi cara casi sin darme cuenta—. Pero no tomes decisiones drásticas ahora solo porque crees haberte enamorado de alguien que sabes tan bien como yo que es un capricho con fecha de caducidad.

No soy capaz de responder. Jay no es un capricho, pero no me siento con fuerzas para luchar. Will recupera el anillo de mi mano y vuelve a colocármelo en el dedo.

—¿Y si me he enamorado de verdad?

Él me mira con ternura y me acaricia una mejilla.

—Sé lo que estás pensando. Pero ya estabas rara antes de marcharte a Maine. Esa gente ha llegado a ti en un momento de vulnerabilidad y tú has confundido gratitud con amor. No hay más. La vida no es una novela romántica.

Lo odio por conocerme tan bien. Porque quizá tenga razón una vez más. Soy demasiado idealista, y lo malo de eso es que cuesta distinguir la realidad de un sueño. Si, además, le añades que me encantan las historias de amor y que llevo demasiados años anhelando tener mi final feliz de película, da como resultado que haya creído que estaba en una relación, que estaba enamorada y que en East Harbor sería feliz el resto de mi vida.

Me desmorono. Caigo sobre él y lloro. Will me abraza y sostiene mi dolor una vez más. Porque, ahora que he regresado al mundo real y descubro que lo que acabo de vivir era una ilusión, me toca empezar de nuevo con otro duelo. El duelo de la historia de amor que jamás tendré.

51. Sigo sin entender nada

JAY

Nygossipupdates 3d
Confirmado: Chanel Cavendish sigue comprometida con William Langford. Tras meses de ausencia, los hemos vuelto a ver deambulando juntos por las calles de Manhattan. ¡Por fin podemos seguir muriéndonos de envidia! ♥ Pero… ¿es todo tan perfecto como parece?

[imagen de la pareja saliendo juntos de las oficinas de Cavendish Luxury Hotels & Resorts]

→*pinkyprincess:* Ese anillo está valorado en más de 10k dólares. Yo también volvería con él, sea lo que sea que haya ocurrido.

→*Cavenfan:* Ella no parece feliz… ¿Alguien más lo nota?

Notepierdasnada.ny 23h
¿Habéis visto el tatuaje de Chanel Cavendish? ¿Qué creéis que puede significar? ¿Tendrá relación con el lugar donde ha estado estos meses?

[imagen con zoom recortada]

→*elitefans*: Yo creo que Chanel tuvo una crisis. Esa chica está muy perdida.

→*lux_lou*: Parece que haya estado en alguna clase de retiro espiritual.

→*ilovewill*: O en *rehab*.

Notepierdasnada.ny 3d
Fuentes cercanas nos confirman que Chanel C no fue a la fiesta de cumpleaños de Serena. ¿Será porque ha ocurrido algo entre ellas o es que nuestra amiga C ha cambiado de amistades durante su ausencia fuera?

Nygossipupdates 1d
Testigo anónimo confirma que Chanel Cavendish besó a un chico (que NO era Will Langford) en el *lobby* de su edificio el mismo día de la fiesta de Serena. Lamentablemente, no hay imágenes. ¿Amante? ¿Ex? ¿Venganza?

→*sheilainNY*: ¿Un beso? ¿Y no era Will?

→*glowlux*: Esto huele a drama.

→*Notepierdasnada.ny*: Está claro que ha conocido a gente nueva durante su ausencia ☺

→*GalaHunter*: Yo dije que no estaba en *rehab.* Se escapó por amor ♥

→*R_Brit*: ¿Entonces por qué ha vuelto?

→*CurtisMike5:* Conozco a esta chica. Pasó un tiempo en un pueblo de Maine, montó una librería y estuvo liada con un camarero.

→*LiterallyAlice*: ¿C ha tenido un *affaire*?

→*JennaNY*: ¿Creéis que Will lo sabe?

→*ilovewill*: Lo sabe y la perdona porque la quiere demasiado.

→*Cavenfan*: Por favor, todos aquí sabemos quién de los dos gana más dinero.

→*CurtisMike5*: No tengo ni idea de lo que ha ocurrido, pero lo que todos vimos es que eso no era una simple aventura. Vivían juntos.

→*redscandals*: ¿Pero el camarero sabía que ella estaba prometida?

→*CurtisMike5*: No tenía ni idea. Ella estuvo jugando a dos bandas.

→*Notepierdasnada.ny*: Por favor, necesitamos una imagen del chico misterioso.

Notepierdasnada.ny 16h
Encuesta actualizada sobre la «desaparición» de Chanel Cavendish:

- *Rehab* por adicciones: 27 %
- *Burn out* / colapso mental: 19 %
- Internamiento psiquiátrico: 20 %
- Huida romántica: 34 %

¿Y tú qué crees? ¿Realidad o ficción?

→*Nygossipupdates*: Voy a lanzar mi teoría. C tuvo una crisis y se largó a algún lugar donde gente como nosotros no la molestara. Allí encontró el amor, pero algo ocurrió, tuvo que volver y retomar su vida.

→*glowlux*: O se cansó de ser pobre.

→*LenaNY*: ¿Y si fue el chico misterioso quien no quiso seguir con ella?

→*Cavenfan*: ¿Nadie va a pensar que la obligan a casarse? ¿Habéis visto lo poco que sonríe últimamente?

Estoy en el sofá, móvil en mano. Otra vez. Otra puta vez.

Los recuerdos se repiten en bucle, mi cerebro los reproduce como si fueran piezas nuevas. Y paso horas buscando su nombre en las redes sociales como si fuera a encontrar las respuestas que necesito en alguna publicación, comentario o imagen borrosa.

El anillo de diez mil putos dólares.

La fiesta a la que no fue por estar conmigo.

El chico misterioso al que besó en el *lobby* de su edificio.

Eso soy yo. El puto chico misterioso con el que tuvo una simple aventura.

La pantalla muestra una de esas estúpidas encuestas: «¿Por qué desapareció Chanel Cavendish?». Como si su vida fuera un *reality.* Como si todo fuera un espectáculo para entretener a esta panda de retrasados mentales que disfruta con el sufrimiento ajeno. No me extraña que estuviera harta de todo aquello, de no poder hacer o decir nada sin sentirse juzgada.

Me detengo en un comentario: «Conozco a esta chica. Pasó un tiempo en un pueblo de Maine, montó una librería y estuvo liada con un camarero».

Joder, esto es alguien de aquí. Me fijo en el nombre de usuario. CurtisMike5.

«Puto Mike».

Cierro la mano en un puño y aprieto la mandíbula tan fuerte que me hago daño. Ese tío no tiene ningún límite.

La puerta se abre. Harper entra con varias bolsas del súper y un ceño al verme que lo dice todo.

—¿Otra vez con esa mierda?

No respondo. Me limito a apagar la pantalla y desviar la mirada a otro lado.

—Jay… —me llama, dejando la compra sobre la encimera de la cocina—. ¿En qué crees que eso te va a ayudar?

—Solo ha sido un momento.

—Llevas así una semana.

—Necesito entender qué pasó.

—¿Y qué has descubierto? —me increpa, sentándose a mi lado—. ¿Que en internet la gente no tiene ni idea? ¿Que la mitad de esos «datos» son conjeturas sacadas de una foto borrosa o de una fuente anónima que asegura muchas cosas sin aportar ninguna evidencia?

—Harp…

—No, escúchame. —Me arrebata el móvil y lo aleja de mí—. ¿De verdad piensas que todo lo que viviste con ella fue una mentira?

—No lo sé. Ya no sé ni si lo viví de verdad.

Harper suspira y me mira con mucha ternura.

—Sí lo viviste. Pregúntale a cualquiera. Incluso el cerdo de Mike está poniendo que lo vuestro no fue una simple aventura.

Me recuesto echando la cabeza hacia atrás.

—Pues sigo sin entender nada.

—Y no lo entenderás buscando ahí. Porque, mientras sigas leyendo esa porquería, vas a continuar creyendo lo que ellos quieren que creas.

Silencio.

—Sé cómo la mirabas y cómo hablabas de ella. Y, por favor, créeme si te digo que ella estaba igual de colada por ti. Joder, era acojonante. Parecía que no hubiera nadie más en la habitación. Así que no, no fuiste un rollo ni un *affaire.* Fuiste su novio, ¿entiendes?

Me froto la cara. Y gruño. Y grito de la rabia y la frustración.

—Lo sé. Pero llegó ese tío, se presentó como su prometido y ella no dijo nada. No lo negó, simplemente se quedó ahí.

—¿Tú te quedaste a esperar la explicación?

—¿Para qué? —mascullo.

—Para tener esa respuesta que tanto buscas en las redes sociales.

—Me fui porque no quería que me mintiera más. Estoy harto. —Me levanto y empiezo a dar vueltas por el salón—. Si ella se avergüenza tanto de esto como para no contárselo a su familia, no quiero que esté conmigo. Paso de que East Harbor se convierta en el armario del que no quiera salir. Claro que me gusta que ame vivir aquí, pero no escondiéndose. Ni mucho menos escondiéndome a mí. Ya pasé por eso con Yiannis.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pasarte los días siguiendo lo que hace y lo que dicen?

—¡No lo sé! ¿Vale? No tengo ni puta idea de cómo procesar esto ni de cómo seguir adelante. Porque me enamoré de ella y no debería haberlo hecho. Sabía que ocultaba algo y, aun así, me obligué a pensar que tarde o temprano confiaría en mí. Por eso no quería volver a Nueva York y por eso mismo tuvo que hacerlo. Porque esto no eran más que unas vacaciones para ella y yo, el imbécil con el que decidió jugar.

La dejo con la palabra en la boca y voy directo al garaje a buscar la bicicleta. Me da igual la hora o el tiempo, necesito salir a dar una vuelta para dejar de ahogarme en esta casa.

52. Lo mejor para todos

CHANEL

Ha pasado una semana desde que todo explotó. Una semana desde que Jay apareció en mi edificio y descubrió todo lo que no me atreví a contarle. Una semana en la que lo único que hago es leer cientos y cientos de comentarios en redes sociales. Algunos me hacen reír de lo ridículos que son. Otros me dejan sin aliento por lo cerca que están de la verdad. Pero todos duelen.

Estoy acostumbrada a que hablen de nosotros. La élite neoyorquina hace tiempo que aparece en varias cuentas que se alimentan de rumores. Siempre han sido bastante inofensivas y tenían el puro objetivo de entretener. Eran fans que nos seguían y hablaban de los sitios a los que íbamos, las cosas que nos gustaban…, todo desde la admiración.

Ahora parece que me odien. Que disfrutan diseccionando cada gesto para lanzar sus absurdas teorías y que discuten entre ellos por tener la razón. Como si yo no tuviera sentimientos. Sacan de contexto cualquier imagen y se vuelven creativos a la hora de redactar titulares completamente sensacionalistas.

Hace dos días que he dejado de salir. He cancelado reuniones sociales y me he encerrado en casa como si aquí estuviera a salvo del mal del mundo. Pero vivo pegada al móvil, con el estómago encogido ante el temor a que estalle otra bomba en cualquier momento.

Will se ha instalado en el ático, aunque duerme en la otra habitación. Porque en público no se ha movido de su papel de prometido perfecto y, haciéndoles creer que vivimos juntos, pensamos que dejarían estar el asunto.

«No respondas a nada. El silencio protege», me repite cada vez que me ve con el aparato en mano.

Protege su imagen. Protege la fusión. Protege su agenda.

Pero a mí me está asfixiando.

James ha aprovechado que Will ha ido al gimnasio para venir a desayunar conmigo. Me ha traído unos *muffins* de arándano y muestra una mirada más cansada de lo habitual.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta sin ambages y sin reproches. Solo preocupación sincera.

—¿Tú que crees?

No responde. En su lugar, se levanta y sirve una taza de café para cada uno.

—¿Quieres contarme la verdad? La tuya —especifica.

—No sé si quieres saberla.

—Chanel, soy tu primo. ¿Crees que no sé que no estás a gusto aquí? ¿Que nunca has querido dirigir la empresa? ¿Que no te gusta la carrera que estabas estudiando?

—Y aun así me obligas a seguir con ello.

—Olvida lo que dije. —Se frota la cara con ambas manos—. Ya sabes cómo nos han criado. Hay muy poco margen para salirnos del rebaño y eso incluye apoyar a tu prima en lo que quiera hacer. Mi casa es un infierno, mis padres están todo el día discutiendo por ti, porque según ellos no te mereces llevar ese apellido, y ayer me harté. No voy a seguir de ese lado. Nunca más.

Alzo las cejas.

—¿Estás enamorada del chico misterioso?

Me muerdo el labio para no llorar.

—La he cagado mucho con él. Vine para cerrarlo todo, romper con Will, apartarme de la empresa, incluso cambiarme de nombre. En esto estaba trabajando Scott. Y ahora lo ha aparcado todo para ponerse de nuevo con el acuerdo prematrimonial.

—¿Cambiarte de nombre?

—Allí todos me conocen como Charlotte.

Me mira serio y asiente convencido.

—Me gusta.

Sonrío.

—¿De verdad?

Me guiña un ojo. Jamás lo vi hacer algo así. Me gusta este James.

—¿Sabes? Tú tienes la opción de elegir entre algo que quieres y algo que no quieres. Debería ser fácil. Yo, en cambio… —empieza a decir, pero se calla de repente y empieza a tomar un par de tragos de su café. Lo observo a la espera de que continúe—. Lo mío es más complicado.

—¿Por qué?

—Porque si elijo el amor tengo que despedirme de la empresa, y yo sí la quiero.

—Sigo sin entenderlo.

—Por si no te habías dado cuenta, Chanel, soy gay. —Ahora sí que alzo tanto las cejas que se me salen de la cara—. Tengo algo que podría llamar novio, pero no puedo hacerlo público porque a la junta no le gustará. Y me está dando un ultimátum.

—No quiere seguir escondido.

Asiente.

Joder, es como Jay, igual que lo que vivió con Yiannis. Y yo le he estado haciendo lo mismo.

«Mierda».

—James, la junta somos nosotros dos. Los demás no llegan a la mayoría.

—Pero pueden irse.

—¿Y dejar de ganar dinero? —Niego con la cabeza—. Hablaré con Scott, voy a pasarte las acciones necesarias. Quiero seguir presente, quiero apoyarte porque tienes muy buenas ideas y vas a llevar la empresa a otro nivel. Confío en ti. Pero no quiero tener un cargo ni tampoco ir cada día.

—Me parece perfecto. Pero te las voy a comprar, no quiero que me las regales. Son tuyas.

—Bueno, eso ya lo veremos —comento agitando la mano para restarle importancia al asunto.

Nos reímos. Damos un trago al café y un mordisco al *muffin.*

—¿Recuerdas lo que te dije del amor y el acuerdo comercial que supone el matrimonio?

—Cómo no olvidar eso —ironizo.

—Pues ahora te pido que lo hagas. No te cases con Will. Regresa a ese pueblo y recupera a ese chico.

Lo miro como si no lo conociera. Hemos crecido juntos, nos han criado de la misma manera, pero él parece que se tragó sus sentimientos para encajar mientras yo siempre quería rebelarme contra cualquier cosa que no me gustara. Ahora me anima a huir de todo y me siento validada por primera vez.

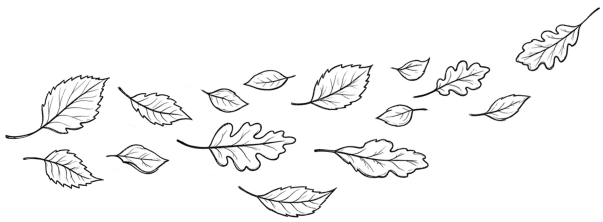
—¿Qué pasa con la fusión? Va de la mano con el matrimonio.

—Chanel, hay muchas cosas que no tienen sentido en sus cuentas. Estoy cansado de encontrarme movimientos poco claros. Creo… creo que han inflado los beneficios y que hay operaciones que no han existido. Will entra cada día en mi despacho a meterme prisa, quiere que termine de revisarlo todo cuanto antes. Eso me hace sospechar. Si acelero el proceso, quizá no me fije en todos esos detalles.

—¿Crees que por eso quiere seguir adelante con el compromiso, a pesar de que todo el mundo sabe que he estado con otro? —tanteo.

—Estoy seguro de que Will te quiere, a su manera. Siempre habéis sido amigos. Pero, si tuviera que apostar algo ahora mismo, es que te necesita. Puede que estén arruinados y por eso esté tan nervioso con la fusión. Y si no te casas con él…

—No hay fusión.



Llevo horas pensando en la conversación que he mantenido con mi primo esta mañana. No sé qué ha hecho Will durante el día, pero aún no ha llegado. De modo que no solo ha ido al gimnasio. Las palabras de mi primo me han sugestionado y ahora lo veo todo sospechoso. La insistencia en que nos casemos a pesar de la tormenta que todas esas publicaciones están causando entre

nosotros. La amistad que teníamos se ha ido erosionando con las discusiones y cada vez tiene menos sentido. Y lo de la fusión…

Decido ir a su apartamento. Quizá haya necesitado un momento de tranquilidad. Llamo a Vance y bajo al vestíbulo cuando está al llegar para pasar el menor tiempo expuesta a la gente.

Llegamos en tiempo récord. Por algún motivo, las calles están más despejadas de lo normal. El portero me mira extrañado, pero me indica que el señor Langford está en su casa y que puedo subir.

Salgo del ascensor y llamo al timbre. Unos segundos después, Will abre la puerta, vestido de manera informal, y me indica que pase.

—Supongo que necesitabas un refugio —elucubro.

—No eres la única que lo necesita —me reprocha.

—Debería haberte contado lo de Jay desde el primer día, en vez de hablar de viñedos.

—Eso ya da igual. Lo importante ahora es seguir con nuestros planes para que esa gente deje de inventar rumores cuanto antes y se olviden de nosotros. Mostrar que seguimos unidos y que la fusión continúa adelante.

—Lo importante ¿para quién?

Will alza las cejas y suelta una especie de jadeo de sorpresa al no esperarse esa pregunta por mi parte. Yo, en cambio, lo observo con los brazos cruzados y me fijo en que empieza a mostrarse algo menos seguro de sí mismo que hace unos segundos.

—Para todos, Chanel.

—¿Qué gano yo con todo esto? —cuestiono.

—¿Ser la mujer de Will Langford? ¿Una vida de estabilidad? ¿Un negocio exitoso?

Me río sin ganas, tragándome todas las respuestas sarcásticas que me vienen a la mente. Me doy la vuelta, dispuesta a largarme. Él me sigue, preparado para convencerme de nuevo. Pero cuando abro la puerta me detengo y me giro hacia él, quien queda muy cerca de mí. Me quito el anillo y esta vez no se lo entrego, lo dejo sobre un mueble de la entrada.

—Adiós, Will.

—¿Y ya está? ¿Así es como vas a tirar tu vida por la borda y acabar con años de amistad?

Entrecierro los ojos. Ya no me creo ni su amistad. Seguro que solo me lo hizo creer para que confiara en él.

—¿Sabes cuál es el problema? Que yo no quiero casarme con un amigo por hacer negocios. Quiero casarme por amor, ¿entiendes? Quiero sonreír cuando llegue a casa tras un duro día porque la persona que amo está ahí, preparando una sopa. Quiero reír todos los días. Quiero una vida que haya elegido yo y que me haga feliz. Y eso no lo voy a tener contigo.

—El amor está sobrevalorado, Chanel. Tiene fecha de caducidad.

—¿Y el dinero no? Dime, Will, ¿por qué tanto empeño en seguir adelante con esto y ser el puto cornudo de Nueva York? Te lo diré yo. Me necesitas porque estáis arruinados, habéis inflado los números y te acojona ir a la cárcel.

Me acabo de tirar el farol más grande de toda mi vida, pero, a juzgar por su reacción, no estoy tan mal encaminada. ¿Y sabéis qué? Me duele que sea verdad. Que solo me necesitara. Que me hiciera creer que lo que sentía por Jay era un capricho. Que me arrastrara a este matrimonio para salvar su culo.

—¿Ya se ha id…? —pregunta Bianca apareciendo en ropa interior, tras un silencio demasiado largo—. Oh, mierda.

—De puta madre, Will —escupo.

—¿Tú te has estado tirando a otro y el malo soy yo? —me reprocha cuando estoy de camino al ascensor.

—Entérate bien, me importa un pimiento con quién te acuestes. Pero no me hagas quedar ahora de mala, ni se te ocurra. ¿Por qué no te casas con ella, eh? Dime.

—Chan…

—Dímelo. Quiero oír cómo me lo dices a la cara. Dime que solo estabas conmigo porque estás arruinado.

—Chanel…

—¿No lo vas a decir?

—No grites aquí, por favor… —me suplica. Está claro que tiene miedo de que nos puedan oír los vecinos.

—Da igual, en breve vas a tener que mudarte, ¿verdad?

—Sí, Chanel, sí. Mi padre es idiota. Cayó en una estafa e invirtió mucha pasta en un proyecto que resultó ser fraudulento. Perdió mucho dinero, mucho. El mismo día de mi graduación me lo contó y me sugirió que fuera a Tiffany y comprara un buen anillo.

—Y en vez de denunciarlo, prefirió callarse y cubrirlo como pudiera.

—¿No he dicho ya que es idiota?

Niego con la cabeza y llamo al ascensor pulsando el botón ochocientas veces. Necesito irme de aquí.

—Ya sabías lo de Jay, ¿verdad? Ella te lo contó. Por eso la urgencia de que volviera. No era solo porque algunas te acusaran de ser un maltratador. Temías que acabara con esto si me enamoraba porque soy una ilusa y una soñadora que no está de acuerdo con esta clase de matrimonios.

No responde, pero agacha la mirada.

El ascensor llega y se abren las puertas. Entro.

—Espera —dice, bloqueando el sensor con la mano para que no se cierre—. No quiero que pienses que te utilicé. Siempre fuiste mi amiga y… yo sí te quise. Te quiero —rectifica—. Aunque tú jamás me ibas a ver de esa manera porque está claro que te van otra clase de chicos, más… bohemios. —Abro mucho los ojos, no me esperaba esta declaración—. Para mí no era un matrimonio por interés, aunque, gracias a mi padre —ironiza— lo hubo al final. Yo quería que te enamoraras de mí.

—Will…

—Espero que seas muy feliz con él.

Aparta la mano, se cierra el ascensor y este arranca mientras unas lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

53. #Chay

JAY

Nygossipupdates 4d
Notición: Chanel rompe su compromiso con Will. La noticia ha sido confirmada por varias fuentes cercanas. ¿Qué ha pasado con la pareja de moda de Manhattan?

→*pinkyprincess*: Ay, nooo, con lo bien que quedaban en las fotos.

→*highheelsandmimosas*: Se veía venir. Ella está enamorada de otro.

Notepierdasnada.ny 3d
Según informa @BusinessInsiderNY, Kingswell Developments está bajo investigación financiera. Se sospecha de manipulación de activos y falsificación de informes para asegurar una fusión con Cavendish Luxury Hotels & Resorts. ¿Pensáis lo mismo que yo?

→*teaobsessed*: Seguro que Chanel se enteró y rompió con él.

→*ilovewill*: Will es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

→*teaobsessed*: Will estaba arruinado y necesitaba el dinero y el poder de los Cavendish.

→*thisisnotaboutlove*: Por eso siguió adelante con el compromiso cuando se convirtió en el cornudo de Manhattan.

Notepierdasnada.ny 2d

Actualización del culebrón Chanel-Will. Testigos afirman que él también tenía una amante y que eso provocó una discusión que los llevó a romper el compromiso. Parece que no era tan #cuentodehadas como nos pensamos.

→*Cavenfan*: ¡Qué fuerte!

→*ilovewill*: Si le ponía los cuernos a C por algo sería. A ver si os pensáis que ella era una santa. ¿O ya habéis olvidado al chico misterioso?

Nygossipupdates 23h
Si pensabas que aún estabas a tiempo de ligarte al soltero de oro, malas noticias. James Cavendish, el primo de nuestra querida Chanel, ha salido oficialmente del armario y nos presenta a su novio tras anunciar que se hará cargo de la empresa familiar. ¿Por qué todos los guapos están pillados o son *gays*?

→*maliciousmilkshake*: No me lo puedo creer.

→*Cavenfan*: Pues era de esperar, un chico así que no estuviera relacionado con ninguna chica…

→*pinkyprincess*: ¿Entonces Chanel se desvincula de la empresa?

Notepierdasnada.ny 22h
Pst, pst. Testigos aseguran haber visto a Bianca comprando un test de embarazo. Yo tengo una teoría, pero es demasiado retorcida.

→*highheelsandmimosas*: Es de Will.

→*stilljenny*: Es de Will.

→*rose0ne*: ¿Todos pensamos lo mismo?

→*Cavenfan*: Pero ¿no se supone que es la mejor amiga de Chanel?

→*sheilainNY*: ¿Y aún os sorprende que se marchara?

> **Notepierdasnada.ny** 7h
> Últimas noticias. Hemos pillado a Chanel saliendo de su casa con varias maletas. ¿Está huyendo de nuevo o está regresando a ese pueblito de Maine de la última vez?
>
> →*R_Brit*: OMG Esto huele a final de novela romántica.
>
> →*Cavenfan*: Ojalá encuentre paz y felicidad ♥

Me gustaría decir que no he leído nada de esto. Que no he entrado a esa maldita red social otra vez. Que he seguido con mi vida, trabajando, entrenando, estudiando, saliendo por ahí con Madison. Pero mentiría. La pierna enyesada que tengo en alto sobre la mesita de centro con un cojín no ayuda a distraerme y me obliga a estar aquí todo el día sin moverme.

Un accidente en bici por comportarme como un crío irresponsable que sale a dar una vuelta cuando el cielo auguraba tormenta. Porque estaba harto de las putas publicaciones y de discutir con Harper. Desde entonces llevo una semana encerrado en casa. Por ser incapaz de pasar página.

Porque soy consciente de que soy el pringado que se enamoró de una chica con nombre de casa de moda. Que creyó que un par de bromas y una familia podrían competir con un ático en Manhattan, un anillo de diez mil pavos y una vida planificada al milímetro.

Y, aun así, cuando leí que había cancelado la boda se me encogió el pecho. No sentí alegría ni alivio. Pero sí esperanza. Maldita esperanza que me hace anhelar que Charlotte aparezca por esa puerta. Algo que sé que no va a ocurrir, porque todos esos titulares no tienen nada que ver conmigo. Si ha dejado a Will es porque está arruinado. Ha dejado la empresa porque no le gustaba y se habrá pirado a alguno de sus hoteles a pasar una temporada para huir de la gente.

—¿Te traigo algo más? —pregunta Harper desde la cocina—. ¿Té? ¿Comida? ¿El alma que vendiste por seguir leyendo esa basura?

—Ya tengo mi dosis de humillación diaria, gracias —respondo sin apartar la vista del móvil.

Ella cruza el salón, me arrebata el teléfono y lo lanza al otro lado del sofá.

—¡Eh! —protesto.

—Basta. ¿Hasta cuando vas a castigarte con esto?

—No estoy castigándome —murmuro.

—¿No? ¿Y cómo llamas a estar tumbado en el sofá mirando fotos de tu ex en redes sociales y todos esos titulares y comentarios capciosos?

—Informarme.

Ella dulcifica la mirada y me aprieta el hombro con suavidad.

—No te hagas más daño y deja de ver esa mierda.

Respiro hondo. Demasiado hondo. Me duele el pecho. O quizá es otra cosa.

—El amor es una puta mierda, Harp. No quiero volver a ello. Si me torturo con esto, es para hacerme entender que no debo volver a enamorarme nunca más.

—¿Es como si estuvieras entrenando el cerebro?

—Sí.

—Creo que te estás equivocando de órgano.

Suspiro y me echo hacia atrás.

«¿Y a ese otro órgano cómo le hago entender esto?».

Harper me observa con esa cautela propia de cuando uno ve a alguien sufriendo, agonizando en la cama de un hospital. Porque así de jodido estoy.

El timbre suena y Harper va a abrir. Aprovecho para estirarme sobre el sofá y alcanzar el móvil. Funcione o no, debo seguir intentándolo.

—¿Está Jay?

Oh, joder. Es su voz. Pero no es ella. Charlotte no está en East Harbor. No está en mi casa. Sin embargo, cuando alzo la cabeza la veo acercarse a mí.

—¡Oh, Dios mío! —Se cubre la boca cuando descubre mi pierna enyesada—. ¿Qué te ha ocurrido? —pregunta sentándose a mi lado.

Demasiado cerca. Demasiado lejos. Su perfume me golpea y solo puedo desear que esto no sea un sueño.

—Me caí con la bici. Me pilló la tormenta —respondo con naturalidad.

—¿Ves? Las bicicletas son muy peligrosas. Yo por eso no monto en ellas.

Sonríe. Sé lo que pretende con ello y, aun así, caigo como un imbécil.

—O quizá porque no sabes hacerlo —la pincho.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Crees que podrás enseñarme cuando te recuperes? —me pide.

—Depende —comento haciéndome el interesante.

—¿De qué?

—¿Estás en East Harbor de paso? No enseño a turistas, solo a residentes.

Le guiño un ojo porque quiero sonar informal y gracioso, como solía ser antes de todo. Pero en el interior estoy temblando.

Charlotte recupera la seriedad.

—Sé que la cagué y no tengo excusa. Pero quiero que sepas que si no rompí el compromiso cuando llegué allí no fue porque me avergonzara de ti ni porque quisiera esconderte en un armario. —Que haya escogido esas palabras no puede ser casualidad. Es porque ha entendido mi dolor—. Estoy muy satisfecha con la decisión que tomé y no me avergüenzo de ti en absoluto porque eres lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo. Me has dado esperanza y confianza en mí misma para poder hacer lo que yo quiera. Es solo que no estaba preparada para enfrentarme a todos aún.

»Mi idea era romper el compromiso y terminar con todo eso. Pero me bloqueé al llegar allí, temí que Will se negara a aceptar el anillo de vuelta y me manipulara hasta lograr convencerme de que casarnos era la mejor opción. Tal y como sucedió la primera vez.

No digo nada. Ni pienso hacerlo.

—Cuando te conté que me daba miedo regresar a Nueva York era porque sabía que me volvería pequeña de nuevo. Mi primo empezó a hablarme de reanudar mis estudios en la universidad y de que el

amor nos hace débiles, y yo pensé que solo eran unos días. Lo solucionaría todo y huiría de nuevo con una nota.

—Una opción cobarde, sin duda —le reprocho.

—Estoy de acuerdo. Pero tú viniste y me recordaste que yo no soy así y que eso no era lo que quería en mi vida. Lo cual me dio fuerza para terminar con todo.

—¿No rompiste con él porque te utilizó? —cuestiono dolido. Me jode que ahora quiera hacerme creer que todo fue por mí. Cuando está claro que se quedó sin opciones.

Sus ojos se abren al no esperar esta pregunta.

—No deberías hacer caso a lo que lees en internet. Esa gente no sabe nada de mi vida —me recrimina con tristeza—. Es cierto que todo pasó muy deprisa y que desde fuera puede parecer que fue así, pero yo estaba mal desde que te largaste de esa manera. Por mucho que Will quisiera seguir adelante con ello, por interés, claro, había mucha tensión entre nosotros. Éramos amigos, siempre lo fuimos y eso había cambiado. Si yo accedí a casarme con él fue precisamente porque en ese momento creí que era la mejor opción. Y eso se alteró cuando te conocí.

—Deberías habérmelo contado —continúo echándole en cara.

—Soy consciente. Y no sabes lo mucho que me he reprendido por ello. Pero vengo dispuesta a contarte toda mi historia. Si aún quieres oírla.

—¿Has venido hasta aquí para hablarme de tu infancia? —la increpo. No sé si quiero que me hable de ella ahora. Tuvo tiempo suficiente de hacerlo y no confió en mí.

—He venido a quedarme. —El corazón me da un vuelco e intento no parecer eufórico por lo que acaba de decir—. He venido porque mi vida está aquí ahora. Aquí están mi librería, mi familia, mis nuevas amigas y mi novio, si quiere seguir siéndolo —añade, dejando la pelota sobre mi tejado—. Porque aquí quiero vivir, trabajar, casarme y tener hijos. Que se críen aquí, que vayan en bici al parque y tengan una comunidad de gente que se preocupe por ellos.

—Espera, espera, ¿de verdad estás hablando de casarte y tener hijos?

—Bueno… —murmura, y parece avergonzarse—, de llegar a ese punto, me gustaría que fuera aquí. Contigo.

Me deja tan fuera de lugar que no sé qué responder. Está claro que es toda una declaración de intenciones que ni mi corazón ni mi polla parecen estar dispuestos a dejar pasar. Y yo estoy deseando aparcar mi orgullo y aceptar porque quiero todo lo que me ofrece. Sí, me he visto enseñando a montar en bici a nuestros hijos por el parque.

Como no digo nada, coge su móvil y empieza teclear algo. No lo veo desde aquí, pero está en esa maldita red social. Al terminar, me lo enseña para que lo lea.

«Joder, la amo».

—Para que veas mi nivel de compromiso contigo. Ya sabes lo que esto significa.

—Falta una foto —sugiero—. Para que sea más creíble.

Ella me mira sonriente y nos apunta para hacer un *selfie.* Pero yo le arrebato el móvil, ella gira la cabeza y aprovecho para estampar mis labios contra los suyos. Gime en mi boca y aprovecho para sacar varias fotografías.

—Esta es la imagen que necesita esa publicación —comento señalando una que ha quedado perfecta.

Ella se ruboriza. La selecciona y la añade.

—Hecho. Ya no hay vuelta atrás —anuncia tras darle al botón que lanza esa noticia a varias redes sociales a la vez—. Despídete de ser anónimo.

Me río. Vuelvo a besarla. Ella deja el móvil sobre el sofá y pasa sus brazos tras mi nuca. Se aprieta más a mí. Se sube en mi regazo.

«Oh, joder».

—Te recuerdo que el sofá sigue siendo zona libre de sexo.

Consigo que se ría, pero no que deje de frotarse. Por el rabillo del ojo veo cómo llegan decenas de notificaciones al teléfono de Charlotte, pero decido ignorarlas y centrarme en ella y en aprovechar el tiempo que hemos perdido.

Porque se está formando una tormenta y quiero pasarla a su lado.

C.Cavendish 10min

Sí, me he enamorado y le he dejado la empresa a mi primo. Sé que la gestionará bien. A partir de ahora no me veréis tanto en Manhattan porque me mudo a Maine, aunque prometo seguir activa. Te quiero, Jay. Quiero pasar todas las noches de tormenta a tu lado ♥ Por cierto, podéis llamarme Charlotte a partir de ahora.

[imagen del beso]

→*Cavenfan*: Amo los #Chay.

→*coffeegirlnyc*: OMG! El chico misterioso es guapísimo.

→*BrianaNY*: Yo también habría cambiado a Will por Jay. ¿Dónde se encuentran bombones así?

→*MadisonLoveDogsnCats*: ¡Qué gran noticia, chicos!

→*JamesCavendish*: Mucha suerte, C.

→*ilovewill*: Pero no la animéis, ha dejado en la estacada a su amigo de toda la vida por un capricho de niña rica.

→*Notepierdasnada.NY*: ¿Alguien más cree que @ilovewill es Bianca?

→*Nygossipupdates*: Tiene toda la pinta de que lo sea. Mirad sus últimos comentarios.

→*HollySportsPics*: Sois muy empalagosos, pero os quiero igual.

→*HarperinEH*: Joder, por fin.

→*Beth.Callahan.Author*: Si esto fuera una novela romántica #smalltown #foundfamily

Epílogo

JAY

Siete meses después…

LuxuryScapesUS 5d
Récord histórico para Cavendish Luxury Hotels & Resorts. Se empiezan a notar las medidas que implantó el nuevo CEO, James Cavendish, con un incremento de los beneficios del 63 %.

→*LeoWalters*: Como empleado, tengo que decir que el ambiente laboral y la productividad han mejorado muchísimo.

→*VaniaR*: Hace dos semanas estuve en uno de sus hoteles y vine encantada. Se nota que James ama este negocio.

booklovers_NY 6d
¿Quién es Beth Callahan y por qué todo el mundo habla de ella? Su debut, Ninguna distancia borrará tu huella, literario será publicado este mes bajo el sello de Cavendish Editions, dirigido por nuestra querida Charlotte. El libro se venderá exclusivamente en la librería The Book Nook y *online* desde su propia web. #sportsromance #segundasoportunidades #smalltown

→*soontoberead*: Yo ya hice el pedido hace tres días. No puedo esperar a leerlo.

→*Tayloradams*: Beth es la hermana de Jay #Chay.

Nygossipupdates 4d

¡Sorpresa! Bianca R y Will L anuncian su compromiso. Él ha confirmado que quería esperar a que se resolviera el asunto de la empresa antes de dar este paso. Recordamos que hace unos días el fiscal del caso anunció que Will no había tenido nada que ver, ya que se encontraba en la universidad.

[imagen de la pareja enseñando el anillo sobre la barriga de embarazo]

→*thisisnotaboutlove*: La sonrisa de Will es muy falsa. Se nota que no está enamorado.

→*highheelsandmimosas*: Pero está cumpliendo con su deber como hombre. Que no se hubiera acostado con ella en primer lugar.

→*maliciousmilkshake*: Ella tampoco parece estar encantada. ¿Problemas en el paraíso?

¿Qué voy a decir? Sí, me aficioné a leer hilos sobre Nueva York y el entorno de Charlotte. Estoy sentado en una tumbona, con la pierna estirada debido a un esguince que me hice en bicicleta hace unos días. Sí, otra vez. Aunque en esta ocasión ha sido por culpa de mi novia, que es muy torpe y me tiró al suelo con la suya. Accedió por fin a que le enseñara, pero creo que delegaré esa tarea en otra persona, me rindo.

Contengo la risa cuando Caleb cuenta por enésima vez la anécdota del gato.

—Cuando, por fin, consigo atraparlo, el pequeño se revuelca y me da un zarpazo que casi pierdo un ojo. Mirad, todavía tengo la marca. —Señala una pequeña cicatriz de su cara situada un poco por encima del pómulo.

Todos nos reímos. Es muy exagerado, pero es buen tío.

—Eso es lo que pasa cuando vas de héroe, cariño —bromea Madison dándole un beso en la mejilla, y la mirada de él se enternece por unos segundos.

—Lo peor de todo es que volvió al día siguiente y ni se inmutó al verme, yo creo que se burlaba de mí.

Más risas.

Está claro que no soy el único gracioso del grupo.

El cabrón de mi cuñado se acerca con una bandeja de carne y el aroma a hamburguesa recién hecha me hace salivar. Beth lo sigue con una sonrisa imborrable. Mi amiga Holly pensó que podrían congeniar y ahora están esperando un bebé. Yo pensé que me iba a sentar peor, pero me hace mucha ilusión ser tío. Mucha.

Al cabo de un rato, me llega el ruido de un motor. Me giro y veo a Charlotte y a Harper salir de ese BMW rojo que le encanta conducir a mi novia. Como si ella sola no llamara suficientemente la atención. La chica que me robó el corazón tuvo que ir a solucionar unas cosas de la librería antes de venir y se llevó a su nueva mejor amiga para que la ayudara.

Me enamoró siendo «solo» la chica nueva que abrió un negocio de libros al lado del Joe's. Pero con la confianza que ha ganado estos últimos meses estoy aún más colado por ella.

A la vuelta de Nueva York, trajo nuevas ideas. La primera, convencer a mi hermana para publicar un libro. Ella sería su editora y correría con todos los gastos, además de hacerle una campaña que eclipsó a las más vendidas de su género. Para ello, desarrolló su propio sello editorial. Beth tenía sus reticencias, pero Jake la animó a que le enseñara alguno de sus manuscritos y Charlotte lo está convirtiendo en un éxito. Ya tenemos más de siete mil pedidos en preventa a un mes de lanzarse oficialmente.

En segundo lugar, contactó con una agencia de *marketing* para que diseñara una web en condiciones y poder vender los libros en todo el país. Algo que multiplicó exponencialmente los beneficios. Tanto que contrató a su madre a tiempo completo y a una aprendiz que viene por las tardes. Compró tanto el local de la librería como el anexo, para ampliarla y habilitar un despacho desde el cual llevar todas las operaciones.

Tercero y último. Una vez que tuvimos la web operativa y los pedidos empezaron a ser algo habitual, Charlotte sacó su nuevo proyecto: «Cita a ciegas con un libro». Habilitó un formulario en el

que los lectores indican qué clase de libros les gustan y ella les envía uno junto a algunos detalles. La idea se viralizó y tuvimos que contratar a más personal, pues había épocas en las que el trabajo se nos acumulaba. Sí, yo a veces también ayudo.

East Harbor ha dejado de ser un pueblo anónimo, pues no para de aparecer en las redes sociales de Charlotte y, entre eso y The Book Nook, no paran de venir turistas en cualquier momento del año para ver dónde nació la historia de los #Chay, o comprar algo en la librería y conocer en persona a aquella que abandonó Nueva York y que siempre admiraron.

Yo, por otro lado, decidí centrarme en mis estudios. Así que ahora solo trabajo en el Joe's durante el verano. Contaba con bastante dinero ahorrado y el alquiler en casa de Harper es mínimo, con lo cual podía mantenerme sin dificultades. Además, realicé —y sigo haciéndolo— una serie de trabajos para la web y redes sociales de la librería como *freelancer* que me valieron para que otros negocios del pueblo confiaran en mi talento.

Charlotte viene hacia mí y la recibo con un beso que la deja descolocada varios segundos.

—Mira que sois empalagosos. Qué ganas tengo de que os mudéis —bromea Harper.

—Nosotros también te echaremos de menos —ironizo.

Como nos va tan bien en nuestros trabajos, ahora mismo estamos planeando comprar nuestra propia casa. Al parecer, es un motivo de alegría para mi casera. Ojalá ella también pueda tener su historia de amor, se lo merece. ¿Cómo creéis que será? Se admiten apuestas.

Nos sentamos alrededor de la mesa y celebramos todas las alegrías. Hay risas, bromas, brindis, conversaciones de todo tipo, pero lo que prevalece, por encima de todo, es ese sentimiento de pertenencia a un grupo. Algo que tanto Charlotte como yo hemos encontrado en este pueblo: una familia.

La suya. La mía. La que estamos construyendo juntos.

Una que ríe, que tropieza, que perdona.

Una que no siempre fue perfecta, pero sí verdadera.

La tarde se estira con olor a verano y pienso que, por primera vez en mi vida, ya no necesito buscar nada más. Porque tengo justo lo

que quería: una casa, un futuro y una familia de corazón que sé que siempre estará ahí.

East Harbor 3:
La jugada que me llevó a ti

HARPER

**Atención: Este texto aun no está corregido y puede sufrir alteraciones menores.*

Siempre me han gustado los deportistas. No sé si el hecho de haber crecido rodeada de ellos tiene algo que ver. Quizá creéis que es algo común, pero no tiene que ver con que sean guapos, arrogantes y tengan un cuerpazo. Es algo muy instintivo. Segregan alguna clase de feromona que detecto al instante.

El primero de todos ellos fue un amigo de mi hermano Calvin que jugaba al fútbol con él. Me pasé casi todo el instituto suspirando por ese amor imposible porque yo solo era la hermana pequeña y él tenía un ejército de animadoras haciendo cola para meterse en su cama.

Seguramente por esa especie de feromona especial para Harper que segregan los deportistas, fue que a él lo detecté incluso antes de decirme su nombre. Estaba buscando que la camarera del pub de East Harbor me hiciera caso y me pusiera una última ronda de margaritas. Me lo estaba pasando demasiado bien con mis amigas para regresar a casa tan pronto. Sentí su cuerpo rozando «accidentalmente» el mío y me giré hacia él.

—Tres margaritas, por favor —pidió, captando la atención de todas las chicas que estábamos en la barra, empleadas o no.

—¡Eh! A la cola, guaperas —protesté, aunque mi enfado pareció no afectarle ya que la mirada que le eché le indicó otra cosa muy diferente. Era deportista, seguro.

—Son para ti y tus amigas —respondió con esa sonrisa arrogante y seductora con la que ya había logrado mojarme las bragas—. ¿Es lo que estabas pidiendo, ¿no?

—¿Gracias? —balbuceé.

—Soy Brady —se presentó y, antes de esperar respuesta por mi parte, desvió la vista hacia otros dos chicos que estaban a su lado—. Y ellos son Zach y Owen. Estamos de despedida de soltero.

—¡Vaya! ¿A quién tengo que darle la enhorabuena? O el pésame…

Me quedó clarísimo, por la cara de funeral que puso uno de ellos, quién era el que iba a casarse. Los otros dos se desternillaron.

—¿Y tú como te llamas? —preguntó Brady.

—Harper.

—¿Dejas que os hagamos compañía un rato, Harper? —preguntó con esa voz seductora que me estaba desarmando.

—¿Solo queréis compañía? Os advierto que mis amigas son intocables.

Sus colegas emitieron un chasquido, pero Brady los ignoró.

—¿Y tú?

Tragué saliva.

—Respóndeme una cosa. ¿A qué te dedicas?

Dejó escapar una risa que impactó en todo mi interior.

—Estamos en la universidad aún. En el equipo de hockey. —¿Veis? ¿Tenía razón o no?—. Mi sueño es entrar en la NHL algún día, aunque de momento no me queda otra que servir cafés a jóvenes resacosos.

Deportistas. Si es que los atraigo como moscas. Y ellos a mí. Desvié mi vista hacia mis amigas por unos segundos. No se merecían esa encerrona. Habíamos salido a pasárnoslo bien. Aunque, por otro lado, tenía más que claro que no iba a dejar escapar un buen revolcón.

—Está bien —claudiqué—. Podéis uniros, pero os advierto…

—Tranquila. Este se va a casar y el otro tiene novia.

Asentí.

La camarera puso delante de mí tres margaritas y le entregué el dinero.

—Ahora os traemos las copas, tranquila. En cuanto nosotros tengamos las nuestras.

Regresé a la mesa donde Madison y Charlotte me esperaban. Ambas parecían buscarme con la mirada por si me había perdido.

A la primera la conozco porque siempre ha vivido en East Harbor y coincidíamos los veranos cuando pasaba meses enteros en casa de mi abuela. También es amiga de Jay, mi… compañero de piso e inquilino por aquel entonces, aunque también es un gran amigo. La segunda es su novia. Ahora esposa.

—¡Chicas! Ahora nos traen refuerzos —expliqué mirando hacia la barra y saludando a los deportistas universitarios.

—Harper, tía…

—¿Qué?

—Charlotte y yo tenemos novio.

La última se atragantó con su propia saliva y empezó a toser de manera exagerada. Tanto que la gente de varias mesas se giró a ver qué ocurría y algunos incluso se levantaban por si necesitaba ayuda.

—¿Estás bien? —me interesé.

—Sí. —Tosió un poco más—. Ya está.

—Tranquila, ahora nos traen los margaritas. Los he pagado yo— añadí con cierto retintín.

—Ah, bueno, entonces solo tenemos que darles conversación a los amigos de tu ligue —ironizó Madison.

—Solo vienen a tomarse una copa con nosotras. Están de despedida de soltero. Uno de ellos tiene novia y el otro está a punto de casarse. No van a entraros.

Las chicas hablaban entre ellas, pero no era capaz de prestar atención, pues no podía hacer otra cosa que babear por ese Adonis. Iba a ser una gran noche.

Cuando los tres amigos llegaron, se notó la incomodidad y me sentí mal por provocar aquella situación. Me pareció evidente que, aunque ellos tuvieran pareja, tenían el objetivo claro de liarse con alguna. «Menudos capullos». No sé lo que hablaron mientras esperaban sus bebidas, pero en ningún momento intentaron nada con ellas. No obstante, tras terminarse los margaritas, Madison y

Charlotte coincidieron en que era hora de regresar a casa y ellos se ofrecieron a acompañarlas.

Más tensión.

Al final, Brady tomó las riendas del momento y se comportó como el único hombre decente y responsable al proponer que él nos llevaría a las tres.

—¿Cómo vamos a volver nosotros a casa, capullo?

—Estás abandonando a tus amigos por un polvo cualquiera.

Los energúmenos de sus colegas no paraban de quejarse y de soltar mierda para evitar que se llevara el coche, pero a este pareció darle igual. Estaba decidido a salir de ahí conmigo y sabía que si dejaba a mis amigas con ellas yo no me iría.

—Luego vuelvo a buscaros. O pedid un taxi, ratas —les gruñó—. *Ladies*… —se dirigió a nosotras, que estábamos absortas viendo el lamentable espectáculo.

Nos pusimos en marcha. Madison y Charlotte iban delante, una al lado de la otra, mientras Brady y yo no podíamos evitar manosearnos de camino al coche. Nos detuvimos frente a un antiguo Jeep y las chicas se subieron a la parte de atrás. Le indiqué al deportista la dirección donde deberíamos dejar a Madison y que Charlotte se venía con nosotros porque vivía en la misma casa.

Al aparcar, la última salió disparada como si tuviera mucha prisa por llegar.

—Al fin solos —murmuró Brady, desabrochándose el cinturón y comiéndose el espacio entre nosotros.

Sus labios atacaron los míos tras demasiado tiempo esperando el momento. Las ganas eran tantas que tuvimos que parar y entrar en casa antes de que empezara a ser un espectáculo solo para mayores de edad. Era tarde, pero en ese pueblo corrían rumores con demasiada facilidad y a nadie le importaba lo que yo hacía con mi vida.

Entramos en casa y subimos hasta mi habitación sin encender ninguna luz y sin separarnos, lo cual nos llevó a darnos varios golpes contra las paredes. Cuando alcanzamos la habitación, la pasión se desató. Y solo diré una cosa: había estado con muchos deportistas, pero ninguno me regaló una experiencia tan brutal como esa.

Fue, sin lugar a duda, el mejor polvo de mi vida. Lástima que no fuera a repetirse porque no iba a volver a ver a ese pedazo de semental nunca más.

O quizá estaba equivocada.

¡YA EN PREVENTA!

EAST HARBOR 3: La jugada que me llevó a ti

Él es el jugador estrella.
Ella, la fisioterapeuta residente.

¿Qué vas a encontrar en esta historia?
♥*Hockey*
♥*Enemies to lovers*
♥*One-night stand*
♥Deportista lesionado – fisioterapeuta
♥Proximidad forzada

Haz click aquí o escanea el siguiente QR y reserva ya tu ebook:

Tu opinión es muy importante

¡Muchas gracias por llegar hasta aquí!

A continuación, se te pedirá que valores este libro. Si has disfrutado y te has emocionado con la historia de Duncan y Holly, te tengo que pedir un favor: puntúala mediante las estrellas —si dejas una reseña eres una lectora VIP—. Solo son unos segundos y a mí me ayuda a crecer.

Nos vemos en la siguiente historia.

Serie East Harbor

IMPORTANTE: Todos los libros de esta serie se pueden leer de manera independiente.



EAST HARBOR 1: NINGUNA DISTANCIA BORRARÁ TU HUELLA

Eran inseparables, ahora todo ha cambiado. Él ha vuelto, y está dispuesto a luchar por recuperar lo que tenían.

Holly siempre ha vivido con los pies en la tierra, atrapada entre la barra del Joe's y la necesidad de cuidar a su padre. La pasión por la fotografía y el deporte arde en su interior, pero los miedos y la rutina han apagado sus sueños. Hasta que regresa alguien capaz de sacudirlo todo.

Duncan Harris lo tiene todo: fama, éxito y una carrera brillante en el ***hockey*** profesional. Pero ni los trofeos ni los aplausos llenan el vacío de no tener con quien compartirlo. Una llamada inesperada lo arrastra de vuelta al **pequeño pueblo** que dejó atrás… y a la chica que nunca logró olvidar.

No obstante, la realidad que se encuentra al regresar no tiene nada que ver con lo que él recordaba. Las heridas del pasado aún queman y el reencuentro con Holly será el mayor desafío de su vida.

Porque algunas **segundas oportunidades** no llegan envueltas en promesas, sino en las verdades que nunca se dijeron.

¿Qué vas a encontrar en esta historia?
♥Un jugador de *hockey* muy tierno que te robará el corazón
♥Una fotógrafa enamorada de los deportes
♥Un pueblo pequeño donde querrás vivir
♥*Bodycount*
♥Personajes secundarios carismáticos
♥Lectura en primera persona
♥Historia autoconclusiva

EAST HARBOR 2: NOCHES DE TORMENTA A TU LADO

Próximamente:

EAST HARBOR 3: LA JUGADA QUE ME LLEVÓ A TI

Otras obras publicadas



HASTA QUE EL SOL DEJE DE BRILLAR

¿Recuerdas aquel *crush* que tuviste en el instituto? Imagínate que vivisteis una historia preciosa y prohibida y ahora vuelve 5 años después de largarse.

¿Cuánto tiempo puede mantenerse a salvo un **secreto**?

No uno de esos que le cuentas a tu amiga a los ocho años. No. Un secreto de los gordos, de los que llevas ocultando demasiado tiempo porque, de salir a la luz, toda tu vida podría cambiar en un segundo.

Sofía quería estudiar Medicina. Tenía todo lo necesario para ello, entusiasmo y unas notas que le permitirían escoger carrera y universidad a su antojo. Hasta que aquello alteró todo su mundo.

Pablo regresa a su ciudad natal después de cinco años huyendo de los recuerdos. Y lo que le queda claro cuando la ve de nuevo es

que nada ha cambiado y que necesita volver a formar parte de su vida como sea.

Él sabe que no obtendrá su perdón tan fácilmente y ella es consciente de que su vuelta solo significa una cosa: **problemas.**

¿Qué vas a encontrar en esta historia?

❤ Un amor que perdura a través del tiempo.
❤ Un secreto que lo cambia todo.
❤ Amistad & Familia.
❤ Personajes secundarios carismáticos.
❤ Narrado en dos tiempos.



DONDE NOS REENCONTRAMOS
LA HISTORIA DE AMOR QUE DESEARÍAS VER EN LA GRAN PANTALLA.
¿Qué puedes esperar del mundo, de la vida y de las personas cuando todo lo que has aprendido en los primeros años es que no eres importante?

Desde muy joven, Vicky conoce el dolor, el rechazo y la soledad mejor que nadie. Pero también conoce el amor. Uno de esos tan grandes e intensos que te destruyen al acabarse.

Luis no solo fue su mejor amigo desde los tres años. Se convirtió en su amante, su compañero de vida y el muelle al que amarrarse

cuando los pensamientos turbios amenazaban con destruirla. Pero todo eso quedó atrás.

Ahora lleva años luchando contra sus propias pesadillas. ¿Podrá el amor salvarla de nuevo o estará rota para siempre?

¿Qué vas a encontrar en estas páginas?

❤ Un amor que nunca muere.
❤ Salud mental & *Bullying.*
❤ Amistad & Familia.
❤ Personajes que vas a amar u odiar.
❤ Altas dosis de emoción.

Nota de autora

Aunque es de aplicación a cualquier libro que haya publicado hasta la fecha, en este se me hace obligatorio aclarar que cualquier personaje, lugar, evento o usuario de redes sociales que aparezca es ficción. Como siempre, he realizado un laborioso trabajo de documentación para ofrecer una visión lo más fiel y precisa de la realidad. Sin embargo, no he dudado en tomarme alguna que otra licencia literaria para adaptarla a las necesidades de la trama cuando lo he requerido.

Si leíste *Ninguna distancia borrará tu huella,* quizá te haya extrañado que Jay acabara con una chica. A mí también je, je, je. Nunca dije que fuera gay, que conste. Tengo que reconocer que esta historia me ha puesto a prueba y me ha sorprendido. Es la primera que escribo en la que los protagonistas no se conocen y ha sido todo un reto. Cuando terminé East Harbor 1, no tenía pensado convertirlo en una serie. Pero lo hice. La verdad es que empecé a trabajar dos tramas distintas antes de decantarme por Jay y Charlotte. Eso se llevó varios meses de trabajo y me obligó a escribir a contracorriente para tenerla lista en la fecha prevista.

Quizá es la historia que más me ha costado escribir de todas, y era la que, con diferencia, más dudas me generaba. Al final, me he enamorado tanto de ellos que no quería dejarlos ir.

Y ahora, como es costumbre, quiero pedirte un favor muy especial. Si esta historia te ha tocado el corazón, si te ha hecho reír, llorar o reflexionar, te invito a compartir tus impresiones conmigo y con otras lectoras. Una pequeña reseña, una recomendación a tus amigas, un simple comentario en mis redes sociales... Cualquier gesto, por pequeño que sea, me ayudará a llegar a más personas y a seguir creando historias que te hagan soñar y creer en el amor.

Recuerda que tu apoyo es mi mayor recompensa y el motor que me impulsa a seguir escribiendo.

Agradecimientos

Esta vez, voy a hacer algo muy diferente aquí.

Doy las gracias a todas las personas que han contribuido a que esta obra esté hoy entre tus manos. A ti también por leerlo.

Muchas gracias a todos y todas por apoyarme en mi sueño.

Angels Alemany

Tras varios años trabajando en algo que no me llenaba, decidí salir de mi zona de confort y montar mi propio negocio mientras empezaba a escribir mi primer libro: *Lunas y estrellas.*

Desde entonces, miles de historias viven en mi cabeza a la espera de ser plasmadas. Me enamoré tanto de las palabras que ya no pude abandonar esto que empezó como un simple *hobby* y que ahora considero como mi profesión. Actualmente, compagino el caos de la maternidad con mis nuevos proyectos literarios.

Soy una enamorada de la novela romántica contemporánea y eso es lo que escribo. Mis historias son tiernas y bonitas y seguro que te vas a emocionar con ellas.

Te animo a que te suscribas a mi *newsletter* para enterarte de todas mis novedades y ofertas antes de que lo publique en redes. Si aún no me sigues, te dejo los enlaces aquí debajo.

¡Muchas gracias!